



LA
MORAL UNIVERSAL.

TOMO SEGUNDO.

MORAL UNIVERSAL,

6

DEBERES DEL HOMBRE

FUNDADOS EN SU NATURALEZA

Obra escrita en francés

POR EL BARON DE HOLBACH,

Y traducida al castellano

POR

DON MANUEL DIAZ MORENO,

Practica de la Moral.

SEGUNDA PARTE.

ZARAGOZA:

IMPRENTA DE MEDARDO HERAS.

1838.

Natura ducit utendum est: hunc ratio observat,
hanc consultit, idem est ergo beatè vivere, et as-
sèdèdum naturam.

SENECA, *De vita beatè* cap. 8.

MORAL. UNIVERSAL.

SECCION CUARTA.

MORAL DE LOS PUEBLOS, DE LOS SOBERA-
NOS, DE LOS GRANDES, DE LOS RICOS,
ETC. Ó DEBERES DE LA VIDA PÚBLICA,
Y DE LOS DIFERENTES ESTADOS.

CAPITULO PRIMERO.

*Del derecho de gentes ó de la moral de las
naciones, y de sus deberes reciprocos.*

En la primera parte de esta obra hemos procurado establecer los principios de la moral sobre la naturaleza del hombre: analizando y definiendo las virtudes y los vicios, hemos dado á conocer las ventajas inapreciables de las unas, y las consecuencias deplorables de los otros: por medio de este exámen hemos manifestado los motivos naturales mas poderosos para excitar á los hombres al bien, y retraerlos del mal, motivos que se fundan en

sus propios intereses. En fin, hemos indagado la naturaleza y el fin de la vida social, y de los deberes que esta impone. Apliquemos ahora los hechos, ó las experiencias morales que hemos recogido, á las diferentes sociedades de la tierra. Consideremos los deberes del hombre en sus diferentes estados, ó bajo las diversas relaciones que puede tener con las criaturas de su especie, comenzando por el examen de los deberes reciprocos de las naciones que se han repartido entre sí las diferentes partes de nuestro globo.

El género humano entero forma una vasta sociedad, de la cual son miembros las diversas naciones que ocupan la superficie de la tierra, alumbrados y fomentados sus individuos por un mismo sol, rodeados de las aguas de un mismo océano, formados de una misma manera, y animados de un mismo deseo de conservarse, de conseguir su bienestar, y de alejar de sí el dolor. La naturaleza ha hecho semejantes en esto á todos los ciudadanos del mundo: de donde se infiere que la conformidad de su esencia los atrae y los reúne, establece relaciones entre ellos, hace que todos obren del mismo modo, y que sus acciones tengan una influencia necesaria sobre su existencia, y sobre su felicidad ó infelicidad reciprocas.

De estos principios incontestables se concluye evidentemente que las pueblos están ligados entre sí por los mismos vínculos y con los mismos intereses que cada hombre en una nacion ó sociedad particular está ligado á ca-

da uno de sus conciudadanos: por consecuencia, cada nacion debe observar para con las otras naciones los mismos deberes y reglas que la vida social prescribe á cada individuo para con los miembros de una sociedad particular. Una nacion está obligada, por su propio interes, á practicar las mismas virtudes que todo hombre debe mostrar á su semejante, aunque sea extranjero ó desconocido. Un pueblo debe ser justo con los otros, es decir, está obligado á respetar sus derechos, sus posesiones, su libertad y su bienestar, por la misma razon que todo pueblo quiere que estas cosas que disfruta sean respetadas. Si, como suficientemente se ha probado, la justicia es el origen y manantial comun de todas las virtudes sociales, se sigue necesariamente que esta prescribe á cada pueblo que presta á los otros pueblos los socorros de la humanidad, y les muestre benevolencia y compasion en sus calamidades, proteccion en su flaqueza y debilidad, y sinceridad, buena fé y fidelidad en las convenciones ó tratados reciprocos. Se sigue además de los mismos principios, que para mantener la union y la paz, tan útiles á la mutua felicidad de las naciones, un pueblo, en fuerza de estas ventajas, debe mostrarse generoso con los otros pueblos, debe sacrificar alguna parte de sus derechos en obsequio de la concordia y de la gloria, y debe, en fin, no faltar á los respetos y consideraciones que los ciudadanos del mundo tienen derecho á exigir unos de otros.

Los pueblos limítrofes se deben ciertamen-

te la asistencia y los buenos oficios que se deben recíprocamente los vecinos de una misma ciudad. Los pueblos aliados, esto es, unidos más íntimamente por sus comunes intereses, son amigos, y deben por lo tanto observar los deberes siempre sagrados de la amistad. Las naciones distantes entre sí se deben por lo menos recíprocamente justicia y humanidad, las cuales no deben ser desconocidas de ningún habitante de la tierra. Las naciones que están en guerra deben, por su interés mismo, limitar su odio, su cólera y sus venganzas, por la equidad, por la justa defensa propia, por la humanidad y por la piedad, tan poderosas para recobrar sus derechos de los hombres racionales, y para enternecerlos sobre la suerte de los desgraciados.

Estos son evidentemente los deberes que la naturaleza impone así á las naciones como á todos los hombres. Estos son los principios del *derecho de gentes*, el cual, en el fondo, no es más que *la moral de los pueblos*. Por no prestar la debida atención á unas verdades tan claras, se ha creído que la moral, destinada á ser la regla de las acciones de los particulares, no hablaba con los pueblos, ó con los jefes que los representan. Se ha pretendido que los soberanos y los estados se hallaban siempre en el *estado de naturaleza*, opuesto constantemente al estado de sociedad. Mas semejante estado de naturaleza es visiblemente una quimera, una pura abstracción. Siempre hubo una familia, la cual multiplicándose produjo muchas familias ó

sociedades, de las que nacieron las naciones que eligieron sus soberanos. Jamás, como se ha probado, el hombre estuvo solo ó aislado en la tierra. Luego que hubo muchas familias, sociedades, ó naciones, establecieron entre sí relaciones más ó menos íntimas, en razon de su situación y de sus necesidades recíprocas; y estas relaciones ó necesidades producen los deberes, cuya reunion ó suma es el objeto de la moral.

Además de esto, si la moral debe fundarse en la naturaleza del hombre, debe convenir al hombre en su estado de naturaleza, y por consiguiente es la regla de la conducta de las naciones, aun en el estado mismo de naturaleza, en el que se supone que han quedado. Así que, por cualquier aspecto que se considere á los hombres, bien sea dispersos ó reunidos en grandes ó pequeñas masas, están siempre bajo el imperio de la moral: las mismas reglas comprenden á todos; á los mismos deberes se hallan sujetos; y todos están obligados á conformarse á estas reglas y deberes, so pena de incurrir tarde ó temprano en los castigos impuestos por la naturaleza misma de las cosas á la violación de sus leyes.

Los hombres separados, ó en cuerpo, en todos tiempos y en todo lugar son unos mismos. Las naciones son capaces de las mismas pasiones, y atormentadas de los mismos vicios que los individuos, pues que ellas no son más en efecto que las agregaciones de estos mismos. Las costumbres nacionales, los usos buenos ó malos, las opiniones verdaderas ó fal-

nas no son mas que los resultados de la ignorancia, ó de la razon mas ó menos cultivada del mayor número de los individuos que componen el cuerpo político. Un pueblo no es guerrero, sino porque las pasiones del mayor número se han convertido ácia la guerra. Un pueblo es altivo y orgulloso, porque todos los ciudadanos se ensorbecen con la prosperidad, la buena suerte, las riquezas, etc. Un pueblo es comerciante, por que los deseos de todos, ó de un gran número de sus ciudadanos, se dirigen á los metales y bienes que proporciona el comercio. Un pueblo, en fin, es injusto, inhumano y sanguinario, porque los hombres que le componen están criados y nutridos con principios inasociables.

Los legisladores y los gefes de los pueblos son los que regularmente fomentan en ellos las pasiones, los gustos, los vicios, las preocupaciones y las locuras que los atormentan. El bandido Rómulo reunió bandidos y asesinos de todas partes: estos formaron para desgracia de la tierra, una raza de bandidos ó guerreros que no conocieron otra virtud, otra honor, ni otra gloria, que el oprimir ó vencer á todos los pueblos del mundo. El ambicioso Mahoma formó de una tropa de Arabes unos furiosos y frenéticos que se tomaron por principio de religion el conquistar, y el difundir los delirios del Alcoran.

La gloria atribuida en casi todos los países á las conquistas, á la guerra, al brio y al valor, es un resto visible de las costumbres salvajes que subsistian entre todas las naciones

antes de su cultura: aun en el dia de hoy no hay pueblos que se hallen del todo desengañados de esta preocupacion tan fatal al reposo del universo. Las mismas sociedades que deberian conocer mejor las ventajas de la paz, admiran los grandes hazasas, conciben la mas noble idea de la guerra, y no sienten todo el horror que se merecen las injusticias y los crímenes que lleva tras de sí.

¿Qué es, en verdad, la guerra (fuera del caso de una justa y necesaria defensa), sino la violacion mas cruel de los derechos sacrosantos de la justicia y de la humanidad? Si un asesino, un ladrón, un salteador de caminos son unos hombres detestables, ¿qué indignacion no debería excitar en todos los corazones un pueblo conquistador que, por satisfacer su ambicion; por aumentar sus dominios, por saciar su venganza y su rabia, y algunas veces por contentar los caprichos de su vanidad, condena á parecer á millares de hombres; invade los campos de sangre, reduce los pueblos á cenizas, arruina en un momento las esperanzas del labrador, y elevado insolentemente sobre las ruinas de las naciones y de los tronos, hace alarde de sus crímenes, y se vanagloria de los males sin número que ha hecho sufrir al género humano? En tiempo de guerra, dice Tacitides, despierta la avaricia, la justicia, es hollada, reinan la fuerza y la violencia, la disolucion toma un libre vuelo, el poder pasa á manos de los mas perversos de los hombres, los buenos se ven oprimidos, la inocencia arruina-

da, ultrajadas las matronas y las vírgenes, las comarcas destruidas, los templos asolados, violados los sepulcros..... En fin, el hambre y la peste acompañan siempre á la guerra.

Estos son los objetos que sirven de recreo y entretenimiento á los pueblos furiosos guiados por unos gefes injustos y crueles. Si alguna cosa hace al hombre inferior á las fieras, es sin duda la guerra. Los leones y los tigres combaten solo para satisfacer el hambre que los agita: el hombre es el único animal que con intencion determinada corre á la destruccion de sus semejantes, y hace alarde de su exterminio. Durante la dilatada permanencia de la republica romana, acia quizá muy difícil el hallar una sola guerra justa y legitima: si el Romano bárbaro y feroz se vió atacado por otros pueblos, fué por lo comun para castigarle por alguna empresa injusta, ó por algun atentado á que el primero dió causa.

Mas la naturaleza evita de castigar tarde ó temprano á los pueblos odiosos y aborrecibles, que se declaran enemigos del género humano; forzados á comprar sus conquistas y sus victorias á precio de su misma sangre, ellos mismos se debilitan, las riquezas acumuladas por la guerra los corrompen ó los dividen (1). Las guerras civiles vengan á las

naciones oprimidas; el pueblo enemigo de todos los pueblos es acometido por todas partes; su imperio viene á ser la presa de cien naciones bárbaras, cuya cólera habian provocado sus victorias. Tal fué la suerte de Roma, la cual, después de haber despojado, destruido y desolado al mundo conocido, vino á ser por último la presa de los Godos, Visigodos, Herulos, Lombardos, etc.

A mas de esto, un pueblo continuamente sobre las armas no puede gozar por largo tiempo ni de un buen gobierno, ni de una felicidad verdadera y permanente. La guerra trae siempre consigo la licencia: las leyes callan durante el ruido de las armas: los soldados bárbaros é insolentes creen que estas no han sido hechas para ellos (1): los gefes se dividen, se combaten, y se hacen dueños del estado enflaquecido con sus terribles convulsiones: el vencedor, creyendo asegurar su conquista se convierte en un tirano; así el despotismo acaba arruinando hasta sus fundamentos la felicidad pública; así aniquila de un golpe la justicia, la libertad y las leyes. Este

(1) «Vuestra capital, decia Numa á los romanos » está tan acostumbrada á las armas, y de tal modo engreida con sus triunfos, que se deja bien conocer que no desea mas que engrandecerse y dominar » á los demás pueblos: así que, sería muy ridiculo que » ver enseñar á obedecer á los dioses, amar la justicia, » y odiar la violencia y la guerra, á un pueblo que aprende mas el seguir en los combates á un general, que el obedecer á un rey en la paz.»

Plutarco, vida de Numa Pompilio.

(1) *Servior armis
Luxuria incubuit. victorque ulciscitur orbem.*
JUVENAL Sat. VI, vers. 212.

es regularmente el escollo en que dan las naciones embriagadas con la vanidad de las conquistas! de este modo, con sus injustas guerras, los grandes pueblos de la tierra no han tenido otra gloria que la fatal de arruinarse sucesivamente los unos á los otros!

Un pueblo siempre en guerra no puede ser libre ni bien gobernado. *Marte*, dice el poeta *Timoteo*, es el tirano, y la justicia la señora del mundo. Un pueblo siempre armado es un furioso, que tarde ó temprano convierte su rabia contra sí mismo. No hay nacion que no tenga el mayor interes en el mantenimiento del orden, de la justicia y de la paz (1). Las guerras frecuentes son incompatibles con la poblacion, la agricultura, el tráfico, la industria y las artes útiles, las cuales solas pueden hacer los estados afortunados y dichosos. La guerra, por los dispendios que exige, oprime y desalienta al ciudadano laborioso, entorpece su actividad, pone trabas al comercio, despuebla los campos, y arruina regularmente un reino por conquistar una fortaleza ó una provincia, antes desoladas que poseidas. *Mas deseo*, dice *Marco Aurelio*, conservar un solo ciudadano que destruya mil enemigos. La economía de la sangre humana es la primera de las virtudes que debiera enseñarse á los soberanos, ó hacerse que la practicasen.

(1) *Plutarco* llama divino el amor que *Nicias* profesaba á la paz. — *Plutarco*, en la vida de *Nicias* y en la de *Demostrio*.

Si consultamos los anales del mundo, veremos que la guerra fué siempre el principio de la ruina de los imperios mas formidables, y que al parecer podian gloriarse de la mas larga duracion. Los mas vastos estados no producen á los que injustamente se han engrandecido, sino la funesta ventaja de tener continuamente que combatir nuevos enemigos, siendo los primeros los vecinos alarmados por los proyectos de los conquistadores ambiciosos. Ningun pais mejorará su suerte por las vastas conquistas; el mas grande estado es comunmente el peor gobernado. Con la estension de límites jamás los reyes han aumentado su poder verdadero, ni la felicidad de sus pueblos. *Las guerras largas*, dice *Jenofonte*, se terminan siempre con la destruccion é infelicidad de ambos partidos. *Agésilao* en vista de la guerra del Peloponeso, tan fatal á los Griegos, exclamó: ¡O infeliz Grecia, que ha hecho perecer tantos ciudadanos como necesitaba para vencer á todos los bárbaros! (1)

Las naciones belicosas tienen el delirio de sacrificar lo que poseen á la esperanza incierta de dominar, de hacer un gran papel, y de engrandecerse. Las mas vastas monarquías que se han formado con las guerras y las victorias, se han abrumado con el peso mismo de su propia grandeza. En una palabra, bajo cualquier aspecto que la guerra sea considerada, es una calamidad aun para aquellos mismos

(1) *Plutarco*, dichos notables de los Principes.

que la hacen con los mas felices sucesos. El vencedor y el vencido entrambos quedan desolados (1). ¿Podrá un imperio gozar de verdadera prosperidad, cuando su ambicion es causa de que los ciudadanos giman en la miseria, ó arriesguen y pierdan sus vidas solo por extender sus límites?

Aunque los príncipes y los pueblos no han llegado todavía á delectar y proscribir enteramente la guerra, la humanidad sin embargo influye poderosamente, hace algunos siglos, en cuanto al modo de hacerla. Antiguamente los pueblos feroces mataban sin piedad á los vencidos que caian en sus manos: ó al menos les hacian sufrir el yugo de una esclavitud á veces mas cruel que la misma muerte; mas hoy la voz santa de la humanidad se deja oír aun en medio de los combates; y unas costumbres mas dulces y suaves han abolido la esclavitud, porque se ha conocido que un enemigo era un hombre; y que para adquirir el derecho de ser tratado con humanidad en los reveses de la fortuna, era necesario conservar y tratar humanamente á los vencidos. *Es una bestia feroz, y no un hombre, dice Tito-Livio, el que se figura que la guer-*

(1) *Flet victus, et victor interit.* Erasmo. Apophth.—Plutarco atribuye la decadencia de Esparta á su pasion de engrandecerse y dominar sobre la Grecia; y añade, que Licurgo estaba muy persuadido de que un pueblo que quiere ser feliz no ha menester las conquistas. *Plutarco, vida de Agesilao.*

ra no tiene sus reglas y medidas como la paz (1).

Las injusticias de la guerra, y las desgracias que la acompañan, no son barto terribles para que los hombres reconozcan la necesidad de refrenar sus furoros? Ellos en cierto modo oyen los gritos de la naturaleza, que les dice que es una infamia ejercer su crueldad contra un enemigo, cuando ya no puede ofender y rinde las armas.

Mas humanos, en fin, justos y prudentes, los pueblos ponen término á sus guerras por medio de tratados, que son unos verdaderos contratos ó unos convenios reciprocos. La equidad, la buena fé y la razon debieran concurrir para que fuesen respetables estas convenciones solemnes, en las cuales regularmente las partes contratantes ponen al cielo por testigo de sus promesas; mas los hombres sin equidad no respetan al cielo: estos tratados, por lo comun arrancados por la fuerza á la debilidad abatida, ó ganados con la astucia, son casi siempre rotos ó eludidos. Mas esto no debe sorprendernos: la violencia, el fraude y la mala fé presiden ordinariamente á los empeños y tratados entre los que desconocen la rectitud; y así la justicia se vé muchas veces en la forzosa necesidad de romper unos vinculos formados por la iniquidad. Los hom-

(1) *Truculenta est fera, non homo, qui imbellis nulla esse belli, ut pacis, jura censet: sed quidvis tunc licere judicat, neque ea jura sancto serrat.* Tit. Liv., *Histor.*

brea justos y que tratan de buena fe) son los únicos que pueden adquirir unos derechos que la justicia haga sagrados e inviolables (1).

Esta ambicion tan vana y orgullosa no se avergüenza y se confunde de recurrir cobarde y torpemente á la mentira y al fraude para llegar á sus fines! El perjurio, la perfidia y la traicion les parecen unos medios légitimos y hipocritas á las grandes almas de esos héroes que corren á la gloria. Lejos de nosotros semejantes ideas: los pueblos y los reyes se desacreditan y deshonran siempre que faltan á la buena fé. Los ambiciosos descubiertos ya no pueden engañar, y dejan sus nombres manchados á la posteridad. La mejor política para los príncipes y los pueblos, lo mismo que para los particulares, será siempre la de ser sinceros y verídicos. Mas para serlo, es necesario ser justo: la injusticia se vió y se verá siempre obligada á seguir sendas oblicuas y tenebrosas, incompatibles con la rectitud y la sinceridad. El que forma proyectos injustos y torpes, se ve precisado á emplear el artificio, la simulacion, y los recursos viles

(1) Platano, en la vida de Pirro hablando de los políticos justos, dice: «En guerra y en paz, hombres muy respetables, son para ellos dos especies de moneda de que usan segun sus intereses y nunca conforman á la justicia. Mas inviolables son todavia cuando hacen una guerra abierta, que no cuando difunden y ocupan con los nombres santos de justicia, de amistad y de paz, lo que en realidad no es mas que una trama de injusticias y de crímenes.»

y bajos del fraude, de la mentira y de la superchería.

Entre las pasiones que agitan á los pueblos y á los particulares, se deben contar la avaricia y la concupiscencia, causas muy frecuentes de suspensencias y usurpaciones. Asi vemos naciones arrastradas de esta vil pasion concebir el proyecto ridiculo, impracticable é injusto, de estancar en sus manos el comercio esclusivo del mundo. Polibio observa con mucha razon, que en los estados maritimos y entregados al comercio, nada parece vergonzoso si es provechoso y útil: principio destructor de las costumbres y de la probidad; principio que hace á todo ciudadano injusto ó avaro; principio, en fin, que hace venales á todas las almas. Además, la codicia de los pueblos siempre se castiga á sí misma, y frustra todos sus designios. Las guerras emprendidas de continuo para atmentar la masa de las riquezas nacionales, consumen las que se tienen adquiridas por obtener las que realmente son imaginarias: un pueblo avaro sacrifica incessantemente su bienestar, su reposo y su comodidad á la esperanza de enriquecerse, y se encuentra pobre y miserable, cuando aspira á ser rico y opulento (1).

(1) He aquí la pintura alegórica que un escritor moderno hace de la política del día: «Un coloso sin proporciones algunas en su enorme estatura; su diáfana cabeza se eleva orgullosa y soberbia sobre un grupo estupefacto, y enjuto... sus pies se apoyan sobre los dos mundos: en su mano derecha tiene una espada, y en la izquierda la pluma calculadora de

Por otra parte, esta misma opulencia no tarda en conducir una nación á su ruina, porque es causa del lujo que viene siempre acompañado de la molición, de la disolución, y de toda clase de vicios. La codicia fué y será siempre el principio de la destrucción de los imperios. *Un estado es infeliz, cuando contiene ciudadanos ó muy ricos ó muy codiciosos* (1). Platón se negó á dar leyes á los Cireneos, porque eran demasíadamente ricos. Los Arcadios y los Tébanos pidieron también un cuerpo de leyes á este mismo filósofo, el cual quiso establecer entre ellos una mas perfecta igualdad; mas como los ricos se negasen á esto, Platón los abandonó á su mala suerte, á sus discusiones intestinas y á sus vicios. Un gobierno da las pruebas mas claras y seguras de imprudencia y de locura, cuando inspira á sus súbditos una fuerte pasión á las riquezas, la cual por su naturaleza embebe prontamente en sí todas las demás pasiones, y hace que desaparezean todas las virtudes necesarias á la sociedad.

«las tributas y⁶ la balanza del comercio impetuosa y débil, en sopló la agita y la pone en convulsión: vídase las partes de la tierra se estremecen á sus menores movimientos; sin embargo, hía en su furor y metódica en sus violencias, calcula sobre la guerra, valen los hombres con el dinero, y pesa la sangre con las mercaderías.» *Discours sur les mœurs, par M. Servant.*

(1) Este pensamiento es de Avidio Cassio, segun lo refiere Valencio Galieno in vita Avid. Cassii, cap. 13. Vid. Histor. Aug. scrip. tom. I, edit. Lugd. Batav. 1671.

Así que, las naciones, lo mismo que los particulares, sufren la pena de las pasiones de que se dejan arrastrar. Concluyamos, pues, que la moderación y la templanza son tan necesarias á la conservación y á la felicidad de los imperios como á la de los individuos; que la moral es la guía de los soberanos y de la nación; en fin, que nunca la política puede impunemente reparar sus intereses de los de la virtud, siempre útil á los hombres bajo cualquier aspecto que sean considerados.

Es preciso repetirlo: la moral es una misma para todos los habitantes del mundo; los pueblos todos están obligados á observar sus deberes reciprocos, y no pueden violarlos sin perjudicarse á sí mismos. La política exterior, para ser recta y sana, debe ser la moral aplicada á la conducta de las naciones. «La política, dice muy bien el sabio traductor de Plutarco, solo es digna de alabanza cuando es empleada por la justicia para obtener «un fin honesto y laudable.» (1)

Si los pueblos y sus gefes diesen oídos atentos á la razón, esta los ordena que sean justos, que gocen, y dejen gozar á los otros del suelo y ventajas que el destino les ha concedido; que renuncien para siempre á esas conquistas

(1) Dicoit, *Comparaison d'Alexandre et de Cesar*, Pág. 316. Este mismo autor dice en otra parte: «La sana política enseña que vale mas ganar á los hombres que la buena fe, que dominarlos con las armas.» *Ibid.*, *Comparaison de Rhocion et de Cæson*, pág. 551, tom. VI.

tribales que atraen á los conquistadores el odio del género humano; que maldigan y detesten esas guerras que rennan en sí á la vez todos los azotes y castigos con que los hombres se oprimen y se hacen infelices; que no recurren, á lo menos á estos medios terribles, sino cuando son indispensable y forzadamente necesarios á su conservación, á su seguridad y á su felicidad verdadera; que gloríen y lloren esas victorias sangrientas, compradas con las vidas, las riquezas y el bienestar de la patria; que reúnan sus fuerzas para reprimir los proyectos insidiosos de los pueblos turbulentos, ó de los soberanos ambiciosos que fijan su gloria en turbar la tranquilidad de los otros; que amen la paz, sin la cual ningún estado puede llegar á veraz floreciente y dichoso; que sacrifiquen de todo corazón, en obsequio de este bien tan apetecible, todos los triviales intereses; indignos siempre de ser comparados con él; que obran con franqueza, y respeten la buena fé, la cual sola puede producir y mantener la confianza; que renuncien á los elucios y rodeos de una política tortuosa, igualmente perjudicial y deshonrosa á los soberanos que á los pueblos, y que solo sirve comunmente para eternizar sus sangrientas contiendas; que sofocuen y estingan para siempre esos odios nacionales, tan contrarios á los derechos santos de la humanidad, y á la benevolencia universal que deben mostrarse los de una misma especie; que contengan dentro de justos límites el amor

de la patria; el cual se convierte en un atentado contra el género humano, cuando es injusto y cruel; que cultive y fomente cada pueblo las costumbres, la agricultura, y las artes útiles y agradables; que entre sí hagan florecer un comercio justo, equitativo y mutuamente ventajoso, que se abstengan de una codicia ingulenta y sin límites; y sobre toda que se preserven de los efectos destructores del lujo, el cual aniquila constantemente el amor del bien público y de la virtud, para ensalzar sobre sus ruinas los vicios, la venalidad, la injusticia, el robo, la disolucion, la indiferencia por la felicidad general, en una palabra, las disposiciones mas contrarias al bien de la sociedad.

Estas son, en pocas palabras las verdades y preceptos que la moral enseña á todas las naciones de la tierra. Estos son los principios de la verdadera política, la cual no es otra cosa que el arte de hacer felices á los hombres. Estos principios son conocidos y adoptados por todos los príncipes instruidos, cuyos verdaderos intereses, gloria y seguridad estan inseparablemente unidos al bienestar y á las virtudes de los pueblos.

Se nos habla sin cesar de la gloria de las naciones, del honor de las coronas: esta gloria solo puede consistir en un gobierno que haga dichosos á los pueblos; consista únicamente en la felicidad pública; este honor consiste tambien solamente en merecer la estimacion de las otras naciones.

Los pueblos se deshonran y se hacen cul-

pables á los ojos de los otros pueblos con los mismos crímenes y las mismas acciones que hacen odiosos y despreciables á los individuos. Los atentados, las perfidias y las iniquidades de los soberanos recaen siempre sobre las naciones, que son miradas como cómplices de los excesos que ni contradicen ni reclaman. No aquí como los pueblos enteros adquieren muchas veces la reputacion de turbulentos, inhumanos, salaces y sin fé, y como pierden la confianza, y se atraen la indignacion, el odio y el furor de las otras sociedades. Un gobierno que falta á sus empeños, y que viola sus promesas doña sus súbditos ó con los extranjeros, en nada se diferencia de un fallido fraudulento que arruina sus acreedores; él destruye su crédito, se priva de todo recurso, autoriza el fraude y la mala fé de sus súbditos, suscita sospechas entre ellos, y los hace despreciables á los ojos de todos los pueblos del mundo. De los soberanos depende la buena ó mala reputacion de las naciones, las cuales debieran ser infinitamente celosas de su honra y de su verdadera gloria, como interesados fuertemente en ellas todos los ciudadanos. Los pueblos, así como los particulares, hacen consistir su grandeza y su gloria en poder hacer dueño, en dar la ley á los otros, en acumular una gran masa de riquezas, en ser injustos impunemente: en una palabra, el orgullo nacional consiste en una necia vanidad, cuando debiera consistir en la equidad, en la probidad, y en un gobierno sabio que produzca la felicidad y la justa libertad, sin las cuales un

pueblo no tiene razon alguna para ensoberbecerse, ó para creerse superior á los otros (1).

Los hombres aprueban sin examen y por hábito, ó procuran imitar lo que desde su infancia han oído celebrar ó encarecer: este es el origen ordinario de las preocupaciones nacionales de que el vulgo está imbuido, y de que aun las personas mas ilustradas con dificultad se desprenden enteramente. Nada mas á propósito para corromper el entendimiento y el alma de los príncipes y de los pueblos, que la veneracion mal reflexionada que se inspira comunmente á la juventud para con los grandes hombres, los guerreros, los conquistadores de la antigüedad, que las mas veces desconocieron todos los principios de la moral. Los ayes y preceptores imprudentes siempre hablan con énfasis de los Griegos y los Romanos, presentándolos como modelos de sabiduría, de virtud y de política. Desde la mas tierna edad se aprende á reverenciar como virtudes el valor ardiente, la bárbara ferocidad, los atentados felices, así de los héroes fabulosos celebrados por los poetas, como de los grandes capitanes que sojuzgaron las naciones, é hicieron á las suyas famosas. Se representa como hombres divinos y raros á los Lacede-

(1) Habiendo oído Agesilao dar al rey de Persia el nombre de *gran rey*, exclamó diciendo: ¡Ah! ¿cómo será él mas grande que yo, no siendo mas justo y mas virtuoso?

Plutarco, *Dichos notables de los Lacedemonios*.

manios, feroces, injustos y sanguinarios; á los atenienses, frecuentemente cubiertos de horribos crímenes; y sobre todo á los Romanos, siempre prontos á violar los mas santos derechos de la humanidad, y á sacrificar todos los habitantes de la tierra á la insaciable patria, que les prescribia y ensalzaba los mas horrendos delitos.

Por estas instrucciones y documentos fatales, los hombres se acostumbran á respetar la violencia, la injusticia y el fraude, con tal que sean útiles á su país: los soberanos se creen grandes, cuando ellos son bastante fuertes para cometer grandes crímenes á la luz del universo: los pueblos se figuran cubiertos de gloria, cuando han sido los instrumentos viles de las iniquidades de sus gefes, los cuales bien pronto se hacen sus tiranos. Segun estas ideas, apenas se halla quien no admire y justifique al furioso Macadonio cuya cruel temeridad trasladó el trono de los Persas; con reverencia á los Emilios; se llena uno de admiracion al solo nombre del destructor de Cartago; son aplaudidos en un César el talento y los trabajos con que despues de haber inundado de sangre las Gaulas, se puso en estado de encausar á sus conciudadanos.

De este modo, en los soberanos y en los súbditos se perpetúan la ambicion, la manía de hacer un gran papel, el furor de hacer temblar á sus vecinos, y la locura de las conquistas. Los ejemplos de tantos pretendidos héroes producen, de siglo en siglo, insensatos y perversos que comunican su delirio y frenesí á sus

imprudentes pueblos, y que, seguros de los aplausos, se hacen tímidos con los delitos que se llaman *hazañas*, alentados con los elogios de los poetas y de un vulgo imbécil, los príncipes se creen poderosos por haber hecho mucho mal al género humano, y los pueblos se imaginan apreciables, cuando han tenido el honor de ayudarlos con valor en sus inanes proyectos. La grandeza, en la opinión de los mas de los hombres, consiste en la funesta ventaja de hacer un sinnumero de infelices y desgraciados.

En lugar de ofrecernos por modelos á los pueblos que han destruido y aislado la tierra, la historia debería hacernos ver que las naciones injustas han trabajado en forjarse ellas mismas sus prisiones; que las conquistas hacen tiranos y que jamás han hecho afortunado á pueblo alguno. Las leyes sabias, apoyadas en la voluntad constante de las naciones, deberían atar las manos para siempre á los potentados fogosos y violentos que, incapaces de ocuparse en el bienestar de sus propios súbditos, solo tratan de hacer sentir sus golpes á los pueblos vecinos. Un pueblo, para ser grande y respetable, debe ser feliz: ni sus egércitos, ni sus riquezas, ni la estension de sus provincias le producirá una verdadera felicidad, efecto solamente de sus virtudes. Una nacion será poderosa y respetada, si se compone de ciudadanos sometidos á gefes virtuosos. Una nacion guerrera, turbulenta, atrevidamente coliciosa del bien de las otras, se hace objeto del odio universal, y tarde ó temprano viene

á ser abatida y sojuzgada por los enemigos cuya venganza ha provocado.

CAPITULO II.

Deberes de los soberanos.

GOBERNAR á los hombres, es tener derecho de usar y emplear las fuerzas que la sociedad ha puesto en las manos de una ó de muchas personas, para obligar á todos sus miembros á que se conformen con los deberes de la moral. Estos deberes, como hemos probado antes, están contenidos en el pacto social, por el cual cada uno de los asociados se obliga á ser justo, á respetar los derechos de los otros, á prestar les los socorros que pueda, y á concurrir con todas sus fuerzas á la conservación del cuerpo social, bajo la condicion de que, en cambio de su obediencia y fidelidad, será protegida su persona, é igualmente los bienes legítimamente adquiridos con su trabajo ó industria.

Si en los principios establecidos en esta obra, es evidente que este pacto encierra todos los deberes de la moral, pues que obliga á cada ciudadano á conformarse con las reglas de la equidad, que es la base de todas las virtudes sociales, y á que se abstenga de todos los delitos ó vicios, que son, como hemos visto, violaciones mas ó menos patentes de este contrato que comprende y liga á todos los miembros de la sociedad.

Mas, como las pasiones de los hombres las hacen perder de vista sus obligaciones y promesas, ó como su ligereza les hace frecuente-

mente olvidar que su propia felicidad está unida con la de los demás asociados, fué menester en cada sociedad una fuerza siempre subsistente, que velase á los miembros del cuerpo político, y fuese capaz de hacerles cumplir de continuo los deberes que pudiesen descuidar. Esta fuerza se llama *gobierno*, que podemos definir la fuerza ó poder de la sociedad, destinado á obligar á sus miembros á cumplir las promesas y obligaciones del pacto social. Por medio de las leyes el gobierno espresa la voluntad general, y prescribe á los ciudadanos las reglas que deben seguir para la conservación, tranquilidad y armonía social.

La autoridad del gobierno es justa, puesto que tiene por objeto el procurar á todos los miembros de la sociedad las ventajas que sus deseos inconsiderados, sus intereses discordantes y mal entendidos, su inesperienza y su debilidad les impedirían obtener por sí mismos. Si todos los hombres fuesen ilustrados ó racionales, no tendrían necesidad de ser gobernados; mas, como ignoran ó desconocen, al parecer, tanto el fin que deben proponerse, como los medios de llegar á él, es menester que el gobierno, presentándoles la razón pública espresada en la ley, los ponga y conduzca en el camino del que ellos podrían descarrarse por sí solos. *El magistrado*, dice Ciceron, es una ley que habla (1).

(1) *Perè dici potest magistratum legem esse loquentem legem autem mutum magistratum.*

CICERON, de Legib. lib. III. cap. 1.

Con arreglo á sus diversas circunstancias y necesidades, las naciones han dado diferentes formas á sus gobiernos: las unas han puesto la autoridad pública en manos de un hombre, y este gobierno se llama *monárquico*; otras han depositado el poder de la sociedad en manos de un número mayor ó menor de ciudadanos distinguidos por sus virtudes, sus talentos, sus riquezas y su nacimiento; y este gobierno se llama *aristocrático*; otras han conservado la autoridad toda entera; entonces el pueblo se gobierna á sí mismo, ó por magistrados de su eleccion, y este gobierno ha sido llamado *democrático*. Otras naciones han hecho una mezcla de estos diferentes modos de gobernar, creyendo ser mas ventajoso el combinar juntas las tres formas de gobierno de que acabamos de hablar: esta mezcla produce el que se llama gobierno *misto*. Gobierno *absoluto* es aquel en que la nacion no ha limitado los derechos por convenciones expresas; y *limitado*, aquel cuya autoridad está restringida por reglas expresas, impuestas por la nacion á los que gobiernan. Los depositarios de la autoridad social se llaman *soberanos*. Cualquiera que sea la forma de gobierno adoptada por una sociedad,

Los políticos han disputado largamente sobre cuál era la mejor forma de gobierno, es decir, la mas conforme al bien de las sociedades y á la felicidad de las naciones. Mas el fin ú objeto de todo gobierno es siempre uno mismo: la conservacion y el mayor bien de la sociedad gobernada; sus derechos

son siempre los mismos; cualquiera que sea la forma que se le diere, puesto que la equidad sola puede conferir unos derechos reales y valederos. Su autoridad, háyale sido ó no puestos límites, está siempre atemperada ó limitada igualmente por las ventajas que debe procurar á la sociedad sobre quien se ejerce; una autoridad ejercida sin provecho de la sociedad, ó contraria á sus intereses ó á su voluntad, cambiaria de naturaleza, y solo sería una usurpacion manifiesta, una verdadera tiranía, á la cual una sociedad, solamente podria estar sometida por la violencia que nunca dá ni constituye derecho alguno.

Todas las formas de gobierno son buenas cuando son conformes á la equidad. Todo soberano ejercerá una autoridad legitima siempre que, conformándose con el objeto invariable de la sociedad, observe religiosamente y hace observar á todos los ciudadanos sin distincion las promesas del pacto social; del cual es el guardián y depositario. El soberano absoluto puede haber todo lo que quiere, mas no debe querer sino aquello que sea conforme al bien de la sociedad, cuya salud es la ley primitiva y fundamental que la naturaleza impone á todos los que gobiernan á los hombres. Un buen gobierno, dice Platarco, es aquel donde los buenos mandan, y los malos no tienen autoridad alguna.

Jupiter mismo, dice en otra parte este filósofo, no puede gobernar bien sin justicia. Sin embargo se ha disputado mucho, y se disputa aún sobre si el soberano absoluto debe estar

sujeto á las leyes; si está ligado por los empeños y promesas del pacto social, que ligan y comprenden á todos los miembros del cuerpo político. ¿Mas como unos entes racionales han podido disputar con seriedad sobre si el soberano cuyo único destino es mantener la justicia, conservar los derechos de todos y de cada uno, y velar incessantemente por el bien público, está obligado á ser justo, y á cumplir unas condiciones que, aun cuando no hayan sido expresadas, se encierran y contienen en el poder y la autoridad que él ejerce en la sociedad? ¿Ha podido dudarse de buena fé, que un soberano, el gefe de una nacion, ligado al cuerpo político del cual es la cabeza, pudiera separarse del tronco y de sus miembros, y que no se resista de los males que sufren estos? ¿Se puede reducir á problema si los hombres reunidos por sus mutuas necesidades para gozar con seguridad de las ventajas de la vida social, para ser defendidos contra las pasiones de sus semejantes, han podido jamás conceder á sus gefes el derecho de que destruyan y aniquilen por sí solos aquellos mismos bienes por cuya conservacion viven en sociedad? En fin, ¿las naciones han podido, á no faltarles el juicio, conferir á los que han hecho depositarios de sus derechos, el de hacerlas constantemente desgraciadas? *La jurisdiccion dice Montaigne, no se da en favor del juez, sino en favor del juzgado* (1).

Bajo cualquier aspecto, pues, que la autoridad soberana sea considerada, está siempre sometida á las leyes inmutables de la equidad, y destinada á mantenerlas, no puede violarlas sin degenerar en tiranía: las leyes que prescriba deben ser justas y conformes á la naturaleza del hombre en sociedad; las leyes positivas nunca pueden ser contrarias á las leyes

» que elevan la autoridad de los soberanos hasta decir que estos no tienen otro juez que á Dios, por » mas que se supieren, muéstrame si ha habido nunca » nacion alguna que á sabiendas y no por el temor » ó la fuerza se haya olvidado de su natura, al estremo » de someterse á la voluntad de algun soberano, » sin la condición expresa ó tacitamente entendida de » ser gobernada con justicia y equidad... Auto cuando » un pueblo, á sabiendas y de su entera voluntad, constituyese en una cosa que de suyo es manifestamente irreligiosa y contra el derecho natural, semejante obligación nunca puede ser válida..... » Seria ciertamente una cosa la más inicua el no conceder á una nacion entera lo que la equidad otorga » á las personas, particulares, como á los menores de edad, á las mugeres, á los dementes, á los que han » sido engañados en mas de la mitad del justo precio, » sobre todo si aprieta la mala fé de la persona con » quien estos han continuado... ¿Los pueblos son acaso » esclavos? y aun, conforme al derecho romano, el » esclavo á quien hallándose enseñado, no se le provea de lo necesario por su señor, se le tenia por » manumitido... Lo que alegan de que un rey no está » sujeto á las leyes, no puede ni debe entenderse » con la generalidad que vociferan los adaladores de » los reyes y los enemigos de las naciones.... Debe, » pues, concluirse que los reyes ó no son hombres, ó » están sujetos y obligados á las leyes divinas y humanas » ó naturales... Véase un libro intitulado: *Droit des magistrats sur les sujets*, publicado en 1550.

(1) *Essais de Montaigne, lib. III, cap. 6.* » Los

de la naturaleza, sino estas mismas leyes naturales aplicadas á los intereses particulares de los pueblos que han de regir; ellas, en suma, no pueden en ningun caso atentar contra la felicidad pública que se proponen asegurar y defender. De aquí proceden con evidencia todos los deberes de los soberanos.

En el capítulo precedente hemos visto los deberes de los pueblos y de sus gefes para con los otros pueblos; ahora vamos á dar una rápida ojeada sobre los deberes de estos gefes para con las naciones que gobiernan; en cuyo examen todo nos probará que la moral prescribe á los príncipes las mismas reglas y los mismos deberes que á los miembros mas oscuros de la sociedad sin que la autoridad suprema haga mas que establecer estos indispensables deberes á un mayor número de objetos. Si cada ciudadano dentro de su corta esfera está obligado por su propio interes, á ser virtuoso, el soberano está obligado en la dilatada esfera que le rodea, á desplegar con mayor energía las virtudes de su estado: sus acciones influyen no solamente sobre su nacion, sino tambien sobre los otros pueblos de la tierra: los delitos y vicios del particular tienen unas consecuencias limitadas, en vez que los vicios y defectos de los príncipes producen la infelicidad de las generaciones presentes y futuras. Las malas leyes, las resoluciones imprudentes, los procedimientos precipitados son comunmente causa de males y desgracias que se transmiten á la posteridad mas remota.

La virtud, dice Confucio, debe ser comun al labrador y al monarca. La virtud primera y fundamental del soberano, como de todo ciudadano debe ser la justicia; esta hasta para mostrarle todos sus deberes, y para descubrirle el camino que debe seguir. La justicia de los reyes no se diferencia de la del ciudadano sino en su mayor estension. El soberano tiene relaciones no solo con su propio pueblo, sino tambien con los otros pueblos de la tierra. Su ambicion, regulada por la justicia, se vé satisfecha egrociendo su poder sobre súbditos felices; no trabaja ni se afana por apoderarse de las provincias ó territorios de los otros, porque halla que es bastante grande cuando reina sobre una nacion que le ama y le respeta. El monarca humano y justo se estremece al solo nombre de la guerra, porque, aun acompañada de la victoria, ella siempre arruina y despuebla un estado. Es fiel á sus tratados, porque la equidad y la buena fé le harán superior á los políticos falaces, enemigos constantes del universo entero. El buen príncipe es pacifico, porque en el seno de la paz puede trabajar libremente en la felicidad de sus ciudadanos.

En el seno de la tranquilidad, un soberano verdaderamente grande puede mostrar su sabiduria, sus talentos y su ingenio: semejante al astro del dia, cuyos rayos iluminan y fecundan todo el globo, el príncipe justo vivifica todos los cuerpos, las familias y los individuos de la sociedad, y mantiene con firmeza la justicia y la igualdad entre todos sus

súbditos. La acepción, el favor, la amistad, la piedad misma, no le impiden en manera alguna sostener invariablemente las reglas de la equidad, que hace iguales al fuerte y al débil; al grande y al pequeño, al rico y al pobre. La beneficencia y la sensibilidad del príncipe no se atienen á solos los individuos, sino que abrazan el estado y el pueblo todo entero: su piedad se enternece no de las quejas y llantos de la codicia que le rodea, sino de la miseria mas cierta y segura de la multitud que no vé, y de las lágrimas de los infelices que comunmente se procuran no lleguen á su noticia. Una justicia permanente é inmutable constituye la beneficencia y la piedad de un monarca, y cuyos ojos su pueblo está siempre presente. El se halla muy seguro de que los ricos y los grandes se abrirán camino para llegar á los pies del trono; mas teme que no lleguen á sus oídos los gritos del inocente y del pobre. Los derechos, la libertad, los bienes y los intereses de todos le son mas respetables que las pretensiones y súplicas de los cortesanos que le rodean. A ninguno concede el funesto derecho de oprimir, porque sabe que no podría sin injusticia atribuírsele á sí propio; sabe que es el defensor y no el dueño de los bienes de sus súbditos: sabe que un impuesto ó tributo es un robo, cuando no tiene por objeto la conservacion del estado. Sabe que una ley ó un edicto no harian nunca legítima una violacion manifiesta de los derechos del ciudadano. Reconoce que los tesoros del estado son y pertenecen

al estado, y que no pueden, sin prevaricacion, ser consagrados á sus propios placeres. Sabe que aun su tiempo mismo no es suyo, sino que pertenece á su pueblo á quien debe todos sus afanes y desvelos; él condenaría en sí mismo, como delitos, una vida muelle, indolente y disipada, y los recreos y diversiones ruidosas para su país. Sabe que la vida de un soberano es molesta y laboriosa, y que no debe ser únicamente destinada á los placeres. Se abstiene sobre todo de los que corromperian evidentemente las costumbres de su pueblo, porque sabe que un pueblo sin costumbres no puede ser bien gobernado. Sabe, en fin, que él es responsable de la conducta de aquellos sobre quienes descarga los pormenores ó partes de la administracion; que sus crímenes se harian suyos; y que él mismo padecería por su negligencia. Destruye y aniquila esos privilegios injustos que hacen á los privados superiores á las leyes, y les permiten emplear su crédito y su fuerza en arruinar la inocencia. Él no cree que todo su pueblo es injusto y falto de razon, cuando se queja de las opresiones de un visir. Su favor desaparece luego que se trata de la justicia, ó antes bien su favor y sus beneficios son guiados por esta misma justicia, la cual le muestra á los ciudadanos mas útiles, mas virtuosos y mas aventajados en méritos, como los únicos dignos de las recompensas, de los empleos y de las gracias. Cualquiera que osa turbar con sus crímenes la felicidad pública, sea de la clase que fuere, es abandonado á la severidad de

las leyes; todo el que se deshonra con sus acciones deja de merecer su gracia; todo el que es negligente en el cumplimiento de los deberes de su estado es privado de su destino, el cual la equidad solo asigna á los que son capaces de desempeñar sus cargos dignamente. En fin, un soberano inviolablemente atenido á la justicia corrige sin dilacion el vicio, mostrándole un rostro severo y temible, y fortifica la virtud, convidándola con los honores.

La moral será siempre inútil en tanto que sus lecciones no estén apoyadas por el ejemplo y la voluntad de los soberanos (1). Los pueblos serán corrompidos mientras los gefes que arreglan sus destinos no conozcan el interés que tienen en ser virtuosos; con poco fruto la religion amenazará á los mortales con la cólera del Cielo para retraerlos de sus vicios y de su perversidad; con poco fruto les prometerá las recompensas infalibles de la vida futura; para estimularlos á la virtud: la voz poderosa de los reyes, las recompensas y los castigos de la vida presente serán siempre los medios mas eficaces para mover á los que, ocupados de sus intereses actuales, solo ligera y débilmente piensan en su futura suerte. La moral bien demostrada puede sí, convencer los espíritus de un pequeño número de gentes que piensan; mas no influirá sobre las acciones de todo un pueblo, sino quando haya recibido la sancion de la autoridad superior.

(1) *Rex velit honesta, nemo non eadem volet.*
Seneca in Thyest.

Todo príncipe amigo de la justicia puede fácilmente atraer á sus súbditos al cumplimiento de sus deberes, hacer que los practiquen con gusto, aleutar el mérito y los talentos, y reformar las costumbres. Los hombres aprecian en tan alto grado el favor de sus señores, conciben tal temor de disgustarlos, y se afanan tanto por merecer su benevolencia, que la virtud del príncipe basta para hacer que crece en poco tiempo la virtud en su imperio, y para establecer con ella la felicidad pública, como su inseparable compañera.

Si la conducta de un monarca sabio y justo desagrada á ciertos malvados cortesanos, á ciertos grandes orgullosos, á los hombres corrompidos que desean aprovecharse de los vicios y de las debilidades de sus amos, esta misma conducta escitará el entusiasmo de un pueblo entero, que no cesará de bendecir á un soberano cuyos beneficios experimentará toda la sociedad. Semejante príncipe se hará el idolo de los ciudadanos; su nombre será pronunciado con los mayores y mas dulces afectos de la ternura; cada uno de sus súbditos le mirará como á su protector y su padre, y él vivirá entre ellos como en el seno de su familia. Sus dias preciosos serán defendidos por su nacion, interesada en conservar en él la prenda de su felicidad. Agasicles, rey de Esparta, decia que un rey no necesitaba de guardias quando gobernaba á sus súbditos como un padre gobierna á sus hijos. Plinio dice á Trajano que nunca un príncipe está mas fielmente guardado que con su virtud y su inocencia.

Un soberano bueno y bienhechor no es aquel que prodiga sin eleccion los tesoros del estado entre la tropa hambrienta de aduladores que le rodean; un príncipe clemente no es tampoco el que perdona los atentados cometidos contra su pueblo; ni un monarca benigno, el que derrama sus gracias entre cortesanos y privados sin mérito, sino aquel que recompensa el mérito con justicia. Un príncipe, cuando es justo, no concede gracias ó favores gratuitos: todos sus beneficios son actos de equidad, con los cuales paga los bienes y servicios hechos á su nacion, en cuyo nombre y á cuya costa distribuye las dignidades, las pensiones y los honores. Un soberano digno de amor no es un hombre fácil, ni un bobo que se deja gozar ciegamente por sus privados ó ministros: un monarca respetable no es el que se distingue con una etiqueta orgullosa, con enormes dispendios, con un lujo desordenado ó con edificaciones y obras suntuosas.

El soberano verdaderamente bueno es aquel que es bueno para todo su pueblo, que respeta sus derechos, y que se vale y sirve de sus tesoros con economía para excitar el mérito y los talentos necesarios á la felicidad del estado. Un príncipe clemente para con los culpados es cruel para la sociedad. Un antiguo decía que *es perder á los buenos el perdonar á los malos*. Un soberano que se deja gobernar por cortesanos aduladores, no sabe jamás la verdad, y tolera el que se haga á sus súbditos desgraciados. Un monarca orgulloso, que pone la gloria solo en un vano aparato, en rui-

nosas prodigalidades, en una magnificencia sin límites, en costosos placeres, ó en crueles é inhumanas conquistas, es un soberano cuya pequeña alma no conoce la verdadera gloria que la virtud sola puede conceder. *Es mucho mas honroso para un príncipe*, dice Plinio á Trajano, *ser tenido en la posteridad por bueno que por dichoso*. ¿Puede tener por feliz y dichoso un príncipe, cuando sus súbditos están sumergidos en la miseria? Un soberano no puede ser poderoso y afortunado, sino cuando funda su grandeza y su poder en la libertad y en el bien de su pueblo.

Al ver la conducta de la mayor parte de los príncipes, pudiera decirse que su estado á nada los obliga: ellos no parece que existen en el mundo, sino para destruirle, esclavizarle, devorar á los pueblos, ó para vivir en continuos placeres y recreos, sin hacer nada útil para las naciones. ¿Es por ventura reinar abandonar las riendas del gobierno á sus favorecidos, mientras que el que debiera gobernar vive en una ociosidad ignominiosa, ó solo piensa en distraer su molesto fastidio con placeres muchas veces vergonzosos, con fiestas ruinosas y con edificios inútiles, todo á costa del sudor y lágrimas de un pueblo asfado para saciar los vicios y la vanidad de un gefe que nada hace en su favor?

¿La necia vanidad podrá tener entrada en el corazón de un monarca? ¿Una pasión tan vil y pequeña no debiera ser desterrada de una alma verdaderamente noble? La verdadera grandeza de los reyes consiste en la felicidad

de los pueblos, su verdadero poder en el ca-
riño y afición de estos, su verdadera riqueza
en la riqueza y actividad de sus súbditos, su
verdadera magnificencia en la abundancia que
ellos hagan reinar. En los corazones de las
naciones es donde los príncipes deben erigir
sus monumentos, mucho mas lisonjeros y dig-
nos de admiracion que no esos soberbios edi-
ficios hechos á costa de la felicidad nacional;
las pirámides de Egipto, que todavia subsis-
ten, los monumentos de Babilonia, que han
perecido, los palacios arruinados de los liganos
de Roma, solo traen á la memoria la locura
de los que los erigieron. Montaigne dice con
mucha razon que, «es una especie de pusil-
«lanimidad en los monarcas, y una prueba
«de falta de atencion á los deberes de su es-
«tado, el trabajar únicamente en distinguirse
«por medio de dispendios enormes (1).” *El
mejor rey, y mas grande, dice Zoroastro, es
aquel que hace la tierra mas fértil (2).*

Los ayos y preceptores de los príncipes, en
vez de mostrarles la gloria en la guerra, en
las injustas conquistas, en un fausto brillante,
en frívolos y excesivos dispendios, debieran
habituarlos desde la infancia á combatir sus
caprichos, proponiéndoles la conquista de los
corazones de sus súbditos como el objeto á
que deben dirigirse todos sus deseos. En lu-
gar de hacer insensibles á los príncipes, en

vez de enseñarles á menospreciar á los hom-
bres, sus maestros debieran mover su imagi-
nacion con la pintura poderosa de las mise-
rias á que tantos millones de sus semejantes
están condenados para que ellos vivan en el
lujo y la ostentacion. Los pueblos y sus sobe-
ranos serian mucho mas felices, si, en lugar
de persuadir á estos á que son dioses ó cria-
turas de un orden superior, se les repitiese
de continuo que son hombres, y que sin este
mismo pueblo despreciado serian infelices y
miserables.

Carneades decia que los hijos de los princi-
pes nada aprendian con tanto cuidado como
el arte de montar á caballo, porque en todo
otro estudio cada cual les da la preferencia,
en lugar de que el caballo no es tan atento y
cortesano, pues lo mismo tira al suelo á un
hijo de un rey como al de un villano. El em-
perador Segismundo decia que todo el mundo
se abstenia de egercer un oficio que no habia
aprendido, y que solo el oficio de rey, el mas
difícil de todos, se egercia sin saberse. Sin
embargo, el gran Cicero confesaba que á nin-
gun hombre toca el mandar, si no es mejor
que aquellos á quienes manda (1). No hagais
ó presumas de príncipe, dice Salon, si no has
aprendido á serlo. Aprende á gobernarle á
ti mismo, antes de gobernar á los otros.

(1) *Essais*, lib. III, cap. 6.

(2) Véase el *Zend-avosta*, ó el libro sagrado de
los *Parais*.

(1) Plutarco, *Dichas notables de los príncipes*.
En otro punto dice que gobernar un estado y ser si-
lenciado es una misma cosa. Platon decia que es difí-
cil mundar y ser hombre de bien.

La educación de los hijos de los reyes, muy lejos de ilustrarlos y de darles un corazón sensible, solo parece que se propone sofocar en ellos las semillas de la justicia y de la humanidad: no se les habla sino de combates y conquistas: sus conversaciones no se refieren mas que á su grandeza y á la pequenez y miseria de los demás; se les muestra á los pueblos como unos viles rebaños de que pueden disponer á su antojo, quitarles el pellejo y devorarlos impunemente. Se les dice que ellos no deben dar oídos á sus quejas y lamentos, como importunas, molestas y destituidas siempre de razon. He aquí por que los príncipes son raras veces equitativos y sensibles. De este modo se los forma unos ídolos inaccesibles á sus súbditos, sobre quienes, sin saberlo ellos, se egercen las mas extrañas crueldades: así tambien se los hace ingratos que niegan constantemente al mérito sus justas recompensas, prodigándolas á la bajeza y la adulacion. En fin, de esta manera, en el seno de los placeres, de la pompa y de las diversiones, los soberanos viven en una embriaguez continua, adormecidos en una fatal seguridad, que tarde ó temprano los pierde infaliblemente (1).

(1) Cuando la guerra de Luculo contra Mitridates, los generales de este monarca le ocultaron que el ejército, en que él mismo se hallaba en persona, padecía la mas cruel hambre. El primero que anunció al rey Tigranes la aproximacion de este mismo ejército, fué degollado por mandato de este príncipe. Pleranco, Vida de Luculo.

La naturaleza, siempre justa en sus castigos, no perdona á ninguno de cuantos desconocen sus leyes. Los malos príncipes hacen á sus súbditos infelices, y las infelicidades de los súbditos recaen necesariamente sobre sus injustos señores. Las provincias agotadas con guerras inútiles, solo presentan labradores desalentados con el rigor de los impuestos. El comercio desaparece por las trabas que se le ponen á cada paso. Un gobierno negligente acude siempre á las violencias y degenera en tiranía. Los caprichos del soberano se multiplican á lo infinito; porque, á falta de ocuparse en el cumplimiento de sus deberes, necesita forzosamente de placeres y diversiones continuas, las necesidades y las demandas del príncipe crecen en la misma proporcion que su reino se agota y que sus medios se disminuyen: los impuestos se duplican á medida que los pueblos se empobrecen: en fin, es indispensable entonces recurrir á todo género de estorsiones, á la perfidia y al fraude, acabando de arruinar enteramente un estado oprimido por un gobierno delirante. Así el despota, cada dia mas codicioso y miserable, no conoce ya freno ni medida, y reina solamente sobre esclavos sin vigor y sin industria. La conciencia entonces atormenta al tirano sobre el trono mismo; él sabe que se ha grangeado un odio universal; de todo teme y se recobra; no ve sino enemigos en cuantos le rodean; concibe el mayor temor de su pueblo, oyo amor y

ternura ha despreciado. Inquieto y receloso, es cruel y feroz; en fin, la tiranía estrama produce levantamientos populares, rebeliones y motines, de los que el tirano es la primera victima. De la esclavitud á la desesperacion apenas hay un paso.

Déspota se llama un soberano que profiere su capricho á la justicia, y su interes personal al interes de la sociedad. Semejante soberano tiene la locura de creer que él solo compone el estado, que su nacion es nada y y que la sociedad toda entera está destinada únicamente por el Cielo para servir á sus caprichos. El tirano es todo príncipe que pone en rigorosa práctica los principios del despotismo, y que creyendo hacerse feliz á si mismo, hace á todo su pueblo infeliz y desgraciado. Mas se hace él por ventura feliz? No; que vive lleno de turbacion y de inquietudes. *Es inevitable*, dice un antiguo, *que aquel que se hace temible á muchas gentes viva en un continuo miedo* (1). Los tiranos, dice Plutarco, *temen á sus súbditos; mas los buenos príncipes temen por sus súbditos*. Nin-

(1) *Necesse est multos timere, quom multi timeant.* Publ. Syr. Sent. — Ayato hizo que Lisidas, tirano de Megalópolis, renunciase el poder que habia usurpado, manifestándole los peligros y las inquietudes que á continuó le acompañaban. Plutarco, *vida de Ayato*.

Lo primero que hizo Numa, al subir al trono, fué despelle la compañía de sus guardias; porque, dice Plutarco, *no queria ni desconfiar de los que se fiaban de él, ni ser rey de los que ningunam confiaban le dispensaban*. PLUTARCO *vida de Numa Pompilio*.

gun poder sobre la tierra puede por largo tiempo ser tiránico con impunidad y sosiego.

Apetecer el despotismo es apetecer los medios de hacer mal á los otros é infeliz á si mismo. El tirano es desgraciado, puesto que gobierna á infelices con un cuchillo penetrante y agudo con que se hiere á sí. No hay poder alguno firme y seguro, si no se somete á las leyes de la equidad (1). Mas una inclinacion natural en todos los hombres, y que todo contribuye á fortificar en los príncipes, los hace apetecer un poder ilimitado; estos detestan y aborrecen todos los obstáculos que su autoridad puede encontrar: los príncipes mas débiles y los mas incapaces son los mas celosos en esto; no hay cosa que mas los incite y los despierte que el hablarles de la estension de su poder. Todos se creen desgraciados cuando no pueden satisfacer sus caprichos; todos anhelan al despotismo como el único medio de lograr la suprema felicidad; siendo así que este despotismo solo pone en sus manos los medios de arruinar á sus súbditos, y de sepultarse con ellos bajo las ruinas del estado. El poder absoluto fué y será siempre la causa de la decadencia y de las desgracias de los pueblos, de que tarde ó temprano llegan á participar los mismos reyes.

Esta verdad, confirmada por la esperiencia de tantos siglos, es ignorada de la mayor par-

(1) *Et demum tuta est potentia, que viribus eius modum imponit.* Publ. Paucy.

de los que gobiernan el mundo; y los ministros complacientes y aduladores, cuyo objeto es aprovecharse de la negligencia y depravacion de sus monarcas; la ocultan de ellos con cuidado; sus almas viles é interesadas son efectivamente las verdaderas causas de la ignorancia de los príncipes y de las desgracias de las naciones. Estos aduladores son los que forman los tiranos; y estos tiranos son los que corrompiendo las costumbres de los pueblos, hacen la virtud tan difícil y rara. Con razon dice Polibio que *la tiranía es culpable de todas las injusticias y de todos los delitos de los hombres.*

Seguramente, la tiranía, siempre injusta, solo es servida á su gusto de hombres sin costumbres y sin probidad; de esclavos vilmente dominados del unas, sordido interes, quienes bajo príncipes codiciosos y corrompidos se hacen los únicos repartidores de las gracias, de las dignidades, de los honores, y de las recompensas. Estos no muestran su benevolencia sino á hombres como ellos; temen al mérito y á la virtud, porque les causan confusion y vergüenza. Por el descaido ó la injusticia de un mal gobierno, una nacion entera forzosamente ha de llegar á pervertirse; escluida la virtud del favor y de los empleos, es menester renunciar á ella para lograr fortuna; es necesario irse con el tormento, que siempre encamina al mal. La moral se inutiliza y pervierte bajo un gobierno despótico, en el qual todo ciudadano virtuoso debe necesariamente disgustar al príncipe y á los que gobiernan

en su nombre. El tirano, para reinar, no necesita talentos ni virtudes, sino soldados cadenas y calabozos. Un tirano es por lo común un autómató, un ídolo de piedra, que se mueve al impulso que le comunican los esclavos hábiles y mañosos que se han apoderado del mando. Un despota que ha reducido su país á la esclavitud, viene á ser un vicio y miserable esclavo, que ni aun coge los frutos de su funesta tiranía.

La ciencia mas esencial á que desea gobernar con sabiduría es, según Plutarco, *hacer á los hombres capaces de ser bien gobernados.* Las costumbres de los soberanos deciden necesariamente de las costumbres de los súbditos. Dispensadores de los bienes, de los honores y dignidades que los hombres, desean pueden á su voluntad inclinar los corazones al vicio ó la virtud. Las córtes sirven de norma á las ciudades: las ciudades corrompen los campos; y he aquí como de unos en otros los pueblos se imbuyen de las preocupaciones, de las vanidades, del lujo, de las fruiderías, de las locuras y de los vicios que infestan las córtes. Los soberanos dan en todo y por todo el primer impulso á las voluntades de los grandes, comunicando estos á las otras clases el impulso primero que han recibido; si este encamina al bien, las costumbres pronto se verán reformadas y buenas.

Todo el mundo conviene en que el lujo, esta emulacion fatal de la vanidad, es debido principalmente al fausto de los soberanos y de los grandes, á quien cada uno procura

mas ó menos imitar: este mal tan peligroso parece ser inherente al gobierno monárquico, y sobre todo al despotismo, en que el príncipe transformado en una divinidad quiere imponer respeto á sus esclavos con el fanatismo que los delirio fatal se han ideado repetidas leyes como capaces de reprimir las; mas estas leyes, por lo comun, han sido infructuosas. La mejor de todas las leyes suntuarias para un estado será siempre un príncipe frugal, económico, y enemigo del fausto y de la vanidad. Permitiendo el lujo á los grandes y prohibiéndole á los pequeños, no se hace mas que irritar la vanidad de estos, que poco á poco triunfa de las leyes mas severas.

Nada seria mas importante para la felicidad de los pueblos, que el inspirar desde muy temprano á los que deben reinar en ellos el amor á la virtud, sin la cual no hay prosperidad alguna en la tierra. Pero las máximas de una política injusta, cuyo objeto es ejercer impunemente una libertad desenfrenada, ocupan en los soberanos el lugar de la sabiduría y de la moral: así los intereses de los gefes jamás están de acuerdo con los del cuerpo social. Estraña política seguramente, por la cual los que están destinados á hacer observar los deberes de la moral, se ocupan de continuo en violarla y romper los vínculos que deberían unirlos mas íntimamente á sus conciudadanos!

Privar á la virtud de las recompensas y de los honores que le son debidos es, dice Ca-

ton, extirpar de la juventud las virtudes. Mas alejar la virtud de los primeros destinos, romper á los hombres para sojuzgarlos y dividirlos entre sí á fin de avasallarlos á todos, es á lo que se reducen los principios de una política odiosa, inventada claramente, no para la conservación, sino para la disolución de un estado. Según tales máximas, los soberanos se hacen necesariamente los enemigos de sus súbditos, debiendo declarar una guerra cruel á la razón que podria ilustrarlos, y á la virtud que pudiera unirlos con los otros: vale mas, pues, oegarlos y corromperlos, tenerlos en una infancia perpetua, é inspirarles vicios capaces de fomentar las mayores discordias entre ellos, para impedir el que se reúnan contra los que tan cruelmente los oprimen. La virtud necesariamente debe ser detestable á cuantos gobiernan sin justicia. La moral tampoco puede ser conveniente á los esclavos: el esclavo no debe conocer mas virtud que la de la obediencia (1).

Los cortesanos, siempre estremados en sus adulaciones, han intentado deificar á sus mo-

(1) «Consultando los soberanos solo á su propia seguridad, y no á la razon y á la justicia, debieran proponerse mandar y regir mundas de carneros, de bueyes y de caballos; pero no á hombres en sociedad..... Un tirano, que mas quiere mandar á esclavos que á verdaderos hombres, se asemeja á mi parecer, al labrador que mejor quisiese coger langostas ó aves que no buen trigo y cebada.»

narca; pero es facil de conocer que sus esfuerzos han sido defectuosos, si con ellos pretendieron justificar su servidumbre, y ennoblecen su fama. Ademas de que ellos son los sacerdotes de los dioses que crea su ceguedad ó su codicia.

Una politica mas sana y mas útil prescribe que los soberanos se consideren hombres y ciudadanos, y que nunca separen sus intereses de los de sus súbditos: de la reunion de estos intereses resulta la concordia social, y la felicidad, de la cabeza, y de los miembros. El príncipe solamente es verdaderamente grande y poderoso cuando está sostenido por el afecto y cariño de su pueblo: el pueblo es siempre desgraciado si el soberano rehúsa ocuparse en su felicidad. Eleas, rey de Escitia, decía que cuando estaba ocioso no se diferenciaba de su mozo de caballos. Una vida holgazana y disipada es siempre vergonzosa y criminal en un rey, cuyo tiempo pertenece á sus súbditos.

Para gobernar de un modo que haga felices á las naciones, no es menester ni un trabajo excesivo, ni unas luces extraordinarias, ni un talento maravilloso: bastan la rectitud, la vigilancia, la firmeza, y los buenos y eficaces deseos. Un alma demasiado viva y exaltada puede algunas veces carecer de prudencia, un buen corazon es regularmente mejor y mas á propósito para gobernar á los hombres, que un talento ó un entendimiento muy elevado y penetrante. No exijan, pues, las naciones de sus gefes talentos sublimes y raros, ni cuali-

dades difciles de encontrar. Cualquier hombre de bien tiene lo que se necesita para gobernar un estado: todo príncipe que desea sinceramente el bien de sus súbditos hallará con facilidad cooperadores que le ayuden: él fomentará en su corte una noble emulacion entre los talentos y el mérito, no menos útil á sus intereses que á los de sus súbditos. Todo monarca que quiera conocer la verdad hallará muy pronto las luces necesarias para gobernar con sabiduria; en fin, todo soberano que aprecie y se atenga fuertemente á la justicia la hará reinar en sus dominios y respetable á sus vasallos. La justicia y la fortaleza son las virtudes de los reyes.

La vana pompa que rodea á los soberanos, la facilidad y prontitud con que son ejecutadas sus órdenes, las diversiones continuas que se les presentan, y los placeres en que se encuentran engolfados, hacen que el vulgo los tenga por los mas felices de los mortales: en una palabra, un error muy comun da por supuesto que el poder supremo trae siempre consigo la suprema felicidad. Pero la vida de un soberano que cumple con sus deberes es activa, laboriosa, vigilante, incesantemente ocupada: la de un príncipe ocioso, disipado y enemigo del trabajo es un fastidio perpetuo. Todo monarca justo y sensible vive sujeto á una ocupacion y cuidado continuo. El soberano que no se digna atender á sus propios negocios, se espone á todos los males que resultan de la falta de conducta ó de la perversidad de sus ministros, que por su ignorancia no

puede elegir bien. Los reyes tienen tanto y mas que temer de sus amigos que de sus enemigos; ó, mas bien, no tienen nunca amigos, sino aduladores y hombres viciosos, solo afectos á su persona por un sórdido interes ó por la vanidad; además, no teniendo iguales, ni teniendo necesidades algunas, los príncipes no gozan ni de las dulzuras de la amistad, ni de los encantos de la confianza, ni de los mas grandes placeres de la vida social: se ven privados de estos bienes por la enorme distancia que el trono pone entre ellos y sus súbditos, aun los mas distinguidos; estos se hallan siempre oprimidos y violentados en presencia de un señor, en la que á nada se pueden atrever. De donde se infiere claramente que la alegría, que siempre supone libertad, seguridad, confianza é igualdad, no puede habitar ni manifestarse en la corte de los reyes. En medio de un festin fué donde el grande Alejandro asesinó á Clito, á quien tenia por su mayor amigo (1).

En fin, la mayor infelicidad, inseparable de la condicion de los reyes, es no poder saber casi nunca la verdad. Esta se les oculta, sobre todo cuando es amarga, es decir, cuando es mas importante saberla. *Algunos príncipes dice Gordon, se han visto destronados antes de saber que no eran amados de sus pueblos* (2).

(1) Este príncipe decia que *Estestion amaba al rey, pero que Clito amaba á Alejandro.*

(2) Véase el discurso preliminar de su traducción de Tácito.

Esto es lo que sucede principalmente á los soberanos absolutos, á los desputas, á los tiranos, á quienes sus pasiones indómitas no permiten jamás que se les hable con sinceridad: no acostumbrados á que se les contradiga, todo lo que se opone á sus caprichos basta para provocar la cólera de estos niños imprudentes que desean poderlo todo impunemente. Los príncipes, cuyo poder es limitado, son los que debieran tener el mayor interes en conocer las verdaderas disposiciones de sus súbditos; porque, no pudiendo estos hacer que lleguen al trono sus quejas, se esplican con motines, revoluciones y asesinatos; en que el tirano suele ser la primera víctima.

He aquí, pues, la felicidad suprema á la que conduce el poder sin límites que los príncipes desean con tanto ardor, y sin el cual se tienen por desgraciados! Este poder los priva de la confianza, de los consejos, de los auxilios y de los consuelos que proporciona la amistad. El monarca que pretende ser justo, debe armarse doblemente contra las seducciones de sus privados, y temer que su afecto hacia ellos no le haga pecar contra la justicia universal que debe á todos. Del pueblo es de quien debe ambicionar la amistad; al pueblo es al que debe oír para saber la verdad; sobre el pueblo debe fundar su propia seguridad, y en el bienestar del pueblo debe establecer su propia grandeza, su gloria y su felicidad; á los que le proporcionan estos bienes y ventajas, es á quienes el príncipe debe mirar como á

sus amigos. Teopompo decia que un gran rey es aquel que permite á sus amigos decirle la verdad, que hace justicia á sus vasallos y que observa las leyes.

Cualquiera que sea la forma de gobierno que adopte una nacion, los deberes y los intereses de sus gefes serán siempre unos mismos. La política y la moral exigen que en un gobierno aristocrático, un necio orgullo, un vano espíritu de cuerpo, una terca y obstinada adhesión á prerrogativas injustas, no le hagan jamás bollar los derechos de la patria. Nada mas incómodo y molesto, en las aristocracias, ni mas insoportable á los pueblos, que la vanidad pueril de los nobles y de los magistrados ó soberanos colectivos. Estos han de distinguirse en la decencia y gravedad de sus costumbres, en su probidad, su afabilidad, su modestia y su equidad, cualidades mucho mas capaces de hacerles queridos y respetados, que no una gravedad insociable que los hará odiosos y aborrecibles á sus conciudadanos, y que nunca debe tener lugar en los gobiernos republicanos.

Dejen, pues, los gefes de la aristocracia á los esclavos favorecidos del despotismo la vanagloria de distinguirse por su altanería y su insolencia, y distingáanse ellos por su bondad, su moderacion y su integridad. La arrogancia y el orgullo deben ser desterrados de los países donde se goza de alguna libertad. La aristocracia debe hacer mucho aprecio del pueblo, y no mirarle con los mismos ojos que la monarquía que solo distingue á sus nobles,

ó que el despotismo que desprecia igualmente al vil rebaño que destruye y aniquila.

En una palabra, todo gobierno republicano supone una cierta igualdad entre los ciudadanos igualmente sujetos á las leyes. Los magistrados en él son gefes, sin dejar por esto de ser ciudadanos: de donde se sigue que sus modales altaveros son mas chocantes y mas importantes al pueblo que bajo la monarquía, acostumbrada á sufrir y tolerar la insolencia y el desprecio de los grandes, y de cuantos gozan de algun poder. En todo estado bien constituido, ningun ciudadano tiene derecho de ser insolente. Esos aristócratas, tan celosos de su autoridad y tan desconfiados, se ahorrarian de muchos dispendios, molestias y disgustos, si se dignaran recordar que son ciudadanos, y no déspotas ó tiranos; que la vanidad solo es buena para hacerse abominables, y que esta produce de continuo enemigos y descontentos, cuya cólera revienta á veces en fatales y terribles revoluciones (1)

(1) La excesiva emulacion del poder, dice Tito Livio, y la terca obstinacion de no decaer en lo mas mínimo de su grandeza, en uno de los órdenes de una república, produce muchas veces grandes é inútiles disputas, funestas al mismo orden. *Nimium unius ordinis respública, in sua dignitate sibi retinenda, nullique alii communicanda sollicitudo, magnas super, easque inútiles, et ipsimet illi ordini exiliales contentiones parit.*

» El pueblo, dice Plutarco, mira siempre como el mayor honor el no ser despreciado de los grandes. *Vida de Nicías.*

De esta verdad hallamos pruebas en la historia de la mayor parte de las aristocracias antiguas, las cuales por lo comun degeneraron en verdaderas tiranías. La historia romana nos ofrece un senado orgulloso, avaro, celoso de sus prerrogativas usurpadas, perpetuamente quejoso de la plebe, á la cual se arrogaba el derecho de abatir, de vejar con usuras, de oprimir de mil modos, y de enviarla á morir en guerras extranjeras cuando le era molesta. Bien pronto la division entre los gefes de esta república siempre armada produjo facciones crueles y se encendieron espantosas guerras civiles: los ciudadanos se armaron los unos contra los otros; y por último, tras las sangrientas disputas y contiendas de Mário y de Sila, el ambicioso César, apoyado en la faccion del pueblo, se elevó sobre las ruinas del estado, estableció el despotismo de uno solo en lugar del despotismo de los magistrados, y dejó el gobierno abandonado á una larga serie de monstruos, que únicamente parece que se disputaron quien cometeria mayores crímenes y mas grandes infamias. La nobleza romana vino á ser sobre todo el objeto de la crueldad de los Calígulas y de los Neronés: mientras que estos monstruos acariciaban al pueblo ó le divertian con espectáculos, hacian correr la noble sangre de senadores y de patriotas, cuyo linage causaba recelo á su tiránica ambicion. En una palabra, el orgullo de un senado discordante puso fin á la república mas poderosa que hubo jamás en el mundo. *Los grandes, dice Solon, destruyen las ciudades, y la im-*

prudencia del pueblo las precipita en la esclavitud.

Las democracias ó gobiernos populares no perecen comunemente tan pronto sino por la injusticia, el desenfreno, los celos y la envidia del pueblo, que con el poder se hace insolente. Un populacho arrogante, lisonjeado por sus demagogos, es ordinariamente el mas cruel de los tiranos; así sacrifica la virtud misma á su envidia, á su capricho y al bárbaro placer de hacer sentir su poder á los ciudadanos que debería querer y respetar; y comete el crimen sin remordimientos, porque no reflexiona, y porque además la vergüenza desaparece entre la multitud de los culpados. La ingratitud de los Atenieses con Aristides Cimón y Focion, hace que ninguno se compezea ni lamenta de un pueblo vano y perverso en la pérdida entera y absoluta de su libertad, que ni apreció ni supo usar (1). Sócrates dice, segun Platon, que la democracia es el imperio de los malos sobre los buenos. *La multitud, cuando egerce la autoridad, es mas cruel aun que*

(1) La ingratitud de los Atenieses para con Pericles en pretender que diese cuenta de su administracion, hizo que este hombre célebre suscitase la guerra del Peloponeso, que fué causa de la destruccion de todas las repúblicas de Grecia. Temístocles decía á los Atenieses: «O miserables! porqué os fatigáis en recibir beneficios de unas mismas personas?» Plutarco observaba con mucha razon, que en las revoluciones de la democracia el mas perverso es regularmente el que prospera y el que se eleva al mas alto grado. PLUTARCO, *Vida de Nicías.*

los tiranos. A un despota le contienen á veces el temor, la vergüenza y los remordimientos; pero un pueblo tirano, enfurecido y agitado de sus pasiones, no conoce ni miedo ni pudor.

CAPITULO III.

Deberes de los súbditos.

Todo gobierno justo egerce, como se ha visto, una autoridad legitima, á la que un ciudadano virtuoso está obligado á obedecer; mas el gobierno injusto egerce un poder usurpado. Bajo el despotismo y la tiranía no hay autoridad, no hay mas que usurpacion y ladrocinio público: la sociedad se ve forzada á sufrir el yugo que le imponen el crimen y la violencia; su misma opresion le impide proporcionar á los ciudadanos los bienes y ventajas que se obligó á asegurarles en el pacto social: un mal gobierno aniquila este pacto; é impidiendo á la sociedad el cumplimiento de las obligaciones que ha contraido con sus miembros, los exquera á estos de las que han contraido con ella.

Para que la sociedad tenga derecho de exigir el buen afecto de sus miembros, debe mostrar un grande y tierno interes por todos: ella no se obliga á que todos los ciudadanos sean igualmente felices y poderosos; pero sí á protegerlos con igualdad, á preservarlos de la injusticia, á darles la seguridad necesaria para

sus empresas y trabajos, y á récompensarlos con proporcion á los servicios que la hagan. Con estas condiciones los ciudadanos pueden amar su patria, interesarse en su bien, y contribuir fielmente á su conservacion y felicidad. Mas cuál será el amor de la patria en un gobierno tiránico? Exigirle de un esclavo sería evidentemente pretender que un preso amase su prision y sus cadenas. El amor de la patria, en un país sujeto á la tiranía, solo consiste en una aficion servil á los tiranos, de quienes el esclavo espera recibir los despojos de sus conciudadanos: en una constitucion como esta, el hombre verdaderamente afecto á su país es reputado por rebelde, por un mal ciudadano, por enemigo de la autoridad (1).

Los hombres, gobernados casi de continuo por vanas ideas y palabras, imaginan que todo lo que lleva la señal ó el sello del poder debe ser ciegamente obedecido, y no ven que la autoridad legitima (esto es, la que reconocida legalmente por la sociedad contribuye al bien de ella) es la única que tiene derecho de hacerse obedecer; no ven tampoco que la autoridad que es injusta pierde todo derecho de obligar á los hombres, reunidos para gozar de las ventajas de la equidad y de la proteccion

(1) Aquella ciudad, dice Plutarco, está bien gobernada,.... en que los que no son oprimidos ni ultrajados aborrecen y persiguen tan rigorosamente al que ha cometido una opresion ó ultraje, como la misma persona ofendida y ultrajada.

de las leyes. Ninguno, dice Ciceron, debe obedecer á los que no tienen derecho de mandar. La tiranía es detestada por todo buen ciudadano, sus órdenes solo pueden ser ejecutadas por los esclavos corrompidos que procuran aprovecharse de las desgracias de su patria. Un sórdido interés y un temor vil, mas no el cariño y el aprecio, pueden ser los móviles de la obediencia forzada del ciudadano, que necesariamente ha de aborrecer en su interior una autoridad dañosa, bajo la cual está condenado á llorar su destino. Los Griegos, segun Plutarco, miraban el gobierno despótico de los Persas como indigno de mandar á los hombres.

En fuerza de estas reflexiones tan sencillas no debemos admirarnos de que la mayor parte de las naciones estén llenas de ciudadanos indiferentes á la suerte de la patria, faltos de toda idea de bien público y únicamente ocupados en sus intereses personales, que nunca se refieren á los de la sociedad en que viven: los intereses de esta nada efectivamente tienen de común con los de la mayor parte de los miembros que la componen. No se encuentran leyes algunas que establezcan una justicia exacta entre los ciudadanos; y las naciones se dividen en opresores y oprimidos. Las preocupaciones injustas, las vanidades despreciables, los inieus privilegios ponen en perpetua discordia las diferentes clases del estado; un fatal espíritu de cuerpo usurpa las veces del espíritu público y del patriotismo. Los ricos y los grandes se arrogan el derecho de vejar

á los pobres y á los pequeños; el noble desprecia al plebeyo; el militar solo reconoce la fuerza, y únicamente obedece la voz del despota que le paga; el magistrado solo piensa en las prerogativas de su cargo, y cuida poco de los derechos de sus conciudadanos; el sacerdote solo se ocupa en las inmunidades de su estado. Así los intereses discordantes de los hombres se oponen de continuo al interes general, y destruyen lastimosamente la armonía social. El despotismo se vale astutamente de estas divisiones continuas para sojuzgar la justicia y las leyes; fomenta las discordias hace que sus hechuras se aprovechen de las calamidades de la patria; y ofuscados con unos favores engañosos, aquellos mismos que debieran mostrarse los mejores ciudadanos, solo aspiran á obtener el crédito y poder de oprimir y dañar: ellos trabajan y se afanan para aumentar y fortalecer la autoridad fatal, bajo quien la nacion entera será tarde ó temprano oprimida é infeliz. Los pobres y los débiles, abrumados perpetuamente de la injusticia de los poderosos y grandes, á los cuales ven únicamente prosperar, se hacen sus enemigos, y se vengan con crímenes de la parcialidad del gobierno, que se muestra solamente pródigo y bienhechor con los felices de la tierra, y olvida á los desdichados.

Es necesario repetirlo: todos los ciudadanos de un estado están igualmente interesados en que reine en él la equidad. No hay un solo hombre que, siendo racional, no deba temblar al ver oprimido por la violencia al

mas infimo de sus conciudadanos. La opresion, despues de haber hecho sentir sus efectos á las infimas clases del pueblo, los hace, tambien experimentar por ultimo á las clases mas elevadas. Los cuerpos mas poderosos, si la discordia los desune entre sí, solo pueden oponer una débil barrera á la tiranía, que corre sin detenerse al logro de sus fines. Todos los cuerpos, todas las familias, todos los ciudadanos tienen un solo interés, que es el verse gobernados por leyes justas y equitativas; mas estas no son tales sino cuando protejen igualmente al grande y al pequeño, al rico y al pobre. El buen ciudadano es aquel que dentro de su esfera contribuyé de buena fé al interes general, porque reconoce que su interés personal no puede separarse de aquel sin peligro y daño de sí propio: Verdad que haremos conocer recorriendo los deberes de todas las clases en que se hallan divididos los ciudadanos de un estado.

Un gobierno merece el renombre de bueno cuando es justo para con todo el mundo: este es el que puede formar buenos ciudadanos; este solo tiene derecho de esperar de parte de sus súbditos la aficion, el cariño, la fidelidad, los sacrificios generosos, en una palabra, el puntual cumplimiento de los deberes de la vida social. La autoridad legitima es únicamente la que puede ser amada, obedecida y respetada; ella sola inspira á los hombres el dulce amor de la patria, el cual no es otra cosa que el amor de su seguridad y de su prosperidad.

Todo el mundo tiene en la boca este adagio:

Aquella es mi patria donde me va bien (1); de donde resulta claramente que no es patria donde se vive bajo la opresion, sin esperanza de ver uno terminar sus trabajos. El ciudadano debe soportar con paciencia los inconvenientes inevitables de la vida social; y participar con sus conciudadanos de las calamidades pasajeras que estos experimentar; mas tambien él puede renunciar su sociedad luego que ve y siente que esta le niega constantemente las ventajas que debia prometerse. No es patria aquella donde no hay justicia, buena fé, concordia ni virtud. Sacrificar sus intereses, sus bienes y su vida por los tiranos, es sacrificarse, no por su patria, sino por sus mas crueles enemigos. *El buen ciudadano, dice Cicerón, es aquel que no puede tolerar en su patria un poder que pretende hacerse superior á las leyes* (2).

El ciudadano solamente debe obedecer á las leyes; y estas leyes, como hemos visto, no pueden tener otro objeto que la conservacion, la seguridad y el bienestar, la union y el reposo de la sociedad. El que obedece ciegamente á los caprichos de un déspota no es ciudadano, sino esclavo. No hay ciudadano bajo el despotismo, ni ciudad para los esclavos (3). La patria para estos no es mas que una dilatada prision, guardada por satélites, bajo el rigor de un carcelero cruel é insensi-

(1) *Ubi bene, ibi patria.*

(2) *Bonus civis est qui non potest pati eam in sua civitate potentiam que supra leges esse velit.*

(3) *Servorum nulla est civitas. Publ. Syri Sentent.*

ble. Estos satélites son unos mercenarios, cuya obediencia es una verdadera traicion. *Nasda*, dice Ciceron, es mas contrario a la equidad, que los hombres armados y reunidos, nada mas opuesto a la justicia que la violencia (1). La verdadera ciudad, la verdadera patria, la verdadera sociedad es aquella, donde cada uno goza de sus derechos sostenidos por la ley. Dónde el hombre es mas fuerte y poderoso que la ley, la justicia se ve obligada a callar, y la sociedad no tarda en disolverse. Pausanias, rey de Esparta, decía: es necesaria que las leyes sean reinas, y señoras de los hombres, y no los hombres de las leyes. Solon decía tambien, que para que dure un imperio, es menester que el magistrado obedezca a las leyes, y el pueblo a los magistrados. En fin, Platon dice que los mejores principes son aquellos que con mas fidelidad obedecen a las leyes. Dónde quiera que, añade, la ley es la que manda y los magistrados los que la obedecen, allí se ven prosperar las ciudades, y abundar todos los bienes que pueden conceder los dioses; en vez de que donde el magistrado manda y la ley calla y obedece, no puede esperarse sino ruina y desolacion.

Mas, para poder arreglar la conducta de los soberanos y de los súbditos, las leyes deben ser justas y conformes al bien público, al bien

de la sociedad, á las necesidades y á las circunstancias particulares. Las leyes que no tuviesen por objeto sino los intereses personales del soberano ó de sus favoritos, serian injustas y contrarias al bienestar de todos. Las leyes tiránicas no pueden ser respetadas, como que son hechas por hombres que no tienen derecho de mandar. El bien público y la equidad natural son la medida invariable de la obediencia que el ciudadano debe á las leyes. Todo el que tiene ideas verdaderas de justicia, puede fácilmente distinguir las leyes que debe obedecer de aquellas á las cuales no podría sujetarse sin ofender su conciencia y hacerse culpable con la sociedad. Ningun hombre que tenga alguna idea de la justicia, ó algun sentimiento de honor, se valdrá de una ley forjada por la tiranía que autorice á ciertos ciudadanos para robar á otros. Ningun hombre, á no estar enteramente ofuscado de un vil y sórdido interes, creará que el soberano pueda conferirle el derecho de enriquecerse á costa y con daño de su patria. Todo hombre de bien renunciará antes á la fortuna, á la grandeza y al crédito, que retener un empleo que no puede desempeñar á gusto del príncipe sino haciendo infelices á sus conciudadanos.

La justicia seria enteramente desterrada de la tierra, si las órdenes de los príncipes fueran leyes contra las cuales no fuese licito y permitido resistir y reclamar. El cortesano que decía que *el no llegaba á comprender como era posible resistir á la voluntad de su*

(1). *Nihil est cogitati tam contrarium atque infestum, quam convocati armatique homines; nihil tunc tam inimicum, quam vis.* Ciceron, pro Caelina.

señor (1); hablaba como un esclavo oriado, con las máximas del despotismo oriental, según las cuales el sultán es un dios á cuyos caprichos es no delito oponerse, aun cuando sean los más contrarios á la razón. Sin embargo, con oprobio de personas que ocupan las clases mas distinguidas en muchas naciones ilustradas, estos principios odiosos y destructores son la regla de la conducta de muchos grandes, y de la mayor parte de los nobles y de los militares. Pero aun es más, y es que esta misma doctrina ha sido con frecuencia predicada por algunos ministros de un Dios origen y manantial de toda justicia y de toda moral.

¿Qué sería de las naciones, si desgraciadamente inficionadas de estas ideas funestas, los magistrados no tuviesen valor para oponerse á la cólera del soberano, rehusando suscribir á sus arbitrarias voluntades? ¿Qué llegarían á ser los pueblos, si la justicia dependiera de los caprichos variables de un sultán, de un visir, de una favorita, erigidos en leyes por un poder absoluto? ¿En qué se fundaría la autoridad del monarca mismo, si abusando, de ella pudiese destruir la equidad que es la base de su trono, y la que constituye la seguridad de los reyes y de los súbditos?

Así que, los viles aduladores que pretenden

que el príncipe nunca debe retroceder, ni en contrar resistencia alguna á sus voluntades supremas, no solamente son unos malos ciudadanos, sino tambien enemigos del príncipe. ¿No será ciertamente servir con fidelidad al soberano, e le no obedecerle ciegamente cuando sus órdenes son contrarias á sus mismos intereses? Los insensatos son los únicos que pueden prestarse á las extravagancias de un imprudente que se empeña en destruir su libertad, resistir cobardeamente á éste es impedirle que se dañe á sí mismo; obedecerle es hacerse cómplice de su locura y de su ruina.

Todo príncipe que se revela contra las leyes justas, incita á sus súbditos á que se revelen contra él. Todos los que le escitan ó le sostienen en sus empresas temerarias son malos ciudadanos, aduladores infames, que á un mismo tiempo venden traidoramente á su patria y á su jefe. Los que adoptan las máximas de una obediencia ciega y pasiva á las leyes impuestas por el despotismo delirante son, ó estúpidos que desconocen sus verdaderos intereses, ó esclavos que merecen sufrir por toda su vida el peso y la dureza de sus hierros.

Si uno asintiese á las nociones vagas de algunos políticos, llegaría á creer que todos los súbditos de un estado, cambiados en autómatas, debían una obediencia ciega é implícita á todo lo que fuese ley, ó que tuviese la sancion de la autoridad soberana; mas esta autoridad, es siempre justa, infalible, escu-

(1) *Journal hist. de la révolution opérée par le sance-lier de Manypach. Tom. 2.*

ta de pasiones é incapaz de estraviarse? La tiranía, que no es mas que el gobierno de la injusticia sostenido por la fuerza, ¿tiene acaso derecho de fabricar leyes contrarias á la equidad, y estará todo ciudadano obligado á someterse á ellas sin murmurar siquiera? Si estos principios fuesen verdaderos, la sociedad no sería mas que un monton de victimas obligadas á dejarse robar, y á presentar su cuello al cuchillo de los ciudadanos obedientes que el tirano cuidadosamente elegiria para que fuesen sus verdugos.

Distingamos, pues, las leyes que deben ser respetadas y obedecidas por los ciudadanos virtuosos, de las leyes injustas y destructoras que la tiranía, la violencia, la sinrazon y la rutina, la cual nunca razona, han podido establecer. *La justicia*, dice un doctor célebre, *tiene derecho para romper los injustos vinculos* (1). No es el ciudadano el que tiene derecho de juzgar de las leyes de su país; es la justicia, de la que todo hombre sensato es capaz de formar y adquirir ideas firmes y seguras. Las leyes son responsables cuando son justas; ellas deben ser revocadas luego que son contrarias al bien público. *Las leyes*, dice Locke, *son hechas para los hombres, y no los hombres, para las leyes*. Los mayores males de las naciones provienen de las leyes visiblemente injustas, ante las cuales la violencia hace prosternar á los pueblos y que las obe-

dezan ciegamente. *Las leyes*, dice Montaigne, *conservan su crédito, no porque sean justas, sino porque son leyes* [1].

El respeto debido á las leyes solo puede fundarse en la equidad de las mismas leyes, á las cuales, por su mismo interes, todo ciudadano, debe obedecer y mantenerlas. *Las leyes*, decia Demouax, *son inútiles para los buenos, porque los hombres de bien no las necesitan, y tambien para los malos, porque estos no son mejores con ellas*. Sócrates, que llevó hasta al fanatismo la sumision á las leyes de un pueblo ingrato y vano, y que quiso ser mártir de ellas, fué injusto consigo mismo, si él hubiese salido de su prision, habria, escusado á los atenienses un crimen que los ha cubierto de una infamia eterna.

La moral no tendria principios algunos constantes y seguros, si todas las leyes, muchas de ellas insensatas y criminales, debieran ser mas respetadas que la voz de la naturaleza ilustrada por la razon. Si se estienda la vista por todos los países de la tierra, se sorprende uno al ver que los mayores delitos, han sido no solo aprobados por las leyes, sino prescritos por ellas. En todos los estados despóticos, no se vé, por lo comun, sino caprichos de tiranos consagrados con el nombre de leyes. ¡Pueblos hay que han creído lícito el parricidio! [2] Los Cartagineses estaban

(1) Esprit, lib. III, cap. 13.

(2) Elías, lib. IV, cap. I, nos dice que en Cerdeña los hijos se hallaban obligados á quitar la vida

(1) *Injusta vincula rumpit justitia*. San Agustín.

precisados á sacrificar sus hijos á su dios sanguinario. Los Egipcios, que pasan por tan sabios y tan civilizados, aprobaron el hurto. Entre los Escitas eran degollados millares de hombres y de mugeres para honrar los funerales de los príncipes. ¿Cómo es que semejantes leyes no han sido desobedecidas ó abolidas? Los hombres, pregunta Ciceron, pueden hacer bueno lo que es malo, y malo lo que es bueno?

Se nos dirá quizá que estas leyes solo han tenido lugar entre los pueblos bárbaros que no tenían idea alguna de moral. Mas los pueblos modernos nos ofrecen leyes mas justas y mas sabias? ¿La equidad, la razon, la humanidad, no se ven indignamente violadas por las leyes de sangre establecidas en muchos países contra los que no profesan la religion del príncipe? ¿Se hallará una sombra siquiera de justicia en la mayor parte de las leyes fiscales, cuyo único objeto es fomentar las extravagancias de los soberanos despojando á los pueblos de lo mas preciso? ¿Se hallará acaso en esas leyes feudales, impuestas por los nobles armados á las naciones sobrecojidas del temor y del miedo?... Mas es forzoso detenerse, porque seria nunca acabar si se intentase hacer la enumeracion de las leyes inicuas, de las cuales los pueblos son forzadas ó voluntarias víctimas.

á sus padres, llegados que eran á la decrepitud. Los Deshikes mataban igualmente á todos los que pasaban de la edad de setenta años.

¿Qué ideas claras y verdaderas de equidad natural podrian sacar los pueblos de ese agregado confuso de costumbres y de leyes injustas, contrarias á la razon, caprichosas, oscuras é inconciliables, como son las que forman en casi todos los países la jurisprudencia y la regla de los hombres? ¿Qué nociones puede uno formarse de la justicia, cuando la ve perpetuamente destruida y despedazada con formalidades engañosas? ¿Qué recursos pueden hallar los ciudadanos en una jurisprudencia capciosa, que solo parece favorecer la mala fé, los empréstitos y contratos fraudulentos, las mayores picardías y los artificios mas á propósito para desterrar la probidad de los tratos y de las obligaciones recíprocas de los ciudadanos? ¿Qué confianza puede tenerse, ni qué proteccion encontrarse en leyes que dan lugar á trampas y errores interminables; que arruinan á los pleiteantes, engordan á los curiales, y facilitan á los gobiernos el cargar impuestos y derechos sobre las disensiones y pleitos eternos de sus súbditos? En la mayor parte de las naciones, el estudio de las leyes, las cuales debieran ser sencillas y al alcance de todos, es un estudio penoso que produce una ciencia mezquina, reservada únicamente á ciertos hombres que saben aprovecharse de su oscuridad para engañar y quitar el pellejo á los desgraciados que caen en sus manos. En una palabra, las leyes destinadas á guiar las naciones, solamente sirven para descarriarlas, y hacer que ignoren y desconozcan los principios mas evidentes de la equidad (1).

Las leyes, que no deben ser otra cosa que las reglas de la moral promulgadas por la autoridad, han de ser claras, precisas y al alcance de todo el mundo. Mas por lo comun no son, sino unos lazos ó redes tendidas á la sencillez, unas cadenas pesadas y molestas, con que el poder y la fuerza han oprimido siempre la humana debilidad. Semejantes leyes corrompen visiblemente las costumbres, autorizan al pícaro hábil y astuto para vivir sin pudor en la sociedad, y en suma, solo producen transgresores. Los hombres generalmente aborrecen las leyes, porque solamente encuentran en ellas continuos obstáculos al ejercicio de su libertad y de sus derechos naturales, que les impiden satisfacer sus necesidades, y

(1) Para convencerse de lo absurdo y aun de lo perverso de la jurisprudencia romana, y sobre todo de las leyes de Justiniano, las cuales sirven todavia de base á la legislación europea, no háy mas que leer la obra intitulada: *Traité des lois civiles*, por M. P. de T., publicada en el Haya en 1774; y se verá que, propiamente hablando, las naciones no tienen aun una legislación verdadera, esto es, verdaderamente conforme al bien de la sociedad. Por una negligencia ó una impericia muy funesta, los legisladores modernos han considerado mas fácil y breve el adoptar las leyes antiguas, malamente corregidas ó modificadas, que no el hacer unas nuevas, mas justas, mas racionales, y mas análogas á la posición actual de los pueblos. Los Franceses, los Godos, los Lombardos, los Sijones, unos bandidos ignorantes y estúpidos, milmentados y nutridos con el carnaje y la sangre, seran ellos capaces de dar unas leyes sensatas á los pueblos vencidos, ó de rectificar las que estos mismos pueblos tenían?

contentar sus mas legitimos deseos. Por confesion de los mismos juriconsultos, nada es mas injusto, de consiguiente mas contrario á la moral, que el derecho, si se observara al rigor de la letra (1). El hombre que solamente es justo segun las leyes, puede muy bien carecer de toda virtud social: auxiliado de estas leyes, un hijo osará contender con su mismo padre; los esposos se difamarán recíprocamente; los parientes se robarán unos á otros; los deudores arruinarán á sus acreedores; los exatores de las rentas públicas se apropiarán la sustancia del pobre; los jueces sacrificarán sin remordimientos al inocente; y todos estos hombres tan malos y perversos se presentarán no obstante erguidos y soberbios en medio de sus conciudadanos.

Ningun clima, ningun gobierno, ninguna poder tiene el derecho de hacerse superior al imperio universal que la justicia debe ejercer sobre los hombres; sin embargo, ninguna legislación pareció que ha consultado los intereses de los pueblos: pudiera decirse que el género humano entero no existe ni vive sobre la tierra sino para un pequeño número de individuos privilegiados, los cuales se ocupan muy poco ó nada en proporcionarle la felicidad que debe prometerse en cambio de su obediencia y sumision [2].

(1) *Summun jus, summa injuria.*

(2) *Humanum paucis vivit genus.* Lucan. Pharsal. lib. v.

Una legislación verdaderamente sagrada sería aquella que consultara los intereses de todos, y no los intereses de algunos gefes ó de los favorecidos de estos. Las leyes justas y justas son aquellas que mantienen á cada ciudadano en el goce de sus derechos y le preservan de la malignidad de los otros. Las naciones no tendrán una legislación respetable y fielmente obedecida, sino cuando esta es conforme á la naturaleza del hombre en sociedad; esto es, guiada por la moral; cuyos preceptos de la legislación debe hacer inviolables; entonces la ley debe ser religiosamente observada; entonces sus infractores deben ser castigados como enemigos de la patria y como hijos rebeldes suyos.

La reforma de las leyes se ha mirado y mira como una empresa tan difícil, que sobrepaja las fuerzas del entendimiento humano. Pero digamos con Quintiliano [1]: ¿Por qué no se atreverá uno á decir que la posteridad llegará á descubrir cosas mejores y mas perfectas que las anteriores? Esta dificultad, ó esta pretendida imposibilidad no proviene de la cosa en sí misma, sino de las preocupaciones de los hombres, de la negligencia ó de la mala voluntad de los que los gobiernan. Los soberanos justos se hacen superiores á la opinion de los pueblos; si estos se asustan de las

novedades y reformas, es porque una experiencia fatal les enseña que con ellas solo consiguen regularmente redoblar sus miserias. En todas partes los pueblos estan mal; pero temen siempre estar peor. El príncipe que con su virtud se gana la confianza de sus súbditos, disipará estos temores, y sustituirá cuando quiera leyes justas y claras á las oscuras y contrarias á la razón, á las cuales las naciones solo se atienen maquinalmente y por rutina. Un soberano ilustrado desenvuelve y egereita la razon del pueblo, y nada es mas fácil que el gobernar súbditos racionales, así como nada mas difícil que contener y refrenar á hombres ignorantes y embrutecidos. Una buena legislación se logrará fácilmente, si esta armare á la moral de la suprema autoridad; y será fácilmente obedecida, cuando todos los ciudadanos vean y reconozcan el gran interes que tienen en conformarse á ella. La moral nada puede sin el socorro de las leyes; y las leyes nada pueden sin las buenas costumbres.

Así pues, no perdamos las esperanzas de que llegue un dia en que los hombres sean gobernados por leyes mas sabias, mas conformes á su naturaleza, y mas capaces de hacerlos felices.

(1) *Quid vanos, sine moribus leges proficiunt?* Horacio, od. 24. lib. 1.º vers. 35. Aristóteles habia dicho antes que *la ley no tiene otra fuerza para hacerse obedecer que la que le presta el hábito; y el hábito es el que forma las costumbres.* Arist. Polit. lib. 1.º, cap. 8.

(1) *Ego non audeam dicere, aliquid in hac que superest ceternitate inveniri posse eo quod fuerit perfectius?*

Quintilian. lib. xii. cap. 1.

cerlos virtuosos y felices. Un buen rey, como otro Hércules, puede ahuyentar de sus estados los monstruos, los vicios y las preocupaciones que se oponen igualmente á la felicidad de los soberanos y de los súbditos. Los pueblos serán felices cuando los reyes sean sabios (1). *Las naciones y los hombres, dice Platon, no se verán libres de sus males hasta que, por un favor del Cielo, reunidos el soberano poder y la filosofía en un mismo hombre, logran que la virtud triunfe del vicio.*

CAPITULO IV.

Deberes de los grandes.

Se llaman grandes las personas elevadas sobre sus conciudadanos por su poder, sus empleos, su nacimiento y sus riquezas. En un estado bien constituido, esto es: donde la justicia fuese fielmente observada, los ciudadanos mas virtuosos, los mas útiles, los mas ilustrados, serian los mas grandes ó los mas distinguidos; el poder solo se hallaria en manos de los mas capaces de ejercerle en beneficio de la sociedad. Las dignidades, los

(1) *Plato tum denique fore beatas respublikas putavit, si aut docti, aut sapientes homines eas regere capissent, aut qui regerent omne suum studium in doctrinâ et sapientiâ collocassent.*

PLUTARCO, vida de Numa; y Cicero, ad Q. fratrem.

empleos, los honores, las señales de consideracion pública solamente serian concedidas á los que las hubiesen merecido con sus talentos y su conducta; las riquezas y las recompensas serian únicamente para los que supiesen hacer de ellas un uso provechoso á sus conciudadanos. De donde se infiere claramente, que la virtud sola da justos y legítimos derechos á la grandeza.

Si, como se ha hecho ver, toda autoridad que se ejerce sobre los hombres no puede fundarse sino sobre las ventajas que ella les proporciona; si toda superioridad, toda distincion, toda preeminencia sobre nuestros semejantes, para que sean reconocidas por ellos, suponen unas dotes y cualidades superiores, unos talentos apreciables, y un mérito poco común, es forzoso convenir en que los que carecen de estas cualidades entran en el número de la multitud, y que el poder ejercido por hombres indignos de él, y la autoridad de que se hallan revestidos, son unas verdaderas usurpaciones á las cuales la violencia solamente puede hacer que los hombres se sometan.

El amor preferente que todo hombre se profesa á sí mismo le hace desear elevarse sobre sus iguales, y causa en él la envidia y los celos de todo lo que le hace sentir su propia inferioridad; mas si el hombre tiene sentimientos de equidad, estos celos desaparecen al ver que aquellos que le son preferidos, ó se distinguen de él, poseen talentos y cualidades apreciables, de las cuales él mismo

puede aprovecharse. Así el mérito y la virtud calman la envidia de los hombres, y les obligan á reconocer la superioridad de los que se aventajan á ellos en sus legítimos honores, y en una elevación bien merecida: entonces los hombres consienten en manifestarles señales evidentes y ciertas de sumisión y de respeto, superiores á las que manifiestan á sus demás conciudadanos.

Aunque la equidad natural prescribe, que sean respetados y conservados los derechos de todos los ciudadanos, fuertes ó débiles, ricos ó pobres, grandes ó pequeños, quando sin embargo también, por la utilidad general, que aquellos que producen mayores bienes y ventajas sean recompensados con señales particulares de estimación y de aprecio, y con las deferencias que merecen sus servicios á la sociedad. Este es el origen natural y legítimo de los diversos estados ó clases en que se hallan divididos los ciudadanos de un mismo país: esta desigualdad es justa, porque se dirige al bienestar de todos; es laudable, porque se funda en el reconocimiento de la sociedad á los beneficios y servicios que recibe, y es útil, porque se vala del interés personal para escitar á los hombres á obrar el bien, como un medio de obtener la superioridad á que todo hombre anhela.

Con las pruebas de un verdadero mérito se adquiere justa y legítimamente el derecho de elevarse sobre los demás; todo otro camino sería inícuo, no consentido por la sociedad, contrario á sus verdaderos intereses, y mirado

por ella como una usurpacion manifiesta. Aun en los gobiernos mas despóticos, los empleos, el poder y las dignidades conferidas á los ciudadanos incapaces ó perversos, causan odios y resentimientos á los demás ciudadanos; el temor únicamente puede impedir que se manifieste su ira, y el solo arranca con la fuerza una sumisión á que resiste el corazón; la virtud consigue sinceros homenajes, recibiendo los con un placer puro; mientras que el vicio, siempre inquieto y receloso, sabe muy bien lo que valen los respetos que se le tributan.

La verdadera grandeza del hombre y su verdadera dignidad consisten en hacer bien á los hombres en mostrarles afecto, en servirlos, en derramar sobre ellos favores y beneficios por los cuales consientan y reconocen su poder y superioridad. De aquí se sigue que los grandes, si quieren hacerse dignos del cariño verdadero y de los respetos voluntarios de sus conciudadanos, deben evitar en su conducta el orgullo, los modales altaneros, un tono imperioso, y en una palabra, todo lo que pueda humillar á los hombres, haciéndoles sentir su flaqueza é inferioridad. La dulzura, la afabilidad, una tierna compasión, un profundo respeto á los desgraciados, un sincero deseo de servir, son las cualidades con que los grandes debieran siempre distinguirse. La grandeza que solo se muestra en su dureza, su arrogancia y su desden, irrita los corazones de todos: los beneficios que de ella arranca la importunidad, son mirados como insultos que producen ingratos.

¿Hay nada mas pueril y mas bajo que la vanidad tiránica de algunos grandes, que únicamente parece que desean el poder para grangearse enemigos? Parece que dicen á todo el mundo: *respetadme, porque si no puedo estermínaros.*

¿El poder tiene nada de halagüeño cuando solo sirve para aterrorizar y atraerse las maldiciones de los hombres? La grandeza inacesible no es buena para nada; la grandeza sin piedad es una ferocidad verdadera; un ministro cruel hace que caiga sobre su señor una parte del odio con que es mirado de todos. ¿Cuántas sublevaciones no han producido los modales altaneros de algunos favoritos incapaces de reprimir su orgullo! Cuántas sangrientas guerras han tenido por causa primera la insolencia de algun ministro altivo y soberbio, cuya temeridad ha hecho correr la sangre de las naciones! [1] ¿Qué agitaciones de terror y de espanto no debieran sentir todos los ministros de los reyes cuando se ven en la forzosa necesidad de aconsejarles la mas justa guerra, principalmente si reflexionan todos sus horrores! No debieran temblar al poner un impuesto desolador ó un edicto cruel, cuyos efectos trascenderán por siglos á los confines mas remotos del imperio!

(1) El orgullo insolente del marqués de Louvois para con un holandés distinguido fué, segun dicen la principal causa del odio de los Holandeses á Luis XIV, y de los disgustos y pesares que estos causaron, á este príncipe durante la guerra de sucesion de España.

Mas el poder y la grandeza ordinariamente ensoberbecen el corazon del hombre, le embriagan y le causan una especie de delirio [1]. Pudiera muy bien decirse que los grandes solo pretenden hacerse terribles, y cuidan muy poco de hacerse amables. En la clase elevada en que la fortuna los coloca, no creen que estan enlazados con sus conciudadanos, con su patria, ni con su nacion. Estas falsas ideas son las que hacen tan frecuentemente odiosa á la grandeza, y suscitan en enemigos al poder. La educacion que se da comunmente á los que su nacimiento destina á los grandes empleos es casi tan descuidada como la de los principes á quienes deben representar algun dia: prescindiendo de las luces que estos empleos requieren, las personas llamadas á tomar parte en los cuidados de la administracion debieran principalmente aprender á conocer á los hombres y á descubrir lo que ellos son, á fin de saber lo que les deben, y el modo de moverlos mas eficaz y poderosamente en beneficio de sus propios intereses. La educacion de los grandes debiera enseñarles sobre todo la moral, como el arte de hacerse amar de los hombres, de conocerlos y de unir sus intereses á los nuestros.

Pero en casi todos los paises no es el mérito ni la virtud, quienes abren el camino á las dignidades, sino el favor, la cábala y la in-

(1) *Fortuna nimium quem fovet, stultum facit.*
Publius Syrus.

triga. No parece sino que la voluntad del príncipe ó la protección de sus favoritos bastan para hacer que desciendan sobre un hombre todos los dones necesarios para bien administrar un estado. ¿Es acaso en medio de los infinitos y complicados negocios, y en medio de las intrigas y aschanzas, donde un ministro aprenderá su egercicio? Para mantenerse en el goce de su empleo, forzosamente ha de olvidar y desatender sus negocios; se fiará del trabajo de otros; falta de luces y conocimientos; su confianza quedará frustrada á cada paso, y esta sola podrá concederla á hombres mal elegidos y á hechuras suyas, que habiéndose hecho lugar en su ánimo con adulaciones y bajezas, contribuirán con su impericia, sus necedades, sus vicios y sus traiciones mismas, á la ruina y caída de sus protectores.

Del mismo modo que las riquezas, todo el mundo desea el poder y la grandeza, sin sacar partido de estos bienes para su propia felicidad. ¿De qué sirve el poder, si con él no se consigue el cariño, la benevolencia y la sincera consideracion de los hombres sobre quien se egerce? ¿Cómo es que, caidos en la desgracia un valido ó un ministro, se ven enteramente abandonados de todos? Esto consiste en que no han usado de su poder para obligar á nadie ó porque solo han servido y hecho bien á los ingratos, derramando sus beneficios y sus gracias en hombres sin mérito ni virtud.

El mérito ha de ser buscado, porque raras veces se presenta en la corte, de los reyes; la

virtud, por lo comun tímida, no se atreve en ella á darse á conocer, y además poca entrada ó lugar tendría. El mérito se aprecia á sí propio, y no consiente deshojarse con intrigas y bajezas. Por el contrario, el vicio atrevido y desvergonzado se manifiesta con descaro en un país donde conoce los medios de prosperar. Los ministros intrigantes y perversos necesitan instrumentos que se presenten á todos sus pensamientos y deseos; la probidad perturba y molesta á los malvados; el mérito oscurece y arredra á la medianía; los grandes talentos alarman ó intimidan á los incapaces, y no tienen la docilidad que se requiere para agradar á los hombres injustos, esclavos de la adulacion, los hombres constituidos en dignidad están casi siempre rodeados de un sin número de bribones, unidos contra la virtud, y de traidores prontos á sacrificar á sus mismos protectores á cualquiera que les prometa alguna ventaja porque vendan su confianza ó porque los abandonen. La serpiente, que camina arrastrando, se eleva á unas alturas inaccesibles á los animales mas ligeros; pero su veneno se hace mas sutil y activo con los esfuerzos y fatigas que le cuesta la subida.

La moral, siendo la única ciencia que enseña á conocer á los hombres, á descubrir los móviles de sus acciones y á juzgar de ellos, es útil á los ministros, á las personas constituidas en dignidad y á los poderosos de la tierra. La virtud, aunque menospreciada, desatendida y vilipendiada comunmente por la

grandeza, ¿tiene sin embargo algo de real y verdadero? Sí, ciertamente: solo en el corazón del hombre de bien puede encontrarse una sincera afición, una verdadera amistad, un verdadero reconocimiento; en vano sería buscar estas cualidades en las viles almas de esos sicofantas que acompañan de continuo á los ministros y á los grandes; estos siembran casi siempre en una tierra ingrata, que nunca producirá sino espinas y abrojos. Un ministro se vé de continuo acometido por las intrigas de aquellos á quienes sus favores han puesto en estado de que puedan dañarle con mas seguridad.

Mas el poder ciego al hombre, el ministro, el valido, el cortesano, engañados de su amor propio, se vanaglorian de que su poder no se acabará jamás; los ejemplos de las frecuentes desgracias, que ellos mismos han presenciado, no pueden desengañar á unos personajes tan vanos que presumen que la fortuna bará esceptacion, de ellos, ó que su talento superior y sus ardidés les sacarán libres de los escollos en que otros han perecido. Esta ilusion hace sin duda que tantos ministros en su privanza trabajen incesantemente en apoyar los esfuerzos de un despotismo destructor, en echar por tierra el poder de las leyes, en destruir la libertad pública, y en esclavizar á su misma patria: estos imprudentes no ven que estas leyes y esta libertad que ellos destruyen, y estas harreras que echan por tierra, no podrán protegerlos á ellos mismos en el día de su afliccion (1).

Los ministros debieran vivir desconfiados de los favores siempre falaces de un déspota, el cual, regularmente falto de equidad, de luces y de reconocimiento, solo sigue sus caprichos, y es guiado en sus caprichos y en su

(1) La historia, tanto antigua como moderna, nos presenta abundantes y terribles ejemplos de los reyes que la fortuna ha dado en todos tiempos á los ministros y á los favoritos. Qué cosa mas espantosa que la caída de los *Seignos*, de los *Rufines*, de los *Marignis*, de los condestables de *Laines*, de los *Straffords*, etc., etc., etc. Poco hace que una nacion oprimida por largo tiempo vió con los mayores transportes de alegría la merecida desgracia de los ministros tiranos (el conde de *Maupeou*, y el abate *Terray*). El primero despues de haber destruido insolentemente las leyes y los tribunales de su pais, y dispersado cruelmente á los magistrados, se vió él tambien desterrado y conducido á un retiro, desde donde oia los gritos y la algaraza de todo un pueblo aplaudiendo su caída. El segundo, despues de haber esprimido con la mayor impiedad las últimas gotas de la sangre de sus conciudadanos, á pesar de la dureza de su corazón insensible, se vió condenado á consumirse de vergüenza y confusión por la hajeza con que él mismo se hizo el verdugo de su nacion. Compárese la suerte de estos viles instrumentos de la tiranía, con la que en medio de su desgracia gozaba poco antes un ministro noble, generoso y benéfico (el duque de *Choiseul*), á quien las intrigas de estos ministros habian separado de la corte. Este en su retiro halló la calma, el contento interior de su espíritu, y la constante y fiel amistad; al paso que los otros hallaron en él la vergüenza, la impotente rabia, un general abandono, y la execracion de las hambres de bien.

Repetidos ejemplos antiguos, y bien recientes, confirman en nuestra España estas mismas verdades T.

odio por los impulsos de los que momentáneamente se apoderan de su débil alma. Los servicios mas fieles y mas señalados son bien pronto dados al olvido por los tiranos estúpidos incapaces de apreciarlos, porque ellos mismos no son realmente sino esclavos y viles instrumentos de los que halagan sus pasiones momentáneas. No hay ministros cuyo favor pueda contrapesar en el ánimo de su corrompido y vicioso amo, con el de una manceba, con el de un rufian ó con el de un nuevo favorecido: los que sirven ó contribuyen á los placeres de un príncipe le interesan mucho más que no los que solo tienen el mérito de servir bien al estado. El buen ministro no está seguro del favor sino al lado de un soberano ilustrado y virtuoso.

Los ministros mismos tienen, pues, el mayor interés en que el príncipe sea virtuoso: así que, lejos de adular á los déspotas sometiendo á su arbitrariedad la patria, lejos de provocar contra los pueblos á estos leones desencadenados, deberían oponer la razon, la virtud, la justicia, y aun el terror á sus furiosos enojos; deberían tener siempre muy presente que sin leyes no hay grandezas, dignidad ni privilegios algunos seguros; que un gobierno injusto, siempre guiado del capricho, destruye en un momento cuanto se opone á sus locas fantasías; que á sus ojos los hombres mas elevados, los más hábiles, no son sino esclavos que un débil soplo los reduce al polvo y á la nada. Entre los tiranos del Asia, el visir que mas á contribuido á

sostener ó ampliar la tiranía de su señor, se ve frecuentemente obligado á ofrecer humildemente su garganta al cordon que el ingrato le envia con sus mudos asesinos.

Todo favorito de un soberano debiera tener presente de continuo que él es un ciudadano escogido para asistir con sus luces á otro ciudadano encargado por la nación de la administracion general del estado: todo ministro debiera conocer que servir á un déspota en sus designios es hacerse el mismo esclavo con toda su posteridad; es degradarse á sí propio; es arriesgarse sin defensa á los golpes de la tiranía; es renunciar al título de ciudadano por el de traidor. Todo ministro virtuoso debe renunciar su destino cuando la perversidad ó la tiranía le ponen en la imposibilidad de ser útil á su patria: el ministro complaciente á los caprichos y vicios de una corte estragada tan mal sirve á su amo como á su país. Un depositario de la autoridad, si es que no ha sofocado en su alma todo afecto de honor ó de vergüenza, no debe estar un momento indeciso en huir y renunciar de un poder que solo le atraería el desprecio y el odio de sus contemporáneos y la execucion de la posteridad; el crédito de un ministro de la tiranía, además de ser poco durable, es seguido de un opróbrio eterno. El ejercicio de injusto, de cruel exactor y de verdugo de sus conciudadanos, ¿puede acaso ser glorioso y digno de la ambicion de un hombre de honor?

Por los ministros juzgan siempre los súbditos de sus soberanos, los aman ó los abor-

recen, los estiman ó los desprecian. Por esto los príncipes, tienen el mayor interes en no confiar el poder sino á hombres justos, moderados y virtuosos, que son los que harán amable y respetada la autoridad. El soberano puede muy bien engañarse acerca de los talentos del espíritu: pero con dificultad se engañará en las costumbres de la vida privada: él debe saber que un avaro, un sensual, un hombre entregado á las mugeres, un pródigo, un hombre duro y sin piedad ó un ente ligero y vano, son incapaces de hacer amable y respetado el poder. La probidad, el amor, del trabajo, la afabilidad, las buenas costumbres, son cualidades mucho mas importantes en un ministro, que no un talento superior, el cual es muy raro, ó que un entendimiento sublime, espuesto á estraviarse, y siempre temible y perjudicial cuando no está sujeto á la razon tranquila. Una preocupacion muy comun persuade á los soberanos, como al vulgo, que el talento basta por sí solo para llenar los grandes destinos; mas el talento se halla sujeto á fatales estravíos, cuando no está acompañado de la bondad de corazon. El talento y el entendimiento, juntos con la justicia, la rectitud; la esperiencia y las buenas costumbres, constituyen un hombre de estado, un ministro querido y reverenciado: ellas forman un Sulli, un Maucpas, un Turgot, un ministro verdaderamente ciudadano, que jamás separará los intereses del príncipe de los de sus vasallos.

No solo prestándose á la injusticia y á la

tiranía un ministro se hace culpable con su patria, sino tambien descuidando sus deberes, y dando á la disipacion, á la intriga y á los placeres el precioso tiempo que debe á los negocios del estado. Todo hombre empleado pertenece al público y á sus conciudadanos: si es ligero, inaplicado é indolente, puede hacerse tan criminal como si fuera decididamente un perverso. ¿Qué de acriminaciones y remordimientos, si entra alguna vez en su interior, no sentirá al reflexionar que sus diversiones, su inadvertencia, su descuido hacen gemir á una multitud de ciudadanos pobres y miserables, los cuales, despues de haber servido bien al estado, se arruinan en solicitudes inútiles, viéndose reducidos al deplorable estado de hacer antesalas noche y dia como unos mendigos? ¿No es una verdadera crueldad el tener suspensos entre la esperanza y el temor á unos desgraciados á quienes una pronta decision hubiera podido salvar de su ruina? Mas en el seno de la abundancia y de los placeres, los grandes no tienen idea alguna de las congojas de los pobres. Ellos arruinan de paso, y aun sin notarlo siquiera, á millares de infelices y desgraciados. El conocimiento y la sensacion de las penalidades mas comunes á los hombres, ¿es posible que estén tan ignorados de los que pueden y deben consolarlos? ¿En qué agonías y martirio no debiera vivir un depositario de la autoridad, si pensase en que sus ligerezas y sus inadvertencias pueden causar la infelicidad de un sin número de familias vir-

fuosas, y condenarlas á vivir eternamente en el llanto y la desesperacion?

No aconsejés á los príncipes, dice Solon, lo que les agrade, sino lo que les sea útil. Un ministro complaciente y adulador no hace mas que alimentar en el alma de su señor los vicios á que su señor, el estado y él mismo serán un dia sacrificados. La veracidad debiera ser la primera virtud de un ministro fiel; destituado á ver mas de cerca que el príncipe las necesidades, los deseos y las desgracias de los pueblos, no puede menos de ser traidor á la patria y al príncipe si engaña á este y le oculta la verdad. El príncipe debe ser conmovido á piedad cuando sus súbditos padecen; debe temblar cuando estos se hallan descontentos; él es quien debe por su estado conocer los males y las disposiciones de su pueblo, y á él le toca acallar sus lamentos y sus quejas. Todo ministro fiel debe ser el ojo de su soberano y el órgano del pueblo. Estos cortesanos aduladores, que temen disgustar á los reyes ó afligirlos, son prevaricadores y traidores, porque ¿cómo un rey debe estar tranquilo cuando su nacion es miserable?

Mas en los gobiernos imprudentes, vanos y corrompidos, la verdadera grandeza es totalmente desconocida. Tanto el déspota como sus privados son unos niños que, contentos con gozar de algunas ventajas y de placeres vanos y pasajeros, no fijan su vista en lo venidero. Cada uno procura sacar partido de su poder efímero, y cuida poco ó nada en lo que serán algun dia él, el príncipe y el estado. Si

es imposible que el poder absoluto forme buenos soberanos, no es menos difícil que este mismo poder forme ministros verdaderamente afectos á sus soberanos y fieles á sus deberes.

Los ciudadanos mas poderosos, igualmente que los mas débiles, se hallan evidentemente interesados en que se observe la equidad: así encontrarán en las leyes auxilios contra la perversidad y la intriga que pretendieron oprimirlos. La grandeza, para ser estable, debe apoyarse en la justicia; si esta virtud reina en la sociedad, ella sostiene á todos sus miembros, é impide que ninguno sea castigado sin causa, ó injustamente oprimido. Esta justicia universal y social es una muralla mucho mas segura contra la violencia, que no los vanos privilegios, los inútiles títulos y las frívolas distinciones que el capricho dá y quita á su antojo. ¿La grandeza y el poder pueden apreciarse en algo, cuando dependen únicamente del capricho de un déspota, de una mancha ó de un visir? ¿El ciudadano que vive en la oscuridad, no vive mas seguro en el goce de sus derechos bajo un gobierno libre, que un ministro el mas acreditado bajo el imperio del despotismo, el cual no es otra cosa que un mar borrascoso perpetuamente agitado de vientos encontrados? Todo déspota es un niño que se complace en romper y destruir los juguetes que le divierten.

Si los ministros, ó las personas revestidas del poder, hacen las veces de un soberano justo en las diferentes partes de la adminis-

tracion, deben de consiguiente hacerle querido de los pueblos, ser justos como el, y hacer amable su autoridad. Uno de los principales deberes de un ministro, y de todo hombre constituido en dignidad, es ser accesible á todos, recibir bondadosa y benignamente las súplicas ó representaciones de los súbditos, y hacerles una justicia imparcial y pronta. Un ministro duro, seco é inaccesible ofende la reputacion de un soberano. El que es poco grave en sus modales, y entregado á sus placeres, descuida con gran perjuicio sus negocios y se hace inútil. Todo ministro público debe ser exacto y grave; no es decir que usé altanería, sino atencion, gravedad en las costumbres, y el decoro que conviene á un puesto respetable. El ministro que solo atiende á los que le rodean, será siempre engañado, y pasará por un ignorante, y á veces por injusto ó vicioso.

Una de las mayores desgracias que siguen á la grandeza y al poder, es la de verse obligados el grande y el poderoso á temer á su misma familia y á los mas queridos amigos, y tener que armarse contra los afectos de su mismo corazon. Sus relaciones con el estado deben siempre pesar y poder mas con él que no sus conexiones particulares: el hombre público no es dueño de sus mismos afectos, ni debe recibir otras impresiones que las de la justicia y del interes del estado, del que dependen su honor y su gloria. Un ministro que solo es bueno para los suyos es un hombre de alma débil y pequeña. *No no puedo hacer lo*

que me pedis, porque sois muy amigo mio, de cia un sugeto, digno de su empleo, á un favorito suyo que le pedia una cosa poco justa.

Un ministro pródigo, ó que nada sabe negar, no es un hombre benéfico, sino un débil, un administrador infiel, un prevaricador. Deramar los tesoros del estado para formar hechuras suyas, es hacerse culpable. Todo ministro que se conduce bien, no necesita ni de partidarios ni de cábalas; la inocencia de su conducta le basta mientras se halla empleado, y su conciencia debe ser su fortaleza y su apoyo cuando deje de estarlo. Arrojar las riquezas del estado á cortesanos hambrientos, ó á grandes siempre codiciosos, es privar de lo necesario al infeliz y desgraciado, cuyas verdaderas necesidades deben ser preferidas á las necesidades imaginarias de la vanidad.

¡Será posible que los hombres mas ricos hayan de absorberse enteramente las riquezas y las recompensas de las naciones! No, ciertamente; ellas estan principalmente destinadas para pagar, reanimar y socorrer al mérito laborioso, la tímida pobreza, los talentos afligidos, los servicios hechos al estado. A la honradez desgraciada es á la que el hombre en dignidad debe alargar su benéfica mano. El rico y el grande tienen sobrados recursos para obtener lo que desean, que de ordinario es criminal é injusto. Solamente, por lo comun, para oprimir al inocente, para sofocar los clamores del infeliz, para despojar al ciudadano, para esclavizar al débil, los odiosos y aborrecibles cortesanos importunan á un mi-

nistro, pretendiendo de este modo hacerla cómplice en sus iniquidades. Bajo un gobierno injusto, los grandes se consideran desgraciados, si no gozan del horroroso y terrible privilegio de dañar á los otros, haciendo por lo común consistir en esto su preeminencia.

Por una fatalidad harto común, los hombres que mas debieran distinguirse en la elevacion de sus almas, muestran una pequenez incomprendible; y solo se muestran ocupados de vanidades, de fruslerías y de juguetes, á los que sacrifican locamente su reposo, su fortuna, su propia seguridad y la libertad de sus descendientes y de sus conciudadanos. ¡No parece sino que la grandeza de alma y la razon no existen para los grandes, y que las personas elevadas sobre las demás no se distinguen realmente sino en su imprudencia y sus locuras!

Un extraño trastorno de ideas hace que los grandes, por la mayor parte, se figuren que no gozan del poder, si no pueden abusar de él: crédito, poder, privilegio, grandeza, se hacen sinónimos de licencia, corrupcion é impunidad. Los soberanos y sus subalternos anhelan únicamente hacerse temibles, y en nada procuran hacerse amables: solo desean el poder para destruir á cuantos los incomodan, sin cuidar de atraerse el afecto de nadie. En el concepto, de la mayor parte, de los grandes, ser poderoso es ser temible, y por consecuencia aborrecido: ser grande es gozar del derecho de ser injusto, de dañar impunemente, de hacerse superior á las leyes, de

oprimir al débil y al inocente, de menospreciar é insultar al ciudadano oscuro y desgraciado, y de hollar todo cuanto los hombres tienen de mas sagrado y respetable. Ser grande, á los ojos del vulgo imbécil, es ser dueño de suntuosos palacios, de grandes posesiones, á veces mal adquiridas, de trenes magníficos, de soberbios caballos, de un enjambre de criados insolentes, de trages costosos, y de cintas, dijes y collares, que indican el favor del príncipe ó de sus ministros; ser grande es á veces, no teniendo verdaderas riquezas, hacer un gran papel á costa de una multitud de acreedores indignamente sacrificados á su vanidad. En fin, ser grande es tener por su nacimiento el derecho de aumentar la tropa de los esclavos *titulados* que van vil y cobardemente á hacer la corte á un despota, ó á recibir los desaires y menosprecios de un ídolo, que apenas deja caer una mirada sobre la multitud envilecida que le rodea. ¡En estas bajezas, ó en estos crímenes, es en lo que los pueblos hacen consistir la grandeza de los ciudadanos que los oprimen! Cuanto mas injusto es un gobierno, tanto mas insolentes y fastuosos son los grandes: ellos se vengan con el pobre de las afrentas é injurias que sufren con frecuencia, y encubren y disfrazan su esclavitud y su verdadera pequenez con el vano aparato de la magnificencia. Una corte muy brillante anuncia siempre una nacion pobre y miserable, y unos grandes que se arruinan por no parecerlo.

A los ojos de la razon, el poder y la grandeza no son bienes apetecibles sino cuando dan los medios de hacerse querido y apreciable. Ser verdaderamente grande es mostrar una grandeza verdadera de alma; tener poder y crédito es hallarse en estado de preservarse de toda injusticia, y de proteger á los otros; tener privilegios firmes y prerogativas seguras es poseerlas en comun con los demás ciudadanos. Ser libre es no tener á nadie, y no depender sino de las leyes sólidamente fundadas en la equidad. Tener valimiento es pasar los medios de hacer bien á los hombres, y no el fatal poder de dañarlos; es gozar de la facultad de hacer felices, y no de la horrosa licencia de insultar á los miserables; es ser el hombre dueño de sí mismo, y huir de ser esclavo; es encontrarse en disposicion de derramar beneficios sobre sus semejantes, y no de ejercer el arte infame de arruinarlos con estafas criminales y punibles. Ser noble es pensar noblemente, es tener unos pensamientos mas elevados que el vulgo; ser *titulado* es haber adquirido unos derechos incontestables á la estimacion de sus conciudadanos. Ser hombre de *calidad* es tener las buenas calidades que le distinguen del comun de los mortales. ¿Qué sería, pues, los grandes que sólo se distinguen de los demás hombres en vanas titulos y palabras, en sus vestidos, en sus dijes, en meras exterioridades?

CAPITULO V.

Deberes de los nobles y de los militares.

Se llama *nobleza*, entre nosotros, la consideracion que se tiene en la opinion pública á los descendientes de aquellos que han servido bien á la patria. Reconociendo los servicios de sus antecesores, la sociedad los *distingue*, esto es, les muestra mas aprecio que á los demás. Esta consideracion y estas distinciones, concedidas en memoria de una utilidad pasada, fueron ideadas ciertamente para estimular á los descendientes á que sigan las huellas de sus predecesores, y á que, como ellos, se distinguan por sus talentos y su celo. Todo ciudadano que contribuye á la felicidad pública debe ser reputado *noble*, esto es, merece ser preferido á los que ningunas ventajas producen á sus asociados.

Segun este principio, toda sociedad, por su propio interes, debe manifestar una consideracion particular á los militares valientes y generosos, que á costa de su vida y de su fortuna la defienden contra sus enemigos. Igual consideracion de aprecio y de respeto es debida á los magistrados encargados de mantener la justicia entre sus miembros, y de reprimir las pasiones que turbarian su reposo. El derecho de hacer justicia á sus conciudadanos es la funcion mas útil y mas noble que un ciuda-

dano puede ejercer: si el soldado defiende su país contra los enemigos de fuera, el magistrado le defiende contra los enemigos abrigados, en su seno, no nuevos peligrosos y temibles que los primeros. Si el militar consagra su vida á la defensa de la patria, el magistrado ofrece la suya y sacrifica sus dias al mantenimiento de la justicia, sin la cual ninguna sociedad podria subsistir. *Debe destruirse, dice Ciceron, la opinion de los que se imaginan que las virtudes guerreras son mas apreciablés que las que tienen por objeto el interior del estado* (1).

Por la misma razon, las naciones deben conceder un lugar distinguido en su estimacion á todos los ciudadanos que con sus talentos y merecimientos les hacen servicios eminentes. La sociedad, sopena de ser injusta y desalentar á los miembros que podrian contribuir á su bienestar, debe proporcionar sabiamente su consideracion y sus recompensas á la estension de las ventajas que recibe. «Todos, dice Séneca, pueden aspirar á lo que constituye la verdadera nobleza del hombre, como son la recta razon, una alma justa, la sabiduria y la virtud.» Estas son las cualidades que una asociacion justa debe honrar y recompensar en sus miembros.

En toda nacion se halla establecida una suerte de *gerarquía* política, de la que el so-

(1) *Minuenda est opinio corrupti qui arbitrantur res bellicas maiores esse quam urbanas: Cicero, de Officiis, 1.*

berano es el jefe, porque él dirige las voluntades y los movimientos de los diferentes cuerpos del estado. Por consecuencia, el príncipe es el distribuidor de las gracias á nombre de la sociedad, y el dispensador de sus recompensas; encargado del agradecimiento público, juzga del mérito de los ciudadanos, y del grado de aprecio y estimacion que debe asignárseles, si el príncipe es justo, la sociedad aplaude su juicio y la fidelidad que muestra en pagar los servicios que se le hacen; pero si es injusto, la sociedad contradice sus dictámenes, como capaces de intimidar al mérito, y los talentos necesarios á su felicidad, y reusa sus respetos al que ve injustamente recompensado.

Cuando un príncipe ennoblece á un ciudadano, ó le dá algun título honroso, declara á su nacion que este hombre, habiéndola servido, es digno de ocupar un puesto distinguido entre sus con Ciudadanos, y que tiene derechos fundados á su gratitud. Si el favor, la intriga ó la bajeza son las que le dan esta nueva distincion; la sociedad, lejos de suscribir en tal caso á los honores concedidos, y de tributar al hombre á quien se dan su estimacion y su agradecimiento, le castiga ridiculizándole, le desprecia y reclama contra la decision del soberano, ó sorprendido ó parcial. Ningun soberano, por absoluto que sea, puede sojuzgar la opinion pública hasta el estramo de que considere y respete á un ciudadano que no es apreciable ni respetable por sí mismo.

Esta opinion respeta todavía menos una nobleza adquirida á costa de dinero, la cual solo supone en el que la logra riquezas, y no mérito ni talentos, que son únicamente los que merecen el reconocimiento público: este medio vil de obtener las distinciones ha sido efecto de la avaricia de algunos príncipes, que han sabido aprovecharse de la vanidad de sus súbditos opulentos, vendiéndoles bien caro el humo de que tanta estimacion han hecho; mas los soberanos se privaron así de un medio fácil de recompensar al verdadero mérito, dando á la riqueza una distincion, la cual, sabiamente economizada, hubiera sido muy útil para fomentar al mérito y los talentos. Con este vergonzoso tráfico, la nobleza se vió prostituida á hombres nuevos que, sin haber hecho servicios algunos á la patria, lograron unos privilegios odiosos al resto de los ciudadanos.

Mas la opinion pública no puede nunca suscribir á este comercio vergonzoso y visiblemente contrario al bien de la sociedad, además de ser opuesto á las preocupaciones anteriores. Las naciones, poco dispuestas á reconocer las preeminencias de tantos nobles nuevos y sin mérito, reservaron su consideracion para una nobleza mas antigua, perpetuándola en la descendencia de los antiguos defensores de la patria. Todo lo que tiene el carácter de la antigüedad, tenida siempre por muy sabia, impone veneracion á las naciones. De este modo, por una preocupacion confirmada hace muchos siglos, continúan res-

pétando los pueblos á los descendientes de los antiguos guerreros, sin examinar los méritos de sus antepasados, y lo que es mas, sin atender á si estos descendientes han hecho servicios algunos efectivos á la patria. ¿Cómo un hombre puede honrarse á sí propio con lo que no es suyo? ¿Y cómo pondrá su grandeza en el mérito que está en otro?

Así las preocupaciones antiguas se opusieron á las nuevas distinciones introducidas en la sociedad: los pueblos estúpidos admiraron la nobleza antigua, únicamente porque sus padres la habían temido y respetado por largo tiempo. Una ciega rutina decidle de la opinion de los hombres, los cuales raras veces pueden dar razón de sus modos de pensar y de obrar; y por una especie de contagio heredan hasta las preocupaciones que mas los envilecen.

Si, puesta la balanza de la razon y de la justicia en la mano, se pesan en ella las ideas que tiene la Europa de la nobleza antigua, reverenciada en sus últimos retoños, será forzoso reconocer que esta opinion nada tiene de sólido. Se hallará que estos antiguos guerreros, de que tracen su origen los nobles del día, trabajaron mas bien á la patria que no la sirvieron; ellos contribuyeron mas bien á esclavizarla que á defenderla, libertarla, y hacerla feliz; si la defendieron fielmente contra los enemigos de afuera, la entregaron al mismo tiempo regularmente á los enemigos de adentro, sometiéndola al poder de tiranos.

Ann dando por ciertas la grandeza y la realidad de los servicios hechos á la patria por

Los antiguos héroes de las naciones, el agradecimiento de estas nunca hubiera debido estenderse hasta su mas remota posteridad. Si la equidad prohíbe castigar á los descendientes por los delitos de sus antecesores, esta misma equidad no puede exigir que se recompense sin fin ni término á los descendientes, por las virtudes y talentos de sus abuelos. La virtud no se transmite con la sangre; el mérito es una cualidad personal: así que, la razon y el interes público exigen que los honores, las distinciones y la nobleza, en vez de ser hereditarias, queden en manos de un gobierno justo, como medios para estimular á servir útilmente al estado, y para recompensar á los que verdaderamente contribuyan á su felicidad presente. ¿Es justo por ventura que un hombre, cuyo incierto linaje ha estado por lo común ocioso siglos enteros en medio de sus heredades, y sin haber servido algun señalado á la patria, goce de consideracion y privilegios destinados á remunerar el valor guerrero? ¿Es justo que el hombre inútil sea honrado, distinguido, respetado y recompensado con inmensas prerrogativas, en perjuicio del ciudadano laborioso, porque hace siete ú ocho siglos que uno de sus antepasados tomó las armas en defensa de su país? Posea en embuñhora este hombre las heredades ó posesiones concedidas en lo antiguo á sus padres; mas la equidad parece que exige si pretende gozar de las distinciones y privilegios de la nobleza, trabaje él mismo por merecerlas, y no se ensober-

bezca con las proezas de sus abuelos, que no ha procurado imitar. *La estimacion y el aprecio de un hombre*, dice Montaigne, *han de ser cordiales y voluntarios* (1).

La vanidad es el vicio de la nobleza: fundado en opiniones tan frívolas, como hemos visto, el noble se figura que es en realidad un ente de un orden superior al resto de los ciudadanos; no parece sino que, formado de un barro mucho mas puro, nada tiene de comun con sus compatriotas. *La ilusion de la mayor parte de los nobles*, dice Mr. Nicole, *les hace creer que su nobleza es en ellos un carácter natural é indeleble*. Otro moralista habia dicho antes que él: *A la verdad, la nobleza es un don casual, y una cualidad de otro*. ¿Qué cosa mas necia que gloriarse de lo que no es suyo?.. *Aquellos que por sí mismos, no tienen mas que esta nobleza, la hacen valer altamente, y siempre están hablando de ella; toda su gloria está en los sepulcros de sus antepasados..... ¿De qué le sirve á un ciego que sus padres hayan tenido buena vista? Ser descendiente de los que sirvieron bien al público es, estar obligado á imitarlos* (2). Podia añadir todavía que el mérito real ó pretendido de sus padres ningun derecho le daba al noble para despreciar á sus conciudadanos, y que una vanidad enfadosa haria olvidar este mérito, aun cuando hubiese sido mas real y verdadero de lo que denota la historia.

(1) Esstia, lib. I, cap. 50.

(2) *La Sagasse de Charron*, lib. I, cap. 59.

Seguramente, los anales de todas las naciones nos muestran en los antiguos nobles un cuerpo de guerreros turbulentos, siempre divididos entre sí por contiendas tan injustas como fútiles, y únicamente ocupados en atormentarse los unos á los otros, ó en hacer sentir á los otros el peso de su autoridad á sus vasallos y á sus siervos. Vemos á estos furiosos continuamente en guerra, despedazando á las naciones con sangrientas pendencias. Los vemos imponer á sus súbditos unas obligaciones por lo comun tan ridículas como tiránicas, y formar de ellas sus derechos. Vemos en estos desgraciados tiempos de turbaciones y de miserias á los reyes debilitados hasta el punto de no poder reprimir las violencias de estos frenéticos, ocupados incesantemente en destruirse los unos á los otros, y que con desprecio de la autoridad soberana se rebelaban contra ella siempre que intentaba contenerlos: Homicidios, robos, saques ó infamias son los títulos respetables que la nobleza nos presenta en la historia. En fin, esta nobleza, siempre delirante y discordante, y siempre separada de los intereses del resto de la nacion, se vio rendida y agobiada al fin bajo la fuerza poderosa y reunida de los príncipes ambiciosos, los cuales sujetaron á estos guerreros tan feroces de tal modo y á tal punto, que los redujeron á pedir y solicitar la dulce preeminencia de representar el papel de sus esclavos en la corte: y de hacerse los satélites y apoyos de los mas injustos tiranos contra la patria y sus conciudadanos. Una servidumbre voluntaria

puede ser compatible con la verdadera nobleza? *Todo el que entra libre, dice Sófoles en el púdicio de los reyes, se transforma prontamente en esclavo.*

Tal fué, y tal debió ser necesariamente, el término de los escosos continuos de una nobleza ignorante, turbulenta é imprudente, que jamás conoció sus verdaderos intereses. Una necia vanidad y unos privilegios, las mas veces injustos, obtenidos astutamente de los soberanos, hicieron siempre insociables á los nobles y á los grandes: ellos creyeron que no les convenia hacer causa comun con los plebeyos, ó las gentes del estado llano; despreciadas y arruinadas estas por ellos, la nacion no tuvo ya fuerzas que oponer al despotismo; este por último logró ir oprimiendo y sojuzgando todos los órdenes del estado (1). El espíritu de faccion, siempre contrario al espíritu

(1) Los grandes y los nobles polacos arrancaron de Luis, rey de Polonia y de Hungría, el privilegio de no ser juzgados por otros que por ellos mismos, por el fin de sustituirse de los tribunales ordinarios: esto les proporcionó la impunidad en todo genero de crímenes, é introdujo la anarquía, la cual en nuestros dias terminó con la ruina y desmembracion de este reino.

Federico I, rey de Dinamarca, con el designio de obtener auxilios y socorros de los nobles de su reino, se vio precisado á concederles el derecho de ser dueños de los pueblos, confiéndoles la autoridad de vida y muerte sobre sus vasallos, y la de poder castigarlos á la pérdida de sus bienes inmuebles, sin apelacion alguna á los tribunales ordinarios.

MALLER, Hist. de Danemarck, tom. IV, p. 104.

patriótico, causó la pérdida de los estados y el envilecimiento de la nobleza misma.

Por una preocupacion contraria á toda justicia, los hombres se figuran débiles y desgraciados cuando no tienen la libertad de hacer mal á los que están bajo de ellos. El crédito, el poder y las prerogativas no son ordinariamente sino la facultad de oprimir á los mas débiles y de hacerles sentir el peso de su autoridad. *Aun aquellos mismos*, dice Juvenal, *que no quieren matar á ninguno, desean tener poder para ello* (1). ¡Incausatos pues, no ven que el poder mas apetecible es el de hacerse amar, y no conocen que la fuerza injusta puede ser sojuzgada por una fuerza mayor. En fin, esos nobles que cuentan entre sus privilegios el derecho infame de atormentar, de robar y de hacer perecer á sus desventurados súbditos, ¿no llegan á persuadirse que la anarquía y los desórdenes abren un ancho y libre camino al despotismo? Los pueblos oprimidos prefieren mas el tener un solo tirano, que no el obedecer á cincuenta, cuyas discordias entre sí hacen continua su infelicidad (2).

Tantos egemplos memorables que comprueban estas tristes verdades, ¿no debieran abrir

(1) *qui nolunt occidere quemquam,*
Posse volunt..... Sat. X, vers. 96.

(2) La tiranía de los nobles obligó á los Duques de Braganza, en 1660, á conferir al Rey el poder absoluto. La mala administracion del senado de Suecia fué la causa, en 1772, de la revolucion en este reino.

los ojos de la nobleza, y demostrarle con la mayor claridad que nada es mas contrario al bien de la sociedad, á la prosperidad nacional, y á la buena política y sana moral, que ese orgullo imbécil que la separa del cuerpo de las naciones? Todos los ciudadanos de un mismo estado, grandes ó pequeños, nobles ó plebeyos, ricos ó pobres, siendo miembros de un mismo cuerpo, ¿no deben amarse, sostenerse y trabajar de concierto en la felicidad pública? ¿Con qué razon ni derecho el noble puede despreciar al labrador que le alimenta y enriquece, al artesano que le viste, al comerciante que le proporciona sus recreos, al literato que le instruye y entretiene, y al sabio que trabaja en su beneficio?

Mas por un efecto de sus preocupaciones, ordinariamente la nobleza desdeña la instruccion, y parece que se vanagloria de su ignorancia (1). Destinado casi siempre á la guerra, la cual unas necias prevenciones le presentan como la sola ocupacion digna de la nobleza, el noble desprecia las ciencias, y raras veces procura la instruccion. Si el noble es de una familia ilustre y distinguida, ó favorecida del príncipe, está muy seguro de llegar á los grados mas elevados sin necesidad de tomarse el

(1) El tirano Licinio decia que la sabiduría era la peste de un estado. Habiendo dicho un rey de Castilla *que el estudio de las ciencias no convenia á un noble*, Alfonso, rey de Aragon, al contarlelo, exclamó diciendo *que semejante dicho era propio de una bestia, y no de un hombre*.

trabajo de cultivar sus talentos. Si el noble está ignorado de la corte, no se dedica al ejercicio de la guerra, sino que vive totalmente inútil y desocupado en las heredades ó posesiones de sus padres, donde regularmente egarce una tiranía fatal á sus vasallos.

Los héroes y los grandes capitanes de la antigüedad, que en nada cedían á nuestros guerreros modernos por su valor y talentos militares, no desdaban instruirse en las escuelas de la filosofía. Los Epanuondas, los Pericles, los Alejandros no miraban la cultura del entendimiento como un honorato superfluo en un guerrero. Scipion, el vencedor de Cartago, vivía en la mas íntima y estrecha amistad con Terencio el liberto: este grande hombre cultivaba las letras y la filosofía: «y nunca estaba mas ocupado, segun Ciceron, que cuando parecia que se hallaba en el mas profundo reposo.»

No hay ciudadanos que mas necesiten del estudio y de las ciencias que los nobles y los militares, que por lo común entre nosotros hacen tanto alarde de su ignorancia. Esta y la ociosidad fastidiosa en que por lo común vive sepultada la nobleza moderna, son las causas de los vicios, de los excesos y de las vilezas que con frecuencia la deshonoran. El militar no está en acción sino muy corto tiempo con respecto á la duracion de su vida: una vez cumplidas sus funciones, nada tiene que hacer; la paz le deja en una indolencia y pereza completas; así es que entonces se le vé, costa de sus bienes, entregarse desenfrenada-

mente al juego; á la disolucion, á la galantería y á desórdenes de toda especie, haciendo para esto los gastos mas ruinosos: en fin, disipada toda su fortuna, se vé obligado á contraer deudas; á ser un petardista y un bribou, á *vivir de industria* y quizá á cometer acciones que causarían la mayor vergüenza á los mas infimos ciudadanos.

La ociosidad de los nobles y de los militares, su pasión al juego, su libertinaje, y sobre todo su impetuosa vanidad, son tambien las causas de sus frecuentes disputas y contiendas, que muchas veces terminan en sangrientos duelos.

El honor, entre muchos de nuestros militares modernos, no es la justa estimacion de sí mismo confirmada por los otros, la cual solamente puede fundarse en la conciencia de su propia dignidad, conciencia que la virtud inspira; sino que este fútil honor es el temor de verse despreciado, porque saben que lo merecen. Un duelo no probará jamás que uno tenga razon ni honor; un duelo solamente prueba impaciencia, vanidad y atolondramiento, cualidades muy contrarias á la fortaleza, á la verdadera grandeza de alma y á la humanidad. El hombre de honor es aquel que merece ser honrado. ¿Qué tiene de honrosa una accion obra de la flaqueza y crueldad? Los famosos capitanes de Grecia y de Roma, tan valientes y honrados como pueden serlo nuestros militares modernos, soportaban un insulto, y no pretendian lavarle con la sangre de sus conciudadanos (1).

Si las distinciones destinadas á la nobleza tienen el mérito y la virtud por fundamento real ó supuesto; si esta nobleza hace una verdadera profesión del honor, los nobles tienen unas obligaciones mas fuertes que los otros de acreditar en la sociedad sus talentos y sus virtudes. *La virtud es la verdadera nobleza*, dice Juvenal

(1) En los siglos bárbaros de la Europa, la religion y la política ambas igualmente aprobaban los desafíos, mirándose el resultado como un juicio del Cielo, encargado de manifestarse en contra del culpado. En vano despues las leyes religiosas y civiles han intentado abolir estos inhumanos y bárbaros usos. Hoy dia, en toda la Europa, el hombre que se bate en un desafio se espone á morir en un cadalso, y el que rehusa batirse se halla deshonrado y tenido por cobarde en la opinion de las gentes. Para proscribir enteramente los desafíos era necesario haber comenzado por rectificar la opinion nacional, declarando infame á cualquiera que cometiese semejante delito. La declaracion de infamia y la degradacion de todo noble que hubiese reñido en un desafio habrian causado mayor impresion que no el temor de la muerte, impotente para un militar. Fabio decia que *aquel que no pueda sufrir una injuria es mas cobarde que el que huya á la vista del enemigo*. Todo el mundo sabe el pasaje de Temistocles, contra quien habiendo levantado el baston Euribiades en un consejo de guerra, Temistocles, tranquilo y superior á este ultraje, se contentó con decirle: *Dame, pero escucha*. Los que pretenden que el espíritu militar se conserva por medio de los desafíos, lean la historia griega y romana, y verán en ella que aquellos guerreros, valientes y temibles á sus enemigos, no tenían la locura de asesinarse los unos á los otros por gestos ó palabras.

(1). Así que, un noble ignorante, un noble sin mérito y sin talentos, un noble vil y bajo, un noble infamado por sus disoluciones; sus vicios, sus deudas y sus picardías, en una palabra un noble sin virtud es una contradiccion en los términos. Ciertamente, un plebeyo el mas oscuro, si es virtuoso y trabajador, es un ciudadano incomparablemente mucho mas apreciable que no el noble inútil ó malvado, que se figura autorizado á despreciarle: el que sirve bien á la patria nunca es villano ni plebeyo. *Muy pocos nobles hay sobre la tierra*, dice un Arabe.

No se ensoberbezca, pues, la nobleza por los méritos y servicios de sus padres. Gima antes bien por su ceguedad y sus delitos; que tantas veces han destruido y hecho infeliz á la patria: espie con sus beneficios sus locuras tan dañosas á sí mismo como á sus conciudadanos: avergüencese que haya contribuido tan cruelmente á poner su patria bajo el yugo del despotismo, de quien se hicieron defensores y esclavos: renuncie á esta ignorancia y á esas preocupaciones que no le permiten otra profesion y ejercicio en la sociedad que la de sacrificarse á los injustos caprichos de los conquistadores: estos no miran la nobleza entera sino como un monton de victimas destinadas á servir á su propia ambicion. Siempre engañada por la opinion transmitida á ella por sus antecesores, y mantenida por una política en-

(1) *Nobilitas sola est atque unica virtus.*

gãosa, esta nobleza se sacrifica y se arruina por solo un vano humo; en fin, seducida por la vanidad, un lujo ruinoso que multiplica sus necesidades la obliga á renunciar á su libertad y á postrarse vilmente á los pies de sus amos y señores, para que estos le den con que satisfacerlas. Bajo un gobierno arbitrario, el lujo es un medio muy poderoso para humillar y abatir á los nobles, y obligarles á que reciban y sufran el yugo. El honor y el despotismo serán siempre incompatibles.

No hay ciudadanos á quienes la instruccion la virtud y los talentos sean mas necesarios que á los nobles y á los militares: destinados por el estado para reglar la suerte de las naciones, llamados á los consejos de los reyes, encargados del mando de los egércitos y de la existencia de los imperios, ¿cuántos conocimientos no deben reunir! Mas, por una fatalidad harto comun, los hombres nacidos para dirigir á los otros suelen burlarse de la virtud, despreciar las ciencias y aborrecer la instruccion. El militar se figura que su profesion no le impone otro deber que el ser valiente y menospreciar la vida. ¿Pero cómo no ve que la guerra es un arte que supone esperiencia, reflexion, y á veces el mayor talento? El ser tan raros los grandes generales ¿no prueba claramente la dificultad de su ejercicio? No es en el seno de las ciudades corrompidas, no es á los pies de las beldades, no es en medio de las intrigas de la córte, no es en las antesalas de los ministros, donde un capitán aprende á defender á su patria, á formar los campamentos, á disci-

plinar á los soldados, á desplegar los batallones. ¿Hay nada mas funesto al estado, ni mas criminal, que la presuncion de aquellos generales que, faltos de luces y esperiencia, tienen la audacia de ponerse al frente de los egércitos, cuyas operaciones decidirán quizá para siempre jamás de la suerte y destino de un imperio? ¿Cómo un general se atreve á levantar los ojos á la presencia de su rey y de sus conciudadanos, cuando sabe que su incapacidad es la verdadera causa de los infortunios de su pais? ¿Su corazon no debiera despedazarse con los mas crueles remordimientos al oír los gritos lamentables de tantas familias, á quienes su impericia há sumergido para siempre en la pena y la afliccion? ¿Qué de baldones y acriminaciones no se hará á sí propio al representarse en su imaginacion las legiones enteras pasadas á cuchillo por su loca y cruel vanidad?

No se diga, pues, que la ciencia es inútil á los guerreros, y que el valor les basta. Sin luces, el valor es un atolondramiento ó una ferocidad. El estudio, la reflexion, la ciencia, son de la mayor importancia, tanto para los militares, como para el estado que defienden. La moral y la política cubren de una entera ignominia esa vergonzosa ignorancia, que es por lo comun el atributo del guerrero. El oficial no es regularmente mas instruido que el simple soldado. Seguir sin reflexion la rutina del servicio; pelear ciegamente cuando los gefes lo mandan; vegetar en la ociosidad de una guarnicion; consumirse en un fastidio eterno, que solo varía y alterna con el desorden y la diso-

lucion: tal es la vida maquina y molesta, en que de ordinario se corrompe el militar hasta llegar á una vejez, que, lejos de grangearle respeto y consideraciones, le hace al extremo despreciable: he aquí regularmente lo que se llama *servir* (1). Por el descuido de no haber adquirido en la juventud los conocimientos que el estudio y la meditacion pueden solamente producir, un oficial encanecido bajo el arnés nunca es mas que un objeto molesto á sí mismo y á sus conciudadanos. Un militar sin cultura, por valiente que él fuere, siempre será inútil y despreciable en la paz.

A pesar de las preocupaciones de la mayor parte de los pueblos, que les hacen mirar la profesion de las armas como la mas elevada y distinguida, no hay ciertamente una situacion mas deplorable que la de un viejo militar sin fortuna y sin conocimientos: engañado las mas veces por un gobierno ingrato, en cuyo servicio locamente se ha destruido, se ve precisado por último á solicitar su retiro ó una moderada pension para subsistir; mas como

(1) *Con la sola práctica, sin la teoría, dice Mr. de Puvignar, por mas que se puedan montar las trincheras, no por esto se sabrá conducir un ataque al frente de una plaza, ni precaucionarse contra las salidas de ella; se encontrará uno muchas veces en el caso de formar sitio á una plaza, y tampoco sabrá hacerlo; del mismo modo podrá uno haberse hallado en los ejércitos de observacion, y habrá visto hacer todos los movimientos para cubrir un sitio, y no por eso sabrá dirigirlo. Traité de l'art de la guerre, por Mr. de Puysegat.*

los principios y sus ministros son, por lo comun, poco benéficos con los súbditos que ya se hallan inútiles; irritado nuestro héroe al ver su desgracia, lleva aburrido sus continuas y molestas quejas de corro en corro; é incómodo para todo el mundo, sus enfermedades le acaban poniendo término, en medio de la mayor miseria, á una vida que le hubiera sido mejor perderla en los combates. Las cualidades morales pueden solas merecer una consideracion que dure hasta el sepulcro.

Además de esto, el militar, por lo comun falto de instrucciones y de buenas costumbres, no trae á la sociedad civil otra moral que la que ha sacado de las guarniciones, de los campamentos y de los ejércitos: esta moral, poco delicada en todo lo restante, funda el mérito en la ferocidad puntillosa, y en la rudeza habitual ó fatuidad, que ni favorecen á los militares, ni hacen su trato apreciable, sino temible y arriesgado.

Los deberes y las reglas que la moral, la razon y la sana política imponen á los nobles y á los militares les obligan á grangearse la estimacion pública, y á merecer los honores, los grados y las recompensas (siempre concedidas á nombre y á costa de la nacion) por sus servicios verdaderos, por sus ventajosos talentos y por su aficion y cariño á su pais. Lejos por esto de tener el derecho de oprimir ó despreciar á sus conciudadanos, su alta clase, por el contrario, los pone en la necesidad de ser unos ejemplos de equidad, de moderacion de verdadera fortaleza, de magnanimidad, de gene-

rosidad y de amor del bien público. Los militares y los nobles son los ciudadanos que, por todas razones, mas adictos y mas intimamente apegados debieran estar á la patria. El mérito militar consiste en defender valerosamente las personas y las posesiones de todos contra los que tratasen de invadirlas. De aquí se infiere que el soldado es un traidor, y además un cobarde, si vende su vida al despotismo y la tiranía, que fueron y serán siempre los mas implacables enemigos de toda sociedad (1). Un militar tan loco que se sacrifica á los caprichos de un tirano no es mas que un gladiador mercenario; un ciudadano que él mismo pone los hierros de la esclavitud á su patria, es un furioso que pega fuego á su propia casa, á riesgo de perecer él mismo con toda su descendencia. ¡Qué horrible y abominable herencia es dejar á sus hijos y descendientes el oprobio de la servidumbre! (2)

En obedecer ciegamente consiste toda la

(1) No son hombres valientes y esforzados, dice Firmico, los que venden su sangre arriesgándose á la muerte por los caprichos de otro: *Non fortes qui ob aliene gratie voluntatem mundinantur, sanguinis jacturá ad mortis spectaculum vendunt.* Julius Firmicus, lib. VIII, cap. 13.

¿No es ciertamente, dice Antifanes, vivir asalariado de la muerte el ganar su sustento con peligro de su vida?

(2) Un Lacedemonio respondió á Indarnes, oficial persa, que le persuadía á que se estableciese en Persia: *Tú no conoces el precio de la libertad, porque el que la conoce, si es prudente, jamás le cambiaría por todo el reino de Persia.*

PRUTARCO, Dichos notables de los Lacedemonios.

moral del soldado. Pero, si esta moral conviene ciertamente y es necesaria en los campos y en los egércitos, no se debe enseñar en las ciudades ó en la sociedad; porque esto seria transformar á los militares en insensibles máquinas, en viles instrumentos que en manos de los tiranos y déspotas destruirian las leyes y la libertad. La obediencia ciega y maquinal á los gefes injustos es una traicion contra la patria, á la cual el militar debe defender contra sus enemigos: si esta obediencia es laudable y precisa en el simple soldado, incapaz siempre de razonar y de formarse ideas de justicia, ella es culpable y deshonorosa en los que le mandan: la educacion debiera haberles inspirado unos pensamientos mas nobles y mas generosos que á los autómatos cuyos movimientos dirigen. Mas la política de los tiranos cuida mucho de levantar siempre una muralla de bronce entre los nobles, los militares, y sus demás súbditos. La nobleza militar, que forma una clase distinguida, se consagra servilmente á la voluntad de los príncipes mas malos; y engañada y seducida con vanos privilegios, pensiones y títulos aéreos, nada tiene de comun con los diferentes órdenes del estado. Todo militar se cree siempre dependiente del príncipe, y libre de todo vínculo con su nacion; y deja de ser ciudadano para ser un satélite, un mercenario, un esclavo. Las leyes, la libertad, la justicia, y con ellas la felicidad, son bien pronto desterradas de los estados cuyos soberanos tienen á sus órdenes muchas tropas veteranas.

Hablar de patria, de moral, y de obligaciones á los que por lo comun han compuesto hasta aquí los ejércitos, era exponerse claramente á la risa y á la mofa. La vanidad, el atolondramiento, el libertinaje, la pereza y el deseo de una licencia impune, estos eran los motivos ordinarios que llevaban comunmente á una juventud imprudente á la profesion de las armas: los militares de este modo de pensar se figuraban que la razon, la reflexion, la equidad y la virtud no hablan hecho para ellos. La moral debe ser menos poderosa necesariamente con la soldadesca grosera, elegida y compuesta regularmente de holgazanes, vagamundos, gente sin hogar ni domicilio, y muchas veces de malhechores que se han acogido á las armas para sustraerse de la miseria ó de los castigos que tienen merecidos (1).

Un gobierno militar influye del modo mas sensible en las costumbres de las naciones: cada uno quiere parecerse á los que componen el cuerpo mas distinguido; y por consecuencia todas afectan los modos y maneras militares,

(1) Jenofonte atribuye la decadencia de los persas, despues de Ciro, al modo con que entonces se formaban los ejércitos, los cuales no se componian sino de una vil canalla recogida, poco mas ó menos, del modo mismo con el que hasta hoy se han formado regularmente nuestros ejércitos.

siendo vanos, ligeros, sin atencion y sin buenas costumbres.

No era así como se formaban los ejércitos valerosos de los Griegos y de los Romanos, cuyas hazañas y hechos memorables nos ha transmitido la historia. Sus generales eran hombres desinteresados, instruidos, guiados de la pasion de la gloria; los simples soldados no eran viles mercenarios, sino ciudadanos labradores y propietarios, que tenian una patria á la que amaban porque encerraba y protegía á sus mugeres, sus hijos y sus bienes, que peleaban valerosamente por la libertad; y no en favor del despotismo; y que, acabada la guerra, volvian á sus hogares, donde gozaban de las alabanzas de sus conciudadanos, por haberlos defendido con valentia y esfuerzo. La milicia romana, cuando fué mercenaria, decayó de su antiguo espíritu: los soldados ya no fueron sino los instrumentos aborrecibles de los ambiciosos que supieron comprarlos; ellos esclavizaron el estado á los tiranos, á los que tambien destruyeron á su antojo; y á fuerza de mortandades, de rapiñas y de indisciplina, causaron la ruina del Imperio, que hubieran debido defender mas bien contra sus indignos señores que contra los Germanos, los Partas ó los Dacios.

¡Tal es la suerte que las tropas mercenarias preparan á las naciones! ¡Tales los destinos de los tiranos que se confian y entregan á una soldadesca inconstante y perversa! Esta, despues que ha estado por tierra la equidad, la libertad y las leyes, ensobrecida con sus

victorias, se abalanza como una fiera contra el dueño mismo que ha desencadenado su furor. Los emperadores mas justos y mas sabios, los Probos, los Alejandro-Severos, fueron víctimas de los furiosos soldados que aborreían de muerte la virtud de estos príncipes. En fin, tal es todavía en nuestros dias la suerte que los genzaros rebeldes hacen experimentar á sus sultanes. Los déspotas mismos no pueden contar siempre con los esclavos que guardan su persona. Las fieras suelen despedazar con frecuencia á los mismos que las guardan. La licencia y la corrupcion de los soldados, que los mismos príncipes favorecen, llegan á ser tan funestas á sus amos como á las naciones esclavizadas por ellos. Los instrumentos de la tiranía contribuyen y se emplean tarde ó temprano en la destruccion y ruina de los mismos tiranos.

Bajo los gobiernos introducidos por los pueblos bárbaros que repartieron entre sí las provincias del Imperio romano, los generales, los grandes, los nobles y los militares, únicamente obligados á seguir á los reyes en la guerra, se hicieron poco á poco independientes de su autoridad en la paz, y fueron después representantes, magistrados y jueces de las naciones reducidas á la esclavitud con sus armas. ¿Mas cuál pudo ser la justicia que unos siervos infelices obtendrían de unos hombres brutales, ignorantes, alimentados con la sangre y la rapina? ¿Qué proteccion hallarian unos ciudadanos despreciados en unos nobles que no trataron jamás sino de sus inte-

reses personales? Los reyes, muy débiles para reducir á la razon á sus indómitos vasallos, los dividieron entre sí, como se ha visto, y se aprovecharon de sus desavenencias y de su ignorancia para darles en los tribunales por asesores á los llamados *clérigos* (1), jueces mas instruidos que los grandes, á quienes fueron sustituyendo lentamente, para formar despues la magistratura que hoy existe en Europa.

Los representantes armados se hacen prontamente unos tiranos temibles al pueblo, y unos súbditos rebeldes al soberano. Esta nobleza militar, abusando de su poder, desprecia la justicia, y es incapaz de juzgar bien á los ciudadanos. Las naciones, para que las representen, necesitan hombres justos, íntegros ilustrados, obedientes á las leyes, inaccesibles á las seducciones de las córtés, que obliguen al monarca á respetar los derechos de la sociedad, y sobre todo que los respeten ellos mismos. Los representantes venales ó fáciles de seducir son traidores que presto caerán en los hierros del despotismo, una vez que neciamente hayan caído en sus lazos.

De este modo, por falta de equidad, de razon y de ciencia, la principal nobleza, que en los tiempos antiguos iba casi al par de los monarcas, fué no solo echada al suelo y despojada de su poder, sino tambien privada de

(1) Se llamaba *clérigo* en los siglos de ignorancia á todo el que tenía alguna tintura de las letras, las cuales estaban entonces reservadas al clero.

la prerogativa tan noble de representar y juzgar á los pueblos. ¿Su caída no debiera enseñar á todos los grandes que ningun poder, por fuerte que parezca, puede sostenerse sin justicia y sin talento? Ningun orden del estado, ningun cuerpo puede separar sin riesgo sus intereses de los intereses generales de la nacion: en una palabra, la moral y los talentos son útiles y necesarios á la nobleza, y nada hay en ellos que merezca su desatencion y su desprecio. *El esclavo*, dice un poeta, *no tiene derecho á levantar la frente* (1).

La nobleza impone evidentemente á los que la poseen la obligacion de amar á la patria con mas ardor que todos los demás ciudadanos. Quanto mas se recibe de la sociedad, tanta mayor gratitud y celo se la debe mostrar. Ninguno mas que el noble se halla interesado en la prosperidad de la nacion, en que están sus bienes y propiedades, y donde goza de la consideracion y de los honores que desea. Nada mas legítimo, ni mas bien fundado, que el que los soberanos, en la distribucion de los empleos importantes, elijan y prefieran á los sujetos mas distinguidos por su nacimiento.

Debe suponerse, ciertamente, que las personas bien nacidas han sido bien educadas, esto es, han recibido de sus padres principios de honor, pensamientos generosos, un noble ambicion, dotes y cualidades apreciables, y una razon y una alma cultivadas con el mayor esmero.

(1) *Poetae graeci minores, Theognidis carmina.*

Cuando semejantes disposiciones no se hallan en un noble, este no es mas que un hombre comun, capaz de dañar al señor á quien sirve y á los súbditos sobre quienes egerce alguna autoridad.

Mas, para ser justamente respetado, no es siempre necesario que el noble prodigue su sangre en las batallas, ó que egerza empleos distinguidos: quando, desnudo de ambicion, vive retirado en las posesiones y heredades de sus antepasados, sus riquezas le ponen en disposicion de hacer bien á los que le rodean. Un señor benéfico y poderoso, ¿no es mas grande y mas feliz en sus estados que no esos grandes que se esponen á las borrascas de las córtes? Quando el noble goza de una mediana fortuna, su vida retirada le liberta de los aguijones de la ambicion; ella le sustrae del espectáculo molesto y vergonzoso de aquellos personajes indignos que la injusticia eleva frecuentemente á los honores: sus necesidades son limitadas, porque no está infestado del contagio del lujo: él labra y fertiliza en paz sus campos: cultiva su entendimiento en los ratos ociosos: en fin, cria sus hijos de modo que pueden algun dia salir de su retiro, y merecer con sus talentos y virtudes la estimacion del mundo.

La desgracia no conmueve, quando va acompañada de vanidad. El vástago virtuoso de una antigua familia oscurecida es un objeto que enternece y lastima, recordándonos la inestabilidad de la fortuna: un noble desdichado y modesto gana los corazones de un modo mas seguro que un hidalgo pobre y soberbio. Con demasiada frecuencia vemos que el orgullo y la altiveza no se apartan de la nobleza aun en el seno mismo

de la miseria. En cualquier posicion que el noble se halle debe reconocerse, esto es, debe respetarse á sí propio; nunca jamás envilecerse, y ser siempre celoso de la estimacion de los demás. Estos sentimientos laudables deberán nunca confundirse con una vanidad pusilanime é inquieta, con una vergonzosa indolencia, y con un fútil temor de degradarse con el ejercicio de un trabajo honesto, ó con el uso de las dotes del alma? Las preocupaciones bárbaras, hacen que en muchas naciones todo noble, por solo su nacimiento, tenga á menos ejercer ciertos empleos y ocupaciones honrosas; que mire como vil la profesion del comerciante, y que menosprecie á cuantos el destino no ha dado el nacimiento que á él; niugun talento, niuguna virtud, le parecen comparables, á la ventaja de haber nacido de padres nobles; esta preocupacion lastimosa le hace muchas veces injusto, insociable y odioso á cuantos no han sido como él favorecidos por la casualidad. Es menester hallarse enteramente destituido de todo mérito personal, para dar tanto valor á un accidente fortuito.

Los hombres no son iguales por naturaleza, ni lo son tampoco por las leyes de la sociedad, que para ser justas no deben igualar jamás el hombre inútil ó malvado al ciudadano virtuoso. El noble es respetado cuando obra noblemente, y no merece en manera alguna ser distinguido de la multitud, cuando sus cualidades y virtudes no acreditan y comprueban su origen. Sus conuocidadanos tienen derecho para decirle. «Si sois verdaderamente de la sangre de aquellos generosos guerreros que

«en otro tiempo se sacrificaron por la patria, aprobados vuestro origen con acciones nobles, con un modo de pensar digno de tales predecesores. Si descendéis de los bienhechores de nuestros padres no tratéis á sus hijos con una altanería insultante. Si queréis ser honrado, mereced nuestra estimacion con virtudes, y con un apego y afecto inviolables á las leyes sagradas del honor. «Si sois miembro del cuerpo mas distinguido del estado, no os hagais cómplice de los malvados, los cuales, despues de haberlo todo destruido por vuestro medio, aniquilarán vuestros privilegios, y os reducirán á algun dia á la clase de esos plebeyos que tan cruel y locamente despreciaís (1).»

Ofuscados hace mucho tiempo con frívolas distinciones, prerogativas pueriles y precarias, vanos títulos y pretensos derechos, á

(1) Un noble alemán no trata con un comerciante. Los habitantes del Indostan se dividen en clases ó tribus, de las cuales las superiores no solo desprecian á las inferiores, sino que las maltratan cruelmente. Un *nair*, ó noble del Malabar tiene derecho para matar á un *putia*, ó pobre, que le tocara por descuido. Los nobles *chingules* tratan del mismo modo á los plebeyos, siendo así que ellos no se acercan al rey sino en cuatro patas, y se califican de perros cuando le hablan de sí mismos. Un noble polaco puede matar impunemente á un plebeyo. En Europa, un grande es á lo mas castigado con prision ó destierro por los asesinatos y por los mas enormes delitos, excepto en Inglaterra, donde las leyes no hacen distincion de persona en orden á esto.

veces infanzados é injustos, los nobles se imaginaron unos entes de naturaleza distinta del resto de los hambres, y se avergonzaron de reunir sus intereses con los de los plebeyos, mirádoslos como unos libertos de sus predecesores: por manera, que autorizados de una jurisprudencia feudal y bárbara, ejercieron en los pueblos millares de vejaciones jurídicas. El derecho tan respetado de la caza hizo las tierras estériles; las campiñas fueron devastadas, y los labradores arruinados con los feos y diversiones de los señores; la vida de los gamos, ciervos y demás animales de los bosques fué tenida en mas precio que la del hombre mismo (1); y bajo el pretexto de mantener la integridad de sus derechos, los grandes hicieron sufrir á sus vasallos las mas crueles injusticias. Es una bella diversion, ciertamente, y un placer muy noble y muy grande, trocar los campos estendidos y fértiles en selvas y desiertos, imposibilitando las cosechas, y haciendo derramar lágrimas á millares de familias desoladas.

La moral y la política claman á una contra estos abusos feroces é irritantes. Los grandes y los nobles no pueden recrearse y divertirse sin aniquilar sus mismas posesiones, y sin

(1) Las leyes inventadas para la conservación de la caza son atroces en algunos países. Dicese que en Alemania los príncipes hacían atar á los cazadores salvajes sobre los ciervos, echando á estos de un árbol libremete á los bosques, donde aquellos irían á ser gran despedazados por las fieras.

afligir á los desgraciados á quienes deberían proteger como padres? Con qué buena voluntad el labrador indignado mirará á su señor que no se presenta en sus campos sino para traer á ellos la escasez, el hambre y el desorden? Mas la humanidad no es oida de los orgullosos que no conocen la miseria; ellos se ríen de las lágrimas de los infelices, y se jactán del osado y bárbaro poder que impunemente ejercen contra los débiles. Mas qué digo! ellos castigarían al que tuviese la temeridad de quejarse humildemente del mal que se le hacia (1).

Si los príncipes los nobles y los grandes, en el delirio á que sus placeres les reducen, son incapaces de escuchar la voz de la piedad, escuchen á lo menos la de su propio interes. Renuncien, pues, á unos derechos que dejan baldíos, eriales y despoblados sus territorios; que acobardan y aburren á los labradores, de quienes necesitan para contentar y sostener su lujo y vanidad; y que hacen, en fin, á la grandeza y la nobleza tan odiosas á los ciudadanos; cuyo cariño debieran codiciar, y cuyos trabajos debieran alentar y promover. ¿Es posible que solo haciendo mal crean los grandes que muestran su poder?

La equidad natural, cuyas leyes son mas

(1) Yo he visto á un poderoso amenazar con que le daría de pelos y le metería en un calabozo á un plebeyo, que sirviéndole de guia en el perseguimiento de un ciervo, le había hecho dar un pequeño rodeo para no atravesar un sembrado.

santas que las convenciones locas de los hombres, reclama y anula los privilegios concedidos por la injusticia, sostenidos por la violencia, y confirmados por la ignorancia y la rutina de los siglos. El pacto social exige que ninguna clase de ciudadanos se arrogue el derecho de afligir á los otros, y pone al débil bajo la salvaguardia del poderoso, y al labrador bajo la proteccion de su señor: el castillo del noble, así como su corazón, deben ser el asilo de sus súbditos oprimidos. Una nobleza virtuosa, ciudadana é ilustrada, sea la protectora y el modelo de los pueblos; sus miembros bien unidos serian de derecho representantes de los pueblos, y formarían una fuerte muralla que jamás la tiranía podria romper y echar por tierra. Los nobles opresores, discordes, sin luces y sin costumbres, destruyendo á los pueblos se destruyen tambien á sí propios.

La verdadera moral, siempre de acuerdo con la equidad y sana política, está muy lejos de abatir á la nobleza, sino que le pone á la vista sus obligaciones para con la sociedad, recordándole su origen verdadero y su institucion natural. La justicia, siempre de acuerdo con los intereses del estado, no puede proponerse introducir en las naciones una igualdad democrática, que presto degeneraría en confusion. Todos los imperios necesitan defensores animados del honor, ó á quienes la educacion haya inspirado unos elevados pensamientos: éstos deben ser recompensados con honrosas distinciones, con respeto y con

los premios merecidos. Mas la justicia no puede aprobar el que la nobleza, cuando vive en la ociosidad, goce de privilegios gravosos al resto de los ciudadanos, y no sufra las cargas del estado, que por consecuencia recaen sobre la parte mas pobre y la mas laboriosa de las naciones. El noble que por este titulo es defensor de su pais, el grande que aconseja á sus reyes, el magistrado que consagra sus vigilias al mantenimiento de la justicia y del buen orden, son ciertamente unos ciudadanos distinguidos de los demás, y que no deben ser en manera alguna confundidos con el ciudadano oscuro que no hace los mismos servicios á la patria.

No demos, pues, oídos á las máximas de una filosofa mal contenta y envidiosa (1), que bajo el pretesto de restablecer la justicia y el reino de Astrea sobre la tierra, querria abolir distinciones y clases, para introducir en las naciones cultas una igualdad quimérica, que no existió jamás, ni aun en las tribus de los mas remotos salvajes. Ann en estas tribus vagabundas, cuya pasion habitual es la guerra (como por desgracia lo es aun todavia en la mayor parte de las naciones cultas), los hombres bravos y valientes, no son los mas distinguidos, y los mejor recompensados? La razon no quiere que, en la cruel necesidad que pone tan frecuentemente en guerra á las

(1) Véase el discurso sur l'Inégalité des conditions por J. J. Rousseau.

naciones se destruya y aniquile el espíritu militar, y que se usurpe al valor la consideracion que justamente le es de debida. La verdadera moral prescribe únicamente a los nobles, a los militares, a los grandes y a todos los hombres constituidos en dignidad, que se distingan en los talentos y buenas cualidades que convienen a su estado; ella les prohíbe rigorosamente que se degraden con una conducta servil ó con vicios capaces de confundirlos con los esclavos ó con el más vil populacho.

La palabra *nobleza* anuncia valor, grandeza de alma, y una voluntad firme y constante de mantener los derechos de la sociedad.

Una clase elevada indica una superioridad de virtudes, de talentos y de esperiencias, digna de respeto y de consideracion.

Los grandes empleos denotan el poder, la capacidad y el deseo de hacer bien, y la autoridad legitima a que los hombres deben sujetarse por su propio interes. *Nobleza*, *clase*, *grandeza*, son palabras vacías de significacion si no producen ventajas algunas al público, y merecen ser despreciadas y aborrecidas cuando solo se emplean en hacer mal: por tanto, seria una injusticia el exigir únicamente en razon de las dignidades, del nacimiento ó los empleos, aquel respeto y aquel amor que solamente son debidos a las cualidades personales que estas palabras representan.

CONTINUACION

DEL

CAPÍTULO V.

Deberes de los nobles y de los militares.

HASTA aquí hemos hablado de los deberes de los nobles y de los militares con relacion a sus conciudadanos y a la patria en que han nacido, en cuya felicidad, según se les demuestra, son tan interesados a lo menos como las otras clases del estado. Nos falta ahora exponer en pocas palabras sus deberes con relacion a aquellos contra quien su profesion los obliga a tomar las armas. Seria seguramente desconocer los principios mas evidentes de la razon ó de la moral, creer que el hombre no está obligado a nada respecto de su enemigo. Seria degradar al guerrero y suponer que no es hombre, y si fiera, el pensar que habiendo nacido en medio de naciones cultas y civilizadas, pudiese ignorar las máximas humanas y justas que estas han establecido entre sí, y que subsisten en toda su fuerza aun en medio del tumulto de los combates. En fin, seria mirar al militar como a un vil autómató, como a un cruel verdugo ó como a un salvaje furioso, imaginar que no supiese hasta que punto debe usar del valor contra los enemigos de su patria.

Los salvajes, estúpidos y faltos de razon, de prevision y de virtud, son los que únicamente se persuaden que toda es licito con los vencidos, y que no deben tener fin ni término su furor y su venganza. ¡Insensatos! ¿no conocen que la fortuna de las armas es inconstante, y que el que hoy vence y usa cruelmente de su victoria puede ser vencido mañana, y caer en manos de un enemigo á quien con su crueldad tenga irritado? Estos ciegos y furiosos ¿no ven que sus continuas y bárbaras guerras han reducido casi enteramente sus naciones, antes numerosas, á unas miserables tribus, incapaces de poder defenderse contra un puñado de europeos?

Hace ya mucho tiempo que la voz santa de la humanidad, la razon, y el interes bien entendido, han abolido en nuestro continente la ferocidad primitiva de sus incultos moradores. A proporcion que los pueblos se han ido instruyendo, han usado de mas moderacion en la guerra. Si algunos hechos modernos nos ofrecen ejemplos de atrocidad, estos son debidos á naciones que todavía no han sido curadas enteramente de la ignorancia y del frenesí de sus salvajes progenitores (1).

(1) Los Grentas y los Panduros, pueblos estúpidos y bárbaros, cometieron crueldades inauditas durante la guerra que siguió á la muerte del emperador Carlos VI. Los Kalmeucs y los Tartaros, que servian á la Rusia, no han obrado mejor en varias ocasiones. La destruccion de Palatinado, ordenada en el siglo pasado por Luis XIV, nos prueba que este principio tan

Gracias á los dogmas de la razon que han suavizado las costumbres de los soberanos y guerreros, los hombres no se encarnizan ya tan cruelmente en su reciproca destruccion. El soldado oye la voz de la humanidad en el horror de la carniceria y de la mortandad, y en medio del ruido espantoso de las armas. Ya concede la vida al enemigo desarmado que le pide piedad, y quedaria sin honor si matase ó hiciese á un enemigo rendido á sus pies: hace prisioneros, y no esclavos, como aquellos á quienes los bárbaros Romanos solo perdonaban la vida para hacérsela mucho mas insupportable que la muerte. Hoy en los egércitos los prisioneros hechos en la guerra son tratados con suavidad, preservados de todo insulto, y devueltos á su pais por medio del cange ó del rescate. En fin, las armas, aunque tan estrepitosas, de nuestros guerreros modernos son mucho menos destructivas y asoladoras que las de los antiguos.

Estos son los efectos que la moral ha producido poco á poco en el corazon de los príncipes y soldados. Debemos esperar que los dueños y señores del mundo, desengañados, mas y mas de su sangrienta y mortífera ambicion, llegarán á conocer los males que las mas felices guerras acarrearán siempre en sus estados. Atentos, pues, á la razon, á la huma-

ñabado por los poetas era un salvaje tan cruel como Atila. Este acto de barbarie le hizo execrable á la Europa entera.

idad, á la justicia y á su inter bien entendido, prodigarán mucho menos la sangre de sus súbditos; no decretarán con tanta ligereza la destruccion de los pueblos; amantes de la paz, minorarán sus egércitos escesivamente numerosos; que absorben inútilmente todas las rentas del estado; cuidarán de su administracion interior, de su legislacion y de sus buenas costumbres, y á la sombra de las leyes serán ciudadanos en fin el militar y el noble.

Prescindiendo de los deberes generales que el derecho de gentes, adoptado por las naciones cultas, impone al militar, hay otros que la moral prescribe, y que no puede omitir en la práctica, sin hacerse infame y criminal. Su patria puede muy bien ordenarle que combata y destroce á los enemigos que se arman contra ella; mas no que egerza una venganza, tan injusta como inútil, contra el ciudadano desarmado, el pacífico labrador y los habitantes de los pueblos. ¿No son acaso bastantes las desolaciones, las mortandades y las violencias de toda especie, que trae consigo la guerra, sin estender todavía mas sus horrosos efectos á los hombres que no han tomado las armas, y cuya desgracia y mala suerte es haber nacido en los dominios de otro soberano?

Si existe alguna idea de justicia, y algún afecto de piedad en los generales de los egércitos y en los oficiales subalternos, no se querrán mostrar crueles con los infelices ciudadanos, cuya total ruina no puede contribuir

en nada al buen éxito de sus armas, y que nada tienen de comun en las contiendas de los reyes. Así que, una severa disciplina debe refrenar poderosamente la licencia, la codicia y la disolucion de una soldadesca casi siempre ignorante y bárbara. No se envilezcan, pues, con una sordida avaricia los gefes verdaderamente nobles y desinteresados, en quienes el único móvil debe ser el honor. ¿Qué cosa más vergonzosa que la conducta vil y despreciable de aquellos generales de egército, para quienes la guerra es un comercio, y que, humillándose al oficio cruel y bajo de traidores y usureros, esprimen de las venas de los pueblos la poca sangre que la guerra les ha dejado.

Estos son los deberes que la moral y el honor prescriben á los militares; deberes que fueron generosamente observados por los Escipiones, los Turenas, los Catinats, y deberes que serán cumplidos igualmente por todos aquellos que prefieren una gloria sólida á la pasion del oro, propia solamente de las almas bajas. La avaricia es un vicio indigno de un gran corazón. El valor militar se auquila muy pronto en las naciones enervadas por el lujo, donde el militar, por lo comun, prefiere su enriquecimiento á su gloria. Los Romanos, pobres, pero influidos del amor de su patria, sojuzgaron al mundo; despues, enriquecidos con los despojos de las naciones, la avaricia fomentó discordias entre ellos; y debilitados con el lujo, estos guerreros tan terribles vinieron á ser un rebaño de esclavos medrosos

y oprimidos bajo el yugo de los mas cobardes y aborrecibles tiranos.

Una nacion esclavizada, en quien domina un sórdido interes; no sabe que es honor: el honor no es calidad de esclavos, que ni pueden estimarse á sí mismos, ni aspirar á la estimacion de sus conciudadanos: la grandeza de alma, la nobleza de animo, el valor, serian cualidades inútiles, impropias y aun dañosas para aquellos que la opresion condena á la servilidad. ¿Cómo un hombre á quien el temor envilece podrá tener una alta idea de sí mismo, cuando todo le demuestra su dependencia y su debilidad? Un cortesano, cuya dignidad, fortuna, libertad y vida están á la discrecion de un déspota débil ó malvado, de un ministro perverso, ó de una caprichosa favorita, ¿puede acaso tener la fuerza y la elevacion que inspira la seguridad? Un esclavo, únicamente cuidadoso de agradar á su señor, ¿qué interes podrá tener en grangearse la estimacion de un público que, caso de que él mostrase algunas virtudes, solo le concederia una tácita y estéril aprobacion, ó condenaria en él estas mismas virtudes como incompatibles con su estado?

El verdadero valor supone una energia y un vigor producido por el amor de la patria; pero ¿dónde está la patria en un pais sojuzgado por el despotismo? El guerrero no tiene en él otro empleo que defender al carcelero que le tiene cautivo. Tampoco puede haber ni verdadera nobleza, ni distinciones, efectivas, ni clases, ni privilegios permanentes

entre unos hombres igualmente sometidos todos á los caprichos del que manda. Algunos esclavos, distinguidos momentáneamente por el favor inconstante del dueño, se ensorbercerán con esta autoridad no durable, y se tendarán por algo; pero la menor reflexion debe convencerlos de su nulidad y miseria, y hacerles conocer que la mano misma que los levanta y los sostiene puede á su antojo reducirlos al polvo y á la nada. La nobleza que funda su soberbia en vanos títulos, en prerogativas imaginarias, en privilegios injustos, en inútiles demostraciones exteriores, nada tiene de real ni de sólido. La verdadera nobleza no puede encontrarse en un gobierno que inspire afectos generosos, y en una patria que cuide de la libertad, de la justicia, y de la seguridad de sus miembros: El noble, mas que ningún otro ciudadano: está interesado en la felicidad de su pais y en el mantenimiento y observancia de las leyes, que ponen todas las clases del estado á cubierto de la tiranía.

El hombre verdaderamente generoso (1), según la fuerza de la palabra, es aquel que ha recibido de sus progenitores una alma tan grande, tan noble y tan esforzada, que sacrifica los intereses pueriles y despreciables, y

(1) La palabra generoso nace de la palabra latina *genitus*, que significa *raza ilustre ó linaje*; por esta razon se ha supuesto que un hombre bien nacido debe tener pensamientos mas nobles que los otros y mostrarse capaz de mayores sacrificios por la patria.

las ventajas inciertas y precarias, á los intereses sólidos y permanentes que le uneo y estrechan con su patria, al deseo de verse estimado de sus conciudadanos, y á la verdadera gloria que consiste en el aprecio de los hombres de bien. *Del templo de la virtud, dice Ciceron, se pasa al templo de la gloria.*

¿Qué derechos pueden tener á la estimacion pública los nobles y los militares totalmente destituidos de grandeza de alma, de verdadero valor y de principios generosos?

¿Puede una nacion demostrar algun sincero respeto á los cortesanos ocupados en adular á un despota que la destruye, ó á los militares cuyo oficio es tener á sus conciudadanos bajo el yugo de la opresion? No: los hombres de este carácter no pueden aspirar de modo alguno á la estimacion que constituye el verdadero honor: pueden, es cierto, deslumbrar con su fausto y orgullo; pueden, amedrentando, forzar á sus conciudadanos á que les den señales de un respeto y deferencia exterior; pero nunca conseguirán una verdadera gloria, ni los sinceros homenajes que codician, reservados únicamente á la generosidad, al patriotismo y á la virtud.

¿Cómo la facultad de ofender y dañar podría dar derechos algunos á la estimacion de los hombres? Seria formar ideas muy falsas del honor el creerle compatible con el vicio, con los abusos del poder y con la perversidad. Sin embargo, muchos de los que se llaman nobles y militares no se avergüenzan de hacerlo consistir en los desórdenes. Se ven

con mucha frecuencia hombres los mas culpables, los mas notados y los mas dignos del desprecio de los hombres de bien, tenerse por *personas de honor*, y presentarse imprudentemente en todas las concurrencias: á sombra de un grado militar, ó de un gran título, los vemos despreciar la censura comun, y conseguir á veces de sus censores mismos una favorable acogida. Las mas viles picardías, las deudas mas fraudulentas y vergonzosas no hacen que sean excluidos del trato de las gentes. Bajo los gobiernos injustos ó débiles, los grandes viven confiados en la impunidad: los crímenes mas públicos y notorios no los esponen al rigor de las leyes, porque se temeria que el castigo desonrase á sus familias. ¿Cómo si los crímenes no fuesen personales, ó cómo si estos mismos crímenes no fuesen en sí mas deshonorosos que el cadalso? (1) En una palabra, la nobleza de nacimiento es un manto que cubre todas las iniquidades.

Quando se observa esta desigualdad escandalosa entre súbditos que debieran gozar de

(1) En 1763, el lord Ferrers, de una casa enlazada con la familia Real, fué ajusticiado públicamente en Londres, por haber matado á su hermano para ocupar su plaza en la Cámara de los pares de Inglaterra. En los demás reinos de Europa los potentados y grandes nunca son castigados ejemplarmente, sino por causa de rebelion contra el soberano ó sus ministros; pero los delitos contra la nacion les son fácilmente perdonados.

menester insultar, ofender y matar á sus ciudadanos. Segun que los hombres se vayan ilustrando, las costumbres se harán mas humanas y sociables.

Hay sin embargo militares que parece como que sienten no haber nacido en aquellos antiguos tiempos en que los guerreros se asesinaban unos á otros con la mayor facilidad, y creen que estos frecuentes desafíos son útiles á la conservación del espíritu militar. Estos fanáticos sin duda se imaginan que un militar, para ser buen soldado, debe ser una fiera, un salvaje, un bruto, incapaz de todo sentimiento de humanidad y de razon.

Efectivamente, al ver la conducta insensata de un gran número de los que siguen la profesión de las armas, el atolondramiento y el descuido que presiden á todas sus acciones, y el desprecio que hacen de todas las reglas de la equidad y de las buenas costumbres, pudiera creerse que la moral es enteramente incompatible con el ejercicio de la guerra, y que el militar nunca debe por su estado ni reflexionar, ni hacer el menor uso de su razon.

Una política tan falsa como injusta ha inspirado estas máximas tan perniciosas; y creyendo los déspotas que sus soldados serian de este modo mas obedientes y sumisos, los han tenido siempre en una profunda ignorancia, permitiéndoles la rapiña, la injusticia y la licencia en sus costumbres. Política muy perniciosa é imprudente, soltar las riendas á unos dementes ciegamente arrastrados de to-

das sus pasiones! Los príncipes que siguen semejantes ideas no advierten en verdad que estos satélites, á quienes consenten que sean injustos y feroces contra los ciudadanos desarmados, lo son despues contra su soberano mismo. ¿Cómo contener los furores de una milicia embrutecida á quien, en tolerar que se muestre culpable, han enseñado á que lo sea?

Así que, no dando nunca oídos á las máximas de una política ciega y bárbara, todo príncipe racional, por su propia seguridad y por el bien de sus estados, debe reprimir la licencia del soldado; debe cuidar de las costumbres de sus gefes; debe estimularlos por medio de recompensas al estudio y á la instrucción, y á que consagren á este fin una parte del mucho tiempo desocupado y fastidioso que en la paz les dejan sus cargos militares. De este modo el soberano se verá servido por hombres mas hábiles, mas experimentados y menos turbulentos; y las naciones tendrán en sus nobles y militares unos conciudadanos mas útiles, mas sociables y mas dignos de ser queridos y respetados.

En general, nada contribuye mas eficazmente á la corrupción de las costumbres de una nación que el gobierno militar; el desorden, la licencia y la disolución que le acompañan en todas partes; se comunican por su medio á todas las clases de la sociedad, fijando principalmente su domicilio en los pueblos de guarnición. Aquí es donde se ve ocupado de continuo el militar en seducir á la inocencia, en

tentar á la virtud del sexo femenino, en vengarse de sus desprecios y repulsas con las mas horrendas calumnias, en una palabra, en ultrajar con la mayor insolencia su reputacion; y en turbar el reposo de las familias virtuosas (1). A estos desórdenes hay que añadir la vanidad, el carácter frívolo, el atolondramiento, la fatuidad y la arrogancia, que constituyen, por decirlo así, el distintivo de un gran número de militares, y que hacen su trato desagradable á las personas sensatas. En fin, el militar, casi siempre desocupado, tan lejos está de amar el trabajo, que antes bien se vanagloria de su inercia y de su ociosidad, como honrasas en su estado; y desprecia, como á pedantes, á sus camaradas que buscan en el estudio un medio de emplear útilmente su tiempo libre y desocupado.

Es preciso repetirlo, la ignorancia y la ociosidad serán siempre en los militares unos marciales inagotables de desórdenes, de infelicidad y de fastidio. De estos males solo se

(1) Hay muchas ciudades de guarnicion, en las quales los militares no son admitidos fácilmente en las casas de honor y distincion. Esto es nacido de la conducta imprudente de muchos oficiales, principalmente con las mugeres, cuya reputacion, por una necia vanidad, suelen injusto y falsamente ofender. ¡Hay cosa mas bajo, ni mas indigna de un hombre de honor, que esas listas ó catálogos infamatorios, y las mas veces calumniosos, con que algunos militares tienen el desvergonzado atrevimiento de publicar á un sexo respetable á todo hombre de bien, y cuya falta y flaquezas de un daber sagrado el ocultarlas?

preservarán cultivado y perfeccionando sus facultades intelectuales; por lo menos deben aprender en qué consiste ese honor de que tanto se glorian, y de que muchas veces no tienen ni aun la noticia, mas remota: deben no confundirle con la vanidad, la arrogancia, ó los vicios, que tan odiosas y despreciables suelen hacerlos; por último, deben saber que la instruccion y las buenas costumbres no les son menos útiles y necesarias que á los demás ciudadanos.

Por una necia vanidad, que muchas veces se sustituye á la grandeza de alma, ó á la nobleza de ánimo, y al verdadero honor, un lujo ruinoso causa los mas espantosos males en los egércitos, y destruye las fortunas, de los que se consagran á la defensa del estado. A este lujo destructor deben las familias nobles la indigencia y la oscuridad en que las vemos consumirse frecuentemente: á esta miseria ha de atribuirse la dependencia servil en qua el despotismo mantiene á una nobleza arruinada con sus locos dispendios. En una palabra, el lujo y la vanidad de los nobles, y de los militares sirven para consolidar y hacer mas fuertes las cadenas que los tienen aprisionados bajo el poder de los tiranos.

Para todo hombre que piensa, es un espectáculo digno de compasion el ver hasta qué punto la opinion ha llegado á ofuscar á la nobleza y á engañarla acerca de sus mas verdaderos intereses. Para lucir y ostentar en la guerra con gastos que exceden á sus fuerzas, un noble, un rico propietario se adeuda, em-

peña sus haciendas, y se despoja de la fortuna que poseen y que pudieran disfrutar: todo con el desigmo de complacer á una corte ingrata, á cuyos caprichos se sujeta por todo el resto de su vida. En cambio y recompensa de los bienes sólidos de que su loca vanidad le ha privado, acaso obtendrá un grado, una pensión precaria ó alguna distincion pueril, si es que tiene favor; pero si no, será desatendido y menospreciado por aquellos mismos en cuyo obsequio ha tenido la necesidad de arrojarse. En suma, á esperanzas quiméricas, á preocupaciones engañosas, al acaso y á la fatalidad, es á lo que muchas nobles y militares tienen la locura de sacrificar su fortuna, su reposo, su honor, su vida, y muchos veces la patria misma de quien se llaman defensores.

Una política menos astuta y mas bien entendida debería reprimir un lujo y una molición incompatibles con el ejercicio de la guerra. ¿Cómo es que unos hombres verdaderamente valerosos no tienen fortaleza para despreciar estos vicios? Los príncipes justos y prudentes los desterrarán de sus ejércitos, introduciendo en su lugar la sencillez, la templanza; la frugalidad y la disciplina conveniente para fortalecer los cuerpos y sustentar en los soldados el valor. ¿Qué espectáculo tan irritante para los infelices es el ver los convites suntuosos de los generales que, para sostener su lujo y su vanidad, esterilizan y destruyen los campos en que se hallan, y quieren que naden en la abundancia un sin número de criados ociosos, mientras que el soldado hambriento

y estenuado carece ordinariamente aun de lo mas preciso!

¿Qué diremos de esos costosos placeres, de esos teatros, de esas frívolas diversiones, de esos juegos ruinosos, de esa multitud de prostitutas y de las disoluciones continuas, que el lujo y el hábito del vicio hacen indispensables á los militares corrompidos y enteramente afeccionados? ¿Pudiera decirse que una horrorosa política se propone en sus máximas enflaquecer y destruir los cuerpos, la fortuna y las costumbres de los que destina á la defensa del estado. ¡Esta es la recompensa que el despotismo reserva comunmente á los insensatos que han tenido la imprudencia de sostener su injusto poderío! El los corrompe y arruina, y despues los abandona al arrepentimiento, á la miseria, á las enfermedades y al desprecio. Por una ley constante de la naturaleza, de la cual ni el noble ni el militar están exentos, no hay desorden que no halle tarde ó temprano su castigo sobre la tierra. Los militares causan á veces la desgracia de las naciones, sin ser por esto mas afortunados y dichosos.

¡Entrad, por fin, dentro de vosotros mismos, grandes, nobles y militares! Abrid los ojos sobre las vanas preocupaciones que os tienen ciegos hace tanto tiempo. Aprended á conocer mas bien el honor, al que por vuestra clase y profesion estais mas íntimamente unidos que los demás. Fundadle en el derecho incontestable á la estimacion de vuestros conciudadanos; no en el nacimiento, electo

del acaso; no en prerogativas y privilegios contrarios á la equidad; no en la privanza y el favor que en un solo momento pueden dejar de ser; ni en una licencia que os deshonra. Sed ciudadanos en las naciones que tantas veces vuestros progenitores han esclavizado y destruido. No favorezcáis al despotismo, no despreciéis las leyes, ni os mostréis enemigos de los magistrados que las custodian y sostienen; antes bien, de concierto con estos, sed defensores de la patria, la cual no puede subsistir sin justicia, sin libertad y sin reglas permanentes. Sed columnas del trono; pero citoentadle en el bien público, en que todo os demuestra que vosotros mismos estais interesados, y al que el soberano es deudor de su seguridad. Este es el camino que conduce al honor. De este modo sereis verdaderamente estimados y distinguidos, y transmitiréis á la posteridad unos nombres amados y respetados.

CAPITULO VI.

Deberes de los magistrados y de los juristas.

CUANTO hemos dicho de los grandes y de los nobles puedé muy bien aplicarse á los magistrados, á los jueces y á los órganos de la ley, á quienes las naciones han asignado en todo tiempo una honrosa precedencia entre los ciudadanos. Unos hombres destinados á dispensar justicia á los otros, á obligarlos á cumplir las

convenciones sociales, á reprimir sus pasiones, á castigar los delitos en nombre de la sociedad, deben mostrarse dignos del respeto del público en su equidad firme y constante, en su probidad no desmentida nunca, en su integridad, en el conocimiento profundo de las leyes, confusas por lo común y numerosas, que componen la jurisprudencia de todas las naciones. Destinada á censurar y contener los vicios, y á castigar los desarreglos de los otros, la magistratura prescribe á sus miembros una gran circunspeccion; una gravedad particular en las costumbres y una conducta intacta y pura, enteramente exenta de los excesos que deben corregir.

Un magistrado inicu, vendido al favor, y que se deja seducir de la importunidad, del crédito, de la riqueza ó de la autoridad, es un monstruo en el órden social, es un verdugo. El juez sin estudio y sin aplicacion es capaz con su ignorancia de trastornar el estado de las familias, y de aplicar á la inocencia la pena que merece el delito. *No hay diferencia, dice un célebre magistrado, entre un juez malvado y un juez ignorante*(1). El magistrado que es dado á la disolucion, á la galantería á la disipacion y á los placeres es indigno de su empleo, es merecedor del desprecio de sus conciuda-

(1) *M. le Chancelier d'Aguesseau.* Otro magistrado se quejaba de la ignorancia de los senadores de su tiempo. *Plerumque tamen, dice Ciceron, ad honores adipiscendos et ad rempublicam gerendam nudi veniunt et inermes, nulla cognitione rerum, nulla scientia cr-*

danos, y debiera ser vergonzosamente escluido de una clase que con sus costumbres deshonra y envilece. Una censura muy severa debia, como entre los Romanos, purificar, los tribunales de los individuos que los degradan. La magistratura es un estado que debe distinguirse entre todos en su circunspeccion, en la inocencia de su conducta, en la sabiduria de sus juicios y en la penetracion y multitud de sus conocimientos: un magistrado sin aplicacion, frivolo y dissipador, es una contradiccion á la cual sola una depravacion general ha podido acostumbrar la vista. El ministro de las leyes es el que mejor debe conocerlas; el protector de las costumbres debe tener unas costumbres puras; el que juzga á los otros debe temer los juicios del público, que solo concede su estimacion al mérito personal.

¿Cómo estunar á un magistrado que solamente mira su empleo como un título vano que no le impone obligaciones algunas? ¿Cómo apreciar á un juez cuyos decretos son comunmente dictados por el vicio y la corrupcion? ¿Qué idea ha de formarse de un senador ó consejero tan necio y miserable, que imita la vanidad, el lujo, el orgullo, la altivez y los desórdenes que se notan con indignacion en un atolondrado militar?

nati. Ciceró, de Legibus. El mismo Orador dice en otra parte: Senatorius viri docti carere, ceteris specimen sit: nec veniat quidem in eum ordinem quisquam vitii participans.

Ciceró, de Legibus, cap. 12 y 13.

Muchas causas han contribuido al envilecimiento de la magistratura: la multiplicidad de las leyes, su continua contradiccion, y la oscuridad de ellas, han hecho fastidioso el estudio de la jurisprudencia, y aun imposible á la mayor parte de los que debieran darse á él. ¿Cuánta penetracion, cuántos trabajos, cuán continua aplicacion no son menester para recorrer y penetrar el laberinto que un enorme cúmulo de leyes ofrece á los que aspiran á instruirse en ellas? Así, nada es mas raro que un juez que sepa ó que pueda saber su profesion. La muchedumbre de los magistrados se deja llevar de la práctica y de la ciega rutina que hace tiempo se hallan en posesion de juzgar y decidir de la suerte de los hombres. De la oscuridad de las leyes y de su multiplicidad resulta no solo la ignorancia de los jueces, sino tambien la impostura y la mala fe de una multitud de letrados que prenden diestramente en sus redes y lazos á los infelices ciudadanos para devorar sus bienes; y que sorprendiendo y engañando astutamente la justicia del magistrado, consiguen las mas veces que triunfen del fraude y la iniquidad. Una jurisprudencia tenebrosa y complicada es un manantial de erimenes y de males en las naciones opulentas y civilizadas, mas infelices en esta parte que las naciones mas pobres y mas bárbaras.

La venalidad de los empleos de la magistratura, introducida por la codicia ó las falsas necesidades de algunos gobiernos, ha llenado los tribunales de sujetos en quienes la opulen-

cia sustituye á la sabiduria, al mérito y á la virtud de que carecen. El derecho de juzgar á los pueblos fué vendido á una multitud de hombres faltos de los conocimientos y cualidades necesarias para cumplir dignamente con oficio tan noble. Estos transmitieron este derecho á su descendencia, quien, segura de heredar los empleos y dignidades en sus padres, no creyó, por lo tanto, que necesitaba merecerlos.

Quando la eleccion de los jueces y magistrados fué obra de una córte comúnmente viciosa, los pueblos no pudieron hallarse contentos con los magistrados que se les dieron. El estudio y el concurso de oposicion deberian ser solos los que adjudicasen á los mas beneméritos los empleos de la magistratura.

Los magistrados, ensoberbecidos con su poder, abusaron de él frecuentemente, é hicieron sentir de un modo incómodo el peso de su autoridad al resto de los ciudadanos; estos no tuvieron sino unos débiles recursos contra las injusticias ó violencias de aquellos que estaban destinados á protegerlos. De este modo la magistratura formó en algunos estados una clase separada, la cual, aprovechándose del derecho de juzgar, se arrogó fácilmente el de dominar y oprimir; en vez de hacer amable y respetado su poder con su afabilidad, su moderacion y su justicia; en vez de merecer el buen afecto de las diversas clases del estado con un celo sincero en favor del bien general; en vez de ganarse la veneration pública con su ciencia y su mérito,

el magistrado embriagado con su poder precario, solo quiso hacerse temible á sus conciudadanos.

Hinchada y engreida la magistratura con sus prerogativas, las cuales procuró siempre hacer mayores y sin límites, se la vió algunas veces esforzarse en formar, sin consentimiento de las naciones, una especie de aristocracia que se hizo sospechosa á los monarcas: bajo el pretexto de defender las leyes y los derechos de los pueblos, los magistrados pretendieron representar por sí á las naciones; mas estos designios, que una conducta equitativa, íntegra y mesurada hubiera tal vez hecho adoptar, desagradaron á la nobleza, celosa de sus derechos y prerogativas, la cual, como hemos visto, se ha resentido siempre de la pérdida de un derecho de que su imprudencia la ha privado: por otra parte, las miras ambiciosas de los magistrados no fueron apoyadas por las demás clases del estado, perpetuamente discordes y contrarias. El despotismo entonces combatió y sojuzgó fácilmente á un cuerpo sin fuerza alguna, que con su arrogancia, su indiscrecion y su indiferencia al bien público habia destruido y aniquilado el afecto y la consideracion del pueblo, sin los cuales ningun cuerpo puede sostenerse largo tiempo.

Para lograr la consistencia que solo presta la consideracion pública, son necesarias á los cuerpos, como á los individuos, la equidad, las luces, el mérito y la virtud. Un cuerpo, cuyos miembros están corrompidos y separa-

dos, no puede gozar sino de un poder precario. Todo cuerpo que se forma unos intereses distintos de los de su nacion, ó de los intereses de los otros cuerpos, no puede resistir por mucho tiempo á la fuerza, los artificios y los lazos del despotismo, el cual procura incessantemente dividir y arruinar todo cuanto puede servir de obstáculo á sus locas fantasías.

El despotismo fué y será siempre enemigo de las formalidades y de las leyes, como que le incomodan y retardan en sus insensatos y precipitados designios. El déspota aborrece y desprecia al magistrado que, como defensor de las leyes de su país, le recuerda de continuo la inoportuna idea de la equidad. No nos admiraremos al ver que la etiqueta de algunas cortes monárquicas y despóticas haya establecido una muy grande diferencia entre la nobleza militar y la magistratura aun la mas elevada: el militar en semejantes cortes es por su profesion un esclavo del rey, consagrado enteramente á sus antojos y caprichos: cuando el magistrado es un defensor de los derechos del pueblo y un ministro de la equidad, con la que un mal gobierno está en perpetua guerra.

Los déspotas, codiciosos de una autoridad ilimitada, tienen una antipatía natural con la verdad, con las formalidades, con las leyes y con sus intérpretes: la integridad de los magistrados desagrada á las cortes injustas; su noble resistencia es una rebelion á los ojos de un príncipe rodeado de cortesanos infames y

serviles. Las mas humildes representaciones molestan y ofenden á los soberanos; á quienes la verdad no puede menos de arredrar y sorprender: las mas justas y legítimas quejas alarman á los ministros y privados, que por lo comun son los verdaderos autores de las calamidades nacionales, y tienen el mayor interes en que ningun clamor llegue á despertar al monarca adormecido con sus lisonjas. En una palabra, el príncipe y su corte solo ven en los magistrados fieles á sus deberes unos censores incómodos, á quienes es preciso obligar al silencio, ó hacerlos cómplices en los desórdenes que intentan enmendar.

Las leyes son inútiles cuando hay en el estado una autoridad superior á la suya. Bajo un gobierno injusto, la justicia es solo una fantasma que sorprende é intimida á los débiles; pero que nada puede ni vale con los poderosos. La magistratura es un vano título que no da firmeza, poder, ni consideracion alguna real y verdadera. Los tribunales, precisados á prestarse á los caprichos del príncipe ó de sus validos, no pueden seguir principios algunos constantes, debiendo hacer que las leyes se humillen á los vicios y locuras de los grandes. El magistrado no es ya entonces sino un vil esclavo, forzado á cada paso á renunciar su fortuna, ó á perder su libertad y aun su vida, si rehusa el sacrificar su honor y su conciencia á los caprichos variables del príncipe ó de sus agentes. Bajo tales gefes, el juez debe armarse de un corazón de bronce; debe declarar culpables y sacrificar las vícti-

mas mas inocentes que le designa el despotismo. Este nunca se engaña ni obra mal; se arroga la facultad de crear y establecer lo justo y lo injusto; desagradarle es un crimen imperdonable; obedecerle es el único deber y la única virtud.

En suma, el magistrado envilecido con la servidumbre se convierte en un autómató, á quien da movimiento el favor, la sollicitacion y el poder; además del menosprecio de sí mismo, se acarrea el odio y el desprecio de los buenos; y vanamente busca en el fausto, la opulencia y la disipacion, el medio de acallar los remordimientos que siente. Los magistrados y jueces se transforman en los mas injustos, en los mas crueles y despreciables de los hombres bajo la tiranía, cuya base es la injusticia, y su apoyo la crueldad.

Para un hombre de espíritu y probidad, ¿hay una situacion mas horrorosa que la de un magistrado justo, que violentado á prestar sus auxilios á la tiranía y á sus agentes, se ve precisado de continuo á inquietar las familias, y á vivir en un perpetuo trato con delatores, con espías, con calumniadores: en una palabra, con hombres infames, los únicos dispuestos á prestarse á los designios de un gobierno violento y suspicaz? ¿Qué débil y miserable es un gobierno cuando se sirve de semejantes instrumentos! Un magistrado es un héroe cuando bajo el despotismo conserva su integridad y el amor á sus conciudadanos.

La magistratura solo es honrosa y respetable cuando, fiel á sus deberes, cumple noble-

mente con sus augustas funciones; y solo puede ser respetada y querida bajo un gobierno justo, que le deja la libertad de conformarse á la razon, á las leyes, á su conciencia y á su honor.

Simplificando la jurisprudencia, haciéndola mas clara, entresacando y perfeccionando con prudencia esa multitud de leyes y de costumbres oscuras, injustas y contradictorias, bajo las cuales tantos pueblos gimen oprimidos, los magistrados no tendrán ya tanto trabajo en adquiriendo conocimientos necesarios á su profesion. Unas leyes mas precisas y mas claras no necesitarán á cada línea de comento, explicacion é intérprete: las decisiones de los jueces serán mas constantes y menos arbitrarias; la razon y la equidad natural aniquilarán la hidra de esa capciosa naturaleza en materia de pleitos, que devora las naciones, que arruina las familias, y que tan frecuentemente triunfa de la justicia: en fin una sabia reforma aliviaria á los pueblos de la carga insostenible de tantos jueces, de tantos tribunales y de tantos caviales y ministros subalternos de justicia como los oprimen y destruyen? ¿Un buen gobierno no debería apreciar mas el mandar y regir á unos súbditos pacíficos, virtuosos y justos, que no la despreciable ventaja de aprovecharse de sus pleitos y contiendas? ¿Un gobierno equitativo debería tolear esas densas nubes de hambrientas langostas que devoran impenitente la mies del ciudadano? La cruel administracion de la justicia, y las iniquidades sin número á que cual-

quiera se ve espuesto luego que reclama sus derechos ante los tribunales, son una de las mayores calamidades que oprimen y asolan todas las naciones.

Entretanto que se consigne esta reforma saludable, la cual, como hemos visto, solo puede ser efectuada por un gobierno instruido en sus verdaderos intereses, todo magistrado que aspire á su propia estimacion y á la del público, se atenderá fuertemente á la justicia, defenderá vigorosamente sus derechos, y sacrificará con generosidad su fortuna, su crédito y un favor incierto á la satisfaccion permanente que sigue siempre á una conducta irreprochable; él renunciará su destino en el momento mismo que vea le es imposible desempeñarle con honor y justicia: llevará á su retiro aquel contento interior que el hombre virtuoso debe preferir á todo; y aun, en este mismo retiro, no carecerá de los aplausos y la gloria que en medio de la mayor corrupcion de las costumbres, bajo los gobiernos mas perversos y en las naciones mas frívolas ó inconstantes, acompañan siempre á la virtud.

En la estimacion de sus conciudadanos, y no en el favor de una corte, por lo comun injusta y tiránica, debe el magistrado constituir su gloria. La persecucion hizo siempre al hombre grande mas interesante y mas amado de los hombres de bien: á la admiracion que escita el valor, se junta entonces la ternura de la compasion. Estos afectos espitaste en todos los corazones virtuosos y sensibles, ¡ilustre

Malesherbes! (1) cuando el poder odioso de un ministro cruel te privó de tu dignidad, de tu fortuna y de tu estado, obligándote á esconder en la soledad tus sublimes talentos, de los que te habias valido noblemente para lograr que llegase hasta el trono el clamor de la libertad moribunda de tu patria.

¿La Europa entera no tomó parte en tus trabajos y aflicciones: generoso *Ia Chalotais*, cuando, sin respetar tu edad, tus bárbaros enemigos tramaban tu ruina, y te preparaban el cadalso? (2)

¿El amor público no te acompañó en tu prision y en tus desgracias, jóven *Dupaty*, tú que ostentaste noblemente la firmeza de un senador consumado en la edad todavía de los placeres y de la frivolidad? (3)

Hay ciertamente consuelos, recompensas, honores, y aun aplausos públicos, para los magistrados generosos que son queridos y

(1) Primer presidente del tribunal de subsidios de París, el cual fué despojado de su cargo, y desterrado por el canceller de Maupeou, en 1771. Este gran magistrado fué llamado *le dernier des Français*, el último francés.

(2) *M. Caradeuc de La Chalotais*, procurador general del Parlamento de Bretaña.

(3) *M. Mercier Dupaty*, abogado general del Parlamento de Burdeos, el cual, á la edad de 25 años, á pesar de hallarse atacado de una peligrosa enfermedad, fué cruelmente aprisionado por el Canceller de Maupeou, en 1771, y de allí conducido á un destierro.

venerados, aun en el seno mismo de las naciones sojuzgadas por el despotismo. Los esclavos mas débiles ó necios no pueden menos de admirar á sus defensores, y de verter á lo menos algunas lágrimas pasajeras por las desgracias que se han acarreado en defender la causa de la patria. No, todas las violencias de la tiranía no podrán jamás arrebatár á la verdadera grandeza de alma los homenajes de los corazones sensibles y virtuosos. Todos los que con heroico valor sirvieren á los hombres serán fielmente recompensados por ellos durante su vida misma.

Los magistrados verdaderamente nobles y grandes, los magistrados sinceramente abrasados del amor del bien público, y desprendidos de las pequeñeces del amor propio, del interes particular, del espíritu de cuerpo, y de sus vanos privilegios, se grangearán el afecto de sus conciudadanos, cuyos intereses son unos mismos con los de los defensores de sus leyes. Una magistratura animada de este espíritu patriótico, y secundada por los conformes desiguos y deseos de todos los buenos ciudadanos, sería una fortísima barrera contra el despotismo y la tiranía.

La justicia y la virtud son tan necesarias á las diferentes clases de un estado como á cada uno de sus individuos. El vicio, la arrogancia y el orgullo dividen las diferentes clases de la sociedad, destruyen la armonía social, y no dejan á cada una la suficiente fuerza para resistir á la opresion. Una necia vanidad, un pueril apego á las vanas prerogativas, preten-

siones frecuentemente injustas, quimeras, en fin, y devaneos, bastan á introducir la division y la discordia entre los ciudadanos que deberian sostenerse mutuamente: de aquí resulta que todos caen sucesivamente en los lazos del despotismo, viniendo este mismo, por último, á ser víctima de su propia vanidad.

Desde el monarca hasta el último de sus ciudadanos, no hay uno que no tenga el mayor interes en que se observe la equidad, todos deben ser justos y hacer todo el bien que puedan dentro de su esfera; cada uno debe ser querido y respetado cuando cumple exactamente con los deberes de su estado. Por el suyo, el magistrado es ministro de la equidad, órgano de la ley; y no su intérprete: defensor del débil, refugio del pobre, consolador de la viuda y del huérfano, protector del inocente y terror del culpado, por grande y opulento que sea. Todos los ciudadanos necesitan ciertamente de la justicia; todos tienen un sagrado derecho á ella; mas la ley debe principalmente proteger y amparar al desgraciado, al pobre y al ciudadano sin auxilios: el corazón del juez debe con especialidad franquearse para el infeliz: éste es el que mas necesita de la justicia; ¡y sin embargo, éste es al que por lo comun se le niega impía y cruelmente!

En fin, los magistrados celosos, á quienes sus funciones diarias dan á conocer los inconvenientes de las leyes injustas, y de los usos perjudiciales introducidos por la barbarie ó la tiranía, deberian representar al legislador

sus perniciosos efectos. Semejantes jueces, animados del amor de la humanidad, debieran sobre todo reclamar la derogacion de esas torturas verdaderamente salvajes, con las cuales, sin ventajas de la sociedad se multiplican las penalidades y congojas de las desgraciadas victimas de la justicia: debieran hacer además que se mitigasen las leyes sangrientas que hacen la pena de muerte demasiado frecuente, imponiéndola á delitos que no merecen en manera alguna un castigo tan terrible, y por la cual se ven privadas las naciones de un gran número de hombres que pudieran servirias con sus trabajos y tareas. En una palabra, el magistrado mismo, cuando castiga los delitos, no debe mostrarse colérico y vengativo, ni olvidarse de que es hombre.

En medio de la oscuridad, de la sinrazon, de las continuas contradicciones, y aun de la perversidad que reina en la jurisprudencia que sirve de regla á muchas naciones, es muy difícil que la sana moral, siempre conforme con la naturaleza, halle preceptos que pueda dar y que sean adoptados por la mayor parte de los hombres cuya profesion es guiar, defender ó ilustrar á los ciudadanos en sus contiendas jurídicas, y conducirlos por el terrible y espantoso laberinto de las fórmulas y procedimientos judiciales, que, por lo comun, sodo sirven para hacer inaccesible á los ciudadanos la llegada al templo de Témis. Esta moral en vano hablaria á unos mercenarios siempre dispuestos á recibir y defender la causa del rico injusto, del opresor poderoso,

y del pleiteante de mala fé, contra el pobre, el inocente y el débil. ¿Qué conciencia ó qué desvergüenza no es menester que tengan esos directores engañosos y falaces, esos apoyos de la injusticia, que, por medio de horrosas connivencias y confabulaciones, de enredos criminales, de traiciones, de trampas, de efugios y de fórmulas insidiosas, se vanaglorian muchas veces de los infames triunfos que consiguen sobre la justicia? ¿Hay un atentado mas detestable y digno de castigo que el de esos impudentes y malvados que hacen profesion de engañar á sabiendas á los jueces, haciéndoles pronunciar sentencias favorables á la iniquidad? A falta de leyes, ¿no debieran el oprobio y la pública infamia cubrir á esos ladrones autorizados, que por mil medios sutiles y falaces hallan el secreto de arruinar con los procedimientos judiciales á las familias mas opulentas, y de absorber en gastos y dispendios mucho mas de lo que importan y valen los derechos ó reclamaciones de los demandantes en juicio? ¿Hay un ciudadano negro en sus bienes y propiedades, cuando cae en las garras de estas aves de rapiña insaciables? En fin, ¿qué proteccion puede esperar un hombre de bien de las leyes, no siendo éstas regularmente sino unas redes y lazos tendidos á la inocencia, á la sencillez y á la buena fé de los hombres?

En muchas naciones es caminar un hombre á su ruina el defender su justa causa. Los modos de proceder ó enjuiciar en casi todos los países dan inestimables ventajas á los liti-

gantes fraudulentos [1]. La multiplicidad de las leyes, contradictorias las mas de ellas, hace que la jurisprudencia sea incierta, impenetrable y arbitraria, aun para los que se dedican solamente á este estudio; ella hace que los jueces mas integros sean á veces sorprendidos y engañados por esos astutos practicones que se jactan de triunfar y salir bien en las causas mas desesperadas. Generalmente, los letrados en casi todos los pueblos son uno de los mayores azotes que los atormentan. Los ministros de la justicia son los que comunmente mas la desprecian y la ultrajan.

Sería sin embargo una injusticia el comprender en la misma condenacion á todos los que profesan la jurisprudencia. Entre ellos se encuentran muchos hombres de bien, nobles y virtuosos, que se compadecen con dolor de la iniquidad de las leyes, de lo absurdo de las fórmulas y procedimientos judiciales, y de los enredos, trampas y atrocinos; de sus indignos compañeros. La inocencia desamparada encuentra en ellos unos campeones generosos que la defienden contra el poder y la altivez. No pocas veces se ha libertado el pobre inocente de las asechanzas y atentados de la iniquidad y tirania por el amparo de estos protectores valientes y desinteresados.

(1) Un célebre abogado decía que cuando una causa es evidentemente justa, lo mas acertado y prudente es avenirse y conformarse; mas cuando es dudosa es menester *plaitear*. Generalmente se observa que los buenos abogados y orales son los que menos gustan de *pleitos*.

No una vez sola los litigantes mas irritados y furiosos han depuesto sus odios enconosos con los pacíficos consejos de los juriscónsultos benéficos que los han preservado de la ruina. En una palabra, si entre los miembros subalternos de justicia se encuentran muchos entes despreciables por el tráfico vergonzoso que hacen de sus talentos; otros nos ofrecen ilustres ejemplos de virtud, de justicia y de generosidad. Aun mas; una clase de hombres á quienes la orgullosa grandeza se cree con derecho de menospreciar; ha dado, en medio de los mayores peligros, señales, y pruebas de un patriotismo, de una nobleza, de un valor y de un honor sólido y verdadero, desconocidas de los vanos y orgullosos esclavos de que tanto abundan las córtes, y que sus flacos corazones no serian capaces de imitar (1). Estos leones, feroces é indómitos en la guerra, se transforman en la córte en mansos y humildes corderos.

No confundamos, pues, los ciudadanos respetables de quienes hablamos con la turba inmensa y despreciable de aquellos para quie-

(1) Los anales de la Francia transmitirán á la posteridad los nombres ilustres de los *La Chalotais*, de los *Lamoignons*, de los *Malsherbés*, magistrados tan distinguidos por sus talentos sublimes, como por su firmeza en la desgracia, y por el heroico valor que opusieron á los favores del despotismo. Estos mismos anales conservarán la memoria á las generaciones futuras del generoso *Target* (abogado del Parlamento de Paris), cuya grande alma resistió constantemente á las seducciones y á las amenazas de la tirania.

nes-el estudio de las leyes es un medio seguro de ejercer impunemente todo género de iniquidades. En medio de los riesgos á que nos esponen unas leyes confusas, y muchas de ellas injustas, es utilísimo que unos ciudadanos honrados y celosos aclaren su caos oscuro, y nos indiquen los escollos en que de lo contrario daríamos á cada paso. ¿Quiénes mas apreciables que aquellos hombres moderados, cuya tranquilidad é ilustrada prudencia sosiegan y apaciguan las pasiones y las quejas de una multitud de inocentes siempre dispuestos á pleitos y contiendas! ¿Hay un cargo mas noble y mas honroso que el de un abogado que por sus luces y su probidad merece la confianza del público, cuyo gabinete es un santuario respetable, y que se constituye el árbitro, juez y oráculo de sus conciudadanos? Por unos medios los mas léicitos y honrosos ¿un jurisconsulto apreciable no adquiere fácilmente y sin remordimientos una fortuna de que no tenga que avergonzarse?

Esta es, en general, la conducta que la moral prescribe á los que se dedican al estudio de las leyes, tan peouso por muchas causas y razones. A los gobiernos sabios, justos y virtuosos pertenece el formar una jurisprudencia mas clara que la actual, y mas conforme á la naturaleza y necesidad de las naciones. Este es el solo medio de hacer que huya y desaparezca esa raza farnélica que devora impunemente la sustancia de los ciudadanos, y que destruye y borra de sus corazones las ideas mas naturales y sencillas de lo

justo y de lo injusto. Tácito mira con razon la multiplicidad de las leyes como la señal cierta é infalible de un mal gobierno y de un pueblo corrompido (1).

CAPITULO VII.

Deberes de los ministros de la religion.

No entra en el plan de esta obra, únicamente destinada á explicar los principios de la moral natural, el examinar los fundamentos de las varias religiones que vemos establecidas en los diversos paises del mundo. Cualesquiera que sean las idas que los diferentes pueblos se formen de la Divinidad, ó del Motor invisible de la naturaleza, siempre fué á la bondad de este Sér á la que los hombres rindieron sus adoraciones y homenajes; ellos han debido suponer que este supremo Sér los amaba; que escuchaba sus ruegos; que tenia el poder y la voluntad de hacerlos felices: de donde han debido concluir que el hombre estaba en obligacion de hacer bien á sus semejantes, para conformarse con los designios de este Sér benéfico. Bajo este aspecto, la religion no puede ser otra cosa que la moral natural, ó los deberes del hombre confirmados por la autoridad conocida ó presumida del Dueño y señor de

(1) *In pessima autem republica plurimæ leges.*

la naturaleza y de los hombres, el cual no puede en manera alguna contrariar las leyes esenciales en que visiblemente estriba la conservación y la felicidad del género humano.

Segun los principios de todas las religiones, las cualidades morales y las voluntades divinas deben servir de modelo y de regla á los hombres: todos los cultos que suponen una divinidad mala, cruel, injusta, vengativa, enemiga de los hombres, en una palabra, in-moral, no pueden ser mirados sino como supersticiones y mentiras, inventadas, por impostores interesados en turbar el reposo del género humano. Toda moral seria inconciliable con un sistema religioso que supusiese un dios déspota ó caprichoso, á cuyos ojos fuesen las miserias de las naciones y los llantos de los mortales un espectáculo indiferente ó agradable. *El mismo Júpiter, dice Plutarco, no tiene derecho á ser injusto. Dios, dice Ciceron, dejaría de ser Dios, si desagradase ú ofendiese al hombre.* En otra parte este Orador filósofo representa á Dios como *protector y amigo de la vida social*: esto mismo es lo que dice la Sabiduría eterna, cuando declara que *sus mas caras delicias son estar con los hijos de los hombres* (1).

Esto supuesto, toda opinion, toda doctrina, todo culto, que sean contrarios á la naturaleza del hombre racional y que vive en sociedad, deben ser desechados como opuestos

(1) Prov. cap. VIII, vers. 31. — Ciceron, de Legibus III.

á las intenciones del Autor de la naturaleza humana: todo sistema religioso que indujere á violar la justicia, la beneficencia y la humanidad, ó á hollar las virtudes sociales, debe ser detestado como una blasfemia contra la Divinidad: en fin, toda hipótesis que á nombre suyo produjere y fomentare disensiones, odios, persecuciones y guerras entre los hombres, debe ser mirada como una mentira abominable.

Nosotros, pues, tenemos medios naturales para juzgar si una religion es buena ó mala, esto es, conforme ó contraria á las ideas que formamos de la Divinidad. Segun estos principios incontestables, la religion mas conforme á la moral, á la naturaleza del hombre, á la conservación, á la armonía y á la paz de las naciones, debe ser preferida á las contrarias opiniones, y proscritas estas con la mayor indignacion. La conformidad á los preceptos de la moral es lo que puede constituir la excelencia de una religion, y hacer que esta prevalezca constantemente sobre las muchas supersticiones que infestan á los hombres.

Así que, la moral es, relativamente al mundo en que vivimos, la piedra de toque de la religion, y el objeto que mas interesa á la sociedad política. Si la teología regula y ordena los pensamientos y opiniones del hombre acerca de las sustancias celestes y sobre naturales, la moral se limita á regular sus acciones dirigiéndolas á su mayor bien sobre la tierra. Si la religion promete recompensas infalibles á la virtud, y amenaza al crimen con castigos

rigorosos en otra vida, la moral promete en la vida presente recompensas sensibles á todo hombre virtuoso, y amenaza al perverso con castigos visibles y seguros; y sus sentencias, confirmadas por la sociedad, reciben una nueva fuerza de la autoridad de las leyes. La sociedad no puede ni debe ocuparse en los pensamientos secretos de sus individuos, á que no alcanza ni penetra; solo puede juzgarlos por sus acciones, segun su influjo en ella. Con tal que el ciudadano sea justo, pacífico, virtuoso, y cumpla fielmente sus deberes dentro de su esfera, ni la sociedad, ni el gobierno pueden, sin una loca temeridad, escudriñar sus secretos pensamientos, ó arrogarse el derecho de arreglar sus opiniones verdaderas ó falsas, relativamente á las cosas que no son en manera alguna pertenecientes á la esperiencia ó á la razon. Todo hombre con riesgo suyo propio puede errar en materias á que no alcanzan sus sentidos; mas la sociedad ó la ley pueden justamente impedirle errar en su conducta, y castigarlo cuando sus acciones perjudican á sus conciudadanos. En una palabra, es una tiranía tan cruel como insensata el castigar á un hombre porque no puede ver las cosas invisibles con los mismos ojos que sus tiranos, que solo le atormentan por su particular modo de pensar. Por otra parte, un Dios infinitamente justo, sabio y poderoso, que permite que los mortales yerran y se extravíen en sus pensamientos y opiniones, no puede aprobar que se les atormento á causa de unos pensamientos y dictámenes que no

penden de su voluntad. De donde se sigue que la religion, de acuerdo con la moral, prohíbe el maltratar á los hombres por sus opiniones religiosas.

Sin embargo, nada ha costado mas sangre y lágrimas á las naciones, que el engaño que las persuade á que la sociedad está fuertemente interesada en regular las opiniones particulares de los ciudadanos sobre los dógmas abstractos de la religion. Esta idea, que no puede dimanar de una divinidad benéfica, ha dado causa á persecuciones, á castigos, á revoluciones, á mortandades horrosas, á abominables regicidios, en una palabra, á crímenes espantosos y destructores. Ciertos sacerdotes ambiciosos han querido señorear al universo, sojuzgar á los soberanos, y establecer su imperio sobre los pensamientos mismos de los hombres. Los fanáticos é impostores que fomentaban y protegian su ambicion, fueron osados á decir que un Dios de paz y de misericordias queria que su causa fuese defendida á sangre y fuego; y creciendo mas su demencia, se atrevieron á creer y afirmar que Dios se complacia en ver humear la sangre humana, y que pedia que fuesen pasados á cuchillo todos cuantos no tuviesen ideas exactas y precisas de su esencia impenetrable.

Unas opiniones tan crueles, y tan contrarias á las nociones de la Divinidad, han irritado muchas veces á los filósofos ilustrados, y á hombres de rectas costumbres, convirtiéndolos en enemigos de un Dios que se les

ofrecia bajo apariencias tan odiosas y horribles; ofendidos de los excesos que veian cometer en nombre suyo, á veces han repugnado y contradicho toda religion como incompatible con los principios de la moral, y han mirado á sus ministros como á unos impostores, tiranos y perturbadores de la tranquilidad, y como unos perversos coligados para esclavizar el género humano.

Pero sea cual fuere en este caso la duda ó la incredulidad; sean cuales fueren las opiniones de los hombres acerca de la Divinidad, de la religion y de sus ministros, estas opiniones no cambian ni alteran en nada las que deben formarse de la moral. Esta tiene la razon y la esperiencia por base, y se funda en el testimonio de nuestros sentidos: bien sea que esta moral haya recibido la sancion de la Divinidad, ó bien que no esté revestida de esta autoridad sobrenatural, ella obliga igualmente á todas las criaturas sociables ó que viven en sociedad. El infiel, el que no creyere en una religion revelada, ó en una moral espresamente confirmada por la voluntad divina, no podrá menos, sin embargo, de admitir una moral humana, cuya realidad está manifestada con las esperiencias inuegables, y confirmada con el dictámen constante de todos los siglos y de todos los entes racionales: aun aquel que negase la existencia de un Dios remunerador de la virtud y vengador del crimen, no pudiendo negar la existencia de los hombres, forzosamente ha de conocer y confesar que estos hombres aman todo lo

que es útil á ellos, y que aprecian la virtud, al paso que detestan el vicio y castigan el crimen. Aun cuando, como hemos dicho en otra parte (1), los designios y las miras de un hombre no se estiendan mas allá de su vida presente, siempre estará obligado á conocer que para vivir feliz y tranquilo en este mundo no puede menos de respetar y obedecer las leyes que la naturaleza le impone, así á él como á todos los entes necesarios á su felicidad recíproca. Siempre que se conforma con estas leyes, tan claras y evidentes, tiene un indubitable derecho á la estimacion y á los beneficios de la sociedad, sean cuales fueren por otra parte sus nociones verdaderas ó falsas acerca de la religion. Además, hombres muy piadosos han creído que todos aquellos que siguiesen la sabiduría ó la razon, podian ser mirados, en cierto modo, como muy religiosos, *aunque fuesen ateos* (2).

Estos principios nos facilitan el juicio que debemos formar de la doctrina y las acciones de los ministros de la religion. Nosotras los tendremos por órganos de la Divinidad, por intérpretes del Autor de la naturaleza, cuando nos hablen el lenguaje de la naturaleza, el cual no puede jamás ser contrario al bien de la sociedad (3). Por el contrario, nosotras

(1) Véase el discurso preliminar de esta obra.

(2) Este es el dictámen de San Justino mártir. Véase su apología.

(3) *Nunquam aliud natura, aliud sapientia dicit.*
JUVENAL, Sat. XIV, vers. 221.

mirarémos como á órganos de algun genio maléfico y perverso, como á unos embusteros, á todos aquellos cuyos preceptos nos incitasen al mal, ó cuyos designios fuesen visiblemente hacer á los hombres infelices ó malvados. En fin, aplaudirémos la conducta y las costumbres de los que fuesen virtuosos, sociables y útiles al estado, y nos compadecerémos de los errores y extravíos de los que por sus acciones se hiciesen aborrecibles y despreciables á los ojos de los hombres sensatos.

El sacerdocio formó en todos los tiempos y naciones una clase muy distinguida: sus funciones sublimes le hicieron participar con los dioses de la veneracion de los mortales. Los sacerdotes fueron, como veremos luego (1), los primeros sabios, los primeros fundadores de las naciones: una larga prescripcion les dió y les conserva en todo pais el derecho de educar la juventud, de enseñar la moral á los hombres, y de dirigir sus conciencias y sus costumbres en esta vida para su felicidad en ella; en fin, estendiendo sus miras mas allá de la muerte, los ministros de la religion se proponen guiar al hombre á una felicidad mayor que la que goza en la tierra.

Limitados en nuestras investigaciones á solo tratar de los estímulos humanos y naturales que deben mover al hombre á obrar el bien en este mundo, no elevarémos nuestro pensamiento á una region que solamente

(1) Cap. IX de la presente seccion.

puede ser conocida por la fé: así que, examinaremos únicamente los deberes que impone á los ministros de los altares la dignidad que ocupan en la sociedad.

El clero, igualmente respetado por los soberanos y los pueblos, ocupa el primer puesto, ó constituye el orden mas distinguido en todas las naciones: en razon de los servicios que hace ó debe hacer, está regularmente dotado con liberalidad: sus gefes, sus miembros mas ilustres, gozan de propiedades que los ponen en estado de mostrarse con esplendor y magnificencia á los ojos de sus conciudadanos. Tantas señales de honor, tantas distinciones y tan cuantiosos bienes imponen evidentemente, sobre todo á las primeras dignidades del clero, el deber indispensable de un eterno reconocimiento, y de su apego y amor á la patria que los colma de beneficios. Sopona de incurrir en la mas odiosa ingratitude, los obispos y prelados, en las naciones europeas, deben distinguirse por su patriotismo y por su celo en contribuir al mayor bien y conservacion de las sociedades, que con tanta generosidad contribuyen á su felicidad particular. Es claro, pues, que el sacerdote debe mucho mas que otro alguno, mostrarse ciudadano, amar su pais, defender su libertad, promover sus intereses, fomentar la pública felicidad, sostener los derechos de todos, y en fin oponerse con nobleza y energia á los progresos del despotismo, que despues de haber devorado las otras clases del estado, devorará tambien al clero cuando le convenga.

Ninguna clase en la sociedad es mas respetable que el clero á los ojos de los príncipes mismos; así que, á los ministros de la religion toca dar á conocer á los reyes la verdad, que los cortesanos aduladores le ocultan de continuo. En vez de sosegar la conciencia de los tiranos con espiaçiones fáciles y aparentes, el sacerdote debería llenar de un terror santo y saludable las cobardes y crueles almas de estos monstruos que causan todas las desgracias de los pueblos.

Colocados en un lugar eminente, los sacerdotes deben, mas aun con sus egemplos que con sus discursos, predicar á los ciudadanos la union, la concordia, y la tolerancia para con los estravios y defectos de los hombres. Un sacerdote intolerante y cruel no puede ser ministro de un Dios lleno de paciencia y de bondad. Un sacerdote que sacrifica hombres, es un sacerdote de Moloc y no de Jesucristo. Un sacerdote perseguidor, un fanático que predica la discordia, no son mas que embusteros y engañadores que hablan en nombre de ellos mismos, y cuya lengua mueve el interes, el delirio y el furor. El inquisidor que entrega un herege á las llamas es ciertamente un malvado, á quien el infame interes del tribunal que ocupa ha transformado en fiera.

Discípulos de un Dios de paz, cuyo reino no es de este mundo, los sacerdotes de nuestros países, no pueden sin ofender á un divino maestro, rehusar sus tributos al César, ó creerse dispensados de contribuir á las cargas

del estado, bajo el pretesto de inmunidades y derechos divinos; mucho mas prohibido les está el resistir á las potestades, sublevar á los súbditos contra los soberanos; egercer imperio alguno sobre los príncipes, quitarles sus coronas y armar la mano parricida contra los reyes. Los sacerdotes reos de semejantes atentados pareciera daban á entender al universo que no creian en el Dios que predicán á los demás hombres.

Imitadores de un Dios que nació pobre, sucesores de los apóstoles que fueron indigentes, los sacerdotes del cristianismo nada poseen suyo propio. Depositarios de las limosnas que los fieles han puesto en sus manos, nunca deben cerrarlas, cuando se trata de consolar y socorrer á la miseria. Un sacerdote avaro y cruel con los pobres seria un administrador infiel, un ladrón, un asesino. Un sacerdote apegado á las riquezas, un sacerdote soberbio y orgulloso, ni son ni pueden ser discípulos de Jesus.

Ocupados en estudios penosos, ó entregados á la vida contemplativa, los sacerdotes tienen medios de amortiguar en sí mismos la ambicion, la avaricia, la vanidad y las aficiones al lujo y á los placeres sensuales, de cuyos vicios son victimas los demás hombres. La vida del sacerdote debe ser irrepreensible: su estado debe preservarle del contagio del vicio; su oficio es mostrarnos en su persona al verdadero sabio y filósofo, vanamente buscado en la antigüedad.

Abrasados, conmovidos con los egemplos

poderosos de la primitiva iglesia, los sacerdotes cristianos deben hacer que renazcan aquellos afortunados tiempos en que los fieles estaban animados de un solo corazón y un solo espíritu. Las contiendas interminables y continuas serian unas escenas escandalosas que resfriarian la confianza de los ciudadanos; estos en sus directores deben hallar unos ángeles de paz, unos modelos de caridad, unos ejemplos vivos de todas las virtudes sociales.

Si, como no puede dudarse, las ciencias son de la mayor utilidad para los hombres, ¿cuán inestimables ventajas no pudieran conseguir en ellas tantos cenobitas ricamente dotados! ¿Quién se atrevería á quejarse de su ociosidad, y á ofenderse de la abundancia y opulencia de unos sabios que empleasen el tiempo que les concede su retiro en hacer descubrimientos provechosos, experiencias interesantes é investigaciones, que facilitasen en todo género los progresos del entendimiento humano y los trabajos útiles de la sociedad?

En fin, los ministros de la religion estando en casi todas partes esclusivamente encargados de la educacion de la juventud, ¿de cuánto no les serian deudoras las naciones, si cumpliesen exacta y cuidadosamente con la tarea importante y penosa de cultivar los talentos de los que un día han de ser ciudadanos! El claro seria ciertamente el cuerpo mas útil, y el mas digno de la confianza y del aprecio de los pueblos si desempeñase los oficios que le están encargados.

Estos son en pocas palabras los deberes que la vida social y el reconocimiento imponen á los ministros de la religion: si los cumplen fielmente, merecerán sin duda los bienes y la veneracion afectuosa de que gozan en el seno de la sociedad, y serán útiles y respetables aun á los ojos de los mismos que se resisten á sus dogmas religiosos. La conducta de muchos sacerdotes y pastores, tan poco arreglada á su doctrina, es una de las principales causas del disgusto con que muchas personas ilustradas miran á la religion: en vista del espíritu despótico, de la ambicion, de la codicia, de la intolerancia y de la inhumanidad de que los doctores y maestros de los pueblos se hacen culpables con frecuencia, muchas gentes repugnan y menosprecian á la religion como incompatible con los principios mas evidentes de la sana moral. Todo hombre, ó todo cuerpo, que se aleja del camino de la virtud, trabaja en su misma destruccion.

Un clero ignorante y vicioso predica altamente la irreligion y la incredulidad. Un cuerpo tan vano y orgulloso que se desdenea de hacer causa comun con los otros ciudadanos, no puede tener apoyo alguno sólido. Los sacerdotes ambiciosos y turbulentos desagravan y ofenden igualmente á los soberanos y á los súbditos. Los maestros y directores codiciosos y corrompidos pierden la confianza y el amor de los pueblos. Los doctores sin ciencia, y solo en el nombre, serán siempre despreciables á los ojos de las personas ilustradas.

En fin, los sacerdotes favorecedores del despotismo y de la tiranía no dejarán algún día de ser ellos mismos oprimidos y sojuzgados por los déspotas y tiranos; y como Ulises en la cueva del Cíclope, no tendrán mas ventaja que la de ser devorados los últimos. (1)

(1) Los Jesuitas, que durante los siglos formaron una sociedad temible á todo el universo por su poder, su crédito, sus intrigas y sus riquezas fueron constantemente las trompetas de la intolerancia, los favorecedores de la ignorancia; y los aduladores del despotismo. Un Jesuita, confesor de Luis XIV. abrogó su conciencia acerca de un impuesto que el monarca mismo tenia por injusto y pesado, diciéndole *que era dueño y señor de los bienes de todos sus vasallos*. En castigo de una máxima tan odiosa, hemos visto destruida la compañía de Jesuitas sin oposicion alguna en toda Europa, y ocupados sus bienes é inmensas riquezas por los príncipes.

*Næquæ enim lex æquior ulla est,
Quàm necis artifices arte perire sua. Ovid.*

Esta doctrina jesuítica fué restituida en Francia con motivo de la destrucción de los parlamentos, en 1772 por el abate *Du Bault*, cura párroco de *Epiais*, el cual vino expresamente á París de la interior de su provincia, para predicar que los Franceses eran esclavos, y que su rey era dueño y señor de los bienes, de las personas y de la vida de sus súbditos. *Journal historique de la révolution opérée dans la monarchie française* etc. tom. II, pág. 47.

En general, los gases del clero de Francia mostraron la mas reprensible alevía al tiempo que los procedimientos el mas horrible despotismo destruyeron y anularon los tribunales de su país. Como es que los ministros de la religion son casi siempre los enemigos de la libertad de las naciones, cuando en esta libertad son ellos mismos los mas interesados!

CAPITULO VIII.

Deberes de los ricos.

Las riquezas dan y deben dar á los que las poseen un lugar distinguido entre sus conciudadanos. El hombre rico es, por decirlo así, mas ciudadano que otro; su opulencia le pone en estado de dar á sus semejantes los socorros que no puede prestar el pobre; y está unido á la sociedad con mayor número de vínculos que le obligan á interesarse mucho mas en la suerte de ella, que no el pobre, el cual no teniendo nada, ó teniendo poco que perder, debe interesarse menos en las revoluciones que ocurrieren en su país. El que solamente vive de su trabajo y sudor no tiene, propiamente hablando, patria determinada, puesto que se halla bien donde quiera que encuentra medios de subsistir; en vez de que el hombre opulento puede ser útil á muchas personas, hallándose en disposición de ayudar á su patria, á la cual se halla íntimamente unido en razon de sus haciendas y posesiones, cuya conservacion dependa de la conservacion de la sociedad. Mientras que en el asedio de Corinto los habitantes rechazaban al enemigo por todos los medios posibles, Diógenes, burlándose de su inquietud y miedo, se divertía en rodar su tonel.

No nos admiremos de ver que en casi todos los países las leyes, los usos y las institucio-

nes, por lo comun injustas y crueles para con los pobres, sean mas favorables á los ricos, y moestren una parcialidad visible con los que favorece la fortuna. Los grandes, los poderosos y los opulentos debieron comunmente ser preferidos á los pobres, los cuales son tenidos por menos útiles á la sociedad. Sin embargo, estas leyes y estos usos son evidentemente injustos en permitir á los felices de la tierra oprimir y arruinar á los débiles y miserables. La equidad, que suple y remedia la desigualdad de los hombres, ha debido enseñar á los ricos á que respeten la miseria del pobre, por el interes que en ello tienen. Seguramente sin el trabajo y los socorros comunes del pobre, ¿el rico no seria miserable, y faltándole estos socorros, no seria mucho mas infeliz y desgraciado que el pobre mismo?

Así la justicia, de acuerdo con la humanidad, con la compasion y con todas las virtudes sociales enseña al hombre rico á ver en el pobre uno de sus asociados, necesario á su propia felicidad, y de cuyos socorros debe hacerse merecedor facilitándole en cambio de sus trabajos los medios de subsistir, de conservarse, y de ser feliz en su estado. De este modo la vida social tiene á los hombres en una mutua dependencia. He aquí como los grandes necesitan de los pequeños, sin los cuales serian ellos bien pequeños y miserables. El opulento, para gozar de la abundancia, de los placeres y de las comodidades de la vida necesita de los brazos y de la industria del pobre, á quien su miseria le hace

laborioso, activo é industrioso. En una palabra, la menor reflexion nos persuade que en la sociedad todos los miembros están recíprocamente enlazados con nudos indisolubles, que ninguno puede romper sin dañarse á sí propio: asimismo debemos conocer que ningún ciudadano tiene derecho de menospreciar á los otros, de abusar de su flaqueza ó de su indigencia, de tratarlos con altanería ó con dureza: la justicia, en fin, nos muestra que el rico está siempre y de continuo interesado en hacer bien, so pena de ser despreciado y aborrecido si no cumple con su destino en la sociedad. El ciudadano, á quien la sociedad dispensa mayor suma de felicidad, debe mucho mas á esta sociedad que no los desgraciados é infelices á quienes esta olvida ó desatiende.

Los ricos pueden ser comparados á los manantiales, rios y arroyos que distribuyen sus aguas á las tierras áridas haciéndolas producir plantas y frutos. El rico avaro se asemeja á los rios cuyas aguas se sumen y pierden en la tierra. El rico pródigo obra como los rios que saliendo de madre se derraman por los campos sin fertilizarlos. En fin, siguiendo la comparacion, las riquezas mal adquiridas y locamente prodigadas son como los torrentes y avenidas que destruyen los terrenos por donde pasan, y al cabo dejan seca la madre que formaron con tanta violencia y estruendo.

Estas reflexiones nos sirven para determinar nuestro juicio y dictámen sobre lo que la mayor parte de los moralistas han dicho de las riquezas. Los mas de los sabios las han

reprobado como unos obstáculos á la virtud, como unos medios de corrupcion; como el manantial inagotable de un sin número de necesidades imaginarias que nos sumergen en el lujo, en los deleites y en la mollicie; han dicho que endurecen el corazon, y nos hacen injustos; en suma, que nos alejan y distraen de la investigacion de las verdades necesarias á la sólida felicidad de un ser inteligente. Éste es, en general, el juicio que los antiguos filósofos han formado de la opulencia, considerando como el mas peligroso escollo de la virtud. Oigámos por un momento á Séneca, el qual en el seno mismo de las riquezas, se atreve á satirizarlas.

«Desde que las riquezas, dice (1), han sido apreciadas de los hombres, y se han hecho en cierto modo la medida de la consideracion pública, el gusto de las cosas verdaderamente honestas y laudables se ha perdido enteramente. Todos nos hemos convertido en unos mercaderes de tal modo corrompidos por el oro, que ya no preguntamos de qué utilidad puede sernos una cosa, sino de qué ganancia ó provecho: el amor de las riquezas nos hace alternativamente hombres de bien ó pícaros, segun que lo exige nuestro interés ó nuestra situacion..... En fin, las costumbres han llegado de tal suerte á depravarse, que maldecimos la pobreza, y á nuestros ojos es infame y deshonrosa,

»digna del desprecio de los ricos y del aborrecimiento de los pobres.»

Platon decididamente asegura que es imposible ser á un mismo tiempo rico y hombre de bien, y que no habiendo verdadera felicidad sin virtud, los ricos por lo tanto no pueden ser realmente felices (1). Los moralistas nos pintan además las inquietudes que acompañan continuamente á la opulencia; y que empozanan su posesion, tan deseada de los hombres, demostrando además que son el instrumento de todas las pasiones. Mas, como dice Bacon, las riquezas son el bagaje de la virtud; el bagaje es necesario en un ejército, aunque alguna vez suele retardar sus marchas, y hacer que se pierda la ocasion de alcanzar la victoria.

Para reducir estas opiniones á su justo valor, nosotros diremos que en sí mismas las riquezas no son nada, ni tienen más valor que el que le dan sus poseedores. Un lecho dorado no alivia al enfermo, ni los bienes cuantiosos hacen sabio á un necio. La abundancia y la indigencia, dice Montaigne, dependen de la opinion de cada uno, y las riquezas, así como la gloria y la salud, no tienen más valor que el que les atribuye quien las disfruta (2). En manos de un hombre sabio, humano y liberal, la opulencia es evidentemente el manantial

(1) Plato, de Legibus, lib. V, pág. 742. E. et 743. A. B. tom. II, edit. Henr. Stephani, an. 1578.

(2) Essais de Montaigne, lib. I, cap. 40, pág. 108. tom. II, edic. de 1745.

(1) SENECA. Epist. 115.

de los mayores bienes, y de unos placeres que se renuevan tantas veces cuantas son las ocasiones de egercitar los buenos deseos del corazón; y al hombre sensible, cuya alma se deleita en hacer felices, en ser útil á su patria, en esparcir sus beneficios sobre todo el género humano, no le causarían embarazo todas las riquezas del Perú, ó Potosí, si todas fuesen suyas. Diremos que lo que ordinariamente hace molestas al hombre de bien y compasivo, la pobreza y la mediana, es la imposibilidad en que le constituyen de satisfacer los deseos de su grande alma, la cual querría aliviar á todos los infelices y desgraciados que la suerte le presenta, animar y fomentar los talentos útiles á sus conciudadanos, y enjugar las lágrimas de los que están oprimidos por el infortunio y la miseria, en poder del hombre virtuoso y benéfico, los tesoros de Creso nunca servirían de obstáculo á su felicidad. «Si te aprovechas de las lecciones de la sabiduría», dice Plutarco, «virás en todas partes sin disgusto, y serás feliz en tu estado: la riqueza te dará placer, porque tendrás mayores medios de hacer bien á muchos; la pobreza, porque te hallarás con menos inquietudes y sobresaltos; la gloria, porque te verás honrado; la oscuridad, porque serás menos envidiado (1).» Con la virtud, dice en otra parte, todo género de vida es agradable. Tú estarás con-

(1) PLUTARCO, de Virtute at Vitio.

«tento con tu suerte cuando hayas conocido bien en qué consiste la rectitud y la bondad.»

Es preciso confesar que raras veces las riquezas se encuentran en manos de personas de esta naturaleza: la opulencia casi nunca está unida á los grandes ingenios ó á las grandes virtudes (1); por lo comun la fortuna ciega se complace en colmar de dones á sus favorecidos, que no saben usar de ellos, ni para su propia felicidad, ni para la de los demás; en fin, hay muy pocas gentes á quienes anime un alma fuerte, capaz de sostener el peso de una grande opulencia (2). *El oro*, decía Chilon, *es la piedra de toque del hombre.*

Mas esto no debe sorprendernos: las riquezas de la mayor parte de los hombres son ó el fruto de sus propios trabajos, de sus intrigas y de sus bajezas, ó bien las heredan de sus antepasados: en ambos casos es bastante difícil que las riquezas caigan en manos verdaderamente capaces de hacer de ellas un uso conforme á la razon (3). Los que tra-

(1) *Rarus ferme sensus communis in illa fortuna.*

JUVENAL, Sat. VIII, vers. 72.

(2) *Infirmi est animi pati non posse divitias Seneca*, Epist. V. — Plutarco observa sabiamente, que así como no todos los temperamentos pueden resistir los efectos del vino, del mismo modo no todos los espíritus son capaces de poseer grandes riquezas sin embriagarse con ellas y perder la razon.

PLUTARCO, Vida de Lucilo.

(3) *Dives aut iniquus, aut iniqui heres.* S. Hieron. El rico es comunmente injusto, ó heredero del que lo ha sido. — «Muchos malvados, dice el poeta

bajan y se labran su fortuna no tienen ni tiempo ni deseo de cultivar su alma y su entendimiento: únicamente ocupados en cuidar de sus negocios, ni tienen, ni pueden tener, idea alguna de las ventajas que les resultarian de la cultura de sus facultades intelectuales. Por otra parte, los hombres, cuando están dominados del deseo de las riquezas, son regularmente poco delicados en cuanto á los medios de conseguirlas. *Toda ganancia, dice Juvenal, gusta y complace, sea cual fuere su origen* (2).

Para lograr fortuna, se necesita una conducta tan baja y rastrea, que los hombres de bien resisten y difícilmente se prestan á los medios que no oñestan nada á los que aspiran á enriquecerse á cualquier precio. En fin, nada es mas difícil que el adquirir grandes riquezas sin cometer grandes maldades. De aquí se deduce que la penosa ocupacion de labrarse uno á sí mismo su fortuna es har-

» Teognides, se hacen ricos, y muchos hombres de bien viven siempre pobres; mas nosotros no cambiaríamos nuestra virtud por sus riquezas, porque la virtud siempre se posee, al paso que las riquezas mudan continuamente de dueño.» *Poete graeci minores.*

A Sila, que se vanagloriaba de su virtud, le dijo: «Ah! cómo has de ser tú virtuoso, tú que no habiendo heredado de tu padre cosa alguna, te encuentras poseedor de tan inmensos bienes?» *Plutarco, en la vida de Sila.* Un proverbio vulgar dice: *Nuestros padres á pulguelas, y nosotros á brazadas.*

(2) *Lucri bonus est otior ex re quibet.*

to incompatible con la observancia escrupulosa de las reglas de la moral. La fortuna, si parece ciega en la distribución de sus favores, es porque los hombres dignos de ellos no quieren comprarlos al precio que los vende. *Tan fácil le es al sabio enriquecerse, decia Tales, como difícil que desee ser rico.*

«Solas las almas justas y buenas, dice Homero, pueden ser fácilmente curadas de sus enfermedades.» La moral, inseparable siempre de las reglas inmutables de la equidad, no tiene preceptos capaces de reprimir á los hombres codiciosos, sin honor y sin probidad, que solo tratan de enriquecerse; sus lecciones parecerian ridículas é importunas, si con noble osadía se dirigiesen á los cortesanos desalmados, á los crueles exactores, á esos infames publicanos que se ceban con la sangre de los pueblos, y sacian su sed con las lágrimas de los infelices. La equidad natural no seria escuchada de aquellos que están creídos que la voluntad de los príncipes hace justa la rapiña ó el robo, ni de esos hombres duros é inflexibles que fundan su interes en la desgracia de sus semejantes.

Tampoco prestarian oídos á los consejos y preceptos de la moral aquellos comerciantes, cuyas ganancias, aun las mas lícitas y permitidas por el uso y las leyes, no todas son igualmente conformes á la justicia y probidad; el mercader es regularmente juez y parte en su propia causa, y esto le hace inclinar la balanza al lado de su interes particular; este interes le sugiere, por lo comun, mil sofismas que

no tiene tiempo ni deseo de examinar con atencion. En suma, es menester mucha fortaleza y mucha virtud para que un comerciante no caiga en la tentacion de aprovecharse, yá de las necesidades, yá de la ignorancia y sencillez de sus conciudadanos. En general, la moral, sea ó no atendida, dirá siempre á los hombres que sean justos, que repriman su codicia, que respeten la buena fé, que teman no llegue un dia en que se avergüencen de una fortuna adquirida á costa de la conciencia y de la probidad, porque en su posesion sufririan el torcedor continuo de un remordimiento impoportuno, ó los efectos de la indignacion pública, la deshonra y la afrenta.

Cuando la opulencia es fruto del trabajo de los antepasados, es todavia mas difícil que un heredero haya aprendido el arte de usar bien de ella. ¿Cómo unos padres faltos de buenos principios, y destituidos de virtudes, podrán inspirárselas á sus hijos? La educacion de las personas opulentas no aspira comunmente á formar discípulos de corazon justo, sensible y benéfico: además que con dificultad consigue aficionarlos al estudio y á la reflexion. Los padres ignorantes y poco afectos á la virtud siempre dejarán sus bienes á hijos que se les parezcan. Los avaros, los usureros, los esclafadores, los monopolistas, los cortesanos, los que manejan las rentas públicas, ¿serán todos estos capaces de inspirar á sus descendientes pensamientos nobles y generosos, incompatibles con los medios de enriquecerse? Además, los padres codiciosos no saben ni aun

enseñarles á conservar las riquezas que heredan; así vemos constantemente que la opulencia mas enorme llega raras veces á una tercera generacion; la locura de los hijos disipa en poco tiempo los tesoros acumulados por la injusticia de los padres. ¿El hijo de un artesano, ó de un hombre de ánimo abatido, apreciará acaso la virtud? ¿Un padre fastuoso y vano, sumergido en el lujo y la disolucion, se dignará ocuparse en formar el alma de su hijo, mostrándole el modo de usar bien de los bienes que algun dia heredará? Por último, ¿el hijo de un hombre que nada en la abundancia, tendrá ni inclinacion ni deseo de adquirir por sí mismo la moderacion, la dulzura, las virtudes, los talentos y los conocimientos que le hagan un dia feliz? Los hijos que nacen en el seno de la opulencia, no son, por lo comun, otra cosa que unos delirantes, que se les figura que todo les está permitido, *La hartura, dice Teognides, produce la ferocidad* (1).

(1) Plutarco observa, hablando de Sila, que las riquezas produjeron en él un trastorno general, haciéndole feroz y cruel; y por esto dice este filósofo: «El » dió motivo de condenar los grandes honores y las » grandes riquezas, y de imputarles que no permiten » á los hombres el conservar sus primicias costumbres, » sino que engendran en sus corazones la vanidad, el » orgullo, la inhumanidad y la insolencia. » *Plutarco, » vida de Sila.* Los mas de los ricos se hacen aborrecer de los pobres, no solo por la envidia que escitan en ellos, sino aun mas por el mal que sin motivo alguno les causan, y por las incomodidades que les ocasionan.

Las fortunas enormes, las riquezas inmensas acumuladas en pocas manos, son indicios de un gobierno injusto, que procura poco la subsistencia y la felicidad del mayor número de sus súbditos. Cien familias con comodidad y medianía son más útiles al estado que no un rico avaro ó mezquino, cuyos tesoros escondidos fomentarian la actividad de una provincia entera. Las riquezas bien repartidas producen el bien, la felicidad de un estado; ellas aumentan la industria y conservan las costumbres, que la grande opulencia, lo mismo que la grande miseria, corrompen y destruyen. La inmensa fortuna embriaga al hombre, y le entorpece enteramente. *Los magníficos vestidos, dice Demófilo, son embarazosos al cuerpo, y las grandes riquezas al alma.* Por otra parte, una grande pobreza, como veremos muy pronto, estimula frecuentemente al crimen. No hay país en donde se hallen ni tantos particulares ricos, ni tantos malhechores, como en las naciones opulentas. »Tales decía que la república mejor ordenada es aquella en que ninguno es ni muy pobre ni muy rico.» El estado de medianía fué siempre el asilo de la probidad. El gobier-

En las grandes ciudades sobre todo, el pueblo se ve de continuo impedido y embarazado en sus más necesarios trabajos por los trenes y equipajes de los grandes y ricos ociosos, que con la precipitación que llevan siempre, huyendo del continuo fastidio que les ocupa, atropellan y echan por tierra impues y tan quítilamente á cuantos infelices encuentran, al paso.

no es muy imprudente y culpable; cuando inspira á sus súbditos una pasión desenfrenada á las riquezas, y destruye en ellos de este modo todo pensamiento de honor y de virtud.

El filósofo Crates esclamaba: *¡O hombres, adonde os precipitais afanados por acumular riquezas, al mismo tiempo que descuriais la educacion de vuestros hijos á quienes debéis dejarlas!* Nada modifica más poderosamente á los hombres que la educacion, el ejemplo, la instruccion y las máximas de que los padres les dan los primeros impulsos. No es de admirar que se encuentren en las naciones infestadas del lujo, de la disipacion y de la corrupcion de las costumbres, tantos ricos faltos enteramente de las dotes necesarias para hacerse felices por medio de las riquezas, y mucho menos dispuestos todavía á procurar el bien de los demás. El fausto, la ostentacion, la necesidad de *vivir segun su estado*, altamente ponderada por la vanidad, los enormes dispendios que cuestan los raros y esquisitos deleites, hacen que al hombre más opulento no le queda nunca sobrante alguno: los más cuantiosos bienes apenas le bastan para satisfacer todas las necesidades que su vanidad y el hastío de los placeres ordinarios crean en su imaginacion. No hay tesoros que sufraganen á los caprichos y extravagancias sin número que producen el lujo, la disipacion y el fastidio: las rentas de los reyes apenas podrán apagar la sed inextinguible de una fantasía caprichosa.

El fastidio, como ya hemos debido conven-
cernos, es un verdugo que á nombre de la na-
turaleza castiga siempre y perpetuamente á los
que no han aprendido á regular sus deseos,
á vivir útilmente ocupados, y á usar con eco-
nomía de sus placeres y recreos. ¿Por qué
vemos siempre á los grandes y á los ricos in-
quietos y agitados? Porque en el seno mismo
de los honores, de la fortuna y de los placeres,
no gozan de nada; porque agotadas ya por
ellos todas las diversiones y entretenimientos,
seria menester que la naturaleza crease en su
obsequio nuevos deleites y nuevos sentidos.
Opípara mesa, placeres sensuales, espectá-
culos, gustos y placeres diferentes, nada los
estimula ni interesa (1): nada los saca de su
profundo sueño; en medio de las fiestas y
diversiones mas bulliciosas, el fastidio los
asalta, y la imaginacion los atormenta, per-
suadiéndoles que el placer se halla siempre
donde ellos no se encuentran. De aquí esa agi-
tacion, esa inquietud convulsiva que se ad-
vierte comunmente en los príncipes, los gran-
des y los ricos; parece que pasan su vida cor-
riendo en busca de los placeres, sin gozar
jamás de los que tienen á su vista. «El uno,
» dice Lucrecio, deja su magnífico palacio por
» distraerse del fastidio; mas pronto se arre-
» piente, porque ni es mas dichoso, ni está

(1) *Ipsae voluptates eorum irrepulae, et variis ter-
roribus inquietae sunt; sublitque, cum maxime exul-
tantes, sollicita cogitatio: haec quando?*

» mas tranquilo fuera de él; el otro huye pre-
» cipitadamente á sus haciendas de campo,
» como quien corre á apagar un incendio;
» mas apenas pone el pie en ellas cuando ya
» siente y padece un mortal fastidio..... y con
» la misma precipitacion vuelve á tomar el ca-
» mino de la ciudad (1)».

Vivir útilmente ocupados y hacer bien á sus
semejantes son los únicos medios de evitar
el fastidio que atormenta á tantos ricos para
quienes no hay placeres en la tierra. Los pla-
ceres de los sentidos se agotan; la satisfaccion
pueril que puede dar la vanidad desaparece
cuando es habitual; mas los placeres del alma
se renuevan á cada momento, y el gusto ines-
pllicable que resulta de la idea de la felicidad
que por nuestra causa otros disfrutan es un
deleite libre de alteracion y fastidio. *Ocupaos
en hacer felices para que lo seais*, he aquí
el mejor consejo que la moral puede dar á
los ricos.

Aristóteles, hablando de las riquezas, dice
que unos no usan y que otros abusan de ellas.
¿Cuán feliz seria el hombre rico, si supiera
aprovecharse de las ventajas que la fortuna le
concede! ¿Cómo el fastidio le asaltaría nunca,

(1) Lucrecio, lib. III. — «Yo creia en otro tiempo,
¡oh Fanzas! (dice Menando por boca de su actor),
» que los que no se hallan necesitados á buscar la
» vida gozaban de un dulce y tranquilo sueño, y que
» jamás exclamaban: ¡Cuán infeliza y desgraciado soy!
» Yo pensaba que solo el pobre dormia sin quietud en
» su lecho; mas ahora veo que vosotros, que pasais
» por felices, no lo seís mas que nosotros.»

si con una alma tierna y sensible poseyese un entendimiento ilustrado? Todo se cambiaria en placeres para el rico piadoso y benéfico. Enjugar las lágrimas del infeliz, ocurrir con socorros y consuelos á una familia afligida, reparar las injusticias del destino cuando este oprime al mérito desgraciado, recompensar liberalmente los servicios recibidos, desenterrar y dar á la luz pública los talentos sumidos en el abismo de la miseria, estimular el ingenio á útiles descubrimientos, saber gozar en secreto del placer de hacer felices, descubrir al bienhechor, inspirar consuelo y alegría al corazón de un amigo angustiado, dar ocupacion y subsistencia á la pobreza laboriosa con trabajos útiles á la patria, animar al descontentado labrador, merecer el tierno afecto y las bendiciones de los que le rodean; he aquí los medios seguros de disfrutar placeres durables y variados, de calmar la envidia que causan siempre las riquezas, y aun de hacer perdonables los caminos y arbitrios con que las adquirieron tal vez los injustos predecesores. Los descendientes virtuosos pueden lograr que se dé al olvido el origen impuro de su opulencia: la indignación y la envidia enmudecen á vista del buen uso que el hombre de bien sabe hacer de sus riquezas; éste se hace feliz en merecer la aprobacion y el aplauso de sus conciudadanos (1).

(1) La antigüedad nos presenta, en Plinio el joven, un ejemplo interesante de lo que puede la opulencia compasiva y benéfica. Este grande hombre

En los campos, donde principalmente los ricos, lejanos de la pestilente atmósfera de las ciudades, hallarán ocasiones de hacer un bueno y honroso uso de su opulencia, y de mostrarse ciudadanos. Mas, acostumbrados regularmente al aire corrompido de las grandes poblaciones, al torbellino de los placeres frívolos, y á los vicios que para ellos se han convertido en necesidades, los ricos miran las capitales como á su verdadera patria y domicilio, y se imaginan que están desterrados en sus haciendas y posesiones, á menos de no llevar consigo los desórdenes, el bullicio y las funestas diversiones á que ya están habituados. Sin esto los rústicos placeres y la hermosura de la naturaleza les parecen insipi-

se muestra en sus cartas ocupado de continuo en favorecer á sus amigos y á cuantos le rodean; al uno le perdona sus deudas; á otro le paga las que tiene; aumenta la dote de la hija de un amigo difunto, para que de este modo encuentre un casamiento ventajoso; vende una posesion en menos de su valor para favorecer ocultamente á un sugeto á quien ama; á otro amigo suyo le pone en estado de vivir independiente y con reposo hasta el fin de sus dias; funda una biblioteca en Como, su patria, y además una casa para asilo de huérfanos. En fin, él nos enseña con su ejemplo, que una sabia economía, aun mas que su riqueza, le facilitó el medio de cumplir con su benéfico natural. Véanse las Cartas de Plinio.

Iguales disposiciones hallamos en Cilius, ciudadano de Agrigento, el cual, segun Valerio Máximo, no se ocupó en toda su vida sino en usar de sus inmensas riquezas en favor de sus conciudadanos. El dotaba á las doncellas pobres; acudia al suocro de todos los infelices; ejercia la hospitalidad indistintamente con todos los es-

dos; y es que los miseros ignoran el placer de hacer bien.

Sin embargo, estos placeres son mas sólidos y mas puros que no los que sacian su vanidad. ¿Puede ser comparada con ellos la fútil ventaja de llamar la atencion del vulgo, con trages, trénes, muebles y adornos costosos, y con todo el vano y despreciable aparato que tanto aprecia el lujo? ¿El rico injusto puede gloriarse de merecer la estimacion pública, ostentando con insolencia á los ojos de sus pobres conciudadanos una magnificencia insultante? Temerosos de escitar la indignacion general, estos hombres que se sacian y ceban con la sustancia de los pueblos, ¿no harian mejor en ocultar del público

trángeros; traia toda especie de provisiones á su patria en tiempos de escasez: en una palabra, las riquezas de Gilias eran el patrimonio comun de todos los hombres. *Valerio Máximo, lib. IV, cap. 8.*

Comparese la conducta de estos ricos con la de una multitud de millonarios estúpidos de nuestros dias, que solo se ocupan en inventar locuras y caprichos para dissipar su fortuna, ó en hallar medios de aumentarla. Los traficantes siempre codiciosos, los monopolistas cebados con las públicas calamidades, los ricos entregados á la disolucion, los hombres enteramente dados al lujo, nunca jamás se cuidan del bien público, en el cual no se creen de modo alguno interesados. ¿Qué idea formará la posteridad de nuestro siglo, cuando sepa que en medio de París, de la capital de un reino opulento y poderoso, donde el lujo levanta todos los dias monumentos tan costosos como inútiles, y entre tantas gentes que no saben que hacer de su dinero, no se encuentran personas tan generosas que contribuyesen á la reedificacion de las escuelas de medicina, que bajo sus ruinas hacia mu-

ña opulencia comprada con iniquidades y delitos? El amor propio de estos favorecidos de Pluto, ¿puede acaso cegarlos hasta el estremo de creer que una nacion oprimida por que ellos sean ricos, los perdonará la impudencia con que se atreven á ostentar el fruto de sus robos? No: los aplausos y rendimientos de los aduladores y de los gorristas que rodean su mesa, no les persuadirán jamás que tienen mérito; jamás acallarán las acriminaciones y remordimientos de una conciencia atribulada; su fausto y sus convites solo les darán envidiosos, mas no les grangearán amigos. Los convidados del que se ha enriquecido á costa del público le ayudarán á consumir sus bienes; pero no le quedarán ni

cho tiempo que estaban amenazando sepultar á los maestros y á los discípulos de una ciencia tan útil! El arte de curar ¿es posible que no interese y que se tuviese en nada por aquellos mismos que mas sujetos estan á enfermedades? Los teatros y coliseos ¿son acaso momentos mas importantes que la estancia y morada de los que velan por la salud de todos los ciudadanos? ¿Qué ignominia esta para una capital, que sustentando en la abundancia y el lujo legiones de farsantes, de cantoras y de bailarines, nada queria hacer en favor de los estudios largos y penosos de los sabios mas útiles á la sociedad! Al paso mismo que la ópera sacaba anualmente quinientos ó seiscientos mil francos de un público desocupado y ocioso, la facultad de medicina no poseia de rentas sino mil y ochocientos francos; sus profesores apenas tenian salario alguno; y el pobre se hallaba en la imposibilidad de solicitar el ser agregado á un cuerpo que hubiera honrado con su aplicacion y su mérito si hubiese tenido proteccion. ¡Oh Atenenses, qué años sois aun!

agradecidos ni obligados, por que miran los dispendios del rico como un deber; como una restitucion hecha á la sociedad, que á nombre de esta reciben los aduladores parásitos. El hombre vano y orgulloso no son amigos los que tiene, son lisonjeros mentirosos, dispuestos á volverle la espalda tan pronto como le falten las riquezas de que son partícipes (1).

Nos admiramos de que los grandes y los ricos se vean abandonados de todo el mundo luego que la fortuna los abandona á ellos; pero mas seria de admirar el que sus pretendidos amigos obrasen de otro modo. El rico ostentoso y pródigo lo es por su propia satisfaccion, no con relacion á los otros; á su vanidad es á quien sacrifica su fortuna; para que le aplaudan y celebren, derrama su oro á manos llenas; y porque de este modo egércen una especie de dominio en hombres abatidos é infames, es por lo que él los convida á sus banquetes y festines: así que, estos con razon consideran satisfechas sus obligaciones hacia él; si le pagan su necesidad con el humo de sus inciensoas. Efectivamente, éste mismo hombre que tiene la locura de gastar en un convite sumas que bastarian para sacar de la miseria á una familia entera, es bien seguro

(1) Los viajeros dicen que hay mahometanos que tienen escámpulo de comer con los que se sospecha que han adquirido mal su fortuna. Un Califé de Bagdad se impuso á sí mismo la ley de no comer ni vestirse sino del producto de su trabajo.

que no tendria valor de hacer un gasto mucho menor, que fuese oculto é ignorado. Tambien lo es que este mismo hombre, tan generoso al parecer, y tan noble y franco con los aduladores que le cercan, no les daría secretamente en dinero el importe de su convite.

Ni la benevolencia, ni el deseo de hacer bien son los verdaderos móviles de la ostentacion, ni la causa de la ruina de los pródigos: una reconcentrada vanidad hace en ellos, por lo común, las veces de bondad, de afecto, de amistad, y aun de amor. Nada es mas frecuente, que ver á un hombre rico arruinarse por una prostituta, á la cual, en el fondo de su corazón, no profesa amor alguno: él solo aspira á la gloria de deshancar á sus rivales, y de conseguir el triunfo de ellos á fuerza de dinero. Por otra parte, como un hombre semejante podria gloriarse de poseer el corazón de una muger que carece de sensibilidad con el uso continuo del deleite, y que está dispuesta siempre á preferir al amante que mas le da.

Los gustos comunmente ruinosos, que los ricos codician raras veces son verdaderos y sinceros; por lo común, están fundados en la vanidad, la cual los persuade que así serán tenidos por hombres de un gusto raro y esquisito, por hombres no comunes, por hombres muy opulentos y felices. Con solo este fin, un hombre rico, que en realidad carece de todo gusto, renne á veces una inmensa coleccion de curiosidades que ignora, de libros que jamás leerá, de pinturas cuyos au-

tores y mérito desconoce [1]. Sin embargo es preciso convenir en que el fastidio tiene comúnmente tanta parte como la vanidad en los gastos inútiles que deshacen y arruinan las mayores fortunas: él es sin duda el que hace pagar muy caros los objetos que al instante disgustan, ó que á lo menos se miran como insípidos tan pronto como se poseen: el fastidio de los ricos se deben las producciones tan diferentes, tan variables y algunas veces tan ridiculas de la moda, que hacen perdonables al parecer todos los males que el lujo causa á las naciones.

Mas los consuelos pasajeros que da el lujo á las molestias y á la vanidad de algunos ricos ociosos, no deben ciertamente justificar los innumerables males que causa á los pobres,

[1] Asi vemos frecuentemente que los artistas de joya, los diamantistas, los sátraps, los modistas, los revendedores de pinturas, etc. son, por lo común, unas gentes poco delicadas en sus ganancias; acostumbrados á tratar con necios y descebados, ellos suelen ser unos pícaros engañadores. Por otra parte, con el trato de los grandes y poderosos adquirieron el hábito de la fatuidad. Estos son las gentes que el lujo hace prosperar á costa y con perjuicio de los labradores y de los ciudadanos útiles! Júntense á estos las rameras, las actrices, las encubridoras, las bailarinas, y toda clase de viciosos y bribones; y he aquí el catálogo de las personas interesantes que la corrupcion de las costumbres hace prosperar y lucir; las que absorben las fortunas de los hombres mas opulentos; y las que obtienen muchas veces las recompensas del gobierno. *Mendici, mimas, balatrones, hoc gentis omne.*

Horat. lib. I, Sát. 2, vers. 2.

esto es, á la parte mas numerosa de toda sociedad. El lujo solamente es ventajoso á sus mismos artifices; pero en cambio es dañosísimo á la clase verdaderamente útil y laboriosa de los ciudadanos. Lo que á un rico caprichoso le cuesta una obra magistral de pintura ó escultura, una soberbia tapicería, la talla y adorno de su palacio; un vestido bordado, una joya relumbrante é inútil, bastaría á veces para vivificar á muchas familias de honrados labradores, mucho mas necesarios al estado que no tantos artistas, que solo sirven para recrear vanamente los sentidos. Enhorabuena que el hombre de gusto admire las producciones sublimes de las artes, y haga justicia á los diversos talentos que recrean sus sentidos; mas el verdadero sabio; siempre sensible á las necesidades y adicciones del mayor número, no podrá jamás preferir estas artes á las útiles y necesarias á la sociedad, que darian la subsistencia á millones de infelices. Desmontar y hacer fértil una provincia para el bien de sus habitantes, secar pantanos y lagunas para dar salubridad al aire, cruzar canales que faciliten los transportes y riegos, son para un buen ciudadano objetos mas interesantes que los mas suntuosos palacios adornados con cuadros de *Rafael*, y con estatuas de *Miguel Angel*, en medio de los mas deliciosos jardines de *Le Nostre*.

Mas los ricos regularmente no están acostumbrados á ocuparse en hacer el bien que podrían al pueblo que desprecian; ellos prefieren el hacerle sentir el peso de su poder de

un modo odioso y aborrecible; y lejos de disminuir la envidia de los pobres, hacen por imitarla con su conducta arrogante y tiránica. No parece, sino que los hombres á quienes la fortuna ha dado todos los medios de hacerse amables, solo se sirven de ellos para hacerse odiosos y aborrecibles. En vez de consolar y socorrer la miseria del pobre, los ricos solo parece que existen en la tierra para aumentar esta miseria: en vez de fertilizar los terrenos áridos y estériles, la opulencia, y el poder se empeñan únicamente en destruirlos y asolarlos. Puede ser el hombre feliz, cuando no vé á su alrededor, sino infelices y miserables? Las riquezas pueden tener algo de lisonjero y halagüeño, cuando solo acarreen el odio y las maldiciones de los mismos de quienes pudieran conciliarnos la buena voluntad?

CAPITULO IX.

Deberes de los pobres.

Con cuánta indignacion un corazón sensible mirará el lujo, al ver que endurece el alma de los príncipes, de los grandes y de los ricos, forjándoles necesidades infinitas, y siempre insaciables, que les impiden consolar y socorrer las miserias de los pueblos, porque no les dejan sobrar nada para hacerlo! Con qué ojos verá una sana política la aver-

sion que el lujo inspira á los ricos hacia la vida campestre que sus riquezas debieran reanimar? No es forzoso que gima al ver esas campiñas, que en vez de ser auxiliadas con brazos que las cultiven, se hallan despobladas por solo aumentar el número inútil de los criados de la indolente opulencia? En fin, ¿todo hombre de bien no ha de llenarse de dolor y sentimiento, al ver que tantos sirvientes, corrompidos con el ejemplo de sus amos, comunican á las últimas clases de la sociedad la corrupcion y los vicios que han adquirido en las ciudades?

En un estado corrompido, las influencias del lujo, funestas para los ricos, de quienes trastorna el juicio, se dejan sentir de un modo mas cruel todavía á los pobres, y á los que solo tienen una fortuna limitada: todos estos quieren imitar á lo lejos los modales, los dispendios y el fausto de los opulentos y grandes; cada cual se avergüenza de su pobreza, y procura ocultarla con el adorno y compostura exterior: el pobre y el hombre de cortas facultades, llevados del torrente, se ven precisados á seguir el tono pomposo que los ricos, los grandes, y principalmente las mugeres, casi siempre frívolas y vanas, dan á la sociedad. Así, todo el mundo se cree obligado á ascenderse en gastos, so pena de no poder alternar con los que, en vez de ostentar su opulencia é inhumanidad, debieran mas bien consolar y socorrer al menesteroso: éste de consiguiente se vé en la precision de salir de su estado, pues que no le basta ser pobre para

ser socorrido. De este modo el infeliz y miserable que se encuentra en la necesidad de recurrir á los grandes, y poderosos, se halla en el duro aprieto, para no verse ultrajado y despedido por lacayos insolentes, de hacer gastos que no puede, siempre que ha de presentarse á sus protectores; porque temeria incomodarlos y ofenderlos, si en su esterior les manifestase su infortunio; y en fin, se arroina por no verse menospreciado y desatendido, sin llegar nunca á conseguir socorro alguno, cuando en esta esperanza ha perdido lo poco que tenia.

He aquí como los ricos, incapaces de hacerse felices á sí mismos, lejos de prestar consuelo alguno ó de contribuir al bienestar de los otros, les hacen contraer sus mismas enfermedades! La epidemia de la corte, estendiéndose á las ciudades, pronto trasciende á las aldeas y á los campos, llevando consigo la semilla de todos los vicios, de todos los desórdenes y aun de todos los delitos. Así es como la vanidad se propaga; así el gusto de la ostentacion y del orato, fatal á la inocencia, se apodera del corazon del pueblo; así la indolencia y la pereza reemplazan el amor del trabajo; así, en fin, las buenas costumbres se pierden en el ocio, y esta llena la sociedad de ladrones, de foragidos, de malvados, de asesinos y de prostitutas, á quienes el terror de las leyes no puede reprimir en modo alguno. Un mal gobierno, que desanima al pobre y le envilece con indignas preocupaciones, le obliga á que se entregue al crimen,

el cual no puede ser contenido sino á costa de muchas víctimas. Esta severidad, sin embargo, no corrige á nadie: el que envilece á los hombres, los incita á osarlo y á emprenderlo todo, el que los hace infelices y miserables, le quita á la muerte misma cuanto tiene de terrible para ellos. Haced feliz al pobre, libradle de la opresion, y le vereis como trabaja, como ama la vida, como teme perderla, y vive contento con su suerte.

El despotismo ha multiplicado siempre los perezosos y holgazanes. El ejemplo y la opresion de los ricos y de los poderosos corrompen la inocencia del pobre; este á causa de su miseria se ve precisado á prestarse á los vicios de aquellos de quienes necesita para subsistir. Con el dinero el hombre corrompido y disoluto facilmente consigue seducir á una joven, la cual se prestará á sus designios estimulada del deseo del lujo: con el dinero hará á sus mismos padres cómplices de su deshora: en fin, el oro, que de todo triunfa, hace que el necesitado se preste de continuo á los caprichos y delitos de los que se valen de él.

Por otra parte, el pobre, abrumado de la idea de su propia debilidad y flaqueza, mira al hombre opulento como una criatura de una especie diferente de la suya, y exclusivamente feliz; así, le imita en cuanto puede; se hace codicioso y vano como el rico; desea por consiguiente enriquecerse, á fin de gozar de las preeminencias que juzga inseparables de las riquezas pareciéndole mejores los mas pronto medios; sean cuales fueren.

(1). De este modo el pobre disgustado del trabajo, se hace á los principios vicioso, y despues criminal, buscando en el robo y la rapina los medios de subsistir que le daria una honesta ocupacion.

La codicia de un gobierno tirano, las estorsiones de tantos hombres que quieren hacerse ricos de la noche á la mañana, y los funestos ejemplos de los ricos libertinos, pueblan las sociedades de un sin número de holgazanes de vagamundos y de malhechores incorregibles, á pesar de toda la severidad de las leyes. El rigor de tantos impuestos, de tantas cargas y de tanta servidumbre, aburre y distrae al labrador de un trabajo que se le hace insufrible; así es que no trabaja cuando ve que todas sus penalidades y sudores no le producen cosa alguna, ni le prestan medios de subsistir; y más quiere ser, ó mendigo, ó ladrón, que cultivar una tierra ingrata que la tiranía le obliga á detestar.

Nada manifiesta y acredita tanto la negligencia y la dureza de un gobierno como la mendicidad. En un estado bien constituido, todo hombre sano y robusto debe estar útilmente ocupado: aquel cuya suerte infeliz y miserable, ó cuyas enfermedades le impiden trabajar, tiene derecho á la humanidad de sus

(1) *Neq̄ plura venena
Miscuit, aut fero graesatur scapito ullum
Humanae mentis vitium, quam sava cupida
Indamitti sensus.*

ТОВЯКА, Sat. XIV, var. 175 al seg.

semejantes (1), y debiera ser socorrido y cuidado de sus conciudadanos, sin que le fuese permitido buscar su subsistencia por medio de una vida vagamunda, las mas veces viciosa y criminal. Por poco que se reflexione, se conocerá que esos suntuosos hospitales, que una piedad mal entendida exige en medio de las ciudades, no producen regularmente otro efecto, á pesar de sus enormes dispendios, sino el de aumentar las miserias y desgracias de los pobres, y no de su alivio y socorro. Una humanidad más reflexiva daria á los enfermos socorros mayores y más eficaces en sus propias casas, y economizaria los enormes gastos de una ruinosa administración.

Una compasion imprudente multiplica tambien en el seno de las naciones una clase de infelices que se llaman *pobres vergonzantes*: no hay un abuso mayor que la beneficencia ejercitada con los pobres de esta naturaleza, los cuales regularmente no son otra cosa que unos holgazanes orgullosos. El pobre no debe avergonzarse de su miseria, puesto que ella enternece los corazones sensibles, y merece los socorros señalados por la sociedad. El hombre que ha llegado á la indignidad, debe renunciar enteramente á su antigua vanidad, y conformarse con su estado humilde; el infeliz no interesa ni compadece cuando es orgulloso. En fin, en vez de entregarse á las

(1) La honrosa pobreza, dice Helvecio, no tiene otro patrimonio que los tesoros de la virtuosa opulencia. De l'Esprit, Disc. II, cap. 6, pag. 31, edic. en 4.

preocupaciones y quimeras de un perezoso orgullo; todo hombre pobre y desdichado debe buscarse en su trabajo honesto el recurso contra su desgracia, cualquiera que haya sido esa condicion ó clase anterior.

La humanidad, la justicia y el interés general de la sociedad claman á una á los soberanos que no reduzcan á la miseria y mendicidad á tantos ciudadanos, y que ejerzan alguna compasion con los pueblos, cuyas tareas y felicidad perturban y trastoran tan cruelmente reduciéndolos á la desesperacion. Lejos de la sana política esas máximas horribles que persuaden á muchos príncipes que los pueblos deben estar sumidos en la miseria para ser gobernados con mas facilidad. La opresion y la violencia no harán jamás sino viles y torpes esclavos, ó perversos resneltos y arrojados, que se buelarán de las leyes y de los suplicios con tal que puedan veogarse de las continuas injusticias que sufren. A los príncipes toca de justicia el consolar eficazmente á los infelices y atraerlos á la virtud, que la moral les predicará en vano, mientras que los mismos gobiernos los obligan al crimen.

Acostumbrado desde su infancia el hombre del pueblo á trabajos penosos, no está su desgracia en que trabaje; lo está en que su trabajo es excesivo y no le suministra medios de subsistir. La pobreza se dice comunmente, es madre de la industria; pero tambien es madre del delito, si solo es recompensada con crueles y gravosos impuestos. Entonces, cambiándose en furor, es fatal y temible á la sociedad.

Una sabia administración debe hacer de modo que el pobre esté ocupado; debe por el bien de la sociedad alentarle al trabajo, necesario á la observacion de sus costumbres, á su propia subsistencia y á su felicidad. No hay en política una máxima mas falsa y peligrosa que la que ordena favorecer la ociosidad del pueblo. El verdadero origen de la corrupcion de los Romanos provenia evidentemente de la pereza á que arrastraban al pueblo las districciones frecuentes de grandes, y los espectáculos continuos que le daban los ambiciosos, que de este modo procuraban captarse su auxilio y favor, só adormecerte en su esolavitud. Bajo los tiranos que asolaron este Imperio tan poderoso en lo antiguo, el pueblo ya depravado se mostraba indiferente á las crueldades que estos monstruos ejercian con los ciudadanos mas ilustres: su deseo y su ansia eran *pan y espectáculo* (1). Por esta causa el mismo Nerón fué un príncipe adorado en vida, y sentido en muerte.

Una política ilustrada debiera procurar que el mayor número de los ciudadanos poseyesen

(1) *Panem et circenses.* JUVENAL, Sat. X, vers. 81. Plutarco dice que Jerjes, queriendo castigar á los Babilonios por una rebellion, les obligó á dejar las armas, á danzar y cantar y entregarse á todo género de disolucion. — Numa repartió las tierras entre los ciudadanos pobres; para que sacados de la miseria se desentendiesen de la necesidad de obrar mal, y para que dados á la vida campestre se suavizasen sus costumbres, y cultivasen su entendimiento cultivando los campos. — Plutarco, *vida de Numa.* — Las turbulencias

alguna propiedad territorial, aunque fuese corta: la piedad, fijando al hombre en su heredad, le hace amar su país, estimarse á sí mismo, y temer la pérdida de los bienes que disfruta. No hay patria para el desgraciado que nada tiene. Mas en casi todos los países, los ricos y potentados todo lo han invadido: ellos se han apoderado de los campos para no cultivarlos, ó cultivarlos poco y malamente. Bosques sin término, jardines dilatados, montes espesos y sin fin ocupan terrenos que bastarian para emplear todos los brazos de cuantos ociosos y holgazanes llenan las ciudades y los pueblos. Si los ricos renunciasen en favor de los pobres necesitados las posesiones superfluas que poseen, y de las que no sacan provecho alguno, sus propias rentas se verian considerablemente aumentadas, la tierra seria mejor cultivada, las cosechas fueran mas abundantes, y los pobres, que tan incómodos y molestos son á la nacion, se harian unos ciudadanos tan útiles y felices quanto su estado lo permite. Gelon llevaba consigo á los Siracu-

de Atenas, y las locuras y desórdenes que echaron por tierra esta república, deben atribuirse á las extravagancias y á la perversidad de los ciudadanos ociosos y pobres, llamados *Theías*, cuyo ánimo se había corrompido con la holgazanería, con las adulaciones de los oradores, y con los continuos espectáculos. Los Atenenses, en general, tenían ingenio, destreza y gusto, mas poca ó ninguna virtud; por tanto, cuidaban de oprimirla y ostigarla siempre que ofendia sus envidiosos y envidiosos ojos.

Véase la Economía de Jeneffonte.

anos á los campos, á fin de estimularlos así á la agricultura.

No nos engañemos, la pobreza no escluye la felicidad (1), antes bien puede gozarla con mas seguridad, por medio de un trabajo moderado, que no la opulencia perpetuamente entorpecida ó incesantemente agitada con las necesidades continuas de su loca vanidad. La pobreza ocupada tiene buenas costumbres; la pobreza teme disgustar y ofender; la pobreza es compasiva; el indigente es sensible á los males de sus semejantes, porque se considera espuesto á ellos: si el pobre carece de muchos deleites y placeres, tampoco siente el tedio y el fastidio propios del rico, que hastiado y sin fuerzas, con nada se deleita, ni halla placeres algunos que le muevan. Los deseos del pobre son limitados como sus necesidades: contento con su subsistencia, no se afana por lo venidero; y como es poco lo que posee, se encuentra libre de los sobresaltos é inquietudes que turban de continuo el reposo de la opulencia y de la grandeza, que tan envidiables sin embargo suelen parecerle: en fin, el que no recibe nada de la fortuna nada puede temer de ella. «La pobreza, dice Epicuro, es una cosa muy estimable, con tal que viva tranquila y contenta con su suerte: el hombre es rico luego que ha llegado á familiarizarse con la escasez: no es pobre el que

(1) ... *Negle divitibus contingunt gaudia solis:
Nec vivit male, qui nullis moriensque, foletis.*
HORAT. Epist. 17, lib. I, vers. 9 et 10.

«tiene poco, sino aquel que teniendo mucho desea todavía tener mas... ¿Quieres ser rico? añade él mismo, pues, no te afanes en aumentar tus bienes, sino en disminuir tu codicia (1).

Del seno de la pobreza es de donde por lo comun, salen la ciencia, el ingenio, y los talentos. Homero, poeta inmortal de la Grecia, hizo inmortales á aquellos héroes famosos cuyos nombres, á no ser por él, estarían sepultados en un eterno olvido. Virgilio, Horacio, Erasmo, nacieron en la oscuridad. A los grandes talentos de los hombres, que la necesidad misma ha creado, son deudores de su gloria los reyes, los conquistadores y los grandes generales. Las sociedades deben sus mayores descubrimientos al estudio, y á los luces de los sabios, que por lo comun han vivido en pobreza y miseria; á tales hombres, tan despreciados por los grandes, orgullosos y por los ricos soberbios, deben estos todos sus bienes y placares.

¿Con qué derecho los ricos y los grandes pueden despreciar al pobre? Por el contrario, este debiera hallar en ellos unos bienhechores

(1) El camino más pronto de enriquecerse, según Séneca, es menospreciar las riquezas. *Brevissima ad divitias per contemptum divitiarum, ut ait Séneca, Epist. 68.*—El mismo dice en otra parte: *Si ad naturam vivis, nunquam eris pauper, si ad opiniones, nunquam eris dives.* Reprimiendo el lujo, un rey podría de repente enriquecer toda su corte, y consolar á todo su pueblo.

y unos apoyos contra la violencia y los rigores de la suerte; en vez de ultrajarle con crueles desprecios, debieran mirarle como un individuo interesante por su misma miseria, necesario á su felicidad, y muchas veces superior á ellos, por sus respetables talentos. Reflexionen los ricos y los grandes, que la indigencia ó la medianía gozan acaso en su cabaña de una felicidad pura, y no conocida de los mortales que habitan sumptuosos palacios erigidos por el crimen (1). El indigente, dominado de la envidia, debe convencerse de que la indigencia ocupada es infinitamente mas feliz y dichosa que no la grandeza, y la opulencia rara vez capaces de limitar sus deseos.

El pobre, pues, debe consolarse y vivir resignado con su humilde fortuna; y siempre que trabaja útilmente en obsequio del rico, tiene derecho á su piedad, y beneficencia. Si él necesita de los ricos, y de los grandes, es muy justo que les muestre la sumision, la deferencia, los respetos, y las consideraciones que estos pueden exigir en cambio de su asistencia y proteccion. El pobre debe esforzarse por arrear su benevolencia, valiéndose de medios honestos y legítimos, de la dulzura, de la paciencia, y de las demás virtudes necesarias á su clase; mas no con las hajezas é infamias que el vicio tiránico y despótico pre-

Licet sub paupere tecto Reges et regum throni præcurvere amicos.

HONATI. Epist. 10, lib. 1, vers. 32 et 33.

tenda exigir de él. Cuando en los grandes halla unos protectores de su flaqueza, y en los ricos unos consoladores de su miseria debe el pobre, pagarlos con su agradecimiento; pero jamás un débil temor ó una indigna complacencia han de hacerle sacrificar su honor y su conciencia. El honor del pobre, lo mismo que el del ciudadano más ilustre, consiste en adherirse firmemente á la virtud. La probidad, la buena fé, la rectitud y la fidelidad en el cumplimiento de sus deberes, son prendas más honrosas que la opulencia ó la grandeza; cuando en estas no se encuentran aquellas virtudes. Hay cosa alguna más noble y respetable que la virtud que persiste firme y constante en medio de la miseria, y que rebusa salir de ella con aquellos medios injustos que los ricos y los grandes, sin necesidades algunas urgentes, no se avergüenzan de emplear y seguir? La pobreza noble y esforzada de un Aristides, ó de un Corio, no fue más honrosa que la opulencia de un Orósio ó de un Trimalción?

Si la virtud es amable en cualquier estado que se encuentre, mucho más venerable es todavía y más interesante en la indigencia miserable. La probidad se halla más comunmente en la medianía contenta con su suerte, que en la grandeza ambiciosa y siempre inquieta, que en la opulencia siempre codiciosa, y que en la profunda miseria tan fácil al delito ó al mal.

Seria casi imposible entrar en el pormenor de los deberes que la moral impone á las diversas clases en que estan distribuidas las nacio-

nes: así que, se contenta con hacer presente á todas ellas que la probidad, la virtud y la integridad no solo son necesarias para ser cada uno respetable en su esfera, sino que además pueden ser útiles á su fortuna. Un mercader arreglado y de buena fé, que se ha graueado la reputacion de no enganar á nadie, será preferido á todos sus concurrentes; y las pequeñas ganancias que hará, acompañadas de una conducta prudente y económica, le producirán seguramente una riqueza que no le darian el fraude y el engaño; el que una vez ha sido evidentemente engañado, no se deja enganar la segunda. El artesano racional, atento y de buena conciencia, es buscado con preferencia al que su negligencia, su disolucion y sus vicios hacen bribon y falto de palabra.

La moral es una misma para todos los hombres, grandes ó pequeños, nobles ó plebeyos, ricos ó pobres: sus lecciones estan al alcance del monarca y del labrador, y á todos les son igualmente útiles y necesarias; y su práctica da iguales derechos á la estimacion publica. Un príncipe, cuyas injusticias hacen infelices y miserables sus estados, ¿es acaso más apreciable que el labrador que los vivifica con su labranza y sus cosechas? (1) ¿Un ciudadano laborioso

(1) Los antiguos deshicieron á los inventores de la agricultura. Los Escitas decian que el arado les habia venido del cielo. Entre los modernos, el labrador es un ente vil, escluido de todo privilegio, despreciado, y de continuo maltratado de los ricos y nobles, y por lo común destruido y aniquilado por los gobiernos.

no es preferible á tantos grandes, inútiles, á la patria que devoran? Un honrado comerciante, y un artesano industrioso, merecen ser comparados con un señor injusto, que se obliga á pagar lo que les debe? En fin, ¿el literato indigente y miserable, que consagra sus tareas y vigiliias á la instruccion, ó al inocente recreo de sus conueidadanos, no merece ser mas querido y respetado que no el imbécil opulento que afecta despreciar los talentos?

El hombre pobre, que vive de su trabajo y de su industria, no sea, pues, despreciado de esos hombres altivos y soberbios que le tienen por de una especie diferente á la suya. El ciudadano oscuro no gima ni se avergüence de su suerte, no se tenga por desgraciado, no se menosprecie á sí mismo cuando cumple honestamente con sus obligaciones en la sociedad. Contento con su estado, no envidie á los cortesanos, inquietos, á los grandes atormentados de deseos y perturbados de continuas agitaciones, ni á los ricos con nada satisfechos. La medianía, como constituida en un buen medio, logra del movimiento equibraldo de este mundo, sin experimentar sus vaivenes.

El labrador, tan respetable en sí mismo como despreciado de los insensatos á quienes alimenta, visto y enriquece; deso la enborañena de ignorar el sin número de necesidades, de fruslerias y de tormentos que afligen noche y dia á los favorecidos de la fortuna. El morador de los campos, en su pacífico albergue, conozca la felicidad de verso libre de

los cuidados y pesadumbres que en las ciudades se introducen y asaltan á los cortesanos bajo sus artesonados y relucientes techos. No envidie ni cambie su cama de paja, en la que descansa tranquila y profundamente, por el lecho de pluma, donde el crimen, agitado de continuo, en vano busca el sueño y el descanso. Sepa apreciar la salud y el vigor que le presta su frugal y sencilla comida, comparando su robustez y sus fuerzas con la flaqueza y las enfermedades de esos desarreglados, cuyo apéto ya no se irrita con los mas estimulantes manjares (1). Cuando al ponerse el sol, entra en su morada, y halla dispuesta su simple comida de manos de su laboriosa consorte, rodeándole sus amantes hijos, que gozosos de su vuelta le festejan y acarician, ¿no debe preferir su suerte á la de tantos ricos, fugitivos siempre de su propia casa, donde solo hallan por lo comun mugeres insufribles é hijos desobedientes? Aprenda, pues, el labrador á vivir contento con su estado; viva intimamente persuadido de que el que alimenta y hace feliz á su patria es mas dichoso, mas libre y mas estimable que el grande envilecido, que el guerrero feroz, que el cortesano servil, y que el odicioso traficante, todos los

(1) Virgilio ha pintado bien la felicidad del labrador en estos versos:

*Interd. dulces, pendunt circum oscula nati;
Casta pudicitiam servat domus; ubera vaccae
Lactva demittunt, etc.*

VIRG. Georg. lib. III, vers. 5aa.

cuales hambread y desolan la patria; sin lograr hacerse felices á sí mismos, á pesar de todos los daños y males que causan á sus convecudadaños.

No hay duda que la felicidad existe aun para aquellos hombres que la opulencia y la grandeza miran como la escoria de la naturaleza humana; á los cuales por lo tanto se interesan muy poco en consolar y socorrer. Para los pobres existe tambien una moral, mejor acogida en sus sencillas almas que no en los espíritus exaltados, incapaces de ser convencidos, ó que en los corazones empedernidos, á los cuales no hay cosa que pueda enternecer. Es mucho mas fácil dar á conocer las ventajas de la equidad, en que su flaqueza espone á la opresion, que no á los príncipes, á los nobles y á los ricos, que fundan su felicidad y su gloria en la facultad de oprimir. Mas bien se consigue escitar afectos de humanidad y compasion en el que sufre y padece con frecuencia, que no en esos hombres, á quienes su estado parece que les preserva de las miserias de la vida. En fin, cuesta mucho menos trabajo contener las pasiones tímidas del pobre, á quien sus miserias no han conducido al orfmen todavia, que no las pasiones indómitas y furiosas de los tiranos, para quienes á su parecer nada hay que temer sobre la tierra. La feliz ignorancia en que el pobre vive de mil objetos distintos que atormentan el corazon del rico, le exime de un sín número de necesidades y deseos; y acostumbrado á todo género de privaciones, se abstiene de las

cosas dañosas de que otras gentes no pueden privarse sin dolor.

Por esta razon los moralistas, que ordinariamente solo se proponen la instruccion de las clases mas florecientes y elevadas de la sociedad, no deberian desdeñar la de los hombres menos favorecidos del destino; proporcionando las lecciones de la moral al estado y á la capacidad del pobre, el sábio se haría merecedor de otra tanta gloria, y recogeria mayores frutos de este modo, que anunciando solamente á los poderosos de la tierra verdades ó infructuosas ó desagradables para ellos. Mas al pueblo se le mira por lo comun, como á un vil rebaño; incapaz de reflexionar y de instruirse, y al cual se le debe mantener en el error y la ignorancia, para mejor y mas impunemente oprimirle.

CAPITULO X.

Deberes de los sabios, de los literatos, de los artistas.

En todo tiempo y en todos los países, los talentos del alma han merecido á los que los poseian el aprecio y la consideracion de sus convecudadaños, y han tenido entre ellos un lugar honroso y distinguido. En el origen de las naciones, los hombres mas ilustrados, los mas instruidos, los mas esperimentados, adquirian tanto crédito y tal ascendiente sobre

los pueblos, que éstos recibieron con reconocimiento las leyes que les dictaron, mirándolos como oráculos y como á unos seres sobrenaturales. Los sacerdotes en el Egipto, los magos en la Persia, los bráhmánes en el Indostán, los caldeos en la Asiria, los filósofos entre los Griegos, fueron por sus lúcidos unos personajes respetados igualmente de los soberanos y de los pueblos á quienes eran útiles por sus conocimientos, por su ciencia y por sus descubrimientos, fruto de sus trabajos y de sus meditaciones. La historia los califica de inventores de la mitología, de la religión, del culto y de la legislación que se establecieron en la mayor parte de las naciones del mundo. Los primeros sabios fueron los primeros soberanos. Aquellos, dice el grande Autor del Espíritu de las leyes, *que habían inventado las artes, hecho la guerra en defensa de los pueblos, reunido los hombres dispersos y errantes, ó que les habían adquirido y dado terrenos, obtenian de ellos el reino, y le transmitian á sus descendientes. Ellos eran reyes, sacerdotes y jueces* (1).

Así, la consideración pública no fué estéril ni mezquina para con estos hombres divinos y raros: los sacerdotes, además del respeto público de que gozaban, fueron ricamente dotados por la gratitud nacional, y aun obtuvieron inmunidades, gracias y privilegios que les facilitaron el aplicarse tranquilamente á sus meditaciones, á sus cargos respetables, y á sus

investigaciones útiles y provechosas para la sociedad. Por consecuencia, estos personajes reverenciados y dados á la contemplacion y á la esperiencia pudieron hacer descubrimientos útiles ó curiosos, y los pueblos hubieron de tenerlos por entre de un orden superior, que tenían trato con el cielo. Las naciones debieron á estos primeros sabios la teología, la astronomía, la geometría, la medicina; la física, y un gran número de artes útiles ó agradables á la vida. Por informes é imperfectas que fuesen las primeras nociones de estos especuladores, ellas no obstante debieron parecer sublimes á unos salvages faltos de esperiencias; y para hacerlas mas respetables aun, se las cubrió con el velo de las alegorías, enigmas y misterios, los cuales solamente entendidos de los sacerdotes, sirvieron para perpetuar el poder y ascendiente de estos sobre los pueblos.

De esta manera, la ciencia, los talentos, la industria y el artificio elevaron á los sabios sobre los demás hombres; así los sacerdotes, que poseian esclusivamente los conocimientos interesantes á las naciones, fueron mirados como sus guias y directores; así eran tenidos por intérpretes de los dioses, y á su presencia se postraban los príncipes y los pueblos. Se vé, pues, que la utilidad social ha sido el origen primitivo de la veneracion que los hombres han mostrado en todos los siglos al sacerdocio, como tambien de los honores, de las riquezas y de los privilegios con que tan ampliamente ha sido recompensado.

(1) *Voir l'Esprit des lois*, lib. I.

Este es el verdadero origen de las ciencias y de las artes, que de siglo en siglo se han ido perfeccionando mas ó menos, y que el transcurso del tiempo puede enriquecer aun con nuevos descubrimientos. Los pueblos ignorantes fueron siempre curiosos, inquietos y supersticiosos; embesados con el espectáculo de los astros, sus débiles ojos no descubrieron en ellos sino objetos de admiracion; los sacerdotes observadores ostentaron el secreto de leer en ellos sus destinos: esta curiosidad produjo la astronomía la cual en los principios no fué sino la *astrología judiciaria*, ciencia falaz y engañosa, que los posteriores conocimientos han hecho justamente despreciable á las personas sensatas. Para el hombre inesperto todo es milagro, por consecuencia, la medicina, la física, la química la botánica, etc. en su cuna, fueron ciencias *mágicas*, fundadas en el supuesto trato de los sacerdotes con los dioses. El gusto de lo maravilloso, hijo de la ignorancia, produjo despues la poesia, la cual le adornó con sus gracias, contribuyó mas que todo á inflamar la imaginacion de los hombres hacia los objetos á que quiso ofrecer su admiracion y respeto, y gravó, en fin, profundamente en los espíritus de las nociones, los cuentos y las fábulas que se propuso inspirarles.

La moral de los primeros maestros de los pueblos fué una ciencia tenebrosa: por no conocer suficientemente la naturaleza del hombre, y los motivos mas poderosos y eficaces para excitarle á la virtud y separarle del vi-

cio, se recurrió á motivos sobrenaturales y á ideas vagas de sus deberes: en vez de establecerlos sobre sus relaciones con los otros hombres, los fundaron sobre sus relaciones con las potencias ocultas, por quien se suponía gobernado el mundo, y cuya benevolencia ó cólera se atraían. Además, se inventaron para los pueblos prácticas y ceremonias; que se consideraron capaces de conmovér favorablemente á estas potencias sobrenaturales, ó de calmar sus venganzas.

No es de un mundo invisible y desconocido de donde han de sacarse los deberes de la moral universal del hombre; sino de las necesidades de su naturaleza, y de su propio corazón. No es menester buscar en el favor ó en la cólera de estas potestades invisibles los motivos que muevan al hombre á obrar el bien, ó que le desvien del mal; sino en el afecto y el odio de sus semejantes, presentes siempre á sus ojos. Las ceremonias y los ritos no purifican el corazón del hombre; lo que suelen hacer solamente es adormecer su conciencia.

Mas, á pesar de esto, se creyó necesario y preciso gobernar y regir á los pueblos groseros y salvajes con la supersticion, ó porque así se les quiso engañar, ó porque se les miró como incapaces de obedecer á la razon. Por consecuencia, la ciencia de las costumbres y la política, entre los primeros sabios ó sacerdotes fueron apoyadas en las fábulas. Es de creer seguramente que las mitologías religiosas que se encuentran establecidas en los di-

ferentes países de nuestro globo no son otra cosa que la ciencia primitiva y grosera de la naturaleza y de los hombres, adornada por la poesía, consagrada por la religion, y envuelta en misterios, á fin de hacerla venerable á los ojos de los pueblos, amantes siempre mas de lo maravilloso que de principios simples y bien raciocinados. En todos tiempos se ha procurado sorprender, seducir y ofuscar á los hombres, para empeñarlos al cumplimiento de sus deberes. Una doctrina sencilla y racional no se habia encontrado aun; y como por otra parte esta doctrina no hubiera sido conforme á las miras políticas de los primeros préceptores de las naciones, de aquí es que estos trataron á sus discípulos como á unos niños, á quienes era menester enganar y persuadir con cuentos, con narraciones maravillosas y con prodigios. La claridad y la sencillez son los últimos esfuerzos de la sabiduría, y solamente propias de los hombres en su madurez. « Los hombres, dice Tácito, son siempre mas propensos á creer lo que no entienden; y las cosas oscuras y misteriosas tienen mas atractivo á sus ojos, que las que son claras y fáciles de comprender. » Eurípides habia dicho antes que él que en las tinieblas hay una especie de magestad. Lucrecio decia tambien que las personas estúpidas solo admiran las cosas que se esconden bajo términos misteriosos (1).

(1) Omnia stolidi magis admirantur, amantque.
Inversis quæ sub verbis latentia cernunt.

LUCRET. lib. I, vers. 642.

Así que, los primeros conocimientos dados á las naciones salieron, por lo común, de las nubes de la impostura. Por una fatalidad ordinaria, los hombres ménos ignorantes que los otros engañan á estos primero, para esclavizarlos despues. Sobre esta política no sincera se fundó sin duda el espíritu misterioso de la antigüedad; espíritu que durante muchos siglos fué corrompiendo los escritos de los filósofos mas célebres, los cuales por su estado y profesion hubieran debido ilustrar al género humano, mostrándole la verdad necesaria á su felicidad.

En fuerza de estos principios, los doctores y maestros de las naciones hicieron que bajasen del cielo sus preceptos y doctrina. *Brama* presentó á los habitantes del Indostán unos dógmas, leyes y prácticas, que aseguró habia recibido del Dueño y señor invisible del mundo. *Osiris*, despues de recibir del cielo el arte de la agricultura, se hizo legislador soberano, y dios tutelador del Egipto. *Zoroastro*, en nombre de *Oromases*, ordenó el culto, las costumbres y los deberes de los Persas. Segun estas mismas ideas, *Orfeo* instruyó á los Griegos, y fundó los misterios de Eleusis. *Numa* dió sus leyes á los Romanos: *Mahoma* á los Arabes, etc.....

Todos estos legisladores hallando á los pueblos groseros dominados de una fuerte pasión por lo maravilloso, y de un grande respeto á los enigmas y misterios, se aprovecharon astutamente de tan favorables disposiciones para someterlos á su imperio. Un lenguaje obs-

curo (1) excita la curiosidad, y las nociones maravillosas admiran y agitan los espíritus. Semejante al trueno, una ciencia rodeada de nubes, hace respetables á los que se jactan de poseerla; pero si es útil y ventajosa para estos, es inútil y dañosa á los progresos del entendimiento humano; puesto que le divierte sin provecho, y le mantiene en una perpetua infancia. Ya se ve que hablamos solamente de las ciencias naturales y de los conocimientos que no escuden el alcance de su comprensión. Darnos sus ideas en nombre de la Divinidad, es, ó hacernos perder todo el resorte del ingenio de que ella nos dotara, ó comprometer los altos respetos que le debemos, cuando está en clara y manifiesta oposicion con las luces y los dictados de la razon que dimanán de ella misma.

Del Egipto y de la Fenicia fué, pues, de donde evidentemente recibieron los Griegos su religion, sus primeras nociones sobre la naturaleza y sobre la moral, y en una palabra

(1) «El verdadero campo en que se dilata la impostura, dice Mautaigne, son las cosas desconocidas: por cuanto, en primer lugar la misma estrañeza da crédito y opinion, y además, no estando sujetos á nuestros discursos ordinarios, nos quitan los medios de combatirlas.» Lib. I, cap. 31. César habia dicho antes que el que, por un vicio común de la naturaleza, nosotros confiamos mas en las cosas invisibles, ocultas y desconocidas, y que estas nos encantan mas asombro. *Communité sic vltio nature, ut invisis, latitantibus atque incognitis rebus magis confidimus, vehementiusque a terra cavem.* De bello civili, lib. II, sec. 4.

su filosofía. Pitágoras, como hemos dicho en otra parte, fué á buscar su ciencia mística á las escuelas de los sacerdotes egipcios y de los sabios caldeos. Platon, después de él, sacó del mismo manantial la doctrina oculta y sublime que difundió en su patria (1). La Grecia poco á poco se llenó de filósofos y pensadores que se hicieron célebres y respetables con sus sistemas y descubrimientos, adoptados en seguida por los Romanos: estos conquistadores los comunicaron á los pueblos sujetos á su imperio, y de manos de estos, los modernos han recibido los conocimientos que disfrutan, y que deben perfeccionar, simplificar, y hacer mas claros y mas útiles.

Tan respetables y honrosas, como hemos visto, han sido siempre las ciencias y el ingenio en todos los pueblos. Este ascendiente de la sabiduría se ha observado en todos los

(1) Platon sobrepujo en su estilo misterioso al de los sacerdotes de Egipto: así es que los reprende por haber hecho un mal irreparable á las ciencias inventando la escritura. Sin embargo, la escritura es el único medio de esparrar y conservar los conocimientos humanos. Los salvajes viven en una continua infancia, porque los descubrimientos, las experiencias y las reflexiones de sus antepasados, por falta de escritura, son siempre inútiles y perdidas para ellos. Cada generacion, privada de los socorros de este arte está obligada á comenzar de nuevo con nuevos trabajos y dependios. Es menester hablar con claridad á los hombres para serles útiles verdaderamente. El sabio misterioso y reservado no es bueno sino para con-

países de la tierra. Hace muchos siglos que Confucio, por los preceptos morales que se le atribuyen, gobierna todavía la China; su memoria es allí siempre grata; sus máximas han sido igualmente respetadas en aquel Imperio como oráculos por los mismos Tártaros feroces, que mas de una vez le han sojuzgado. Para obtener los empleos y dignidades, es preciso haber estudiado los libros de este sabio, á quien se le tributa culto, y se le ha dado el sobrenombre de *Rey de los letrados*. Estos homenajes, tributados por toda una nacion á la memoria de este hombre, célebre, prueban á lo menos que los Chinos, sin embargo de lo corrompidos que están, se consideran obligados á mostrar esteriormente su veneracion á los talentos y á la virtud, aun cuando ellos carezcan de estos dotés. A pesar de su respeto á los escritos atribuidos á Confucio, los Chinos son miserables y viciosos; porque viven bajo un gobierno despótico y bárbaro, que pone obstáculos invencibles á los progresos de la verdadera sabiduria, y hace que

fundir y embrollar los entendimientos y retardar sus progresos; por lo tanto, un hombre semejante no es bienhechor del género humano. La verdad es la que dá toda su brillantez á las ciencias; el que menosprecia la verdad y la respone á la frivolidad, no es mas que un necio charlatan. Un Griego, hablando de Pitágoras, dijo: *Pitágoras el encantador; que quiere y busca la vanagloria, y afecta un lenguaje grave y misterioso para hacer caer á los hombres en sus redes.....* PLUTARCO *Vida de Numa.*

sean inútiles las lecciones de una moral mas sensata (1).

Si durante algunos siglos la ciencia fué despreciada en Europa y estuvo como sumida en el olvido, este estado de envilecimiento debe atribuirse á la confusion y á los desórdenes que produjeron las revoluciones y las guerras continuas que agitaron las naciones. Entonces el entendimiento humano recayó en su primitiva ignorancia; los estúpidos y fúriosos guerreros no conocieron otro mérito que el de saber; pelear; los pueblos, totalmente privados de luces y de razon, vegetaron en un funesto embrutecimiento acompañado

(1) Nosotros observaremos de paso que la moral de este famoso sabio, tal y como nos la han transmitido algunos misioneros de Europa, no puede darnos una idea alta y ventajosa de los conocimientos de los Chinos. Las obras atribuidas á Confucio y á su discípulo *Menzio*, no encierran mas que máximas comunes y triviales, que en ningún modo pueden ser comparadas con las de los Griegos y los Romanos: además, estos escritos, tan alabados por algunos modernos, favorecen el despotismo, es decir, el mas injusto de los gobiernos: la tiranía paternal, la cual confunde con una autoridad razonable; la poligamia; el poder tiránico sobre las mugeres; en fin, ellos no tienen otro objeto que el de formar esclavos. Se vé, pues, que este sabio del Oriente, ó los que han adoptado sus máximas, no han llegado á conocer las primeras nociones de la verdadera moral y del derecho natural. Estremece y horroriza el pensar que la ley permitía en la China á los padres el esponer y abandonar á sus hijos, los cuales se encuentran con frecuencia en las calles de Pekin reventados por los carruajes, ó devorados por las bestias.

de todos los males que traen consigo el error y las preocupaciones. Los hombres, llenos de vicios y torpezas, se corrompieron en el infortunio, porque les faltaron los socorros, los consuelos, los placeres y las comodidades que las ciencias y las artes ofrecen. Los feroces soldados no conocieron de ningún modo las ventajas inestimables que los talentos, el ingenio y la industria podían acarrear á la vida social. Las naciones estuvieron ciegas y mal morigeradas, porque sola la razon, fruto de la experiencia ó de la sabiduría, puede hacer á los hombres humanos y sociables.

En fin, las tinieblas de esta larga noche comenzaron á disiparse: los soberanos, amigos de las letras, de las ciencias y de las artes, les alargaron una mano benéfica y protectora; el entendimiento humano, libre ya de su pesado letargo, recobró su actividad; los talentos fueron considerados, honrados y recompensados; desde entonces se escitaron en todas las almas una viva fermentacion y una emulacion dichosa; las costumbres se suavizaron; la reflexion sucedió á la impetuosidad y al atolondramiento; el estudio se hizo la ocupacion de muchos ciudadanos inflamados del deseo de la reputacion, de la gloria, y aun de la fortuna que ya lograban los talentos. Las letras llegaron á ser por lo menos un agradable recreo para muchas personas que sin ellas vegetarian en una fatigosa ociosidad.

Aristóteles decía que: «los sabios tenían sobre los ignorantes las mismas ventajas que los vivos sobre los muertos: que la sabidu-

ria es un adorno en la prosperidad, y un refugio en la adversidad. La sabiduría, según Diógenes, sirve de freno á la juventud, de consuelo á los viejos, de riqueza á los pobres, y de ornato á los ricos. Las ciencias y las letras, dice Ciceron (1), son el alimento de la juventud y el recreo de la vejez: ellas dan esplendor en la prosperidad, y son un recurso y un consuelo en la desgracia; ellas forman las delicias del gabinete, sin causar en parte alguna ningún estorbo ni embarazo, por la noche nos acompañan, y nos siguen en los campos, en los viajes, etc.»

Este es el juicio que formaba de la sabiduría un hombre de estado, al cual le fué confiado el gobierno del mas poderoso imperio del mundo: este debiera causar rubor y vergüenza á tantos grandes y nobles que afectan despreciar á la sabiduría, que la miran como inútil y peligrosa, y que se vanaglorian al parecer de una ignorancia que fué siempre el manantial del error y del vicio. La sabiduría solo puede desagradar á los impostores y á los tiranos (2).

(1) Ciceron, *Orat. pro Archia poeta*, cap. 7, § 16.

(2) Caligula quiso destruir las obras de Homero. Un emperador de la China hizo quemar todos los libros de sus estados. Los malos príncipes se han declarado siempre enemigos de la sabiduría. Valentiniano y Licinio la llamaban veneno y peste de un imperio. El impostor Mahoma proscribió totalmente toda ciencia; temeroso de que ella destruyese sus imposturas. El Gran Turco, dice *La Boetie*, está bien convencido que los libros y la doctrina dan mas que ninguna otra cosa á

¿Habrá sido acaso por merecer los votos de semejantes hombres, por lo que algunos literatos han empleado sus talentos y sus luces en declamar contra la utilidad de las ciencias? Pero examinemos en pocas palabras las razones en que un célebre detractor de las letras funda sus imputaciones contra ellas. *Las ciencias, según J. J. Rousseau, son defectuosas en su origen, en su objeto y en sus efectos. En su origen; pues que la astronomía nació de la superstición; la elocuencia de la ambición; del odio, de la adulación y de la mentira; la geometría de la avaricia; la física de una vana curiosidad; y todas, hasta la moral misma, del orgullo de los hombres.*

En su objeto: porque no hay historia sin tiranos, sin guerras, sin conspiradores; no hay artes sin lujos; no hay ciencias sin el olvido de los deberes mas indispensables. ¿Qué de peligros, qué de errores y extravíos no encuentran en la carrera de las ciencias los que buscan sinceramente la verdad! Su mismo criterio es tambien incierto.

En sus efectos: las ciencias son hijas y madres de la ociosidad; son inútiles á la felicidad; inventan y proponen mil paradojas que dan por el pie á los fundamentos de la fe, y destruyen la virtud. Ellas sofocan el sentimien-

los hombres lo proporcionan de reconocer y adlar la tiranía. Véase su discurso *Sur la servitude volontaire*, impreso á continuacion de los Ensayos de Montaigne, de la edicion publicada por Coste.

to de nuestra libertad original; é introduciendo una falsa y engañosa política, que aniquilando la confianza y la amistad, abre la puerta á mil vicios; ellas producen el lujo y el loco deseo de distinguirse; de donde nacen la depravacion de las costumbres, la corrupcion del gusto, y la molitice [1].

Para responder una á una á todas estas acusaciones tan graves, nosotros diremos que la astronomía nació de un racional deseo de conocer los movimientos de los cuerpos celestes, de cuyo conocimiento necesitaban los hombres para ordenar los trabajos precisos á la vida, como la agricultura y la navegacion; y que si la astrología nació ciertamente de la superstición, esta no es una ciencia real y apreciable. La elocuencia nació de la necesidad de excitar y mover las pasiones y los intereses de los hombres; para determinarlos por este medio á cosas útiles, ó persuadirles la verdad, tan indispensable á su bienestar: si algunos impostores han abusado de ella para seducir y engañar, esto solamente prueba que las cosas mas útiles se convierten en las mas dañosas por el abuso que se hace de ellas. La física es efecto de una curiosidad laudable, que conduce al hombre á buscar en la naturaleza lo que puede contribuir á su propia felicidad; conocimiento sin el cual no podría conservarse

[1] Véase el discurso de J. J. Rousseau, premiado por la Academia de Dijon, sobre esta cuestion: *Si el restablecimiento de las ciencias y de las artes contribuye á corregir y purificar las costumbres.*

ni vivir. La geometría no es fruto de la avaricia, sino de la necesidad de distinguir y poner límites á las posesiones de los hombres; sin cuya distincion todo sería desorden y confusión. La moral no es obra del orgullo, sino de la necesidad indispensable de saber como deben comportarse los hombres reunidos en sociedad.

La historia nos enseña hechos útiles á nuestra instruccion, y nos muestra tiranos, guerras, revoluciones, conspiraciones y tumultos populares, para inspirarnos horror, y estimularnos á buscar los medios de preservarnos de los males que tan frecuentemente han afligido al género humano. Las artes, es verdad, florecen en el seno del lujo; mas aquellas artes que no tienen por objeto un aereal y verdadera utilidad no deben confundirse con las otras, sin las cuales la sociedad no podria subsistir. La sabiduría no produce el olvido de nuestros deberes; por el contrario, la verdadera sabiduría nos conduce á ellos; ella nos hace cumplir un deber, en el hecho mismo que nos constituye útiles á nuestros semejantes con las verdades ó las experiencias que nos facilita comunicarles. No se pueden imputar como un crimen á las ciencias los peligros á que se arriesgan los que indagán la verdad; este es un crimen de la perversidad de los que hacen que la verdad sea dañosa á los que la predicán, ó de los que se esfuerzan en privar de ella al género humano. Los errores y extravíos que se encuentran en la carrera de las ciencias no prueban en manera

alguna que las ciencias mismas son malas ó falsas; prueban sí que los hombres están sujetos á extraviarse á veces por largo tiempo hasta encontrar la verdad, y engañarse siempre que no parten de experiencias seguras; estos falsos caminos ó extravíos hacen ver al sabio que debe desconfiar de sí mismo, y que á fuerza de caídas es como se aprende á caminar. El criterio de la verdad es cierto cuando se emplea en objetos que pueden someterse á la experiencia, dejando á un lado todos los que solo tienen por base á la imaginacion.

Las ciencias verdaderamente útiles no son madres ni hijas de la ociosidad; son hijas de las verdaderas necesidades del hombre, que le llevan en busca de lo que puede contribuir á su conservacion, y hacer su existencia feliz y agradable; ni son inútiles á la felicidad sino cuando se ocupan en vagas especulaciones y en objetos inaccesibles á la razon y á la experiencia. Los paradoxos que destruyen la virtud son efecto del delirio, y estas se llamarían tan malamente ciencias, como la embriaguez ó la locura. Las ciencias no sofocan ni ahogan el sentimiento de nuestra libertad; todo al contrario, la verdadera sabiduría nos conduce á ella, y nos hace amarla y desearla en vista de las desgracias é infelicidades que acompañan siempre á la esclavitud. Las ciencias suponen reflexion, y la reflexion nos hace civiles é ilustrados, porque nos hace sociables, instruyéndonos en las atenciones y respetos á que están unos con otros obligados los hombres. La urbanidad en el trato de ningun modo

escluye la sincera amistad y la confianza que principalmente debe establecer la ciencia de las costumbres. Las ciencias no abren la puerta á mil vicios (1); ocupando al hombre de una manera útil ó agradable, ellas lo separan y distraen de mil desórdenes, que son los recursos ordinarios de la ignorancia y la pereza. Las ciencias no producen el lujo, antes bien le deprimen y condenan; ellas exhortan á los hombres á preservarse de él, ellas impiden á los estúdiosos el que piensen en las vanidades de que se ven atormentados perpetuamente los ociosos y los ignorantes. El deseo de distinguirse no es un loco deseo, sino muy natural y muy laudable, cuando el hombre logra distinguirse por medio de una conducta honesta y virtuosa, y unos talentos ventajosos al público: un loco deseo de distinguirse lo

es, si, ciertamente, el aspirar á ser tenido y reputado por hombre célebre impugnando y combatiendo las nociones mas evidentes y racionales, las cuales nos hacen ver que la ignorancia es un mal, y que la sabiduría es un bien muy apreciable, bajo cualquier aspecto que sea considerada.

Toda ciencia, como hemos dicho al principio, un resultado de la experiencia y de los hechos, las experiencias mal hechas constituyen la falsa ciencia, ó el error, cuyas consecuencias son tan funestas para el hombre. Las experiencias constantes, reiteradas y hechas con reflexion, producen la verdadera ciencia, y nos dan á conocer la verdad, siempre útil y necesaria á los hombres. Pretender que la ciencia es inútil, es lo mismo que decir que los hombres, para conducirse en este mundo, no necesitan, ni de la experiencia, ni de la razon, ni de la verdad: esto no es reducir al hombre al estado salvaje ó al estado de la naturaleza, sino hacerle inferior á las bestias, las cuales tienen un cierto grado de experiencia, de razon, de ciencia y de verdad, suficientes para conservarse y satisfacer sus necesidades. Las necesidades del hombre, como que son mayores y mas multiplicadas que las de los brutos, requieren mayores experiencias, conocimientos mas estensos, y un mayor número de verdades, sin las cuales seria mas degradado que las bestias. El hombre ignorante y estúpido carece de los recursos que lo que se llama *instinto* concede á los *castores*.

(1) Epicuro decía al contrario que: «la filosofía es el origen y manantial de todas las virtudes que nos enseñan que la vida es desagradable, si la prudencia, la honestidad y la justicia no dirigen todas nuestras acciones; mas, siguiendo constantemente el camino que nos indican, nuestros días se pasan con cierta satisfacción, de la que es inseparable la felicidad, porque estas virtudes y su práctica constituyen una vida llena de tranquilidad y de placer.» *Horum autem omnium initium, maximumque bonum prudentia est. Quocirca ex philosophia bonis prudentia antecellit, ex qua reliquæ virtutes omnes oriuntur, docentes quod jucundè vivere possit nemo, nisi prudenter et honestè justèque vivat, nec contra prudentem et honestè justèque, quin et vivat jucundè. Virtutes enim jucundæ vitæ conjunctæ sunt; jucundaque vita separari à virtutibus nequit.* Diog. Laert. De vit. et dogm. Philosoph. lib. X. sec. 13a.

El medio de que un hombre sea superior á los otros está en que cultiva mas que ellos su razon, y adquiera otros conocimientos mas profundos y vastos. ¿Qué prodigiosa diferencia no establecen la ciencia y el ingenio entre unos y otros hombres? Los pueblos mas ilustrados son los mas florecientes. La Europa da la ley á las demás partes del mundo por la superioridad de fuerzas que le comunica la sabiduría; entre las naciones que comprende, las mas poderosas, las mas activas, las mas industriosas, son aquellas que poseen mayores conocimientos. Un pais sumergido en la ignorancia es un reino de tinieblas, cuyos habitantes están en un profundo letargo.

El hombre nace en sociedad y continúa viviendo en ella, porque la sociedad le es agradable y necesaria: el hombre no ha sido destinado en manera alguna por su naturaleza para vivir en los bosques, privado de los socorros de sus semejantes: la vida social le forma, le modifica, le labra y le cultiva, porque disfruta en ella de sus propias experiencias y de las de los demás; sus experiencias desenvuelven su razon, y le enseñan á distinguir el bien del mal. Declamar contra la razon humana y la sabiduría es afirmar que el hombre no ha menester absolutamente distinguir lo que puede conservarle de lo que puede destruirle, lo que le es agradable de lo que le es perjudicial y molesto. El hombre *natural*, fabricado por el sofista elocuente á quien refulamos, sería una desgraciada criatura sin recursos algunos contra los males que le ame-

nazan á cada paso. Y es en la ignorancia y la estupidez donde han de buscarse los remedios contra la corrupcion que producen de continuo la inesperienza y el delirio! (1)

Una insensata tradicion persuade á casi todos los pueblos que sus groseros antepasados han debido gozar en aquellos tiempos de una felicidad desconocida de sus descendientes. De aqui la fábula de la *edad de oro*; que se refiere siempre al origen y nacimiento de las naciones, esto es, á una época en la cual los hombres, privados de todo conocimiento y recurso, é ignorando hasta la agricultura, vivian como las bestias, y se alimentaban con raíces y bellotas. Es bien difícil de creer que estos hombres, tan faltos de medios para satisfacer sus necesidades naturales, fuesen ó mas sabios ó mas felices que nosotros; porque; si desconocian el lujo, tambieu carecian de todo; si no tenían pleitos ni tribunales, lidiaban y se mataban de continuo por cosas de poquísima monta.

La ignorancia de lo mejor, segun el dictamen de un antiguo, es la causa de todos los errores y defectos. La vida social, ilustrando al hombre, le facilita toda especie de socorros, y le descubre los motivos que le empuñan á reprimir sus pasiones cuanto mayores conocimientos adquiere, tanto mas conoce sus

(1). Dacier (en su comparacion entre Pirro y Mario) dice con razon: «Las Musas no son aborrecidas impunemente: Mario fué como las tierras fuertes que, estando ociosas y sin cultivo, producen mas yervas malas que buenas.»

verdaderos intereses, siempre enlazados con los de sus semejantes; él no es perverso y malvado sino porque ignora ó ha perdido de vista el modo de conducirse con sus asociados. Los principes, los grandes, y los ricos, si hacen tanto mal sobre la tierra, es porque son ignorantes. Algunas naciones son infelices y viciosas, no porque sean muy sabias, sino porque los que debieran hacerlas prudentes y juiciosas, no quieren ilustrarlas por sus fines particulares.

Montaigne, conforme en esto con los destructores de la sabiduría, dice que es menester embrutecernos para enseñarnos, y deslumbrarnos para dirigirnos (1). Este autor nos hace observar en la antigua Roma la mas grande ignorancia, y las mas altas virtudes, ¿pero cuáles podian ser las virtudes de un pueblo injusto y bárbaro, cuyas crueles manos continuamente se bañaban en sangre? ¿de un pueblo que, bajo el pretexto de amor á la patria, se entregaba, impunemente á toda clase de delitos? ¿La moderacion de un Curio, la continencia de un Escipion, y algunas, otras virtudes particulares, pueden contrapesar los horrores con que una república de bandidos aflagió al universo, y los delitos que en seguida causaron su misma destruccion? Se nos dirá que Roma, cuando mas ilustrada, fué mas perversa; mas á esto, responderemos que las débiles armas de la filosofia romana no pudieron nunca reprimi-

mir con buen éxito los vicios introducidos por el lujo, ni ahuyentar la sombría ferocidad que siempre caracterizó al pueblo romano: esta filosofia siempre feroz y repugnante, era incapaz de inspirarle otras costumbres mas suaves, mayormente bajo el imperio de los tiranos que acabaron de destruirlo todo (1).

No es, pues, de la ignorancia ó de la disolucion de la humana sociedad de donde debemos esperar la felicidad de los pueblos; sino, por el contrario, del acrecentamiento de sus luces, de su razon mas cultivada, de su esperiencia y de su sabiduría, podemos prometernos la perfeccion de la vida social, y la reforma de tantas instituciones dañosas, de tan insensatos usos y costumbres, de las preocupaciones pueriles, y de las locas y necias vanidades que tanto se oponen á la felicidad de los hombres. Esta suspirada reforma solo puede ser obra del tiempo, el cual poco á poco cura á los hombres las locuras de su infancia conduciéndolos á la madurez; los reiterados esfuerzos del entendimiento lograrán ir reprimiendo los errores y disipando las nubes que han impedido hasta aqui á los soberanos

(1) Es evidente que la filosofia entusiasta y fanática de los Estóicos era la mejor y la mas conveniente á hombres que vivian bajo los Tiberios, los Neronés, los Domicianos, ect. Allí era necesario aprender á pasar sin nada y á sufrirlo todo (*abstine et sustine*). Era menester, á fuerza de imaginacion, contrastar y resistir á los peligros que á todos rodeaban. Era preciso separarse de los otros y recogerse dentro de sí mismo. Tal es la filosofia que conviene bajo todo mal gobierno.

(1) *Essais*, lib. II, cap. 12, pág. 268.

y á los pueblos prestar una seria atencion á los objetos que mas los interesan.

Algunos pensadores amilanados y melancólicos nos dirán quizá que es en vano prometerse ilustrar á todo un pueblo, y que la filosofía y los principios de la moral no están al alcance del vulgo. A esto diremos que para hacer á una nacion racional, no es necesario que todos los ciudadanos sean sabios ó profundos filósofos; basta que sea gobernada por hombres de bien. *Los pueblos, segun Platon, seran felices cuando sean gobernados por hombres prudentes y juiciosos.* Todas las ciencias son superiores á la capacidad del vulgo; pero sin embargo le son útiles; y los hombres mas gróseros hacen diariamente uso de los principios y de las reglas cuyo descubrimiento es debido á los mas grandes esfuerzos del ingenio Demócrito fué, segun dicen, el inventor de la bóveda; y sin embargo, vemos todos los dias bóvedas construidas segun reglas por simples peones de albañil. Para inventar y discurrir se necesita ingenio; pero para aprovecharse de los mas difíciles descubrimientos basta solo el sentido comun. Los principios de la sabiduría son penosos de descubrir; pero todo gobierno bien intencionado puede hacer de ellos las mas útiles aplicaciones.

La sabiduría no es inútil al vulgo; los sabios, los literatos, los doctos, pueden ser considerados como unos ciudadanos que recogen y abastecen de ideas á los otros, que facilitan los trabajos, que combaten contra el error. El ingenio mas acobrado puede ciertamente ex-

rar y estraviarse; pero á los conocimientos reunidos de todos los hombres que meditan, pertenece el apreciar, corregir y perfeccionar las ideas que cada uno ofrece al público. Las verdades mas interesantes á la felicidad general son difíciles de encontrar; y no pueden ser sino el fruto tardío de las investigaciones de los hombres. Todo escritor público debe ser claro, sincero y veraz; al público justo, imparcial é ilustrado, corresponde juzgar sus ideas: los autores fúrvolos y necios confunden por lo comun un vano aplauso con la gloria, y solo consiguen la aprobacion de los que se les asemejan. A los hombres que piensan, á las personas justas, racionales y virtuosas, son á las que un verdadero autor reconoce por jueces competentes. *La filosofía, dice Ciceron, solo admite un corto número de jueces, y rehusa como sospechosos los juicios de la multitud á quien es preciso que disguste (1).*

Un filósofo debe escribir para los hombres de todos tiempos y de todas naciones: el que solo escribe para lograr los votos pasajeros del público, el favor de los grandes, y los aplausos de los contemporáneos, se hace, por lo regular, esclavo de las opiniones reinantes, y á ellas sacrifica débilmente su razon, sus conocimientos, y el interés del género humano. *Es menester denuedo, dice Eveno, para buscar*

(1) *Philosophia paucis est contenta iudicibus, multitudinem consult ipsa fugiens, eique ipsi et suspecta et invisa.*

La sabiduría; y para anunciarla á los hombres es necesario tener nobleza, valor, y un carácter franco. La verdad es la que hace durables las producciones del entendimiento; para complacer y agradar á todos los siglos se requiere un alma exenta de preocupaciones, cuya dominacion es variable y poco duradera. Aristóteles dice que *la mas necesaria de todas las ciencias es la de olvidar el mal que una vez se aprendió*. En una palabra, para ilustrar á los hombres se necesita una alma fuerte y un corazón recto y penetrado del amor de la humanidad: son necesarias é indispensables libertad y virtud.

Ninguno, dice un antiguo, *ve lo que tú sabes; mas todos pueden ver lo que haces*. De aquí es que el literato debe regular sus costumbres antes de dar preceptos á los otros (1). El sabio cuyas costumbres son desarregladas es comparado muy bien á un ciego que tiene en su mano una grande bacha con la que alumbrá á otros, sin ver él cosa alguna: *sabio y justo* debieran ser siempre sinónimos. ¿Puede uno, en realidad, gloriarse de ser verdaderamente sabio; cuando ignora los deberes que nos ligan con los demás hombres? *La ciencia,*

(1) Véanse en los Característicos de millord Shaftsbury, dos tratados: el *Soliloquio* y el *Aviso d'un autor*, que solo tienen por objeto formar el espíritu de los que quieran escribir. Diógenes comparaba los sabios sin costumbres á los instrumentos de música, que no oyen ni entienden ellos mismos los aires ó canciones que se tocan con ellos.

dice Tales, *es tan dañosa para los que no saben aprovecharse de ella, como útil á los otros*. No basta conocer, sus deberes, si con las acciones no se acredita este conocimiento. Pocas personas pueden juzgar de los talentos del alma; mas todo el mundo puede juzgar de la conducta. El sabio en sus escritos debe proponerse la gloria que producen las verdades útiles que ofrece á sus conciudadanos: mas no es bastante el instruirlos, sino que además es necesario hacerles amables los preceptos con el ejemplo, para de este modo hacer mas poderosas y convincentes las instrucciones que se les dieren.

El honor es un móvil necesario á los literatos. *Las Musas*, dice Hesiodo, *son hijas de Júpiter*; ellas, pues, no deben olvidar jamás la nobleza de su origen (1). Así que, el literato debe respetarse á sí mismo en sus competidores. Nada es mas vil ni despreciable para las letras que esas contiendas deshonrosas, que esos mortales y envenenados odios, que esa envidia baja y mordaz que con tanta frecuencia vemos reinar entre los que las cultivan. ¿Acaso no tiene la gloria premios y galardones para todos sus adoradores? ¿La envidia no es una pública confesion de flaqueza é in-

(1) Este poeta dice que *Mnema* ó *Mnemósina*, diosa de la memoria, *que reina las almas de Eleuteria*, es decir, cuyo imperio es noble, y libre, tuvo de Júpiter á las nueve Musas. En esto se da á entender que las ciencias y letras solo pueden nacer y prosperar en un país libre. *Teogonia* vers. 52. y sig.

ferioridad? Enbuenhora que los sabios se empuelen entre sí; pero no sean jamás envidiosos ni mordaces (1): reflexionen sobre todo que es desagradarse salir á la palestra para recrear con sus mordaces sátiras é invectivas á un vulgo siempre dispuesto á deprimir á los hombres cuya superioridad teme.

Nada perjudica tanto á las letras y á las ciencias como la arrogancia y el tono insultante y despreciador que toman á veces los que las profesan. La reflexion debo enseñarles que el desprecio y el orgullo son insoportables, y bastan por sí solos á destruir y aniquilar los afectos de gratitud y benevolencia que pueden escitar los grandes talentos.

El hombre verdaderamente ilustrado es justo, y dá á cada uno lo que es suyo; muestra á la dignidad; al nacimiento y al poder, los respetos y deferencias que la sociedad les tributa; honra á los grandes sin baja; se granjea su aprecio y estimacion por medio de una conducta prudente y juiciosa; no hace sentir á nadie su superioridad; y en fin, es indulgente con el ignorante y con el débil. La intolerancia y el orgullo son molestos é insufribles. Procurar hacerse amable, y temer llegar á ser aborrecible ó desagradable, es un deber que obliga igualmente á todos los miembros de la sociedad. No es gloria el ofender,

(1) El sabio, dice Epicuro, no envidia la sabiduría de otro: *Non commotum iri, si alter altero dicatur suis-
sa sapientior.* Diog. Laert. De vit. et dogm. Philosoph. lib. sec. 121.

como tampoco baja el consultar y deferir prudentemente al amor propio de los que pueden hacer mucho bien á las naciones.

Los hombres mas ilustrados debieran conocer mejor que nadie sus verdaderos intereses, y por consecuencia distinguirse en su sociabilidad, en su humanidad con todo el mundo, y en su estrecha union entre sí mismos. La discordia, comun entre los literatos, solo sirve para hacer despreciables á unos hombres, cuyo verdadero móvil ha de ser el deseo del aprecio, de la reputacion y de la gloria. El público, á veces injusto, imputa como un crimen á un cuerpo entero las faltas ó extravíos de algunos individuos; los vicios del filósofo hacen sospechosas sus lecciones; y no puede menos de ser tenido por charlatán ó hipócrita el que no practica los preceptos que dá á los demás.

Los talentos son armas peligrosas en manos de un malvado que se sirve de ellas para ofender á los otros, y aun á sí mismo. Epíteto queria, y con razon, que la filosofía estuviese reservada para los hombres de bien: al ver á un disoluto y corrompido que aspiraba á ella: *¿que intentas?* le dijo este filósofo: *procura limpiar tu vasija antes de echar nada en ella.* Los mas grandes talentos se envilecen y se prostituyen cuando se hallan en hombres sin costumbres y sin conducta. Aristóteles decia que la ventaja que él habia sacado de la filosofía era el hacer, sin que se lo mandasen, lo que otros hacian por temor de las leyes. La conciencia del sabio es para él

un freno mas poderoso que el terror. «*Los hombres de bien, dice Horacio, se abstienen del mal por amor solo de la virtud* (1), es decir, por solo vivir contentos consigo mismos, y no perder el derecho de amarse y ser amados de los demás.»

Los que se dedican á la instruccion de los otros deben distinguirse en unas costumbres mas honestas, mas sociables y mas puras. El hábito de reflexionar, de entrar en su interior, de prever las consecuencias de las cosas, debiera hacer á los hombres mas virtuosos á proporcion que adquieren mayores luces y conocimientos. Que un fatuo ó un atolondrado, faltos siempre de reflexion, se hagan molestos y ridículos con su vanidad y sus impertinencias nada tiene de admirable; mas la vanidad y las pequeñeces deben estar muy distantes de un hombre que ha de acreditarse con la elevacion de su modo de pensar y la gravedad de sus costumbres. El estudio y la aplicacion deben enseñarnos á desconfiar de los impulsos de la imaginacion, y á resistir sus impetus fogosos; deben enseñarnos á raciocinar; deben inspirarnos otros afectos mas delicados, mas nobles y elevados que los de las almas vulgares. El hombre de talento, dotado de un tacto mas fino que los otros, debe conocer con mas prontitud sus deberes para con los hombres, ó lo que necesariamente ha de hacer para graugearse su estimacion y

afecto. El verdadero sabio debe ser el mas sociable de los humanos.

Mas no creamos por esto que esta sociabilidad haya de arrastrar de continuo al literato á que busque la confusion del mundo, que le disgustaria del trabajo y de la meditacion. Sin ser pedante ni misántropo, el hombre dedicado al estudio debe tener dignidad y circospeccion en sus costumbres, y preferir el silencio del retiro á las concurrencias bulliciosas y frívolas. El espectáculo del mundo, y su continuo y vario movimiento deben ser para él una distraccion pasajera, y no una ocupacion constante y seguida: el mundo le instruirá y enseñará útilmente, si de él sacare las ideas los hechos y las observaciones que sirven de pasto y alimento á sus reflexiones. Es útil y aun necesario al filósofo, al moralista y al literato, ver á los hombres muy de cerca y conocerlos bien, para dar á luz perfectas sus obras, asemejadas sus pinturas, y agradables sus preceptos, á fin de que sean provechosos. El escritor que no conoce el mundo, no puede hablar del mundo oportunamente, y las pinturas que haga de él serán ridiculas ó quiméricas. Mas el hombre de talento, y esperiencia á una mirada penetra los objetos, y los pinta con energia: el continuo trato y comunicacion con hombres enervados y sin seso seria causa que sus cuadros perdiesen los matices de la verdad que los anima. Las obras cuyos autores solo se proponen complacer á los poderosos, á las mugeres y á un vulgo novelero, raras veces son dignas de la inmortalidad.

(1) *Oderunt peccare boni virtutis amore.* Horat. Epist. 16, lib. 1, vers. 52.

En general, los sabios y los literatos pierden mas que ganan en el trato demasiado frecuente con las gentes del mundo; porque si en él adquieren ciertas gracias de estilo, y lo que se llama *buen tono*, pierden por otra parte fuerza y profundidad, y sobre todo la verdad, que es demasiado austera para unos niños superficiales y volubles que solo quieren que se les divierta y entretenga; pareciéndoles toda instruccion intil y entadosa. Para complacer á las gentes del mundo, el literato debe ser frívolo, chancero superficial, y no hablar nunca con razon.

Además, en el gran mundo es donde el literato que solo aspira á los vanos aplausos de una multitud indiscreta, contrae el hábito del fausto, de la pompa, de la soberbia, de la fatuidad, del libertinaje, y de todas las demás irregularidades opuestas á su clase; y así se hace codicioso, intrigante, envidioso, adnlador, y pusilánime. Despues, de haberte comunicado sus vicios y locuras, las gentes del mundo son las mismas que le acriminan con mayor acritud, y se burlan de él con toda la fuerza de la ridicalez.

De este modo los hombres destinados á instruir se hacen despreciables por querer agradar y divertir, en vez de enseñar con utilidad. Así, son las lecciones de la subjiduria infructuosas por falta de virtud de los que las proponen á los otros cuando sus acciones no son conformes á ellas.

Por una preocupacion harto comun en el mundo, la mala conducta de los sabios recae

sobre su doctrina; esta es desatendida y desechada, cuando las costumbres del que la enseña no van acordes con ella. Hay mucha distancia, segun se dice comunmente, del corazon á los labios, ó del decir al hacer; un hombre puede discurrir bien, y obrar muy mal. «Las costumbres de los filósofos, dice Séneca, no son conformes con sus preceptos; pero si no viven como enseñan, enseñan, como se ha de vivir.» Así que, no vivamos, con el hombre de perverso y mal corazon; leamos sus obras cuando en ellas encontremos instrucciones útiles; mas detestemos del hombre y de sus obras, siempre que él y ellas sean malas y peligrosas. *Un hombre de buenas costumbres*, dice Montaigne, *puede tener apiniones falsas; y un malvado puede muy bien predicar las verdades mismas que no cree. La mas hermosa y bella armonia resulta de la conformidad entre los discursos y las acciones* [1].

El verdadero literato, cuya conducta es verdaderamente sabia y prudente, gozará de una felicidad mayor que los demás hombres; pues, seguro siempre de hallar en sí mismo, y en sus meditaciones los medios de ocuparse agradablemente, será poco sensible á las pasiones, á los caprichos y á las vanidades que atormentan á los entes frívolos de que está lleno el mundo; satisfecho con los tranquilos placeres de su retiro; y con las riquezas ad-

(1) *Essais*, lib. II, cap. 32.

quiridas por su aplicacion, se encuentra en estado de disfrutar á su arbitrio de los deleites y recreos que no conocen ni la grandeza ignorante y soberbia, ni la opulencia embrutecida y grosera. La ambicion, la codicia, la sensualidad, la disolucion, nada pueden contra aquel que vive contento consigo, y que como Bias, lleva consigo sus riquezas. *A la verdad, dice Epicuro, el sabio está sujeto á las pasiones; mas toda la impetuosidad de estas nada puede contra su virtud* (1).

Cultivar y adornar el espíritu es adquirir con el estudio un gran fondo de ideas, las cuales el hombre puede contemplar á su voluntad cuando quisiere. El retiro, tan penoso para los hombres disipados, es delicioso al literato, el cual, semejanse en esto al avaro, aumenta su tesoro á cada momento; el estruendo del mundo le fastidia y desagradá; el verdadero sabio pierde siempre en el trato con las personas que viven en él. Sus libros, sus reflexiones, la conservacion con sus iguales, bastan para hacer feliz al hombre estudioso: su continuo deleite es la contemplacion de las riquezas que diariamente va depositando en su cerebro: sin salir de su interior, considera el vario espectáculo de la naturaleza el contraste de las pasiones y acciones de los hombres, el cuadro de las vicisitudes de este

mando, y las revoluciones continuas á que están espuestas las cosas humanas; y en fin, posee bienes que ni la injusticia de la tiranía, ni los caprichos de la fortuna pueden nunca robarle. El estudio causa al hombre que piensa una dulce satisfaccion, comparable á la de una buena conciencia; satisfaccion que le mantiene siempre en estado de recogerse plácidamente á su interior, sin necesidad de otros vanos recreos y diversiones, tan indispensables á las personas que no pueden tratar consigo mismos.

No creamos, sin embargo, las máximas exageradas de una filosofía salvaje, que trata de prohibir al literato, el aspirar al logro de su bienestar. No demos oidos á las declamaciones de los cínicos, que prescriben al sabio la renuncia de las riquezas, bajo el pretexto de que son engañosas y perecederas. La hacienda adquirida con el saber y los talentos no puede ser vituperada (1); el hombre sensato debe evitar la indigencia que, poniéndole en una gran dependencia, le espondria frecuentemente al peligro de envilecerse con bajezas. La verdadera sabiduría no consiste en un soberbio desprecio de todo lo que los hombres aprecian y desean: consiste en no apeгarse fuertemente á ello, y en conservar una constancia inalterable en medio de los rigores de la fortuna. La singularidad, el desaliño, la

(1) *Perturbationibus obnoxium quidem fore: sed nullo in se ad sapientiam impedimento.* Diog. Laert. De vit. et dogm. Philosop. p. 117, lib. X.

(1) *Quantum facturum sed ex sapientia totum.* Diog. Laert. lib. X, sec. 121.

sugiedad, la falta de atencion y de urbanidad, la indecencia, no anuncian un filósofo; sino un fanático, un insensato; un alma débil engañada, por su vanidad, ó un hipócrita que quiere engañar á los hombres con una simulada grandeza de alma.

Si la utilidad, social es el fundamento de la consideracion debida á los talentos, el sabio debe aspirar á ser digno, de la aprobacion y del respeto de sus conciudadanos por medio de trabajos realmente útiles y ventajosos á la sociedad. Instruyendo ó deleitando, es como el literato puede hacerse amable, y lograr la reputacion que desea.

«Nada es mas dulce y halagüeño, dice Ciceron, que instruir y formar los espíritus.» El hombre ilustrado y el hombre de talento ejercen en el mundo una autoridad que, como fundada en la verdad, es irresistible (1). Segun Plutarco, el filósofo Menedemo comparaba los literatos que se entregan á estudios inútiles, ó frívolos, á los amantes de Penelope, los cuales, no pudiendo lograr nada de ella, se envolvian con sus criadas. «Del mismo modo, decia él, los que no pueden conseguir la filosofia, se afanan por objetos fútiles é indignos de serle comparados. «En las naciones corrompidas y dominadas por el despotismo, el talento forzosamente ha de emplearse en

objetos frívolos, y el ingenio en bagatelas. *La gloria*, dice Fedro, *es una verdadera locura, si creemos hallarla en las cosas inútiles* (1).

Las opiniones, por lo comun perjudiciales y falsas, lo mismo que las malas costumbres introducidas en la sociedad, contribuyen á veces á pervertir á los literatos inclinando sus talentos á objetos inútiles ó dañosos. Así que, la depravacion pública produce las obras obscenas y torpes que dan á sus autores una infeliz celebridad, que los degrada á los ojos de los hombres de bien. ¿No es un delito emplear los talentos en corromper á la juventud, y en propagar el vicio? ¿Qué acriminaciones y remordimientos no debiera sentir un escritor, cuyas obras seductoras producen y fomentan las pasiones funestas que cunden y trascienden á la posteridad mas remota? ¿Cuán odiosa y miserable es la inmortalidad que se adquiere con la perpetua corrupcion del corazón humano!

La moral y la equidad escluyen enteramente del número de los sabios y de los literatos á todos esos críticos insolentes, malvados y envidiosos, que declaran la guerra á los grandes talentos, que vituperan y dénigran á los sabios, distinguidos, y que los sacrifican á la mofa y la risa, de un público envidioso y maligno, ofuscado y prevenido siempre contra el mérito. Los escritores de este horrible ca-

(1) El famoso Swift dice: que en un siglo á lo mas suelen aparecer cinco ó seis hombres de talento; pero que si reuniesen su poder, el mundo no podría resistirlos. *The Adventurer*, tomo I, pág. 244.

(1) *Nisi utile est quod facimus, stulta est gloria.*
Phed. fab. 17, lib. III, vers. 12.

rácter deben ser mirados como unos declarados enemigos de las ciencias, de las letras y de los progresos del entendimiento humano. Ellos se hacen viles cómplices de la envidiosa ignorancia, de la inquieta impostura, y de la tiranía sospechosa, las cuales, para dominar impunemente en la tierra, querrian que reinase en ella una oscura y eterna noche. (1) Hay una ocupacion mas infame que la de divertir al público á costa de los ciudadanos que le ilustran, que le sirven útilmente, y que merecen todo su reconocimiento? Para que la crítica sea verdaderamente útil, debe ser justa, instructiva y urbana, sin que jamás le sea permitido el degenerar en sátira, mordaz y ofensiva.

Las diversiones, y entretenimientos, que causen el literato, deben ser interesantes, y contribuir en todo y por todo á la felicidad pública: las que solo tienen por objeto distraer el molesto fastidio de algunos hombres frívolos, adular los vicios de las gentes del buen tono, promover la disolucion, patrocinar las malas costumbres, ofrecer incienso á la tiranía no merecen mas que la indignacion y el desprecio. Para merecer una bien fundada estimacion, las diferentes clases de la república de las letras debieran, por diferentes caminos, dirigirse todas á la utilidad general: la consideracion y el aprecio de los literatos solamente pueden fundarse en

(1)... *Amensí fruitur caligine mundi*. Stac. Thebaid. lib. III.

la verdad y las ventajas que producen á los hombres.

La poesía, cuyo objeto es agrandar con sus imágenes, en vez de pintarnos pasiones débiles y afeminadas, amores torpes y despreciables, debiera interesar la imaginacion de los hombres con la verdad, adornándola con atractivos y colores capaces de mover el corazón humano.

La tragedia, para ser útil, debe inspirar horror á los crímenes de los reyes, cuyas desenfreadas pasiones producen frecuentemente catástrofes crueles y terribles: debiera hacer temblar á los tiranos, y hacer á los ciudadanos amables la virtud y la libertad, sin las cuales ninguna sociedad puede ser feliz y floreciente.

La sátira, empleada tan frecuentemente para sacrificar á la malignidad pública los ciudadanos mas dignos de compasion, debiera respetar siempre las personas, y avergonzar al vicio con sus desórdenes y extravíos. La sátira general es útil y laudable, pero la sátira personal es inhumana y punible.

La comedia, inventada para dar á conocer á los hombres lo ridiculo de sus vicios, de sus defectos y de sus caprichos, jamás debiera escitar su risa á costa de la razon, de la decencia y de las costumbres, dignas siempre del mayor y mas santo respeto (1).

(1) A los autores que abusan de sus talentos, pudiera aplicárseles la maldicion de Demócrito: *Ay de vosotros! los que de las Gracias recatadas y honestas*

Los cuentos y novelas, que por lo comun solo sirven de criar y fomentar en la juventud de ambos sexos pasiones peligrosas, debieran por el contrario armarla contra las flaquezas que pueden influir en la felicidad ó desgracia de toda la vida.

La elocuencia, de la que frecuentemente se abusa para engañar y seducir, el hombre de bien debe usar de ella para persuadir la verdad, para inflamar los corazones de los hombres en celo del bien público y amor de las virtudes, para inspirarles horror al mal, y enseñarles á que desprecien todo aquello que los separa del camino de la felicidad.

Mas, por desgracia, en un mundo dado á frivolidades, la sabiduría, la moral, la filosofía, y aun la virtud misma, son frecuentemente fideutas á los ojos de muchos presumidos de sabios: acostumbrados á confirmar á las gentes en sus locuras habituales, temen acaso que se acerque el reino de la razon. La conducta de estos pudiera muy bien compararse á la de las mugeres de mala vida, que lloran y se afligen cuando los necios á quienes tenían entontecidos comienzan á pensar y atender á sus negocios, renunciando á sus locuras y usando de una conducta mas sensata. Las naciones están inundadas de producciones que raras veces tienen por objeto las

no habéis sabido hacer sino ellas prostitutas! Cuántas piezas dramáticas vemos que encierran lecciones las mas vivas de corrupcion; y sin embargo, los gobiernos permiten que se representen á la juventud.

Intereses del hombre. Los grandes talentos, arrastrados comunmente de su imaginacion, miran con desden los estudios profundos, frutos lentos de la meditacion. Nada suele oponerse tanto á los sólidos progresos del entendimiento, como el ingenio desmedido y sin reglas: la razon está muchas veces renida con los que pudieran mas bien patriocinar sus esfuerzos. Por otra parte, la república de las letras se covilece tambien á los ojos del mundo con la conducta poco racional y prudente de algunos de sus miembros, que solo parece que se empeñan en persuadir al público que la ciencia y los talentos son incompatibles con la bondad de corazon y con la mesurada razon.

Del mismo modo que los estados libres, la república de las letras comunmente está dividida en facciones que la debilitan, y que la esponen al desprecio de aquellos mismos de quienes mas debiera hacerse respetar. ¿Qué pueden ni deben pensar los grandes y las gentes del mundo al ver á los sabios y literatos torpemente ocupados en arruinarse y deprimirse los unos á los otros, y en contrariar los esfuerzos de la razon, cuando esta trata de desengañar á los hombres de sus locuras? Al mismo tiempo que el filósofo propusiere unos principios evidentes, un ingenio declamará contra la verdad como demasiado triste, contra la moral como en extremo lúgubre, y contra la sabiduría como escesivamente severa: otro exagerará la incertidumbre de nuestros conocimientos, y consolará á los necios

é ignorantes asegurándoles que los mayores talentos no saben mas que los regulares y comunes: otros, en fin, tratarán de ridiculizar los mas útiles descubrimientos, mirando las obras mas profundas como producciones de una metafísica oscura y de algunos cerebros evaporados y huecos. Por último, las mas interesantes verdades quedarán sepultadas en el olvido, si no las visten y hermocean las gracias del estilo; y carecen de este oropel tan apreciable para el vulgo.

Los adornos del estilo no deben ciertamente desatenderse; las gracias de la dición son á propósito para hacer la verdad mas interesante; pero estos adornos son meros accidentes que no deben prevalecer sobre la esencia de las cosas. El sabio que ha meditado profundamente, no siempre tiene el talento de escribir bien; así como el que posee este talento tan ponderado, no siempre se toma el trabajo penoso de reflexionar mucho. Sea como fuere, recibamos nosotros con gratitud y reconocimiento lo verdadero de cualquiera modo que nos fuere presentado, y tengamos presente que el desprecio de la verdad es el carácter distintivo de los impostores, de los charlatanes, de los ignorantes, y principalmente de los tiranos enemigos del género humano; con quienes los literatos no deben consentir jamás ser confundidos. Los que de estos aborreciesen y deprimieren la verdad son unos insensatos que destruyen los fundamentos de su propia gloria; esta solo puede sólidamente cimentarse sobre la uti-

lidad y la verdad, á la cual tantos ciegos tienen la locura de vilipendiar.

Lloremos semejantes desórdenes, y no cesemos de repetir que los literatos deben distinguirse por su concordia y union en obsequio de los designios de la moral y de la sana filosofía, que no son ni pueden ser otros que el hacer á los hombres mejores. Los conocimientos y las luces nada son; si no contribuyen al bienestar de la sociedad; la gloria que producen es nada, cuando no proporcionan una felicidad duradera; las ciencias son despreciables si son infructuosas, y detestables si son contrarias á la verdadera moral; que es de todas las ciencias la mas interesante (1). *La sensibilidad del alma*, dice Quintiliano, *es la que hace á los hombres disertos y elocuentes* (2). Un tierno interes por la humanidad debe animar á los sabios y literatos; ellos deben ilustrar al hombre, interesarle viva y eficazmente en su propia suerte, é inflamar su corazón en la virtud; porque la virtud sola puede librarle de los males de que es víctima, y hacerle poseer la felicidad que incessantemente desea. *El estudio mas interesante al hombre, segun Pope, es el hombre mismo.*

El amor de la gloria y el deseo de agradar.

(1) *Quod magis ad nos Pertinet, ac nascere malum est.*
HORAC. Sat. 6. lib. 1. vers. 72 et 73.

(2) *Pectus est quod disertos facit, et vis mentis.*
QUINTILIAN. Instit. Orator lib. X. cap. 7. n. 16. edic. de Gesner.

y ser estimado de los hombres de bien, son y deben ser los grandes móviles de los literatos y de los sabios: imputarles á crimen el amar á la gloria y aspirar á la reputacion es acusarlos de no obrar sin motivos. Nada mas digno de alabanza que procurar hacerse respetable con aquellos talentos que son provechosos á todos. Mas el literato falta á su instituto si deja de ser útil, y él no puede ser útil, si no presenta á los hombres verdades dignas de interesarlos. Las pomposas bagatelas, las producciones agradables, las obras efímeras ó insustanciales pueden tener unos aplausos momentáneos: una reputacion facticia, conservada por medio de cábalas, de intrigas, de artificios, de complacencias y de bajezas, puede sostenerse por algun tiempo; mas la gloria sólida, la consideracion permanente, inmortalidad, solo están reservadas á las obras de que el género humano, en todos tiempos, recoge frutos deliciosos. El hombre que en sus escritos solo se propone agradar á su siglo, ó que no piensa y consulta sino á su fortuna ó engrandecimiento personal, difícilmente transmitirá su nombre á la posteridad.

Hombres verdaderamente ilustres y respetables, cuando trabajais para bien y felicidad de las naciones sabios y literatos, que por caminos diferentes aspirais á la reputacion, reflexionad que ella no es otra cosa que el afecto y estimacion pública, y que estos sentimientos solo son debidos á la verdad, á la utilidad y á la virtud! Enseñad á los hombres

á que respeten el noble cargo que con vuestros talentos, ejercéis en la sociedad! Respetaos á vosotros mismos: tened siempre presente vuestra dignidad: desterrad de vosotros la bajeza y la adulacion, que os envilecerian á los ojos de un público celoso, de vuestras prerrogativas! Abjurdad esas querellas recíprocas y esas contiendas deshonrosas, que solo pueden recrear la malignidad de los que os envidian! Uníos estrechamente para combatir la ignorancia, los vicios y las locuras que asolan y afligen al mundo, y que tanto se oponen á la felicidad social! Mas cuando ataqueis los caprichos y los errores de los hombres, consultad con delicadeza su amor propio, para que vuestras lecciones sean eficaces: temed ofender y herir á los que deseais complacer y sanar.

Filósofos! vuestro sublime cargo es vestidiar al hombre, descubrir los tortuosos senos de su corazon, y mostrarle la verdad, sin la cual no puede obtener la felicidad. Oradores! arrancad al hombre y libradle con vuestra elocuencia robustecida por la filosofia, de sus errores y de sus inclinaciones viciosas; interesadle tiernamente en su bien y felicidad, é inspirada á su corazon la compasion, la humanidad y el amor que debe á sus semejantes. Historiadores! emplead las investigaciones del sabio y los colores de la elocuencia en pintarnos con verdad y valentia el interesante cuadro de las vicisitudes humanas. Poetas! valeos de las luces de la sabiduria, de la fuerza de la elocuencia y de las lecciones de la

historia, para adornar la verdad de las gracias y adornos con que la imaginacion puede hermosearla. Abandonad esos cánticos vanos y peligrosos, que no han tenido casi siempre otro fin que hacer amable el vicio é inspirar el menosprecio de la virtud. ¡Sabios y eruditos! dejad de remover y escudriñar una antigüedad tenebrosa para no hallar en ella sino cosas inútiles á las generaciones presentes. ¡Profundos metafísicos! no os embosqueis en el oscuro laberinto de una metafísica tortuosa, de que no puede resultar bien alguno á nuestra especie: emplead mas bien la sutileza de vuestro entendimiento en objetos conformes á nuestra naturaleza, y que estén á nuestro alcance. ¡Físicos, naturalistas, médicos! renunciad á vuestras vanas hipótesis; seguid solo la experiencia, la cual os enriquecerá de hechos y observaciones cuya reunión podrá formar un sistema seguro y verdaderamente útil al género humano. ¡Jurisconsultos! abandonad ya los cenagosos senderos de la rutina; desembarazad de los andadores y del imperio de la autoridad; buscad en la naturaleza misma del hombre leyes conformes á su ser: en ella encontrareis una jurisprudencia moral, justa, sencilla y fácil, de la que tanto necesitan los pueblos.

En fin, cualquiera que sea, ó sabios, el camino que vuestro talento emprendiere, proponed todos y cada uno la utilidad del hombre, el bien público, los intereses de la sociedad y la felicidad del universo, á quien vuestras lecciones deben ser consagradas. Siendo

uno mismo vuestro designio, ninguno desdena ó desprecie los trabajos de sus asociados. ¡El campo de las letras no es bastante fértil y vasto para que cada uno de vosotros pueda coger en él laureles abundantes? Cese, pues, ¡ó útiles y respetables hombres! la discordia que tan perjudicial sería al logro de vuestras intenciones: háganse vuestras nobles y generosas almas superiores á las bajezas de la envidia y á las pequenezes de la vanidad: la factancia y el charlatanismo son indignos de vosotros. Al público toca y pertenece el tributaros sus alabanzas. Recordad que las ciencias y las letras deben hacer al hombre mas humano, mas apacible y mas sociable; y no olvidéis jamás que vuestra modestia, circunspeccion, urbanidad y buenas costumbres, son las únicas que pueden conseguir que el público reconozca y respete vuestros talentos, vuestros beneficios y vuestra superioridad. Observando estas máximas, merecereis el amor, la estimacion y los votos de vuestros contemporáneos; y la utilidad de los trabajos que emprenderéis transmitirá vuestra gloria y alabanzas á la posteridad, que gozará como vosotros de vuestras inmortales tareas.

La esperanza y el deseo de la inmortalidad, que muchos hombres han mirado como una vana quimera, como una locura; como un humo, son sin embargo unos motivos que en todo tiempo han estimulado poderosamente á los hombres de talento: estas pasiones se fundan en la idea que justamente se han formado de los derechos que sus trabajos les

darán al aprecio y reconocimiento de las generaciones futuras. Así que, no llamemos una quimera lo que es un bien real para quien goza de él dentro de sí, en todos los momentos de su duracion. La buena conciencia promueve al hombre de bien una felicidad muy verdadera y sólida, aunque solo goce de ella en su imaginacion, mostrándole sus justos derechos al cariño y al aprecio de los demás hombres. La idea de la inmortalidad es una verdadera quimera para los que no tienen ni el valor ni el derecho de aspirar á ella.

El afecto y las alabanzas de la posteridad son unas deudas que ella satisface muchas veces á nombre de sus injustos padres: esta paga es segura é infalible para los que han producido grandes ventajas, grandes placeres y grandes verdades al género humano. Por un privilegio especial y esclusivo de los sabios y de los literatos, el escritor célebre y distinguido conservá sus derechos mas allá del sepulcro. Una obra verdaderamente útil ó agradable es un beneficio perpetuo que obliga á las generaciones mas remotas. La muerte, que por lo comun sumerge en un total olvido á tantos personajes soberbios, no destruye la memoria y las relaciones del hombre de talento con el género humano, ni minorá y aniquila nuestros deberes para con aquel que se ha dignado de instruirnos ó recrearnos. Oh! cómo seríamos injustos, ingratos é insensibles, si olvidásemos en su muerte á los que cada dia nos procuran momentos felices y dichosos!

En el dia de hoy subsiste todavía un comercio de afecto y gratitud entre nosotros y los sabios de la antigüedad. Con el mayor reconocimiento leemos las obras inmortales de los Homeros, de los Cicerones, de los Virgilio, de los Sénecas; y les pagamos con fidelidad el tributo que con tanta justicia se prometieron obtener de nosotros. Además del provecho y placer que sacamos de los escritos de estos ilustres difuntos, el interes actual y permanente de las naciones exige que rindamos nuestros homenajes á los bienhechores del género humano. Alabar á los muertos es alentar y estimular á los vivos: aunque sus yertas cenizas sean insensibles á nuestros elogios presentes, ellos los gozaron en vida, y estos elogios sirven de siglo en siglo para conservar, la llama del ingenio y transmitirla á sus imitadores.

En fin, la idea de la inmortalidad ó del futuro reconocimiento consuela al hombre grande de la ingratitud, de la injusticia y de la envidia de sus contemporáneos. La conciencia de haber practicado el bien le indemniza de las alabanzas que le son negadas; espera y se refiere al tiempo venidero, porque sabe que los hombres son siempre justos con sus bienhechores, cuya superioridad no temen ya.

Una vez esplicados los deberes de los hombres destinados por sus talentos á instruir con su doctrina á sus conciudadanos, la moral no puede omitir los deberes de los que egercen las bellas artes, que, afectando el sentido esterior, se proponen por blanco en sus tareas

recrear y divertir al hombre, é inspirar en su imaginacion ideas placenteras y alagüeñas. Entre las letras y las producciones de las artes hay una grande y conocida afinidad. *La pintura*, dice Horacio, *es como la poesia*. Cuando nos representa acciones, ¿no hace el oficio de la historia? Cuando las representa de un modo que nos interesan y mueven vivamente, ¿no imita á la oratoria, cuyo objeto es mover y avivar las pasiones?

Lo mismo, pues, que los literatos, los artistas deben en sus diversos trabajos proponerse un fin moral, conocer su poder é influencia, respetarse los unos á los otros, considerarse como unos ciudadanos destinados, no solo á recrear, sino á instruir, formar otro desigño mas noble y grande que el de adular la vanidad ó la depravacion de la opulencia, estar poseidos de la noble y laudable ambicion de ser útiles á los hombres, y de contribuir á su mejoría y perfeccion. ¿Por qué un artista hábil, cuyas obras inspiran en nuestras almas ideas y pasiones, é imprimen en los corazones imágenes profundas y durables, no se ha de proponer el instruir al tiempo mismo que deleitar?

Los grandes artistas entre los Griegos fueron unos ciudadanos muy apreciados, y no eran tenidos por viles mercenarios; criados en las escuelas de la filosofia, admitidos al trato y conversacion con los sabios, reflexionaban acerca de sus artes, perfeccionaban sus talentos, y de este modo las elevaron á un grado de sublimidad que es hoy la envidia y

la emulacion de los artistas modernos: estos, privados, por lo comun, de las luces y conocimientos que da de sí una cuidadosa enseñanza, faltos de toda instruccion sólida y fundamental, ó poco dedicados á la meditacion, muy raras de ellos son capaces de dar á sus obras aquella noble sencillez, aquella energia, aquella vida y duracion que admiramos en las de los antiguos.

Para producir obras bellas, el artista debe ser instruido; debe haber reflexionado mucho sobre su arte, debe conocer los objetos que se propone imitar; en suma, debe presentir los efectos que pueden causar; sin estos conocimientos nunca será mas que un autómató que trabaja á salga lo que salga, y falto de principios, no podrá estar seguro de acertar ni de complacer.

El corazon del hombre es el blanco á quien el artista se dirige; pero no por eso ha de tratar de depravarlo. Así, en vez de sacar sus argumentos de una mitología lasciva y criminal, en vez de representarnos de continuo los amores de una multitud de divinidades, de ninfas y de sátiros deshonestos, un pintor mas decente y moral nos traerá á la memoria aquellos rasgos de grandeza de alma, de bondad, de justicia, de amor á la patria, que en abundancia le ofrece la historia, presentándolos en el modo y situaciones mas interesantes. Las producciones de las artes serian unas vivas lecciones para nosotros si solo nos presentasen objetos capaces de escitarnos á la virtud; estos harian ciertamente mas honor

al pincel del pintor, al cincel del escultor, y al buril del grabador, que no los desórdenes y torpezas consagradas por la religion impura de los Griegos y de los Romanos, ó que las vergonzosas desnudeces que, sin respeto alguno de las buenas costumbres; vemos espuestas frecuentemente á la vista, lo mismo en los palacios que en las casas y en las calles. ¿Cuánto no deberán avergonzarse y confundirse los artistas que solo emplean sus talentos en corromper las almas con imágenes obscenas, y en hacer brotar en los corazones pasiones peligrosas? ¿Cómo es que en las naciones cultas y civilizadas donde las costumbres de la juventud debieran ser defendidas del vicio con la mayor vigilancia, se sufre y se permite que tantas causas concurran á corromperlas y envenenarlas?

Mas en las naciones corrompidas, las buenas costumbres no entran en cuenta para nada: los artistas, faltos por sí de educacion, de luces y de virtud, no pueden agrandar á una multitud depravada sino presentándole objetos conformes á sus gustos malos y perversos.

En una sociedad que fuese sabiamente gobernada, todos los talentos se darian la mano para excitar y robustecer las cualidades ventajosas al público, y sofocar aquellas de que pudiesen resultar delitos y vicios. Entonces las artes serian verdaderamente apreciadas, y se verian mas honradas transmitiendo á la posteridad el reconocimiento público á los grandes hombres, y á los verdaderos bienhechores de la patria, que no perpetuando los

hechos y la memoria de tantos odiosos tiranos, de tantos pretendidos héroes, de tantos conquistadores detestables, dignos solo del mas eterno olvido.

Aprendan, pues, los artistas á ser unos ciudadanos útiles; conozcan su dignidad; únanse con los filósofos, los oradores y los célebres escritores; mediten en la fuerza y los recursos del arte, y usen de él en beneficio del bien público. Atorde el músico con el poeta, en vez de corromper y afemipar las almas con los blandos acentos de una pasion enfadosamente repetida; haga resonar en los oidos de sus conciudadanos aquellos varoniles y enérgicos sonidos, aquella armonía que en lo antiguo fué tan poderosa entre los Griegos. Escite la música con sus modulaciones unas veces la fortaleza, el valor, la grandeza de alma; inspire otras en los corazones el dulce consuelo, la piedad y la tranquilidad del ánimo: en fin, que unidas con las palabras convenientes al caso, les dé una espresion mas animada, y les haga capaces de producir afectos agradables y conformes al bien de la sociedad.

El arte del músico tiene una muy grande analogía con el del orador y el del poeta. Para hacer las palabras mas espresivas y mas fuertes, el músico debe estar poseido de los mismos afectos que quiere inspirar á los otros. De donde se infiere que la instruccion y la reflexion no le son á este menos esenciales que á los pintores y á los demás artistas de quienes hemos hablado. Componer una buena música es pintar al oido, y excitar en él las

sensaciones que la experiencia y la reflexión han mostrado capaces de producir afectos agradables y deseados del oyente. Un músico que no tiene conocimiento del hombre y de los medios de moverle es una pura máquina, es un instrumento sonoro; no otra cosa.

No nos admiremos, pues, de que sean tan raros los grandes músicos. Muchos poseen las reglas de la música, pero ignoran los medios de aplicarla filosóficamente. Muchos artistas, á fuerza de trabajo, han llegado á vencer las mayores dificultades, y á grangearse así la admiración del vulgo; mas esta música, puramente mecánica, solo manifiesta ciertas disposiciones naturales agercitadas con empeño y obstinacion, pero no ingenio ni reflexión; y por lo tanto, es incapaz de producir en las almas los grandes efectos que podrian esperarse del músico que ha conocido y meditado el gran poderío de su arte.

La danza se cuenta tambien comunmente en el número de las artes liberales. Indicada por la naturaleza de los fluidos de nuestro cuerpo, cuyos movimientos son periódicos, la vemos adoptada y establecida en todos los pueblos de la tierra, tanto salvages como civilizados (1): algunos la han consagrado ó divinizado uniéndola al culto religioso, al paso que otras religiones la proscriben co-

(1) Erófilo músico Griego, observó que la pulsacion de las arterias habia dado origen al compás de la música. *Censorinus de die natali, cum notis Hevercamp,* pág. 57.

mo un ejercicio contrario á las buenas costumbres.

Si consideramos la danza ó baile como un ejercicio corporal, es útil á la salud, hace al hombre mejor dispuesto, le enseña á moverse con mas agilidad y soltura, á sostenerse con mas firmeza, y andar con mas seguridad, y á mostrar gallardía en sus movimientos y ademanes, de un modo que manifieste una fina educación, conforme á los usos y modales adoptados por la sociedad. Bajo este aspecto el baile no puede ser reprehensible, útil para nosotros mismos, nos hace mas agradables á los otros.

Empero la sana moral no puede menos de condenar esos bailes que solo ofrecen á la vista actitudes indecentes, capaces de producir en el ánimo de ambos sexos pensamientos deshonestos y deseos desarreglados. Ya hemos visto en otra parte los peligros á que se espone frecuentemente la juventud en esas asambleas confusas, donde la inocencia, aturdida con el bullicio, naufraga muchas veces, y donde las pasiones criminales buscan y encuentran tantos medios de satisfacer sus deseos. Los bailes de este género son aventuras peligrosas, á las cuales los padres virtuosos temerán entregar una juventud inesperta, y por lo menos conocerán que la razon no puede aprobarlos. Conforme en esto á las reglas de la moral mas severa, la moral de la naturaleza exhortará siempre á los hombres á que huyan de semejantes peligros. Al ver la perversidad de costumbres que reina en muchas naciones, aun

las gentes mas corrompidas han de convenir forzosamente en que el baile es un escollo contra el que la virtud viene á estrellarse á menudo.

De todo lo dicho en este capítulo debemos concluir que la sabiduría es útil y necesaria á las naciones; que los que las instruyen son unos ciudadanos dignos de ser honrados queridos y recompensados; que los detractores de los conocimientos humanos, los opresores del ingenio, los que menosprecian las letras, todos son unos insensatos que desconocen tanto los bienes que ellas acarrearán á los hombres, como los peligros que trae consigo la ignorancia, la cual ha sido siempre el origen y manantial de las desgracias del mundo. Todo nos está demostrando que la meditación, el estudio y la reflexion son necesarias, no solamente en las ciencias y en las letras, sino tambien en las artes; y que los sabios, los literatos y los artistas no deben perder jamás de vista la moral y la virtud, cuyas lecciones deben inculcar cada uno á su modo para ser verdaderamente útiles. Acreciendo así de dia en dia el cúmulo de luces, de conocimientos y verdades, ellos podrán justamente gloriarse de contribuir á la felicidad de la vida social.

CAPÍTULO XI.

Deberes de los comerciantes, fabricantes, artesanos y labradores.

Toda sociedad es una porcion de hombres unidos con el fin de concurrir, cada uno segun sus fuerzas y estado, á la conservacion y felicidad del cuerpo político de que son miembros. Todo el que trabaja útilmente en beneficio de sus conciudadanos, se hace por este mismo hecho un hombre público, á quien su patria debe proteger, honrar y favorecer con proporcion á las ventajas que el público saca de sus trabajos.

Esto supuesto, el comerciante es un miembro apreciable, siempre que llena dignamente las obligaciones de su destino. El es quien desahoga y desembaraza su pais de los géneros y producciones superfluas del cultivo y de las manufacturas de la industria, y el que le proporciona, en cambio las cosas, bien sean necesarias, bien agradables, que no tiene, y de que necesita. De este modo el comerciante hace florecer la agricultura, que decaeria sin su auxilio: él es quien, en los tiempos de escasez, hace venir de países estranos los comestibles de que han privado al suyo las malas estaciones. El comercio es quien da vida á todas las artes y oficios: él anima la industria, y de este modo ocupa y mantiene un número prodigioso de hombres, que sin él serian

por su indigencia una carga gravosa para las naciones. ¿Cuántos brazos se ocupan de continuo en la navegacion, destinados á llevar las órdenes del comerciante á las estremidades de la tierra! Estas órdenes son siempre mas puntualmente egecutadas que las del mas absoluto déspota. En los países mas lejanos, millares de brazos se afanan y apresuran á satisfacer sus deseos; el océano gime bajo el peso de las naves, que de los climas mas remotos traen á sus pies las riquezas y la abundancia para sus conciudadanos. El escritorio del comerciante puede ser comparado al gabinete de un príncipe poderoso, que pone á todo el universo en movimiento.

Este es, sin embargo, el ciudadano respetable á quien las preocupaciones gólicas y bárbaras, tienen el atrevimiento y la desvergüenza de infamar, en el seno mismo de las naciones que deben al comercio sus riquezas y esplendor! El pacífico comerciante es despreciable á los ojos del estúpido guerrero, que no ve que este hombre, á quien menosprecia, lo viste, le sustenta, y mantiene su ejército. ¿Una profesion tan útil no es en sí misma mas honrosa que la púñble y vergonzosa ociosidad en que se corrompen y consumen tantos nobles de aldea, que no tienen mas ocupacion que la caza y el triste placer de vejar y oprimir á los humildes plebeyos? ¿Hasta cuándo la vanidad de los hombres les hará despreciar á los mismos de quienes reciben todos los dias los mas importantes servicios? ¿Será posible que el aprecio y el respeto se queden reser-

vados para los destructores de los hombres? ¿No debiera en justicia estenderse á cuantos se ocupan en su bienestar, en sus comodidades y en su felicidad?

La preocupacion que degrada y envilece al comercio, lo mismo que á las artes, trae su origen de los tiempos de barbarie y ferocidad, en que las sociedades en su infancia no conocian todavia las ventajas que podian sacarse de él. Aristóteles nos dice que en las antiguas repúblicas de Grecia los mercaderes estaban escluidos de los empleos de la magistratura. A causa de una ignorancia igual, los antiguos Romanos, únicamente ocupados en la agricultura y en la guerra, menospreciaron á los mercaderes y artesanos; pero despues, el tiempo y las necesidades desengañaron poco á poco á los Griegos y á los Romanos de esta ridícula opinion, y las personas mas distinguidas no se avergonzaron de egercer una profesion lucrosa en sí y ventajosa para la patria.

Cuando cien enjambres de naciones guerreras repartieron entre ellas el vasto imperio de los Romanos, la preocupacion, que siempre acompaña á la ignorancia, vino de nuevo á envilecer el comercio. La Europa estuvo sumergida por muchos siglos en espesas tinieblas y continuas guerras. Los pueblos, avasallados de guerreros estúpidos y disolutos, no tuvieron unos con otros comunicacion alguna. El comercio, el cual no puede florecer sin libertad, fué exclusivamente atribuido á los usureros, que sin cesar estaban espuestos á la avaricia de una multitud de tiranos; de esta

muerte cayó el comercio en manos despreciables, y hombres infelices, estimulados del atractivo de un logro desmedido, eran los únicos que podían emprenderlo, á pesar de todos los peligros de que se veían rodeados. Este es; sin duda, el origen del injusto desprecio que los nobles orgullosos muestran todavía á una profesion que ya hoy merece la consideracion pública.

Entretanto algunas repúblicas, usando de su libertad, hicieron el comercio con buen éxito, y llegaron por medio de él á un grado de poder y de riqueza que estimuló y dió envidia á los otros pueblos. Venecia, Génova y Florencia enseñaron á toda la Europa los efectos que podia producir el comercio: los príncipes ya le favorecieron: un nuevo mundo fué descubierto, y sus riquezas irritaron la codicia de muchas naciones: la indiferencia con que hasta entonces habian mirado el comercio se convirtió en un entusiasmo universal, y bien presto no tuvieron las guerras mas objeto que el de aumentar cada nacion el año con daño del comercio de otras.

He aquí como las pasiones y las locuras de los hombres los llavan siempre á extremos contrarios. Todo fué sacrificado despues al furor del comercio: por él la agricultura se vió descuidada; los reinos se despoblaron para formar colonias en los países mas remotos; torrentes de riquezas inundaron la Europa, sin hacerla por esto mas dichosa; estas riquezas produjeron el lujo y todos los vicios que este trae consigo; y este mismo lujo trabajó

sórdamente en destruccion de los estados que una codicia sin límites habia escesivamente enriquecido.

El comercio, para ser útil, debe conocer regalas y término, y no perjudicar á otros ramos de la administracion. Nada es mas contrario al bien general que la pasion de enriquecerse cuando se cambia en epidemia. A veces vemos naciones dominadas de este delirio descuidar por él los objetos mas importantes, recibir su primer impulso de algunos mercaderes insaciables, arrojarse, por complacerles, á guerras ruinosas é interminables; contraer deudas inmensas para sostenerlas, y gemir despues por largo tiempo de los males que siempre causan los mas brillantes sucesos. Tal es jó Bretones! la causa de vuestras desgracias y de la miseria que espermentais, apesar de las riquezas que de ambos mundos arrivan sin interrupcion á vuestros puertos: entre vosotros unos cuantos negociantes deciden de la suerte del estado, y os hacen emprender continuas y temerarias guerras; y mientras que ellos se enriquecen, los enormes impuestos abrumán á los demás ciudadanos, y la nacion apurada se halla en la mayor angustia. La opulencia de un cierto número de individuos no prueba en manera alguna la opulencia y la riqueza del Estado. Los dorados y preciosos adornos de un palacio no le preservarán de su ruina.

El comerciante debiera amar la paz, y sacrificiar por ella su propia codicia: él es un ciudadano malo y perverso si pospone la felicidad general á su propio interes. Un go-

hierno sabio, siempre guiado por la moral, debe refrenar la pasión de las riquezas, porque de lo contrario llega á ser ilimitada; no debe permitir que esta pasión se ejerza á costa del labrador y del propietario, cuyos trabajos debe promover y fomentar el comerciante. El interés del labrador constituye el verdadero interés del estado; al labrador ha de consultar el legislador con preferencia á la avaricia de algunos mercaderes opulentos, ó á los caprichos de algunos inaccesibles poderosos, que nunca forman la porción mas numerosa de la sociedad. En fin, todo nos persuade que la codicia del hombre debe ser reprimida, porque si se le suelta la rienda, destruye las buenas costumbres y la virtud. Estas costumbres son mucho mas esenciales á la felicidad de una nación que las riquezas, las cuales rara vez contribuyen á su fuerza real y verdadera, y á su bienestar permanente. Roma, pobre aun, triunfó de la opulenta Cartago.

La pasión desordenada de enriquecerse, cuando se ha hecho general en un pueblo, destruye en él, por lo comun, el principio del honor, y le inspira un espíritu mercantil, y un amor sórdido del logro, directamente opuesto á todo pensamiento noble y generoso. Poseído de este capritu, el mercader de nada que lo sea provechoso se avergüenza; para él en este caso no hay patria; y si se promete alguna ventaja, hará el comercio mas contrario á los intereses de la nación: en fin, acostumbrado á mirar el dinero comun á su único ídolo, se sacrificará su misma vida. La

venalidad no es otra cosa que el tráfico vergonzoso de vender el hombre su honor, su virtud y su libertad á cualquiera que les imponga precio.

Así como todos los excesos, el comercio ilimitado es al fin castigo de sí mismo: aumentando en un país la masa de las riquezas, aumenta necesariamente el precio de todos los géneros, y por consecuencia los jornales de los obreros y oficiales. Ya entonces las mercaderías y manufacturas nacionales pierden en concurrencia con las de los pueblos mendaces que las dan mas baratas. Por otra parte, es propio de las riquezas reconcentrarse en manos de un corto número de hombres, que no sienten la carestía de los géneros y mercaderías: mas el oficial, el artesano, el trabajador, sufren y padecen por esta carestía; y por lo comun perecen de hambre á las puertas del rico avaro, que nunca se enternece ni apiada de las necesidades y miserias del infeliz. El efecto ordinario de la riqueza es endurecer los corazones.

La política, pues, siempre de acuerdo con la moral, debe refrenar la pasión de enriquecerse; para que no llegue á ser un contagio funesto y perjudicial al estado. De su propio suelo es de donde los pueblos han de sacar principalmente sus riquezas; el comercio debe cambiar lo sobrante con lo que el terreno de su país no produce. La tierra es el fundamento físico y moral de toda sociedad. El negociante es el agente y el proveedor del labrador y del propietario de la tierra; el fabricante labra y

da un nuevo ser á las producciones del terreno. Todo el orden se trastorna si los agentes se constituyen arbitros y señores de aquellos á quienes deben servir: las costumbres se estragan cuando estos agentes los distraen de su trabajo con el lujo, con vanas fruslerías, ó fomentando en ellos necesidades imaginarias que no pueden satisfacer sino á costa de sus costumbres y de su reposo.

El comercio es útil sin la menor duda: la política debe favorecerle, la moral le aprueba, y los que se dedican á él son unos hombres útiles; mas el comercio debe tener sus límites, y no fundar su prosperidad en daño y ruina de otros ramos de la economía política. El comercio es verdaderamente útil, cuando favorece la agricultura, hace florecer la industria, y aumenta la población; pero si es contrario á estos objetos esenciales, su utilidad desaparece, y se transforma en una funesta locura, cuando es causa de guerras sangrientas y continuas; en fin, es un mortal veneno, cuando su único objeto es alimentar el lujo y la vanidad de los hombres. El comerciante que esporta los géneros sobrantes y superfluos de su país, para traer á él trigo, vino, aceite, lanas ú otros artículos que le faltan, es un ciudadano muy útil, y merece el respeto y consideracion pública. El que solo trae á sus conciudadanos objetos capaces de fomentar sus pasiones, de irritar su vanidad, de escitar sus locuras y caprichos, es un hombre perjudicial. Casi todos los vanos objetos que la India suministra á la Europa no tie-

nen otro mérito que el que les da el capricho inconstante de las mugeres y la vanidad de algunos hombres necios, siempre mal contentos con las mánnifaturas de su país. Será posible que los Europeos no dejen nunca de sacrificar á estas vanidades inútiles tantos hombres y tantas sumas del oro en que idolatran (1). Todas las fútiles riquezas que la Europa va á buscar á las estremidades del mundo, son acaso comparables con los tesoros que la agricultura podría sacar de su territorio, si esta estuviese auxiliada y protegida?

Y qué diremos de este comercio afrentoso que consiste en el tráfico de sangre humana? Comprar y vender hombres para condenarlos á la mas dura esclavitud es una barbarie que estremece y horroriza á la humanidad y á la justicia. Mas la avaricia es cruel á sangre fria; reduce el crimen á sistema, procura cubrirle con el pretexto de un grande interes nacional, y las naciones, sedientas de riquezas, admiten sus escusas.

Si todos los comerciantes se hiciesen reos de semejantes excesos, no solo serian despreciables, sino que además serian odiados de todos los corazones justos y virtuosos. Mas distingamos los indignos y malos comerciantes de los que son útiles á sí mismos y á la patria por medio de un comercio mas legítimo y jus-

(1). Es bien seguro que el comercio de las Indias cuesta cada año cuarenta mil hombres á la Inglaterra. La sola mutacion de clima es causa de la muerte de la mayor parte de los Europeos.

to. Estos, sin perjudicar á nadie, hacen comunes los bienes, las cosas agradables, y los descubrimientos de todo el universo. En efecto, la navegación y el comercio forman una sociedad que se compone de todos los pueblos de nuestro globo; establecen correspondencias entre ellos; les hacen gozar reciprocamente de un sin número de ventajas, y sirven principalmente para estender la esfera de los conocimientos humanos. Si algunas naciones han abusado cruelmente del comercio y para saciar su irritada avaricia han llevado la mortandad y los crímenes á los pueblos cuya amistad debieran haberse granjeado, no imputemos estos horrores al comercio, sino á la ignorancia y á la feroz superstición, que en todos tiempos han negado á los hombres, y los han hecho crueles sin remordimientos.

El verdadero negociante, el comerciante apreciable es un hombre justo. La providad, la buena fé, el amor del orden y la escrupulosa exactitud en el cumplimiento de sus obligaciones y contratos son sus cualidades distintivas. Una sabia y prudente economía arregla su conducta; conducta que no ha de imputársele á crimen, pues con ella debe y puede preservar su riqueza y la de los otros de una infinidad de accidentes que no se pueden evitar ni prever. Si es un insensato el que arriesga locamente sus bienes, tambien es un bribon el que arriesga los bienes de los otros con empresas temerarias. Además, el negociante que está ocupado en sus negocios, está por lo comun libre y exento de los caprichos de

las pasiones y de las vanidades que atormentan á los demás hombres. Todo comerciante instruido es un hombre de honor, racional y prudente; celoso de conservar la estimacion de sus conciudadanos, procura que su reputacion se mantenga intacta, porque necesita de la pública confianza, sencillo en su porte y grave en sus costumbres, se abstiene de todo gasto frívolo, del fausto, y de los vicios que le ocasionarian su ruina. El negociante que se abandona á las extravagancias del lujo, pierde al fin sus negocios, y los de aquellos imprudentes que han confiado en él. Las bancarrotas tan frecuentes; y por lo comun impunes, que se ven en las naciones mal regidas, anuncian una depravacion criminal y deshonrosa, y no son mas que ladronicos que ejercen la traicion y la perfidia. El comerciante justo y experimentado no arriesga loca y temerariamente sus propios bienes, y mucho menos de los sus conciudadanos.

Así que, no confiandamos el verdadero negociante, el comerciante apreciable y prudente con esos hombres viciosos ó ligeros que deshonran una profesion respetable; distingámonse igualmente de la multitud despreciable de engañadores y embusteros colicosos, que faltos de educacion, de conciencia, y de honor creen legitimos y permitidos todos los medios de ganar, abusan de la sencillez del público, y no forman escrúpulo de apreciar las cosas en mas de lo que valen, y de enganar tanto en la calidad como en la cantidad de las mercancías. Los mercaderes de este

modo de pensar son culpables: ellos causan al comercio una mala venta y un desprecio, que sólo deben recaer sobre ellos mismos.

La sana moral formó el mismo juicio de esos monopolistas siempre dispuestos y ansiosos de aprovecharse de las calamidades de sus conciudadanos, de las cuales, por lo común, suelen ser ellos verdaderos autores. Es necesario tener unos corazones muy endurecidos para gozar tranquilamente y sin pudor de una hacienda adquirida a costa de calamidades públicas. El vano la moral clama contra esos orgullosos exactores ó arrendatarios de las rentas públicas, que negocián con los despotas para esbarrar la licencia de oprimir á la sociedad y cebarse con la sangre de las naciones: semejantes hombres son verdugos privilegiados, que debieran confundirse y avergonzarse del origen impuro de una opulencia fundada en la ruina de la felicidad general. Sin embargo, hay países en que este tráfico vergonzoso no es vil ni despreciable. Un administrador ó arrendatario de las rentas públicas, enriquecido con semejantes estorsiones, es tenido por un ciudadano mas útil al estado á quien oprime, que no el comerciante que le hace florecer y prosperar.

El verdadero negociante, lo mismo que el fabricante, son unos hombres benéficos, los cuales, enriqueciéndose á sí mismos, dan actividad y vida á toda la inocencia, y por lo tanto merecen su aprecio y protección: ellos dan que trabajar y con que vivir al pobre, á quien los dependientes de la real hacienda

desnudan y reducen á la mendicidad. Que innumerable multitud de artesanos de toda especie no ponen en movimiento las fábricas y el comercio. De este modo se establece y estrecha una grande é íntima coherencia entre todos los miembros de la sociedad. El artesano que subsiste de su trabajo, contrahuye sin cesar al aumento de la riqueza de los que le emplean: así como al logro y satisfacción de las necesidades, de la comodidad, de los placeres, y aun de la vanidad de los mismos ricos ingratos que le desprecian, al tiempo mismo que se aprovechan de sus trabajos, sin los cuales no pueden en manera alguna subsistir.

Nada es mas injusto ni mas vil que el modo ánsultante con que la soberbia y altiva opulencia mira á los artesanos que de continuo trabajan y contribuyen á satisfacer las necesidades ó placeres á que ella por su propia debilidad nunca podria subvenir. Este mismo artesano, mirado con orgullo y desden, es sin embargo un hombre verdaderamente útil, dotado á veces de unos raros talentos, y cuando es fiel y puntual en su trabajo, es incomparablemente mas apreciable que los holgazanas y viciados que le desprecian. El soberano fastuoso, que quiere erigir monumentos á su vanidad, ¿no necesita del albañil, del carpintero del cerrero, y de una multitud de trabajadores, sin los cuales no lograría sus deseos? ¿Estos diferentes artesanos no son ciertamente dignos de aprecio, de cariño y de benevolencia, cuando acreditan su

dele y puntualidad en sus oficios? ¿El monarca y el noble no se ven precisados á recurrir al fabricante y al mercader para adornar sus palacios? Estos esponen en movimiento y actividad una multitud de hombres que en el seno mismo de la indigencia contribuyen á la magnificencia de los monarcas.

¿Cuándo la pobreza es activa y laboriosa, nunca debe ser despreciada ni envilecida. La pobreza industriosa y aplicada es regularmente honesta y virtuosa, y solo es digna del desprecio cuando se entrega á la ociosidad y á los vicios, cuyo ejemplo recibe frecuentemente de la opulencia. Las injusticias y la soberbia de las clases elevadas son las que con frecuencia reducen al artesano á la desesperacion y al criminal. De cuántos delitos, robos y asesinatos no se hacen cómplices muchos grandes que fuden la crueldad de retener el precio y los jornales del fabricante laborioso, del mercader que los abastece, y del artesano que ha trabajado fiel y puntualmente para ellos; y que en recompensa se ven condenados por su injusticia á perecer de hambre? ¿Y es posible que estos hombres desprecien así á unos honestos y virtuosos ciudadanos que tan bien les han servido? ¿El oprobio y la ignominia no debieran recaer mejor y con mas justicia sobre los crúeles ingratos que causan la ruina y desesperacion de un gran número de hombres, haciéndolos inútiles ó dañosos á la sociedad? Un saltador de caminos roba y mata de un golpe al infeliz que tiene la desgracia de caer en sus manos; mas

el ladrón que no paga el salario del pobre, causa una muerte lenta y cruel á él y á su familia entera.

Los injustos desprecios de los grandes se estienden, como hemos dicho en otra parte, hasta la primera de las artes, hasta la que es la base de la vida social; anastrado de su locura, el rico desprecia y desdeña al labrador, al cultivador, al que alimenta y mantiene á las naciones, á aquel sin cuyos trabajos no habria ni cosechas, ni ganados, ni manufacturas, ni comercio, ni artes algunas, aun las mas indispensables para la sociedad. ¿Y será posible que vosotros, ó ricos estúpidos, y vosotros grandes insensibles, nunca venga en conocimiento de que á la agricultura es á quien debeis vuestras rentas, vuestras riquezas, vuestras comodidades, vuestros palacios y castillos, y ese lujo mismo cuya embriaguez os deslumbra y preocupa? Sí, ese mismo aldeano, cuyos toscos vestidos y modales os causan asco, ese mismo es el que cubre vuestras mesas de manjares sustanciosos y vinos delicados: de sus ovejas, es la lana de vuestros vestidos: sus mapos cultivan el lino de que necesitais; sin él no tendríais esos ricos encajes, tan preciosos y estimados de vuestra vanidad: y sin embargo, teneis el atrevimiento y la injusticia de envilecerle y vituperarle!

La vida campestre y el trabajo preservan regularmente de los vicios y del contagio que infestan las ciudades; las injusticias, los duros modales y los desórdenes del rico son los que

corrompen su educacion, y alteran la inocencia de sus costumbres. Los grandes se quejan frecuentemente de la malicia de los aldeanos, pero los grandes y los ricos deben buscar en sí mismos la causa. Perpetuamente desafiado, oprimido y abrumado de todo género de vejaciones, forzadamente el aldeano ha de aborrecer á su señor, que es con él un tirano incomodo y cruel. El infeliz, á quien un continuo y penoso trabajo apenas da para mal sustentarse, podrá ver sin dolor y sin envidia nada á la opulencia en la abundancia y la superfluidad, y raras veces compadecerse de la miseria del pobre? En fin, la educacion tan descuidada de las gentes del campo, cómo ha de darles fortaleza para resistir á los impulsos, á las tentaciones, y aun á las necesidades que tan frecuentemente los solicitan al mal? Los aldeanos no son ladrones, cazadores furtivos, y bribones, sino porque la apulencia los desprecia, los maltrata, y para vez les alarga una mano benéfica.

De este modo la falta de reconocimiento, de bondad y justicia en los ricos y poderosos de la tierra, destruye y aniquila la virtud de los aldeanos y jornaleros. Estos regularmente sólo conocen á sus señores por las vejaciones que sufren en su nombre. Si los soberbios señores se dejan ver de sus vasallos, es únicamente para deprimirlos, para arrodinarlos, para fatigarlos con su lujo y su vanidad, y para hacerles sufrir los efectos de sus insolentes triallus. Seria de admirar que con una conducta tan brillante no huben los ricos en

las gentes del campo sino envidiosos, rebeldes, y enemigos siempre prontos á tomar venganza de los males que se les hacen.

Todo en la sociedad está unido y enlazado entre sí, si los grandes se corrigiesen, se corregirian los pequeños. Abolidas esas leyes góticas, esas privilegios injustos esas inerasas costumbres, los unos y los otros obraran con virtud. Una buena educacion, sobre todo, debe enseñar á los ricos y á los poderosos que deben hacerse amables de sus inferiores, que deben mostrarse reconocidos á los bienes que reciben de estos, y que no pueden cumplir con sus obligaciones, sino es mostrándose equitativos, humanos y benéficos.

Cuando los grandes del mundo estén imbuídos de esas máximas, dejarán entonces de menospreciar á unos ciudadanos cuya existencia es necesaria á su propia felicidad, y sin los cuales de nada gozarian. Ellos conocerán entonces lo que deben á los otros hombres. Conocerán que toda profesion de que la sociedad saca utilidades y ventajas, debe ser mas estimada que la que no produce bienes algunos apreciables. Todo les probará que todos aquellos que de distintos modos trabajan por su comodidad y sus placeres tienen derecho á su benevolencia y alabanza. Todo les convencerá de que nada es mas contrario al fin de la sociedad que su orgullo y su vanidad. Por último, todo les hará ver que el vicio es solo el que deshonra y hace á los hombres despreciables, y que todo el que

cumple fielmente con los deberes de su estado, es digno del respeto y consideracion de sus conciudadanos.

Cuando se conformen en sus obras á unos principios tan claramente demostrados, los nobles y opulentos encontrarán en sus inferiores prendas más estimables, costumbres más honestas, afición más sincera, y menos envidia y malignidad; en fin, lograrán de ellos el amor filial y la sumision voluntaria que no es obra del miedo. No hay hombres tan salvajes que sean insensibles á la bondad. Por una propension natural, los hombres se inclinan á querer á los que están acostumbrados á respetar. Los grandes tienen siempre la culpa en no ser amados de sus inferiores. Si viviese cerca de estos un grande, se constituiria su padre, se haria respetar y obedecer, y conseguiria su debido amor, que nunca pueden conseguir ni la altaneria ni la fuerza.

Mas, por desgracia, hace mucho tiempo que las extravagancias y el lujo han arrastrado á las cortes y capitales á los que á su estado y opulencia destinaban á ser los protectores de las gentes del campo y el apoyo de la agricultura: los vasallos llegan á ser estráños y desconocidos de sus señores; estos, deseando lucir su fausto en la corte y en las capitales, dejan vergonzosamente que perezcan los campos, que su presencia haria fértiles y abundantes. La vida campestre y su pacífica uniformidad se hacen odiosas á unos hombres que viven en el elemento del vicio. El labrador carece de amigos poderosos y de consoladores

en sus trabajos. El colono tiene que tratar con agentes ó administradores que, para satisfacer las necesidades y caprichos del propietario, usan de tirania y crueldad. El labrador desagrada la cultura, ó la tierra se muestra escasa é infecunda al sudor que la riega: las aldeas, despobladas y desiertas, se transforman en tristes soledades; y por último, el señor mismo se encuentra adeudado, empobrecido y despreciado de los mismos que mas han contribuido en disipar sus bienes.

Tal es la suerte que por lo común preparan el lujo y la vanidad á sus sectarios. En los campos es donde el noble seria verdaderamente respetable y poderoso: viviendo en sus posesiones, conservaria su fortuna y sus buenas costumbres; se preservaria del aire contagioso que se respira en las cortes, y promoviendo el trabajo, hallaria los únicos medios seguros de aumentar su comodidad y la de los otros; placer más sólido y mas inocente que el del vicio, al que siguen siempre la ruina y el arrepentimiento (1). De este modo tantos ricos, que solo saben destruir y di-

(1) La ley de Zoroastro enmienda entre las mayores virtudes sembrar con pureza las simientes, y plantar árboles. En efecto, practicar la virtud es ser útil al público. Segun estos principios, desmontar y limpiar los terrenos, secar pantanos y lagunas, hacer caminos, establecer fábricas, etc. y en una palabra, dar trabajo y manutencion á los hombres son acciones más virtuosas que muchas prácticas que el vulgo tiene por virtudes: dar al pobre trabajo es la mejor de las limosnas.

separar sin provecho suyo ni de la sociedad, serian unos ciudadanos utiles, amados de sus vasallos y dignos del mayor respeto.

Cuanto hemos dicho en esta seccion confirma claramente que la politica no puede nunca sin peligro separar sus maximas y preceptos de los de la moral. Los diferentes estados de las personas no son mas que los medios diferentes de servir a la patria; la profesion mas noble es la que mas utilmente la sirve. Luego que la administracion publica se aparta de estos principios, todo cae en desorden y confusion. Un pueblo sin probidad se constituye el azote de los otros, y el destructor de si mismo. Un soberano sin justicia es la ruina de su imperio, y nunca ejerce sino un poder precario. Los grandes, los nobles, los magistrados, los ministros de la religion, los ricos, etc. no pueden ser justamente respetados, sino en cuanto se manifiestan vivamente interesados en la felicidad publica. Las ciencias y las letras no merecen nuestro aprecio, sino cuando ilustran la sociedad acerca de lo que la interesa. El comercio no puede florecer sino la buena fé. En fin, la agricultura, necesaria a la sociedad, exige la proteccion y el auxilio de los ricos y de los poderosos; y a la sombra de esta proteccion es el apoyo de las buenas costumbres.

Qué es, pues, lo que impide a los ciudadanos de las diferentes clases del estado que concurren fielmente al fin y objeto de la vida social? No es otra cosa que la ignorancia; que impide que el hombre vea con claridad la es-

trecha union de su interes personal con el interes de todos los demás hombres. Una necia vanidad es quien, preocupando a los grandes con fútiles quimeras, les hace creer que para ser felices no necesitan de nadie: error fatal á que deben atribuirse esas disensiones, esos odios, esos desprecios reciprocos, y esa separacion de intereses, que vemos dolorosamente reinar en casi todas las sociedades. La vanidad, pues, de los hombres es la que la moral debe combatir para obligarlos a la union y concordia, tan necesarias al poder, á la conservacion y á la felicidad de las naciones. Ningun hombre, ningun cuerpo, ningun orden del estado tiene derecho de apreciarse por si mismo, ni puede ser apreciado sino en razon de las ventajas reales y verdaderas que proporcione á la patria.

FIN DE LA SECCION IV Y DE LA SEGUNDA PARTE.

INDICE

DE LOS CAPITULOS

DEL TOMO SEGUNDO.

SEGUNDA PARTE.

PRÁCTICA DE LA MORAL.

SECCION CUARTA.

Moral de los pueblos, de los soberanos, de los grandes, de los ricos, etc. ó deberes de la vida pública, y de los diferentes estados.

CAP. I. Del derecho de gentes, ó de la moral de las naciones, y de sus deberes recíprocos. Pág. 5

CAP. II. Deberes de los soberanos. 28

CAP. III. Deberes de los súbditos. 60

CAP. IV. Deberes de los grandes. 78

CAP. V. Deberes de los nobles y de los militares. 99

CONTINUACION DEL CAP. V. *De los deberes de los nobles y de los militares.* 133

CAP. VI. *Deberes de los magistrados y de los justistas.* 150

CAP. VII. *Deberes de los ministros de la religion.* 169

CAP. VIII. *Deberes de los ricos.* 125

CAP. IX. *Deberes de los pobres.* 206

CAP. X. *Deberes de los sabios, de los literatos, de los artistas.* 255

CAP. XI. *Deberes de los comerciantes, fabricantes, artesanos y labradores.* . . . 279

SEGUNDA PARTE

LIBRO AL DE LOS DEBERES

SECCION CUARTA

FIN DEL INDICE DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II



